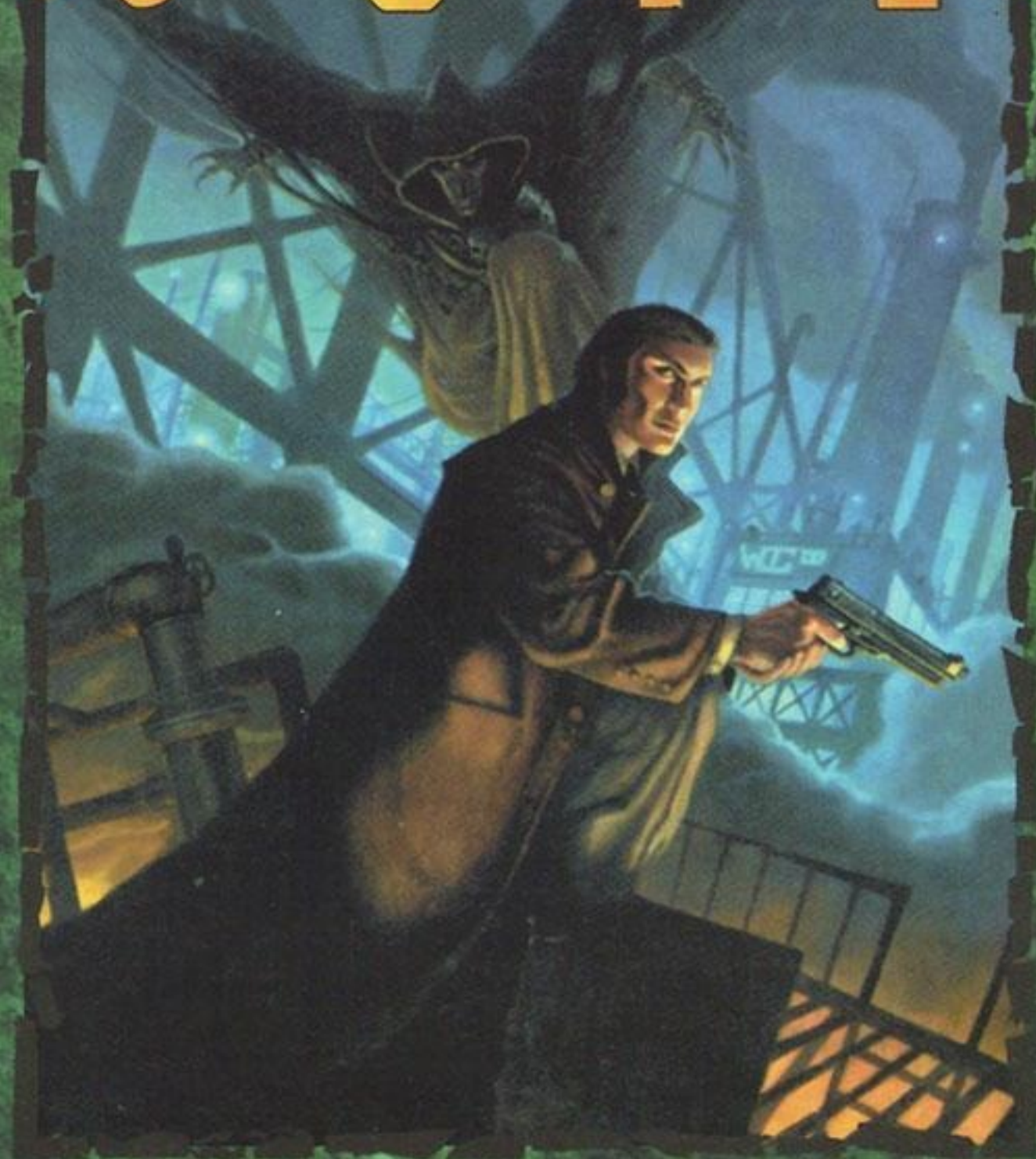


CAZADOR Y PRESA

J U E Z



GHERBOD FLEMING

VAMPIRO
LA MASCARADA

CAZADOR
LA VENTA

Lectulandia

¿Quién es digno de juzgar?

Douglas Sands es un director ejecutivo de mediana edad cuya cómoda vida ha estado marcada por la pérdida y la decepción. Tiene un buen trabajo, vive en una bonita casa y no le pide nada a la vida... salvo, tal vez, que todo sea distinto, o al menos como solía serlo años atrás. Antes de que muriera su hijo. Antes de que se esfumara la pasión entre su esposa y él. Antes de que apareciera muerto uno de sus compañeros de trabajo.

Sands se encuentra añorando aún más el pasado cuando comienza a ver y a oír cosas que no pertenecen al mundo que conocía. Los monstruos que acechan en la oscuridad desean lo único que conserva algún valor para él. Douglas Sands comienza apenas a abrir los ojos a las verdades del Mundo de Tinieblas cuando se ve obligado a enfrentarse también a todos los horrores humanos que ha cometido. No puede evitar preguntarse si será realmente digno de juzgar a los demonios sobrenaturales que descubra.

Este es el segundo libro de una serie de seis en la que se examina a los Cazadores, recién llegados al Mundo de Tinieblas, y a sus enemigos sobrenaturales, cuya destrucción es el opositor para el que han sido creados. Durante el transcurso de la serie, se desdibujará la línea que separa al cazador de la presa.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Juez

Cazador y presa - 2

ePub r1.1

TaliZorah 28.08.13

Título original: *Predator & Prey: Judge*
Gherbod Fleming, 2000
Traducción: Manuel de los Reyes
Retoque de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah
Corrección de erratas: Basabel (r1.0)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Primera parte: Adam

Capítulo uno

El desparramado complejo de apartamentos se asemejaba a un gigantesco panal derruido, una ruinoso colmena que alojaba a los desheredados. Las farolas fundidas montaban guardia sobre los herrumbrosos vehículos de los vecinos. De los residentes que tenían empleo, la mayoría trabajaban en la cadena de montaje de la fábrica de Iron Rapids. Antes, Douglas Sands pensaba que los empleados de una empresa automovilística conducirían coches más nuevos, pero ya había rectificado. Los empleados recibían un buen suministro de coches nuevos, sí, que se apresuraban a vender fuera de la ciudad para obtener pingües beneficios. Les hacía más falta el dinero que otro coche. Preferían los modelos antiguos y baratos. En vez de pagar el seguro de accidentes, pagaban el alquiler o compraban comestibles, o ropa para sus hijos. Ése era el motivo por el que las calles de Iron Rapids estaban atestadas de montones destartados y abandonados de acero, caucho y vinilo.

«Parásitos», pensó Sands. Parásitos que se alimentaban de la generosidad de la empresa. Si no empezaran a tener hijos antes de cumplir los quince, o si permanecieran casados —«*si se casaran*»— cuando lo hacían, o si terminaran sus estudios, tal vez fueran capaces de mantener una familia. «*Nadie te da nada gratis*». Nadie le había dado nada gratis a Douglas; había llegado hasta donde estaba a fuerza de trabajar.

No se habría estancado en ese lugar de no ser por Melanie. ¿Cuántas veces la había animado a mudarse, incluso se había ofrecido a pagarle el alquiler en cualquier otra parte? Pero ella estaba decidida a ser independiente. En teoría, eso no tenía nada de malo, pero a Douglas le dolía que no fuera capaz de salir de aquel atolladero.

El edificio vecino al de Melanie estaba desocupado en aquellos momentos. Hacía varios meses que se había desplomado un balcón. Algunas personas habían resultado muertas o heridas; Sands no recordaba todos los detalles. Poco después se había llevado a cabo una inspección, aparentemente tardía, y la estructura al completo había sido declarada en mal estado. Desde entonces no había vuelto a suceder nada; nada salvo que los inquilinos habían sido desalojados y obligados a pedir albergue a sus familiares, o tal vez a alquilar cualquiera de las cochambrosas chabolas que se levantaban cerca del río. Allí seguía la lona azul claveteada que cubría el boquete donde se había desprendido un juego de puertas correderas junto al balcón siniestrado. Se habían cegado con tablas las ventanas más bajas del edificio, pero los vándalos habían puesto a prueba sus brazos —y sus gatillos— y habían conseguido romper varias de las ventanas más altas. El complejo había sido el parto del ingenio de los ingenieros sociales de la Gran Sociedad. Treinta años más tarde, asfixiado por el crimen, las drogas y la pobreza, el proyecto de urbanización se había privatizado; por lo que ahora los habitantes, al igual que las instalaciones, se sustentaban y

languidecían por sus propios medios, y no a costa del erario.

«¿Por qué demonios se queda aquí?», se preguntó Sands.

Al fin encontró una plaza de aparcamiento relativamente próxima a una de las pocas farolas que funcionaba. Su reluciente vehículo último modelo destacaba en medio de los abollados coches con sus paneles de colores primarios. Cuando pisó la calle, la apelmazada y mugrienta nieve crujió bajo sus pies igual que un puñado de huesos. Pese a llevar puesta la gabardina, Sands se sintió fuera de lugar con las perneras de sus pantalones y los zapatos de vestir aún visibles. Era casi un milagro que no le hubieran atracado por el camino, o que no le hubieran destrozado el coche. De momento, por lo menos. Miró en rededor, sintiéndose igual que un ciervo iluminado por un foco bajo la solitaria farola. Un escalofrío recorrió su espalda; los diminutos cabellos de su nuca se atiesaron. Se aferró con más fuerza al cuello de su abrigo, ajustó mejor la bufanda.

El aparcamiento era una traicionera pista de hielo, con la nieve derretida y vuelta a congelar convertida en una masa gris prensada por incontables neumáticos. Los zapatos de Sands estaban diseñados para caminar sobre parqué y no le conferían adherencia alguna. Extendió las manos enguantadas para ayudarse a conservar el equilibrio y empezó a caminar por aquel páramo glacial; lo habría conseguido sin mayores problemas, de no haber sido por el coche.

Los faros barrieron la curva del aparcamiento, describiendo una trayectoria errática. Los neumáticos intentaron, sin suerte, aferrarse al hielo. El coche patinó hacia el exterior de la curva, compensó, resbaló en dirección contraria. El motor rugía, las ruedas giraban más deprisa de lo que avanzaba el vehículo... que seguía siendo demasiado deprisa en aquellas condiciones. Sands no estaba seguro de que el conductor le hubiera visto patinando con dificultad por el aparcamiento, pero lo cierto era que el coche no se detuvo. Se abalanzó sobre él, una masa de acero, luces cegadoras y bajo atronador.

Sands aceleró el paso y sintió cómo le abandonaba su precario equilibrio. Sus pies dejaron de estar debajo de él. Se encorvó, intentando frenar la caída, y sintió la familiar punzada en la espalda. Se apoyó en un contenedor de basura saturado en el momento en que el coche pasaba rugiendo junto a él, con los neumáticos girando enloquecidos y patinando sin rumbo sobre el hielo.

Permaneció allí durante algunos segundos, apoyándose contra el contenedor, sin querer dejarse caer y ensuciarse las rodillas de los pantalones, pero incapaz de erguirse por culpa del dolor que irradiaba de la parte inferior de su espalda. El metal de color verde del contenedor le transmitía su frío a través de los guantes de conducir. El hedor de la basura abandonada, unido a su dolor de espalda, comenzó a revolverle el estómago.

Procurando contener la respiración, Sands se agarró con fuerza al metal. Se

impulsó despacio, deslizando los pies bajo su cuerpo. Unas insoportables punzadas le acribillaron la espalda y descendieron por sus piernas cuando hubo recuperado el equilibrio. Al volver a sostener su propio peso, no pudo evitar soltar el aliento, y cuando inhaló de nuevo, le asaltó el grasiento y penetrante tufo de los desperdicios. Alzó la mano para taparse la nariz y la boca, para descubrir que tenía los guantes recubiertos de una especie de sustancia pegajosa que impregnaba el costado del contenedor. Se quedó mirándose las palmas por un momento, antes de quitarse los guantes y tirarlos al contenedor, asqueado. La brusquedad del movimiento le costó otro espolonazo de dolor. Los guantes aterrizaron en medio de las bolsas, las cajas y los andrajosos colchones que formaban un contrafuerte desparramado bajo la abertura del sobrecargado contenedor.

Maldiciendo entre dientes, Sands pugnó por llegar a la escalera. No podía caminar erguido, y con cada paso que daba, el dolor golpeaba como un relámpago que le recorriera la espalda. Las escaleras individuales eran lo bastante altas, y tuvo que levantar el pie lo suficiente, como para que dudara de ser capaz de soportar la atroz agonía que suponía cada paso hasta llegar al tercer piso. Sin los guantes, su mano no tardó en congelarse contra la barandilla de metal. Tras perder un trozo de piel, logró tirar de la manga de su abrigo lo suficiente como para poder apoyarse; era la única manera de subir aquellas escaleras. La peste a putrefacción seguía adherida a él, como si se hubiera infiltrado en su interior y supurara ahora a través de sus poros, intentando que vomitara por todos los medios.

La techumbre que coronaba la escalera actuaba como cañón de viento; una ráfaga impulsó a Douglas por la oscura cavidad más deprisa de lo que podía moverse con comodidad. El santuario ya estaba tan cerca. Esperaba que Melanie se diera cuenta exactamente de lo que había tenido que soportar por ella; lo que estaba claro era que tenía intención de decírselo. ¡Por si fuera poco que hubiera tenido que aventurarse en aquel pozo infecto, un conductor psicópata había intentado atropellarlo!

Cuando Sands asió la aldaba de bronce de imitación de la puerta de Melanie, el metal se zafó de sus dedos. La tosca cabeza de león, encima de los números inscritos «666», abrió las fauces, como si se tratara de una aparición dickensiana, como si quisiera rugir, como si quisiera *morder*. Sands retiró la mano de golpe...

Y no pasó nada. Nada inusual. El león de bronce de imitación aguardaba pacientemente con la anilla de la aldaba sujeta entre los dientes. Nada de «666», tan sólo el número del apartamento «3031». Sands se quedó mirando la aldaba. Se esforzó por respirar más despacio y se humedeció los labios, fríos y secos.

—¿Qué demonios...? —susurró.

El vaho de sus palabras escapó en dirección al cielo oscurecido. Sentía las piernas débiles, y su estómago bullía igual que una olla de aceite hirviendo. Su espalda... su espalda tenía la culpa, se dijo. Llamó a la puerta, al fin, sin fuerzas, y se sintió

inmensamente aliviado cuando le recibieron la calidez y la seguridad del interior.

Capítulo dos

Julia no podía soportar la casa durante el día, por lo que había esperado a que se hiciera de noche. Se dio cuenta de que resultaba extraño, porque era de noche cuando había ocurrido.

Se quedó en la curva durante bastante rato. Junto al coche. Mientras el coche estuviera a pocos pasos de distancia, siempre podría entrar en él de un salto y marcharse. Luchó contra ese impulso todo el tiempo que permaneció allí.

La casa era muy parecida a casi todas las demás de aquella subdivisión: revestimiento de vinilo blanco, con un garaje de ladrillo de cara a la calle; una canasta de baloncesto encima de la puerta del garaje; unos cuantos rastros enterrados en la nieve en la base del porche; macetas colgantes, hogar de plantas muertas y arrugadas. La enredadera y las flores de los maceteros probablemente se había marchitado mucho antes de que llegaran las nieves, durante el verano, tal vez incluso en primavera. A David no se le habría ocurrido regarlas. Sólo quedaban los tallos marrones y un puñado de hojas secas. No había ninguna luz encendida dentro de la casa.

Al cabo, Julia Barnes se alejó de su coche. Dio un paso, luego otro, hasta el camino de entrada. Se detuvo. Bloque abajo, la puerta de un coche se cerró de golpe. Alguien reía, charlaba. Un adolescente, un padre, de regreso a casa procedente de alguna parte. ¿Podían verla? Le parecía que no. O si lo hacían, no prestaban atención. Transcurrieron algunos segundos más —menos de un minuto a lo sumo de animada conversación— y luego se cerró otra puerta y desaparecieron, como si nunca hubieran estado allí. Julia le pidió a Dios que ella hubiera tenido algún vecino ruidoso, sólo uno, alguien con la cara pegada a la ventana de la cocina, sin perderse detalle de las personas que iban o venían. Así Julia podría conocer la verdad. Pero todas las familias se guarecían en sus cálidos bunkers de vinilo, ladrillo y aislamiento en las ventanas, con el televisor —o los distintos televisores, uno en cada habitación— como única ventana al mundo exterior. Pero no a la realidad.

Reanudó el camino. Esta vez logró cruzar todo el sendero, subir los tres escalones, pero sintió cómo la abandonaban las fuerzas ante la puerta principal. Cuando dejaba de moverse, la inercia se adueñaba de su cuerpo. La llave, en el bolsillo de su parka, parecía algo muy lejano. La capucha del abrigo descansaba sobre su espalda; tenía entumecidas las orejas y la nariz. La cinta policial que había precintado la puerta hacía mucho que había desaparecido.

¿Cómo podía haber estado tan segura la policía? ¿Cómo podía haber estado tan «equivocada»?

Inhaló hondo, cogió la llave de su bolsillo, abrió la cerradura, abrió la puerta... Se encontró delante del oscuro recibidor en el porche. Una nube de la nieve más ligera y

pulverizada siguió a la ráfaga a través de la puerta abierta. Vacilante, Julia la siguió a su vez.

La oscuridad y el silencio eran sobrecogedores. No parecía su casa. La tensión de su cuerpo hacía que le dolieran la cara, los dedos y las rodillas. Tenía que hacer pis. Hacía menos de un año que se había marchado, pero cuando encendió la luz, seguía esperando que apareciera alguien, que le recriminaran su intrusión. Pero lo único que había era el tenue zumbido de la calefacción, que había encendido el corredor de fincas para evitar que se congelaran las tuberías. Dejó abierta la puerta del baño mientras orinaba. El intenso vacío de la casa le producía congoja. No estaba bien, encontrarse tan sola en un lugar que había estado tan lleno de risas y felicidad en el pasado... aunque no al final.

Pero Timothy no había tenido la culpa de nada de eso; había sido culpa suya, y puede que de David, pero no de Timothy. ¿Cómo iba a saber la joven pareja que formarían David y ella hacía tan sólo unos cuantos años la tensión a la que iba a someter un niño a su relación, tan firme en apariencia? ¿Cómo iban a saber que, cuando empezaran a ocuparse de verdad de otra persona, del adorable Timothy, el amor que sentían el uno por el otro se tornaría insignificante y estéril? Se suponía que un hijo era la culminación del matrimonio; era cierto para la mayoría de la gente. El que no hubiera sido así para ellos no era culpa de Timothy. Al final, había sido ella la que había encontrado trabajo en otra parte, en el este; era ella la que se había marchado, la que había accedido a dejar atrás a su pequeño, para que éste pudiera quedarse cerca de sus abuelos. Qué excusa más patética. Ninguno de los amigos de Julia lo había entendido... o puede que sí, que lo hubieran entendido mejor incluso que la propia Julia. Ella no había querido creer que pudiera ser tan cruel, que elegiría una vida de soltera y la libertad que ésta conlleva antes que la maternidad por cualquier motivo salvo por el menos interesado, el bienestar de Timothy. No hasta que se había producido la catástrofe y ella había descubierto que no era más que una cáscara vacía, a cientos de kilómetros de su hogar.

De pie en la casa vacía, se preguntó qué podría haber ocurrido aquella noche. Le costaba creer que David hubiera comenzado a pensar en el suicidio tras su separación; no era proclive a guardárselo dentro, a sufrir en silencio y deprimirse. Julia hizo un mohín al pensar aquello, al comprender la crítica que llevaba implícita, pero sabía que tenía razón; incluso David se mostraría de acuerdo. Si siguiera con vida.

Llegó a la sala de estar. Sus movimientos eran vacilantes, como si estuviera asomándose a la vida de otra persona, de una desconocida; los libros y las fotos de las estanterías parecían extrañas. Subió las escaleras a oscuras, sin encender más luces por el extraño miedo a que los vecinos las vieran y llamaran a la policía. Pero los vecinos no verían nada. Como no habían visto nada.

Se asomó al dormitorio principal, su antigua habitación, de David y ella, donde habían concebido a Timothy. Allí era donde había ocurrido... donde David se había pegado un tiro. La alfombra y el edredón eran nuevos; el corredor de fincas debía de haberse ocupado de eso.

La siguiente puerta constituía un reto aún mayor; había sido el cuarto de juegos, y luego la habitación de Timothy cuando, en algún momento, había experimentado esa ambigua transición porque ya era demasiado mayor como para dormir en un cuarto de juegos. Por difícil de creer que fuera el que David se hubiera quitado la vida, lo que Julia no lograba imaginar ni por un segundo era la conclusión a la que había llegado la policía: que Timothy había descubierto el cadáver de su padre y había huido. Timothy no había sido nunca un niño particularmente aventurero ni valiente. «Tímido» sería una descripción más exacta. Cuando aún era un bebé, ella le había mantenido lejos de las escaleras dejando la aspiradora al pie de las mismas. La máquina le inspiraba tal pavor que huía corriendo y gritando en cuanto la veía. ¿Era ése un niño capaz de escaparse y subsistir por sus propios medios? ¿Con la casa de sus abuelos a escasos bloques de distancia?

La policía sospechaba también que el muchacho se habría visto metido en problemas tras abandonar la casa; puede que lo hubieran secuestrado en la calle. Pero sus pesquisas se habían limitado a lo convencional, lo mundano. ¿Cómo podía hablarles Julia de los otros peligros, los peligros que sabía que debían de haber conspirado para privarle del marido del que vivía separada y de su único hijo? Habría pasado el resto de sus días en un manicomio. Así las cosas, había conocido a otras personas que tal vez pudieran ayudarla a encontrar a Timothy. Si es que aún no era demasiado tarde.

—Ojalá hubiera estado aquí... —Se desplomó de rodillas junto a la estrecha cama gemela en la que solía dormir Timothy. Si hubiera estado aquí, tal vez hubiera podido evitar lo sucedido, o al menos, no se habría quedado a solas con la duda y la incertidumbre—. Ojalá hubiera estado aquí... —repitió, y las palabras desataron sus lágrimas. Se quedó sentada y llorando hasta altas horas de la noche, sola en la casa vacía.

Capítulo tres

Douglas consiguió quitarse el abrigo a duras penas. Desvestirse habría sido un suplicio de no ser por la solicitud de Melanie, que le ayudó a desprenderse de la chaqueta y la colgó pulcramente en el respaldo de una silla. Tenía que haberse dado cuenta, en cuanto hubo abierto la puerta, a juzgar por la expresión de Douglas y el extraño modo en que se conducía, de que algo iba mal. Si reparó en el hedor del contenedor de basura, no dijo nada ni arrugó siquiera su naricilla respingona.

—Tienes pinta de necesitar un trago —dijo, mientras le conducía hasta el sillón.

—Una cerveza me vendría de perlas. —Sands sonaba más lastimero de lo que pretendía, como le indicó la franca mirada de compasión que le dedicó Melanie. No podía quitarse de la cabeza lo que había visto, lo que *no podía* haber visto: la aldaba de la puerta abriendo la boca para morderle. Eso, la náusea, y su espalda, se sobran para desconsolarle. Sentarse alivió un tanto su dolor de espalda, pero tampoco era del todo cómodo, y cualquier intento por cambiar de postura generaba renovadas punzadas de dolor.

Melanie abrió la puerta del frigorífico.

—¿Qué tal un vino frío?

—¿No tienes otra cosa?

—Tengo... vino frío.

Douglas exhaló un sonoro suspiro.

—Dios santo. Está bien.

Sin que se lo pidiera, le ayudó a reclinarsse en el sofá, levantándole los pies, y luego le quitó con cuidado los zapatos y los calcetines. Douglas había llegado a un punto en el que no habría podido alcanzarse los zapatos, por no hablar de desatar los cordones y quitárselos, pero mientras ella les sacudía la nieve y los dejaba junto al radiador para que se caldearan, lo que más le preocupaba era el maloliente brebaje embotellado de kiwi con algo que le había dado. Con el primer sorbo, sintió cómo se le revolvía de nuevo el estómago y se le subía la bilis a la garganta.

—*Agh*. Esto es peor que la basura.

—¿Qué? —Melanie se sentó en el borde del sofá y comenzó a acariciarle el cabello. Le gustaba buscar las primeras canas que habían empezado a surgir. El hecho de que estuviera encaneciendo a los cuarenta y seis no era algo que a Sands le gustara que le recordasen, y le apartó la mano más de una vez, irritado.

—¿Qué clase de infierno es éste en el que vives? Música rap y vino frío.

—Yo no toco rap.

—No lo tocarás, pero bien que lo escuchas. —Lo cierto era que el atronador bajo de la música de uno de los vecinos provocaba que el suelo vibrara ligeramente. Para ella no era más que ruido de fondo. Así era como le gustaba vivir mientras se pagaba

el instituto de la comunidad, en lugar de aceptar la oferta de Sands de ponerla en otro sitio. Desearía que ella hubiera accedido, aunque sólo fuera para no tener que volver más a aquel agujero.

—¿Para eso has venido? —preguntó Melanie, aflojándole la corbata—. ¿Para escuchar música?

Sands soltó una risa despectiva.

—Sí, justo.

La mano de Melanie se apoyó en su pecho y luego en su estómago, no del todo firme, siguiendo la línea de los botones hasta la cintura.

—Esta noche trabajas hasta muy tarde. —Comenzó a desabrocharle el cinturón, pero entonces reparó en su mano—. Estás *sangrando*.

Había un reguero de sangre donde se había desgarrado la piel, pegada a la barandilla metálica a causa del frío.

—Sí, la aldaba de tu puerta me ha mordido. —Se sintió como un estúpido incluso antes de acabar de decirlo. ¿Qué esperaba, que ella le confirmara lo que había visto? «*Ya, lo hace a veces. Tienes que andarte con cuidado*».

Pero ella se limitó a mirarle extrañada y a dejarle cuestionándose su cordura mientras desaparecía en busca de vendas, peróxido de hidrógeno^[1] y una botella de ibuprofeno. Le curó las heridas y le dio un vaso de agua cuando él rehusó tomarse el ibuprofeno con el mejunje con sabor a kiwi. Sólo cuando se hubo ocupado de todo aquello terminó de desabrocharle el cinturón.

—¿De qué estábamos hablando?

—Decías que trabajo muy duro.

—Me parece que dije «*hasta muy tarde*», pero ahora que mencionas eso de duro...

Introdujo la mano bajo la cintura de sus pantalones.

Douglas Sands no venía a este lugar olvidado de Dios por la música, ni por la conversación, ni siquiera por el amor ni la compañía. Venía para ver desnuda a Melanie. El sexo era una bonita gratificación —esa noche, tras ayudarle hábilmente a quitarse la ropa antes de desvestirse también ella, se puso encima y lo montó con una intensidad que bien valía la leve sobrecarga de su espalda— pero lo más gratificante venía después. El sexo vigorizaba a Melanie. No era de las que se quedaba rendida con la cabeza apoyada en el pecho de Douglas; recorría el apartamento desnuda mientras iba a buscar algo para beber, y parloteaba sin cesar de sus sueños para el futuro, del momento en que ambos podrían estar juntos. Sands fingía interés, pero sobre todo la observaba.

Melanie estaba atractiva con ropa de calle, pero no extraordinaria. Desnuda, no obstante, su pequeño y grácil cuerpo adquiría una exuberancia desproporcionada para su tamaño. El cabello le llegaba casi hasta los hombros y lo tenía constantemente en

la cara. Tenía los hombros fuertes, no huesudos; sus pechos, poco más grandes que la mano, eran tentadores y coquetos, y poseían una elasticidad agradablemente firme. El estómago y las piernas eran firmes, pero no musculosas. Sus caderas estaban generosamente curvadas. Se había acostumbrado a hablar a menudo de su deseo por tener hijos; había llegado a sugerir incluso que Douglas y ella deberían formar una familia algún día, pero su pétreo silencio la había acobardado, y no había vuelto a mentar a los niños desde entonces.

Del mismo modo que el sexo vivificaba a Melanie, Douglas se sentía veinte años más joven observándola. Le gustaba quedarse allí tumbado y mirar mientras ella se paseaba y charlaba, sin tapar su cuerpo, completamente a gusto con su desnudez. Su absoluta ausencia de tapujos absolvía a Sands de la preocupación —y arrepentimiento— por su propio cuerpo envejecido. Para Melanie, la vida era un espectro de miles de posibilidades; todavía tenía que experimentar las dificultades que abrumaban a Sands con tanta tenacidad; al observarla, compartía sus sueños. No del modo en que se le ocurriría a ella. Él sabía que jamás podría formar parte del futuro a largo plazo de Melanie; nunca tendrían hijos, ni se casarían. Pero sus sueños eran tan intensos que Douglas podía perderse en esa *intensidad*, ya que no en los sueños en sí. Durante algunas horas, atrapado por la efusiva ambición de Melanie, podía sentirse joven y vivo. Su cansina vida normal no tardaría en darle alcance.

Se despertó al oír la ducha. El que el sonido que oía lo produjera el agua corriente tras la puerta cerrada del cuarto de baño fue algo que tardó en imprimirse en su agotada cabeza. Su primera y somnolienta sensación fue de cierta frustración porque Melanie volvería a estar vestida cuando saliera. Con el siguiente aliento, comprendió en toda su magnitud el hecho de que se había quedado dormido...

Se despejó de inmediato y se incorporó de un salto... o casi de un salto, antes de que su mente consciente recordara que se había lastimado la espalda. Era sencillo acordarse —inevitable, en realidad— cuando un relámpago te recorría la espalda y te dejaba postrado en el suelo, no sin antes haberte golpeado la cabeza contra la mesa de café por el camino. Yació desnudo y jadeante durante un minuto, con los ojos apretados con fuerza a causa del dolor. Para cuando hubo conseguido incorporarse y llegar hasta el sofá y a continuación, con gran dificultad, vestirse, la ducha se había cerrado. Pero no tenía tiempo para esperar a Melanie. Incapaz de enderezarse por completo de cintura para arriba, Sands rastreó el apartamento en busca de un trozo de papel para dejar una nota. No encontró nada que se mereciera su aprobación a mano, por lo que cruzó el vestíbulo en dirección al dormitorio de Melanie. Montones de ropa, pero nada de papel. Miró el reloj de soslayo; eran más de las doce la noche. *Dios santo.*

Pensando que el único desastre que podría ocurrir ahora era que alguien le robara

el coche, se acercó a la ventana y abrió las baratas cortinas de Melanie con dos dedos. Le complació ver que parecía que el coche estaba bien, pero cuando se daba la vuelta, algo le llamó la atención: una figura, no en el aparcamiento, sino en uno de los balcones junto a la lona azul del otro lado de la calle, el edificio desahuciado.

Se detuvo y volvió a mirar entre las persianas. Nada. Había nieve en los balcones que rodeaban la lona, pero ninguna silueta ominosa. Se quedó observando aquel punto un buen rato, esperando ver algún tipo de movimiento. Pero las sombras oscilantes que pudo ver pertenecían a los árboles cargados de hielo y nieve que se mecían al viento.

—Habría sido un reflejo —se dijo. Las luces de algún coche, reflejadas en la nieve, o en la lona. Pero la forma que había visto, que le había parecido ver, no era un destello fugaz. Era oscura y de alguna manera, le parecía, siniestra. Se burló de las fantasías de su mente agotada. El exceso de trabajo y el dolor. Eso era todo. El dolor que sentía en la espalda era casi peor que una migraña; a veces veía manchas, y podía volverle susceptible—. No es nada más que eso.

—¿Qué haces aquí dentro farfullando a oscuras?

Se sobresaltó al oír la voz de Melanie a su espalda. Cerró las persianas y, de nuevo, se lastimó la espalda al girarse. Se zafó de los intentos de la mujer por mitigar su dolor.

—No deberías haber permitido que me durmiera —le espetó—. Es tarde. Tengo que irme.

—¿No te puedes quedar un poquito más?

—No. —Bruscamente, añadió—: Tengo que volver a casa con mi *esposa*. — Cruzó el vestíbulo con dificultad, se peleó con su gabardina, y se detuvo en la puerta. Melanie no había salido del dormitorio. Sabía que le había hecho daño... pero, demonios, su esposa era algo real, no los meros sueños infantiles de una cría—. Dile a tu casero que eche más sal en el aparcamiento.

Dejó que la puerta se cerrara de golpe a su paso.

Capítulo cuatro

Douglas se sentó en el coche con la cabeza desplomada contra el reposacabezas durante varios minutos después de que la puerta del garaje se hubiera cerrado tras él. El reloj del salpicadero marcaba la 1:16 AM. Había llegado a un frágil acuerdo con su espalda: Él no se movería, y ella sólo le dolería la mitad. Pero ahora le palpitaba la cabeza donde se había golpeado contra la mesa de café. Sentía cómo se estaba formando un chichón a escasos centímetros por encima de su ojo derecho.

La calefacción estaba al máximo —la había subido en un intento por calentarse los dedos después de haber tirado los guantes— y ahora hacía tanto calor dentro del coche que le costaba respirar. Al cabo, apagó el motor; tal vez estuviera cansado y dolorido, pero eso no significaba que quisiera suicidarse. De forma algo perversa, casi daba gracias por el dolor. Refunfuñar para sí y regodearse en sus desdichas le ayudaba a no pensar en asuntos más perturbadores, en visiones imposibles, vistas y no vistas, el león y el hombre al acecho. Toda la noche había sido una mezcla surrealista de lo doloroso y lo infame: la temeraria imprudencia del conductor en el aparcamiento, la hediondez de la basura se había adherido tenazmente a Sands (aunque sin duda Melanie lo habría mencionado si hubiera sido tan horrible). La familiaridad del hogar sería un consuelo.

Dentro, la casa estaba a oscuras. Faye no había dejado ninguna luz encendida, ni Douglas las necesitaba. El fulgor verde del reloj del microondas le ayudó a cruzar la cocina. El comedor y la sala de estar, aun con las cortinas cerradas, recibían la suficiente luz ambiental de las farolas como para que pudiera avanzar sin problemas. Bregó por un momento para quitarse el abrigo y lo dejó encima del sillón reclinable. El vestíbulo trasero estaba muy oscuro, pero también era corto y recto. Abrió la puerta del dormitorio con cuidado, para no despertar a Faye, pero se despertó de todos modos. Era siempre igual: Él intentaba no hacer ruido, para evitar sus preguntas, y ella lo echaba todo a perder y se despertaba. Siempre. Sólo por fastidiarle.

—¿Trabajando hasta tarde? ¿Qué hora es? —No parecía *demasiado* despierta; su voz era áspera, pastosa.

—Vuelve a dormirte. —Intentó sonar tranquilo y conciliador, pero las palabras brotaban carentes de emoción.

—¿No coge nadie el teléfono en tu oficina? —Estaba empezando a darse la vuelta. Si se sentaba y seguía hablando, Douglas sabía que le costaría acallar su interrogatorio.

—Para eso está el buzón de voz. Voy a darme una ducha. —Se dirigió directamente al cuarto de baño, sin detenerse.

—Pero hay que comprobar el buzón de voz, o no servirá de nada —dijo cuando él

cerró la puerta y encendió la luz y el ventilador.

Tenía razón. Debería haber comprobado su buzón de voz y haberle dicho que iba a llegar tarde —que iba a quedarse trabajando hasta tarde— antes de visitar a Melanie. Douglas no conseguía decidir si Faye lo sabía. Nunca le había preguntado acerca de otras mujeres; sus preguntas, como esa noche, siempre parecían inocentes. ¿Sería producto de su imaginación el tono de suspicacia? ¿O su conciencia culpable? «*Por lo menos debe de sospechar algo*», pensó. Probablemente las señales de su aventura eran cosas que ella veía, pero se negaba a reconocer.

La Faye con la que se había casado hacía veinticinco años lo habría sabido. Pero claro, el Douglas de hacía veinticinco años no andaría acostándose con otra. Antes eran distintos. La Faye con la que se había casado era ambiciosa, decidida. «*Sigue siéndolo*», pensó mientras se desnudaba despacio, con cuidado de no forzar la espalda, y colgaba el traje en una percha en la puerta. «*No puede ser que sólo haya cambiado yo*». Lo que les había ocurrido no podía ser sólo culpa suya. También ella había cambiado. Hace veinticinco años, Faye siempre mantenía los ojos abiertos. Ella se habría dado cuenta. Se habría preocupado lo suficiente para enterarse. No es que Douglas estuviera acostándose con Melanie con la esperanza de que le pillaran. No era ningún adolescente revoltoso que prefiriera llamar la atención de forma negativa antes que no obtener ninguna atención. Ese no era el caso. Faye había cambiado. Algo había muerto en su interior, y hacía diez años que ambos seguían caminos cada vez más divergentes, hasta que había llegado un momento en que la distancia que los separaba era mayor de lo que Douglas hubiera creído posible. «*Y sigue sin darse cuenta*». Tanto si no lo veía como si quería verlo, lo cierto era que daba igual.

El agua caliente de la ducha suponía un merecido alivio. Douglas no se había refugiado aquí tan sólo para eludir las preguntas de Faye. El vapor y el calor mitigaban el martilleo que crecía, al igual que el chichón, por encima de su ojo derecho. La sangre regresó a sus dedos, y su espalda comenzó a relajarse lentamente. Moviéndose con cuidado y utilizando jabón en abundancia, se frotó a conciencia. Al fin se sintió libre del hedor del contenedor, y también debía librarse del olor a sexo; no estaría bien meterse en la cama con su mujer, oliendo a Melanie. Ése era el motivo por el que se duchaba a menudo después de una larga noche «en la oficina».

Para cuando Douglas hubo terminado, tomado otro puñado de ibuprofeno, y preparado para acostarse, Faye dormía como un tronco. Se metió en la cama, a su lado, con movimientos rígidos, temiéndose que su agarrotamiento pudiera despertarla, pero ella apenas se agitó. El dormitorio estaba muy oscuro tras la brillante iluminación del cuarto de baño. Durante un buen rato, yació envarado, escuchando la respiración de Faye. Cuando dormía profundamente, solía roncar un poco; un sonido bajo y delicado que a Douglas siempre le había parecido entrañable. Esa noche parecía un recuerdo inconsciente de la Faye de la que se había

enamorado... la Faye a la que estaba engañando.

Pese al agotamiento, Douglas no conseguía dormir. La espalda no le dolía tanto tras la ducha, pero seguía sintiendo un agudo pinchazo casi con cualquier movimiento. Así, intentó permanecer inmóvil —sin querer despertar a Faye— prisionero en su propia cama. Podía cerrar los ojos legañosos y fingir, *intentar*, pero no conseguía engañar al sueño para que acudiera a él. Escuchó la suave respiración de su esposa, intentó permitir que el ritmo pausado ralentizará los latidos de su corazón; cuando falló eso, intentó aislar los sonidos que emitía Faye, para colocarse en una vaina de vacío sensorial. De nuevo, en vano. Cada vez que miraba el reloj de la mesilla, deseaba no haberlo hecho. Lo que se le antojaban horas no eran sino minutos, aunque también las horas comenzaron a discurrir poco a poco.

Al cabo, agitado por su fracaso, se levantó y anduvo a oscuras. El lóbrego silencio de la casa le oprimía, le constreñía y le asfixiaba, parecido al bochorno que había padecido antes en el coche. En el comedor, se sirvió un gran vaso de güisqui, dio un sorbo, y luego engulló un buen trago. Sofocó una tos, pero la tirantez de su pecho se alivió un poco. Volvía a respirar con más facilidad.

En el exterior, el viento había arreciado de nuevo y gemía al doblar la esquina de la casa. Douglas renqueó hasta la sala de estar. En la oscuridad, aquellos pensamientos imposibles le asaltaron de nuevo: el león, el hombre que acechaba. Dio otro trago de güisqui. Aguantando la respiración, apartó con cuidado la cortina de una de las puertaventanas. Pues claro que no se veía más que la piscina cubierta de nieve, se dijo. Esas otras cosas eran imposibles. No las había visto antes; no iba a verlas ahora. Se regañó mentalmente y probó otro sorbo. El viento lanzaba nieve en polvo desde el tejado y transformaba el patio de Sands en la típica escena de una de esas bolas de cristal que se agitaban. Sin embargo, a Douglas no le apetecía ver el mundo agitado en esos momentos. Se acomodó en el reclinatorio con mucho cuidado. Tal vez el güisqui, y el estar lejos de Faye, le ayudaran a conciliar el sueño.

Se le cerraron los ojos, como dotados de vida propia, y se concentró tan sólo en el cálido reguero de fuego líquido en su pecho. Proyectó el alcohol hacia su espalda, su cabeza, su mano, a todos sus nervios desquiciados. Dio otro trago largo; el reguero de fuego se avivó. Estaba demasiado cansado para seguir pensando. Retuvo la atención en el calor que se extendía desde su pecho, en eso y en nada más. Durante algunos momentos, no hubo Faye, ni Melanie, ni trabajo que le esperara mañana por la mañana... *esa* mañana; faltaba poco para que amaneciera.

Se despertó sobresaltado. Echó un rápido vistazo a su alrededor. Pisadas. Había oído pisadas. ¿O estaba soñando? Por fin se había amodorrado, pero su mente no pensaba dejarle dormir. Se quedó sentado e inmóvil, a la escucha. No había señales de Faye. Una respiración. Por un momento, Douglas estuvo seguro de haber oído también a alguien respirando. Unas pisadas y una respiración.

Cogió el vaso. Quedaba menos güisqui del que le hubiera gustado, pero estaba demasiado derrengado como para ir en busca de más. Apuró el resto. «*Malditos sueños*», pensó. No podía descansar ni siquiera cuando se dormía. Había estado pensando en la respiración de Faye —«*esos malditos ronquidos*»— y la idea se había colado en sus sueños. Faye y sus malditas preguntas le asediaban despierto y dormido.

Pero un persistente recuerdo inalcanzable preocupaba a Douglas, le decía que la respiración que había oído no se parecía a los suaves ronquidos de su esposa, como tampoco eran suyas las imaginarias pisadas.

Al final, el salón repleto de sombras no le proporcionaba más solaz que su dormitorio plagado de preguntas. En la oscuridad, la negra pantalla del televisor le escrutaba como si se tratara de algún tipo de tecnología alienígena; las fotos de su hijo sonriendo, siempre sonriendo, custodiaban el insomnio de Douglas; y el viento, cargado de remolinos de nieve, le llamaba: «*Papá*», decía. «*Papá...*» alejándose igual que se escurría el agua por el fregadero cuando creía que lo oía con claridad. Fingió que no lo oía, que no reconocía aquella voz perturbadora y familiar. Los remordimientos y el licor, éstos eran los culpables. Unas cuantas horas de sueño le despejarían la cabeza, pero esa noche no iba a encontrar descanso.

Al cabo, Sands se levantó para rellenar el vaso, y luego otra vez. Pero el sueño intranquilo no le llegó hasta que hubo salido el sol y hubo dejado de soplar el viento. Incluso entonces, durmió a intervalos. Se fingió profundamente dormido cuando oyó a Faye desperezándose, preparándose para un día de trabajo y actividad frenética. Cuando se hubo marchado, llamó a la oficina para comunicarles que no iba a ir a trabajar ese día, y luego se arrastró, acartonado y abatido, hasta la cama vacía.

Capítulo cinco

—¿No estás de acuerdo, Douglas?

Sands regresó de golpe al aquí y ahora, pero su mente tardó algunos segundos en cambiar de marcha. De un tiempo a esta parte, parecía que a menudo se quedara unos cuantos pasos atrás, distantes sus pensamientos. Habían transcurrido casi dos semanas desde la noche en que había salido renqueando del apartamento de Melanie y hubiera oído la voz en el viento. Ésa había sido la primera vez, pero no la última. La había vuelto a oír todas las noches a partir de aquélla. Despierto o dormido, sobrio o borracho, *con viento o sin él...* esa voz pequeña y suplicante le llamaba todas las noches. *Pa-pá.*

Pero ahora estaba en la oficina, en Iron Rapids Manufacturing, y la única voz que le llamaba era la de Caroline Bishop.

—¿Douglas? ¿Estás aquí?

—Me... —Echó un vistazo al informe que tenía ante sí sobre la mesa de reuniones, luego a los papeles que había delante de Caroline y Albert, y le alivió comprobar que estaba en la página correcta, al menos—. Me he perdido con ese último gráfico. Caroline.

Caroline frunció el ceño. Era una menuda mujer negra con los brazos tan delgados que prácticamente se veían los huesos bajo la piel. Pero era fuerte, dura como el hierro, después de criar y educar a cuatro hijos, y su desaprobación pesaba tanto como la palabra del Antiguo Testamento.

—Es muy sencillo, Douglas. —Volvió a explicar el gráfico, con paciencia. Era una mujer de carácter, pero no cruel.

Sands miró a Albert Tinsley, que le dedicó un ensayado arqueamiento de cejas. Los gráficos y esquemas generados por ordenador de Caroline eran infames. Aunque se hubiera incorporado a la jerarquía de la empresa después que Sands, Caroline era el pegamento que mantenía unido al Departamento de Personal. Hija de unos aparceros de Alabama, trabajaba en IRM desde hacía más de treinta años, desde que se mudara al norte, y durante ese tiempo había vivido el sueño americano: ascenso en la línea de producción hasta la dirección, pagando al mismo tiempo la educación de sus cuatro muchachos. Cuando empezaron a imponerse los ordenadores, en lugar de venirse abajo y volverse prescindible, había abrazado la tecnología en desarrollo igual que un asmático arrojado de repente a un tanque de oxígeno puro. Había medrado y prosperado y se había transformado en una de esas personas indispensables sin las que las operaciones diarias de la oficina, sencillamente, no existirían. También había desarrollado la costumbre de crear un gráfico cuando habría bastado con una frase breve o una cita; no porque deseara airear el hecho de que podía conseguir cualquier cosa del software que desafiaba a Sands y a todos los

demás, sino porque utilizar todos los elegantes aperos de la era de la informática era ya una segunda naturaleza para ella.

—... Así que las cifras del tercer cuatrimestre deberían ser evidentes.

—Ya veo —dijo Sands—. Tienes razón. Es muy sencillo. ¿De verdad necesitábamos un gráfico para eso? —Supo al instante que no debería haberlo dicho, que eran la frustración y la falta de sueño las que hablaban por él.

—¿Perdona?

Sands intentó pronunciar una disculpa diplomática, sonar más profesional y menos patético:

—Es que detesto imaginarte perdiendo tanto tiempo con...

—Tardé treinta segundos —declaró Caroline, obviamente irritada porque se cuestionara la forma en que empleaba el tiempo.

—Oh. Eso lo explica todo —dijo Sands, con una sonrisa de desaprobación—. Estaba pensando en lo que habría tardado yo... por lo menos dos horas.

—Por lo menos dos días. —Caroline recogió sus papeles.

—¿Disculpa?

Pero Caroline se limitó a ensayar una dulce sonrisa.

—¿Necesita algo más, Sr. Sands? No querría quedarme aquí sentada cuando podría estar utilizando mi tiempo más provechosamente.

—No, no, gracias. ¿Puede cerrar la puerta cuando salga, por favor?

Así lo hizo, dejando a Sands y Albert en la sala de conferencias.

—Una inteligente retirada estratégica —dijo Albert, sonriendo—. Es verdad que no necesitábamos un gráfico para esos datos.

—Es verdad que no tardó nada. Tendría que haberme mordido la lengua. No quiero ni imaginar lo que sería de esta oficina si Caroline me cogiera manía.

—El destino sería mucho peor que la muerte. Pero ¿a ti cómo te va, Douglas? —La compostura de Albert seguía siendo natural, amigable, pero sus palabras sonaban más serias—. Pareces cansado. Se nota que *estás* cansado. —Albert era la *persona* de Personal, el que se ocupaba de realizar entrevistas, de distribuir el trabajo, de redactar los informes interdepartamentales, y de resolver conflictos. Llevaba allí casi tanto tiempo como Caroline, y donde ella era la matriarca de hierro del departamento, él era la figura razonable y conciliadora. Las apreciables arrugas en las comisuras de sus ojos y labios suavizaban sus fuertes rasgos, y una poblada barba gris ocultaba sólo parcialmente la incipiente piel flácida de su cuello y mandíbula, uno de los irrevocables regalos de la edad.

—No he dormido bien —respondió Sands, cauteloso. Observó a Albert con atención. ¿Qué diría cualquiera, por comprensivo que fuera, si Sands confesara que estaba escuchando voces? «Diría lo mismo que diría yo. Que me estoy desmoronando»—. Nada que no se solucione con una buena noche en la cama —fue

todo lo que logró decir Douglas.

Tinsley aceptó su explicación sin realizar ningún comentario. Asintió con gesto indulgente. Douglas empezó a ojear sus papeles, intentando al mismo tiempo vigilar subrepticamente a Albert. «¿Lo sabe? ¿Puede darse cuenta?» ¿Se evidenciaba de alguna manera que Sands oía cosas, que veía cosas? ¿Era ése el motivo por el que se había interesado Albert, para cazar a Sands en una mentira? ¿O sería tan sólo que Sands parecía cansado? Pasó unas cuantas páginas más y al fin encontró la que buscaba.

—Tengo que preguntarte algo acerca de Gerry —dijo Sands, cambiando de tema—. Sé que ciertos asuntos son confidenciales, y no te estoy pidiendo que me cuentes ningún detalle pero ¿me puedes decir si está cooperando? ¿Está viendo a un consejero? Eso sí puedes decírmelo, ¿no?

—¿Ha mejorado su actuación?

—No de forma exagerada. —Sands entregó a Albert el informe pertinente. El año pasado, Gerry Stafford había extraviado las nóminas electrónicas de diez empleados de IRM. *Diez*. Era una información fácil de comprobar para un nuevo empleado, asegurarse de que se hubiera introducido correctamente el número de cuenta, y era una de las muchas labores que desempeñaba Gerry sin problemas desde hacía años. Pero ahora era un problema, que se remontaba comprensiblemente a un horrible accidente de coche en el que falleció la mujer con la que Gerry llevaba casado quince años y del que él, milagrosamente, había salido indemne. Pero, así y todo, era un problema.

Tinsley estudió el informe con gesto grave.

—Sí que está viendo a un consejero, pero tardará algún tiempo.

—No te creas que no lo entiendo, créeme —dijo Sands, y Tinsley asintió—. Pero podría aprobarle una baja por enfermedad. Podría recibir más tratamiento intensivo si lo necesita.

Cuando Albert alzó los ojos de nuevo, Sands pudo leer el mudo comentario en los ojos de su compañero. «*Pero tú nunca has pedido la baja, Douglas. Tú nunca has visto a un consejero*». Pero eso había ocurrido hacía diez años, y Sands no era Gerry Stafford. Aun así, no era algo de lo que Douglas quisiera hablar, ni siquiera *evitar* hablar, con Albert Tinsley.

—Habla con él, Albert. Tenme informado. —Sands salió de la sala de reuniones un tanto bruscamente. No podía rechazar la ironía de que él estuviera recomendando tratamiento a otra persona. «¿*Oiría voces Gerry?*», se preguntó con ironía. Pero al menos Sands cumplía con su trabajo; no era él el que estaba cometiendo errores laborales. Que Tinsley metiera sus comprensivas narices en los asuntos de otro.

Prácticamente pasó como una exhalación junto a las hileras de cubículos de la oficina. Dejó atrás el escritorio de Melanie sin pronunciar palabra y cerró la puerta de

su despacho. Antes de que se hubiera acomodado en su silla, escuchó cómo llamaba a su puerta, despacio pero con firmeza, en absoluto vacilante.

—¿Sí?

Entró y cerró la puerta detrás de ella. Melanie era sumamente competente en la oficina; tenía dotes profesionales. Hoy vestía blusa y pantalones. Un delicado guardapelo colgaba de una cadena de oro en su cuello abierto; regalo de Sands las Navidades pasadas.

—Dos cosas. Primero, el Sr. Grogan ha llamado para saber si podrías jugar al tenis esta semana.

—Dile que sí, e intenta reservar la pista para nosotros.

Melanie asintió y tomó un rápido apunte.

—La segunda cosa —comenzó, colocando el capuchón al bolígrafo y sujetando el bloc contra su pecho—, es... más personal.

Douglas se revolvió en su silla. Se frotó la nuca. Ése era el tipo de situaciones violentas que podían producirse al padecer problemas de insomnio en la misma cama que tu ayudante de dirección. Había convenido desde el principio que los negocios eran los negocios, y todo lo demás quedaría al margen. Ninguno de ellos quería dejar su trabajo, y de otro modo sería demasiado extraño. No se escamoteaban para besarse en los lavabos, ni se dejaban notas en sus respectivas mesas. Hacía casi un año que funcionaba con muy pocas excepciones, como ésta.

—¿Ocurre algo malo?

Douglas volvió a revolverse.

—¿Malo? No ocurre nada... no pasa...

—Es sólo que... hace un par de semanas que no te pasas, y ya casi no me diriges la palabra en el trabajo. —No tenía los ojos húmedos; ése no era su estilo, pero estaba preocupada—. Me preguntaba si...

—No... no ocurre nada. Es sólo que... —«*Tenía demasiado miedo de regresar, miedo de lo que pudiera ver. Es una locura*»—. No he... dormido bien. Estoy cansado. Eso es todo.

Melanie le observaba como un halcón, pero consiguió no tornarse insistente. Poseía la cualidad de ser recatada y vagamente salvaje al mismo tiempo.

—¿No tiene que preparar Faye otra conferencia sobre bienes raíces? Podrías venir a casa y quedarte. Yo te ayudaría a dormir.

Le agotaría hasta que se desplomara exhausto, eso era lo que quería decir. Sands no podía fingir que no veía la fina línea de su sujetador debajo de la blusa ligeramente transparente, o la curva de sus pantalones, pero tampoco podía olvidar lo que había visto en su apartamento la última vez.

—No, no va a asistir a la conferencia de Phoenix este año.

—Denver.

—Tienes razón, Denver. No va a ir. Estará aquí por Navidad.

Aquello afectó a Melanie. Seguían sin aflorar las lágrimas, pero estaban más cerca; era evidente que le costaba mantener la compostura.

—Ya veo.

—Mañana por la noche. Iré mañana por la noche.

Melanie asintió y esbozó una débil sonrisa.

—Será mejor que llame al Sr. Grogan.

Sands permitió que se fuera y exhaló un sonoro suspiro cuando se hubo cerrado la puerta. Se pasó los dedos por el cabello. La magulladura que recibiera en la frente al golpear la mesa de café de Melanie había desaparecido, y la herida que le produjera en la mano la barandilla helada casi se había cerrado. En un esfuerzo por olvidarse de todo, se concentró en su trabajo.

Capítulo seis

Douglas Sands no recordaba haber extraído jamás una satisfacción tan pura y visceral del mero hecho de golpear una pelota verde y peluda. Tal vez no lograra dormir, tal vez no consiguiera mantener un matrimonio feliz, pero sí que podía machacar una pelota de tenis.

—Treinta a nada.

Sands envió un servicio a la T central para conseguir un *ace*. Mike Grogan hizo un débil intento por alcanzarla, pero ni siquiera se acercó a golpear el servicio, mucho menos a devolverla por encima de la red.

—Cuarenta a nada.

Con el siguiente servicio, desde la pista de saque, Sands hizo correr a Mike y subió a la red. Grogan consiguió conectar la raqueta a la bola, a duras penas, y ensayó un revés desesperado, que flotó perfectamente para que Sands la pusiera lejos de su alcance con una bolea cruzada. Juego.

—Tío, no sé qué pastillas estarás tomando para la espalda, pero quiero un frasco —dijo Mike, medio en broma, medio frustrado cuando cambiaron de campo y se tomaron un respiro—. En serio, cuando te fastidias la espalda y te tomas una semana de descanso, se supone que tienes que volver bajo de forma... y no pegando a la bola mejor que nunca.

—Hoy me siento mucho mejor. —Sands se había dado una ducha caliente y había dedicado algún tiempo a hacer estiramientos para asegurarse de que su espalda estuviera relajada y en forma antes del partido. También había renunciado a sacar por alto. Se podía sacar desde arriba sin demasiado esfuerzo e imprimirle la consistencia necesaria, pero Sands conocía su naturaleza competitiva, y a fin de lograr que el servicio llevara la fuerza precisa para poner en problemas a Mike, tendría que arquear la espalda y fintar bruscamente, girando al mismo tiempo, y estaba convencido de que eso le destrozaría la espalda. Ya le había pasado antes. Así que había recurrido a su saque de lado, y le estaba saliendo de perlas, con mucha velocidad, y el suficiente control como para que Mike vacilara, cometiera numerosos errores y las devolviera flojas cuando acertaba. Lo extraño era que Sands se lo debía todo a la concentración; estaba tan cansado de pensar en lo que ocurría con el resto de su vida que había decidido olvidarlo todo en cuanto pisó la pista. El Club de Tenis de Iron Rapids quedaba más allá del cinturón de la autopista, técnicamente fuera de los límites urbanos de Iron Rapids. Tal vez eso contribuyera; estar aislado de todo y todos los que le daban tantos problemas. Quizá se impusieran unas vacaciones, puede que uno de esos cruceros de invierno por el Caribe.

—¿Qué tal está Faye, Doug? Hace tiempo que no la veo.

—Está... bueno... bien.

Sands observó a Mike mientras se secaban con las toallas y bebían agua. «¿A qué viene eso? —se preguntó—. «¿Qué tal está Faye? Está como ha estado siempre, hijo de puta». ¿Sabía Mike algo que se estaba callando? ¿Había hablado con Faye? ¿Le había confesado ésta sus sospechas?

Sacudió la cabeza con fuerza. Dio otro trago de agua. «Dios santo, ¿qué me pasa?» No era más que una pregunta inocente, trivial. Tantas mentiras y subterfugios estaban volviéndole paranoico acerca de las intenciones de todo el mundo. Douglas y Mike, y Faye y Bárbara, la ex-esposa de Mike, se conocían desde hacía tiempo. Mike había comenzado como jefe de sección en una de las plantas de IRM hacía algunos años, cuando Douglas se había colocado en Personal. Ambas parejas habían jugado al *bridge* y al tenis juntas en alguna ocasión, pero las partidas de cartas y casi toda la relación social se habían disuelto con el matrimonio de Mike y Bárbara hacía años. Sólo el tenis, intermitente a lo largo de los años, había sobrevivido. Probablemente Mike *hacía* tiempo que no veía a Faye, y no se merecía las especulaciones de Sands.

—¿Cómo vamos? —preguntó, camino de la pista—. ¿Cuatro uno?

Mike se encaminó hacia el otro lado.

—Uno cuatro, saco yo.

—Vale.

Douglas necesitó tan sólo unos cuantos puntos para darse cuenta de que, sin lugar a dudas, cualquiera que fuese la zona zen del tenis que había ocupado durante el primer set y medio, había sido expulsado de ella. Los derechazos comenzaron a irsele lejos y los reveses se estrellaban contra la red. Falló lo que debería haber sido una bolea sencilla y golpeó con la madera de su raqueta. Ni siquiera rozó las cuerdas. La pelota aterrizó a tres pistas de distancia y obligó a parar el juego a cuatro ariscas dobles parejas octogenarias. Su servicio, que tan buenos resultados le diera durante toda la mañana, le abandonó. No conseguía conectar el primer saque ni aunque le fuera la vida en ello, y su segundo servicio era, como mucho, errático. Cuanto más lo intentaba, peor. En lo que parecía un abrir y cerrar de ojos, y que en realidad eran dos cambios de campo más tarde, Mike había empatado el marcador a cuatro iguales.

«¿Qué tal está Faye, Doug?», masculló Sands mientras se disponía a servir el siguiente juego. Había conseguido ponerse de mal humor y ya no soportaba la alegre cháchara de Mike. Éste no podría haber destrozado más la concentración de Sands ni aunque lo hubiera intentado. «Para él es fácil preguntar por Faye. Su matrimonio se fue al garete hace quince años. ¡El mío se está desmoronando ahora!»

Sin pensar, Sands lanzó la bola y dio todo lo que tenía en un saque alto que estaba destinado a arrancarle la cabeza de cuajo a Grogan; cuando se inclinó hacia delante y torció la muñeca, algo más se torció en su espalda. Al menos habría jurado que se había torcido, o abierto, o desgarrado, o puede que alguien le hubiera asestado una puñalada, o que le hubieran metido un asta de toro por el culo y estuvieran tocando el

xilófono con sus vértebras.

Mike llegó a su lado antes de que Sands pudiera ponerse de pie. A decir verdad, no habría podido incorporarse sin ayuda.

—Jesús, Doug. ¿Te encuentras bien?

—¿A ti qué te parece? —espetó, apartando el brazo de Grogan de un tirón. Sands no sabía si le pitaban los oídos, o si lo que oía era su grito de agonía resonando en el cavernoso complejo de pistas de tenis. Vio cómo le miraban los octogenarios, con el ceño fruncido como si les molestara que hubiera interrumpido su partido por segunda vez—. ¿Qué demonios están mirando? —les gritó—. ¡A ver si les hace gracia cuando se rompan una cadera!

Mike estaba intentando contener la risa. Sands se encaró con él y se lastimó la espalda en el proceso.

—Faye está estupenda, hijo de puta. Pero voy a dejarla.

Mike había dejado de reírse cuando Sands, encorvado y profiriendo maldiciones, hubo salido de la pista.

Capítulo siete

Sands se quedó delante de la puerta de Melanie, mirando, durante largo rato. En parte, albergaba la poco realista esperanza de que ella se asomaría a la mirilla, por ninguna razón en particular, le vería y abriría la puerta. Aunque no es que *esperara* que eso fuese a ocurrir.

Miraba sobre todo la aldaba, el león de bronce de imitación que sostenía la anilla entre los dientes. Miraba el número inscrito del apartamento, «3031», e intentaba ver los otros números que se le habían aparecido, «666». No se preguntaba *cómo* ni *por qué* los había visto. Quería convencerse de que *no* los había visto en realidad; quería demostrar, de una vez por todas... ¿qué? No estaba seguro de lo que quería demostrarse: ¿que estaba loco, que había sufrido una alucinación, que había delirado por culpa de su maltrecha espalda? No lograba decidirse; a la larga, no creía que supusiera diferencia alguna. Lo importante era que, esa noche, la aldaba no era más que eso, y que el número del apartamento era el número del apartamento. Le preocupaba menos él mismo que el mundo a su alrededor. Podía aceptar que hubiera visto cosas inexistentes... ese hecho era menos ominoso que la posibilidad de que dichas cosas *hubieran* estado allí.

El viento que soplaba a través del porche le entumecía la nariz y las orejas, pero él apenas reparaba en ello. Bastaba con que el viento no le llamara; nada de lánguidos y lastimeros «*papás*». Tenía las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo pese a llevar puestos unos guantes nuevos. No había vuelto al apartamento de Melanie desde aquella noche, y eso sí que era un problema. Hacía dos días que le había prometido que se pasaría la noche anterior, y no lo había hecho. Le había mentado, no intencionadamente, pero la noche anterior había llegado y no había sido capaz de enfrentarse de nuevo a aquella puerta, de pasar junto a la lona azul donde había visto a aquella figura (no había nadie en los balcones próximos a la lona cuando llegó esa noche). Así que se había quedado en casa, sin pegar ojo, escuchando el viento.

Pero esa noche, era su propio hogar el que no sabía si podría soportar... su hogar y Faye. Douglas sufría de pie en el umbral... igual que la vez anterior. Le dolía la espalda. No sabía por qué le había soltado aquello a Mike esa mañana. ¿Podía culpar también a su espalda lastimada? Tal vez el hecho de decirlo en voz alta... eso había sido bastante impulsivo. Pero ¿dejar a Faye...? Sabía que había considerado esa opción, al menos de pasada, alguna vez a lo largo de los últimos años, pero no lograba recordar un momento concreto. ¿Dejar a Faye? ¿Era eso lo que quería hacer? ¿Era eso lo que necesitaba? Tal vez fuese mejor para *ella*, pensó. Lo cierto era que no se había comportado como un marido ejemplar, no de un tiempo a esta parte. Había abandonado a Faye a su tormento personal y se había contentado con que no interfiriera en su vida diaria. Pero, desde luego, lo había hecho. Ésos eran los

pensamientos revueltos que pugnaban por obtener su atención dentro de su cabeza mientras miraba al león: león, silueta, viento, esposa, querida...

Esta última, su querida, constituía el problema más inmediato (siempre y cuando el león, justo delante de él, se comportara). Sands la había ignorado por completo la noche anterior, no había llamado, y cuando se hubo presentado en el trabajo esa tarde después del partido de tenis, no la había visto. Le había dejado el mensaje por medio de Caroline de que ese día se encontraba mal.

Así que aquí estaba Sands... ¿por qué? Esa noche parecía inconfundiblemente inseguro respecto a la dirección a seguir. ¿Había venido para tranquilizar a Melanie? ¿Para decirle que estaba dispuesto a abandonar a su esposa? ¿Para practicar el sexo y ver a la joven desnuda (por lo menos, albergaba esa esperanza)? «¿O para quedarse mirando esa maldita puerta?», se preguntó, al cabo.

Levantó un puño enguantado y, sin tocar el león, llamó a la puerta. La expresión de Melanie era inescrutable cuando abrió, no tanto sus palabras:

—Llegas un poco tarde.

Esta vez no le ayudó a acomodarse en el sofá, ni le quitó los zapatos y los calcetines para colocarlos junto al radiador. Sin embargo, para cuando él se hubo desembarazado del abrigo y se hubo sentado, sí que le ofreció una cerveza.

—Compré un paquete de seis cuando pensaba que vendrías anoche. —Se sentó en la silla que había delante de él. Juntó las manos sobre el regazo (era un gesto forzado, casi melindroso, nada propio de Melanie) y le miró expectante. Tras unos cuantos segundos de tenso silencio, estiró el cuello y le observó con los ojos muy abiertos—. ¿Bien?

—¿Bien? —Sands intentó revolverse en su asiento, pero su espalda no estaba dispuesta a consentirlo. Si intentaba impulsarse con los pies, un relámpago le surcaba el costado y bajaba por su pierna. Por último, se vio obligado a apoyar las manos, con las palmas hacia abajo, y a empujarse hacia arriba para moverse ligeramente. Incluso esto le resultó complicado, puesto que los cojines cedían un poco bajo su peso—. Melanie... —dijo, aflojándose la corbata, pero perdió el hilo. Dio un trago de cerveza.

»Tengo toda la noche.

«*Voy a dejar a mi esposa*», estuvo a punto de decir. Cogió aliento para pronunciar las palabras, abrió la boca, pero la frase se le atragantó. Se lo había dicho a Mike, pero esa mañana había brotado de sus labios sin pensárselo dos veces. Se preguntó si decirlo le confería validez. ¿Iba a dejar a su mujer? ¿Lo haría más real decírselo a Melanie que decírselo a Mike? Subiría las apuestas, eso seguro. Pero no podía decírselo a Melanie. Las palabras, ya escogidas, se marchitaron en su garganta y amenazaron con asfixiarle. Exhaló un suspiro.

—No... no tenía ninguna excusa para no venir anoche. Ninguna buena. He

pasado una mala racha. No podía enfrentarme...

—¿A mí? —aventuró Melanie, sin timidez ni belicosidad, pero llena de pesar y resignación.

—No —dijo Sands, en voz baja, sonriendo apesadumbrado—. No eres tú. —«Soy yo». No tenía nada que ver con Melanie. Era él. Era el sentimiento de culpa que ardía en su interior y deformaba todo lo que veía y hacía—. No podía enfrentarme... a este lugar.

Era todo cuanto podía decir, aun cuando el lugar fuese sólo un síntoma y no la enfermedad.

Melanie estaba perpleja.

—No quiero que digas algo porque creas que quiero oírlo, o que *no* lo digas porque no sea lo que quiero oír.

—No. No es eso. —«*No eres tú. No tiene que ver contigo. Soy yo. No puedo hablar. No puedo creerlo*».

—Ya veo.

Permanecieron sentados, en silencio, por un momento.

Sands no la miró a los ojos. Contempló el suelo, la puerta; se preguntó si el león sostendría la argolla plácidamente, o si estaría merodeando al otro lado, el demonio en el umbral, presionando su ojo metálico contra el lado equivocado de la mirilla.

—Quiero darte las gracias —dijo Melanie, al cabo—, por no haber venido anoche.

—Darme las gracias.

—Sí. Gracias. Fue mejor que no vinieras. Oh, estaba furiosa, y lloré, pero después de un rato me puse a pensar, y no pude parar. —Mientras hablaba, Melanie se levantó de la silla y empezó a pasear por el apartamento. Ganó en intensidad, se animó; eso era más normal, más *como ella*; no sentarse en silencio con las manos recogidas en el regazo—. Tienes tus preocupaciones, ya lo sé. Algunas de ellas, creo que me las imagino; otras, tal vez no. Bueno, también yo tengo las mías. Sé que te incomoda que hable acerca de nuestro futuro juntos, así que voy a hablar de *no* tener un futuro juntos... he estado pensando en eso casi toda la noche. Porque tú tienes una vida, una esposa, que no me incluye, y tal vez lo que tenemos ahora sea todo lo que vamos a tener. No, calla y escucha. Antes o después, sabremos si no tenemos futuro. Quizá tú ya lo sepas. Si ha de ocurrir así... de acuerdo. Encontraré a otro... quizá a alguien que no sea mayor que yo, ni esté casado. Todo irá bien. Tú volverás con tu mujer, y puede que te vaya bien, o puede que no. Ésa es tu vida. Pero yo también tengo mi vida. Sólo quiero que lo sepas. Si vienes a verme, perfecto; si no, perfecto.

Douglas la observaba pasear por el apartamento, y se sentía como si el sofá estuviera hecho de arena y estuviera desplomándose a su alrededor. Había dicho que pensaba dejar a su esposa; había comenzado, lentamente, a aceptar ese hecho. Se

había dicho a sí mismo que tal vez fuera mejor para Faye, que tal vez fuera mejor para Melanie... eso era lo que estaba súbitamente convencido de haber decidido, aunque sus pensamientos hubieran estado completamente confusos, y siguieran estándolo. Tras dar ese tortuoso salto lógico, el paso siguiente era más bien modesto: Estaba haciendo esto, dejar a su esposa, sólo por Melanie. Y ésta le estaba diciendo, según creía entender, que le daba igual lo que hiciera. No conseguía comprender el significado completo de sus palabras, no lograba apreciar su punto de vista desde el interior de su propia vida. «¿No se da cuenta de los riesgos que he corrido, de todo lo que he sacrificado por ella?» Aparentemente no. Sands estaba convencido —tan convencido como estaba a veces de que el león se había movido, de que el viento le llamaba— de que lo había hecho todo por ella: había puesto en peligro su integridad física visitando esta cloaca, descuidando su matrimonio. Todo por Melanie. Y ahora ella le decía que le daba igual.

Cualquier otra noche, Sands se hubiera encolerizado: le habría gritado y habría salido del apartamento hecho una furia. Pero esa noche, tras semanas de insomnio, martirizado por el dolor físico, e incapaz de dar crédito a sus propios ojos, estaba demasiado débil para sentir cólera. No sólo el sofá sino el mundo entero parecía hecho de arena que se desplomara a su alrededor, y la desesperación lo bañó todo, Un violento oleaje que destruía los muros del castillo que había construido. Sands no estaba acostumbrado a contener el llanto; las lágrimas se agolparon en sus ojos antes de que pudiera darse cuenta. No recordaba cuándo había llorado por última vez —y menos la última vez que había llorado *delante de alguien*— pero las lágrimas corrían por sus mejillas. Cuando se dio cuenta, no supo reprimir los sollozos que estremecieron su cuerpo de repente.

Su desolación cogió a Melanie tan desprevenida como a él, tal vez más. Superada la sorpresa inicial, se unió a él en el sofá, le rodeó con un brazo, y empezó a acariciarle el cabello.

—Oh, cariño —dijo, en voz baja. Douglas intentó apartarla, pero sus esfuerzos no conseguían más que empeorar su dolor de espalda, y ella insistió en sus intentos por consolarle.

Sabía lo que estaba pensando: que no podía soportar la idea de perderla. Y tal vez eso estuviera añadido en su mezcla de confusión. Lo principal, no obstante, era que sentía que lo había perdido *todo*, y todo de golpe; ella era uno de muchos componentes. Tal vez fuese un componente más emocional de lo que él había imaginado. No creía que la amara —nunca lo había creído— pero ¿acaso no formaba ella parte de lo que le estaban arrebatando? No lo sabía; ya no podía estar seguro de nada. No podía decir nada de esto en voz alta. No podía decir *nada* en esos momentos; le moqueaba la nariz y parecía que fuese a asfixiarse con cada aliento. Por fin, se rindió al solaz de los brazos de Melanie. Le abrazó contra su pecho y le

acarició el pelo y, al cabo de algunos minutos, cuando pudo volver a hablar, sus palabras —al igual que las palabras de esa mañana, y al igual que su agotador arrebató emocional— no eran las que esperaba. No eran las que hubiera planeado decirle a nadie:

—Mi hijo me llama.

—¿Qué? —inquirió Melanie. La voz de Douglas sonaba amortiguada contra su pecho.

—Mi hijo, Adam —susurró Sands de modo apremiante, incapaz de detenerse ahora que había comenzado—. Me llama por la noche.

Melanie le abrazó con más fuerza.

—Oh, Dios mío. Douglas.

—A veces parece el viento, pero es él. Me está llamando. Se ahogó. Dios santo. Hace diez años. Se ahogó en nuestra piscina.

—Oh, Dios mío —repitió Melanie. Sands sintió sus lágrimas, bañándole el rostro y goteando sobre el de él—. Oh, Douglas.

Le abrazó con fuerza mientras sollozaba y gimoteaba.

Sands no estaba seguro del tiempo que había pasado llorando. Parecía que sus lágrimas no tuvieran fin; los ojos, la nariz y la garganta se le habían irritado. Le dolía el estómago; su espalda palpitaba. Al final, como al principio, no supo qué había motivado aquel acceso: ¿que él fuera a abandonar a su esposa, que Melanie fuera a dejarle a él, que su cordura estuviera desmoronándose, que su difunto hijo le llamara en el viento, todo aquello irrevocablemente mezclado y entrelazado? Melanie seguía sosteniéndole cuando por fin logró volver a respirar con normalidad; seguía acariciándole el cabello encanecido.

Sin mediar palabra, le apartó de sí y se puso de pie. Le cogió con delicadeza de la mano y le condujo a su dormitorio. Allí, le puso las manos sobre las mejillas y le besó. La ternura de sus labios le emocionó, pero no le quedaban más lágrimas. Sands estaba rendido; no recordaba haberse sentido así de agotado en su vida; entre las recientes semanas en vela y el imprevisto arrebató de esa noche. Melanie cogió sus dedos, aún trémulos, y los guió debajo de su camisa. Douglas suspiró, gimió casi, al abrirse paso bajo el borde del sujetador. Ella retrocedió un paso y se quitó la camisa por encima de la cabeza. Sands se libró de la chaqueta; se daba cuenta ahora del calor que había hecho, de cómo había empapado su camisa de sudor. Plegó la chaqueta encima de una silla y, por costumbre, estiró un brazo para cerrar los postigos de la ventana cercana...

Y vio la silueta. En el balcón bajo la lona azul, a menos de cincuenta metros. Observando. Esta vez vio algo más que un perfil indefinido; vio un rostro: ojos fulgurantes debajo de un cráneo pálido y rasurado; una nariz aplastada, un mentón llamativamente fino, y una boca cruel y retorcida. Era una cara inimaginablemente

grotesca... y distaba mucho de ser humana.

Sands se fue antes de que Melanie pudiera preguntarle adónde iba. Trastabilló en el vestíbulo, con su espalda recriminándole cada paso que daba. En el salón, recuperó la olvidada botella de cerveza, llena en dos tercios, y se apresuró a llegar a la puerta. El viento que se filtraba a través del porche intentó frenarle, pero se abrió paso. Cogió la botella por el gollete, boca abajo y derramando la cerveza, y en lo alto de las escaleras la estrelló contra la barandilla metálica. El cristal se rompió, dejando sólo el cuello de la botella, un arma aserrada, en su mano.

Bajó las escaleras sin hacer caso del dolor, se enfrentó al hielo, corriendo, pero con cuidado de no resbalar y cortarse la garganta. Avanzó a través de la profunda nieve en dirección al otro edificio, deteniéndose sólo cuando estuvo delante de él. Con cada bocanada de aire, el aliento que soltaba se perdía en volutas en la noche. El maldito edificio estaba a oscuras y en silencio, vacíos los balcones.

—¡Sal aquí, maldito seas! —aulló Sands. No hubo respuesta; no había nadie que pudiera responder. Tal vez alguien se hubiera asomado a alguna de las ventanas del edificio que había dejado atrás, el edificio de Melanie, pero Sands estaba concentrado en la estructura abandonada. No sabía cuántos minutos permaneció allí, mirando, esperando... pero el enloquecido martilleo de su corazón comenzó a ralentizarse al cabo del tiempo, y pudo sentir el frío que se filtraba a través de su camisa empapada de sudor. Sentía las mejillas y la nariz ateridas, allí donde los restos de sus lágrimas se habían congelado.

—¡Douglas! ¿Qué estás haciendo?

Melanie estaba detrás de él, pero Sands no conseguía apartar la vista de aquel condenado edificio. Esperaba que algo —algo inhumano— se moviera, que se mostrara.

—Vuelve adentro. Cierra la puerta.

—Y un cuerno. —Ahora estaba tirando de él; vio lo que quedaba de la botella—. Oh, Dios mío. ¿Qué estás...? Douglas, vuelve adentro. Ahora. Ahora mismo.

Al principio le sorprendió la falta de confianza en él que evidenciaba. ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba haciéndolo por ella? Pero entonces cayó en la cuenta: Claro que no. Nadie en su sano juicio tendría razón alguna para creer en lo que le había contado, y menos en lo que se había callado, y el hombre al acecho encajaba en esta última categoría. Melanie ya había demostrado su insensibilidad; estaba dispuesta a cortar con Douglas a pesar de todo lo que éste había arriesgado por ella. Y ahora ahí estaba, armado con una mera botella rota contra sabe Dios qué clase de demonio, y ella insistía en que entrara de nuevo en casa.

—Tienes que alejarte de aquí, Melanie. —Sands podía ser tan testarudo como ella—. Tienes que mudarte.

—¿Qué?

—Tienes que mudarte. Aquí no estás a salvo.

—¿Pero qué...? Douglas, entra...

—Prométemelo. —No estaba mirándola; escrutaba el oscuro edificio vacío, como si los mismísimos balcones cegados pudieran abalanzarse sobre ellos de un momento a otro.

La intensidad de su demanda acalló a Melanie. Balbuceó, le soltó el brazo, pero no estaba dispuesta a rendirse. No del todo.

—Me lo pensaré. Te prometo que me lo pensaré.

A juzgar por el tono de su voz, Sands sabía que no estaba limitándose a seguirle la corriente; se lo pensaría, y ése era probablemente el mejor resultado que podía esperar por el momento. Se felicitó por esa pequeña victoria, por su disposición a razonar; le resultaba reconfortante, una evidencia de su cordura, de la que dudaba cada vez más a cada hora que pasaba.

—De acuerdo. —No había ni rastro del merodeador. «*Pero lo he visto*», se dijo. El dolor de su espalda era insoportable ahora que la inyección de adrenalina comenzaba a perder efecto. Soltó la botella. Permitted que Melanie le condujera de nuevo al interior.

Capítulo ocho

Era tarde, casi medianoche, cuando Sands regresó a casa. No le había contado a Melanie nada más de lo que había visto. No exactamente.

—Un intruso —había respondido ante sus persistentes preguntas acerca de qué diantre perseguía con una botella rota—. Había un intruso en la calle. Ya le he visto antes por aquí.

—Probablemente vive aquí.

—No. No.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro? —Pero Sands no había dicho nada más. Habían pasado un par de tensas y extrañas horas esquivando diversos temas. En retrospectiva, a Sands le costaba creer que le hubiera contado lo del viento, lo de la voz. Sospechaba que habérselo dicho era una locura aún mayor que oír la voz. Al final, la había dejado. No habían practicado el sexo; ella ni siquiera había vuelto a besarle. Se había marchado cojeando, esperando que al menos la hubiera convencido para tener más cuidado; tal vez pudiera sacar algo bueno del infierno por el que estaba pasando. No tenía ninguna prueba real de que aquel... *ser*, aquel merodeador, estuviera espionando a Melanie, pero claro, tampoco podía explicar nada de lo que le estaba sucediendo. No del todo. Cada vez que le parecía que había descubierto una excusa razonable para las jugarretas que le estaba haciendo su atribulada cabeza, ocurría de nuevo algo inexplicable. Veía algo; no veía nada. Creía lo que veía; no creía lo que veía. Dudaba de su propia cordura; estaba convencido de que cada uno de los sucesivos espejismos era increíblemente real. Avanzando y retrocediendo por encima de la línea que separaba la convicción del escepticismo, llegó a casa. Faye nunca se quedaba despierta hasta tan tarde, pero allí estaba, esperándole.

—No te pagan lo bastante —dijo, antes siquiera de que él tuviera tiempo de colgar su abrigo.

Las defensas habituales intentaron entrar en acción —¿hablaba de corazón, o estaba fingiendo? ¿Lo sabía?— pero Sands estaba demasiado cansado. Su mente estaba demasiado llena de posibilidades, de locura y de merodeadores demoníacos. Estaba insensibilizado a su esposa y sus quejas. Le daba todo igual. Pero las cansinas palabras carentes de inflexión seguían llegando hasta él.

—Las revisiones de cuentas internas son un infierno. Llevan mucho tiempo.

—¿Podrías avisarme cuando vayas a llegar tarde?

—Pierdo la noción del tiempo.

—Y no compruebas tu buzón de voz.

—Y no compruebo mi buzón de voz.

Llevaba puesto un jersey azul marino y unos vaqueros que la favorecían; tenía

una figura estupenda, pese a superar los cuarenta. Ya podía; hacía aeróbic al menos tres o cuatro veces a la semana y comía como un pajarito. Estaba acurrucada en el sillón reclinable de Douglas y no hizo ademán alguno de cederle el puesto. Sands se tomó su tiempo en el comedor sirviéndose un vaso de güisqui, antes de acomodarse en el sofá junto a la butaca reclinable en la sala de estar.

—¿Has terminado ya?

—¿Qué?

—Con la revisión de cuentas. ¿Has terminado ya? No pensarán que vas a seguir haciendo todas estas horas extras en vacaciones.

—Ya casi he terminado. Aunque estas cosas se alargan a veces.

—Ya se ha alargado demasiado.

Por primera vez en quizá meses, Douglas la miró a los ojos, verdes y grises. ¿Estaba hablando de su ficticia revisión de cuentas o de su matrimonio?

—Ya, verás...

—Dijiste que colocarías los adornos esta tarde. Faltan sólo diez días para Navidad, y no tenemos siquiera una guirnalda en la puerta. Me gustaría adornar el árbol y colocar las velas en las ventanas antes de que se pase la fecha.

—¿No llegas a ellas? Están en...

—Ya sé dónde están. Dijiste que ibas a bajarlas.

—Ya lo haré mañana.

—No, no vas a hacerlo. —Su brusca e hiriente contradicción golpeó a Douglas igual que un guantazo. El resentimiento rezumaba de sus palabras igual que el pus de una herida infectada.

«*He vuelto demasiado pronto* —pensó Douglas—. *Tenía que haber pasado de largo cuando vi las luces encendidas*». Pero allí estaba, demasiado cansado, demasiado agotado, física, emocional y mentalmente, para rehuirla. En vez de eso, se rió por lo bajo.

—¿Quieres decir que no voy a hacerlo mañana porque voy a hacerlo ahora mismo, o que no voy a hacerlo porque nunca cumplo lo que prometo?

—Elige.

Douglas se humedeció un dedo con la lengua y trazó una raya imaginaria en el aire.

—*Touché*. —Dio un trago largo de güisqui.

—¿Es que todo te da igual? —preguntó Faye, filtrándose al fin a su conducta el fuego frío de su mirada—. ¿No te importa nada?

—En estos momentos —respondió Douglas, pronunciando muy despacio cada palabra—, me preocupa mi maldito dolor de espalda. Me he lastimado esta mañana jugando al tenis, gracias por preguntar. Me preocupa que estas cuentas no cuadren, podría jugarme el empleo.

—No se atreverían a despedirte.

—Pues claro que se atreverían. ¿Quién sabe de lo que son capaces esos capullos? Eso es lo que me preocupa en estos momentos: mantener el techo sobre nuestras cabezas...

—Y traer comida a la mesa, y comprar zapatos con que calzarnos. —Faye puso los ojos en blanco—. Por favor, no me hagas llorar. Sabes perfectamente que podríamos apañármolas con mi sueldo y las comisiones durante una temporada si fuera preciso... que *no* lo es. —Le costaba calentarse, pero ahora Faye estaba echando humo. Estiró las piernas y se sentó en la silla. Su ferocidad, aparte de sorprender a Douglas, reavivaba su belleza, que parecía haberse atenuado de un tiempo a esta parte. Sands recordó lo hermosa que había sido, vio lo hermosa que seguía siendo, y sintió el color de la vergüenza aflorando a sus mejillas.

«*Va a pensar que me he enfadado*», pensó, y se dio cuenta de que *estaba* enfadado. Ella no sabía la agonía por la que estaba pasando; ¿cómo se atrevía a juzgarle y a regañarle en aquel tono santurrón? Sorbió el güisqui con los dientes apretados.

—Si tienes que quedarte a trabajar hasta tarde, de acuerdo. ¡Pero podías tener la consideración de avisarme! Podemos colgar los adornos mañana si quieres, pero si tanto te preocupa mantener un techo sobre nuestras cabezas, procura esforzarte un poco por aquí de vez en cuando. —Levantó las manos y las golpeó contra los muslos, exasperada—. Dijiste que ibas a ocuparte de preparar la piscina para el invierno hace ya no sé ni cuántos meses. Y ahora la cubierta se ha hundido por culpa de la nieve...

—Para empezar, yo nunca quise esa maldita piscina. Si por mí fuera, ni siquiera estaría ahí. ¡*Nunca* habría estado ahí!

No le hacía falta terminar la frase: «*¡Y nuestro hijo seguiría con vida!*».

Aquello fue el final. Faye apartó los ojos de él. No podía mirarle y evitar que le temblara el labio. Le apuntó con un dedo, como si de veras estuviera a punto de descargar su furia sobre Douglas, pero su ferocidad la abandonó. Apretó los labios hasta que pareció que habían desaparecido y se cubrió la boca con una mano. Dejó a Douglas allí sentado en el sofá. El portazo de la puerta del dormitorio sacudió toda la casa. Entumecido, Douglas bebió su güisqui, y a medida que transcurría la noche, escuchó el viento.

A la mañana siguiente, Faye se marchó antes de que Douglas se hubiera despertado en el sofá. Estaba rígido y aterido. Más tarde, cuando se fue a trabajar, reparó en una extraña marca en el techo de su coche, justo encima de la puerta. Una muesca, producida tal vez por una lima o un escoplo, alguien que había intentado forzar la puerta. Algún desecho social había intentado entrar en su coche la noche anterior mientras él estaba con Melanie. Al mirar más de cerca, encontró una marca

parecida sobre la puerta del copiloto. «*Malditos parásitos*», pensó. Sólo por un momento sopesó la idea —que descartó por completo— de que las marcas pudieran ser de garras, de algo que hubiera estado agarrado al techo del coche.

Capítulo nueve

John Hetger aparcó al borde de la carretera en una curva a cincuenta metros del paso a nivel. Había conducido por aquel tramo al menos cien veces, a casi todas las horas del día y de la noche. Esta vez caminó. Apuntó cada curva y cada inclinación, cada grieta en el asfalto y cada bache que pudiera ser lo bastante grande como para afectar a la trayectoria de un automóvil.

La ruta estatal 217 no tenía mucho tráfico. Nunca, según había observado Hetger. No durante lo que sería la hora punta de la mañana en la ciudad, no ahora a última hora de la tarde, y sin duda no en plena noche. Probablemente debido a que la sinuosa carretera de dos carriles no llevaba a ninguna parte en concreto. Iba a alguna parte, desde luego, pero sin prisa, y sin demasiada eficacia. Discurría hacia el norte, en dirección a Flint. «¿Pero quién demonios querría ir a Flint?», se preguntó Hetger. Y para cualquiera que quisiera ir, la I—75, más o menos paralela a la 217, proporcionaba una ruta mucho más rápida, en detrimento del paisaje.

La visibilidad, para el conductor, no era buena al acercarse al paso a nivel que atravesaba la ruta 217. Hetger pasó junto al indicador reflectante. La señal era nueva. La antigua había sido robada, al parecer, y no se encontraba allí la noche del accidente.

Continuó bordeando las dos curvas cerradas que sucedían a la señal. Hetger llevaba puesta una cazadora blanca, no le importaba el frío. La luz se desvanecía deprisa; su chaqueta blanca contribuiría a hacerle visible, pero un conductor que condujera imprudentemente en esas curvas en particular, aunque viera la cazadora blanca, no podría reaccionar a tiempo. Ningún conductor, imprudente ni de otro tipo, sorteó las curvas. La ruta 217 no tenía mucho tráfico.

Habían reemplazado la barrera. Estaba levantada junto al par de luces rojas oscuras. Hetger se quedó inmóvil y la estudió. Se la imaginó bajada, y las luces rojas centelleando rápidamente, primero una y luego la otra (no costaba imaginarlo; había visto pasar los trenes por allí en varias ocasiones). Se imaginó al padre George Stinson, dormido al volante con otros dos sacerdotes en su coche... eso era lo que decía el informe de la policía: que se había quedado dormido. De alguna manera, si el informe era fidedigno, George se habría dormido en alguno de los pocos metros transcurridos desde la última curva; era bastante improbable, estimaba Hetger, que un conductor somnoliento diera aquellas curvas cerradas y llegara hasta las vías. Pero George, según la policía, se había quedado dormido. Se había estrellado contra la barrera cerca de la base donde se sujetaba al poste de metal que sostenía las luces. La barrera de madera se había astillado. El capó del vehículo se había aplastado contra el poste metálico.

Ninguno de los sacerdotes llevaba puesto el cinturón de seguridad. Hetger había

viajado con George Stinson en varias ocasiones, tanto en calidad de conductor como de pasajero, y nunca había visto que el sacerdote no se abrochara el cinturón de seguridad. La policía, no obstante, aseguraba que Stinson y sus dos pasajeros no llevaban puesto el cinto esa noche cuando George se quedó dormido después de dar las curvas cerradas y estrellarse contra la barrera y el poste. El coche había girado hasta los raíles. Los tres sacerdotes debían de haber sufrido sendas conmociones, porque ninguno de ellos había salido del vehículo pese a que había un tren de mercancías que estaba echándoseles encima.

Era posible. Todo era *posible*. Siempre que se hubiera producido una concatenación de numerosas improbabilidades. Aunque albergaba sus dudas, Hetger no estaba dispuesto a tomarse esa posibilidad a la ligera. Había visto un montón de cosas improbables... por decirlo de algún modo. El propio padre Stinson era (en opinión de Hetger) un exponente de lo improbable: George creía, *había* creído, que el pan y el vino, por medio del sacramento de la Eucaristía, se transmutaban y se convertían en el cuerpo y la sangre de Cristo. Ése había sido uno de los acalorados, aunque respetuosos y amigables, debates que mantuvieran Hetger y Stinson a lo largo de los años.

«¿Por qué no ir a un bufé o a un mercado? —había escrito Stinson en cierta ocasión cuando Hetger pensaba en suscribir la fe unitaria—. *Me llevo este dogma, y un poco de budismo, y oh, qué diantre, un poco de paganismo también. Menuda ganga, no la voy a dejar escapar. ¿Tú qué crees, John? Una comunidad sin credos compartidos no es una comunidad*».

«Y —había respondido Hetger a su amigo— *una comunidad que mantiene durante cientos de años la unanimidad de pensamiento quemando “herejes” en la hoguera no es una comunidad para mí. ¿Acaso no es el conocimiento y la veneración de la dignidad humana universal una creencia compartida?*».

Hetger había dedicado horas a releer las cartas tras enterarse de la muerte de Stinson. No fue hasta que hubo conocido más detalles que a John comenzaron a incomodarle las circunstancias oficiales del accidente de su amigo. ¿No ocurría, sin embargo, que todos los días se apagaba una vida como resultado del azar, del estúpido destino? A menudo la muerte carecía de sentido, parecía. No como la vida.

Mas Hetger no podía dejarlo así. ¿Por qué iba a conducir el padre Stinson por esa carretera con dos compañeros? ¿Habían decidido los tres dar un paseo turístico en dirección a Flint en medio de la noche? ¿Habían decidido por una vez, en esta ocasión, que Dios sería su escudo y que por eso no eran necesarios los cinturones de seguridad?

A Hetger no le satisfacían las respuestas que tenía por el momento. Era inquisitivo por naturaleza. En cierta ocasión, George le había acusado de «blandir un signo de interrogación como si de una espada se tratara». Tal vez estuviera en lo

cierto. Pero las cosas que había visto, tocado y oído en los últimos meses le habían convencido de que había fuerzas operantes en el mundo de las que la mayoría de la gente no sabía nada. Alguien tenía que enseñárselas; alguien tenía que formular las preguntas, *descubrir la verdad*.

La ruta estatal 217 estaba completamente embozada en la noche cuando John Hetger regresó a su coche. La oscuridad era la reina del engaño, pero albergaba en su casa engaños aún mayores.

Capítulo diez

«Paz en la tierra, buenos deseos para todos los hombres». Se suponía que la Navidad solventaba todas las diferencias. Durante una breve estación vacacional, se suponía que todo el mundo estaba lleno de amor hacia sus semejantes. Douglas Sands se había preguntado siempre por qué, si era tan buena idea, la gente no era así durante todo el año. Lo cierto era que había muchas personas que no se merecían ni un gramo de amor o amabilidad. Aumentaban sus sospechas de que él fuera una de tales personas.

Aunque no todo estaba perdonado, Faye y él se colocaron sus máscaras más cívicas para la fiesta de Navidad de la oficina. Para cualquier observador, los veintitrés años de matrimonio de la pareja habían sido un paseo por la senda de la concordia marital. Estaba, desde luego, aquel terrible accidente, el hijo pequeño que se había ahogado, pero nadie habló de eso. Muchos de los empleados más recientes de IRM, e incluso algunos de los más veteranos, no tenían ni idea de lo que había ocurrido. No había nada en la conducta o actitud de la atractiva pareja que apuntara a las cicatrices de la tragedia que había marcado sus vidas. El toque de distanciamiento con que se dirigían el uno al otro y se relacionaban entre sí era, sin duda, nada más que una nota de formalidad, consecuencia de su buena educación.

Douglas, pese a peinar canas, ofrecía un aspecto relativamente joven. Tal vez no estuviera tan en forma como antaño, pero la ligera corpulencia no desentonaba en un hombre de su edad y estatura; seguía teniendo buena figura con su traje de Brooks Brothers. Faye estaba deslumbrante con su vestido esmeralda, con la espalda y el cuello al descubierto, con gusto, aunque suficiente para atraer las miradas de algún que otro grosero.

Del mismo modo que la estación resolvía las dificultades de la humanidad, se suponía que un poco de decoración navideña transformaría el adusto escenario de la rutina diaria en un oasis festivo en medio del desierto corporativista e industrial. Los cubículos estaban atestados de cadenas de cartulinas rojas y verdes, témpanos de oropel, y Santas y renos recortados hacía ya diez años, ya que no coronas de acebo. El ponche corría a raudales y, lo más importante, con fuerza. El ágape era respetable y apropiadamente variado para la festividad. Alguien había puesto un álbum de Navidad de Don Ho en el sistema de megafonía.

Casi antes de que el ascensor se hubiera cerrado tras Douglas y Faye, Melanie, igual que un misil teledirigido, ya había colocado sendos vasos de ponche en sus manos.

—¡Feliz Navidad! —exclamó, con las mejillas, sospechaba Douglas, más maquilladas por el ponche que por el colorette. Melanie no aguantaba la bebida, aparte de algún que otro refresco de vino o un vaso de Chardonnay, pero esa noche parecía

poseída por el espíritu navideño. Llevaba puesto un vestido de gala negro y gris, un poco más provocativo que su acostumbrado atuendo de trabajo, pero no exento de buen gusto; el traje, al igual que su incipiente borrachera, era más sutil que ostentoso.

—Feliz Navidad —dijo Faye, aceptando e ignorando a un tiempo el vaso de ponche.

—Gracias —dijo Douglas, viendo cómo sus esperanzas de pasar una velada sin incidencias se diluían en la nada, como tantas de sus promesas olvidadas. Dio un buen trago de ponche. Se le humedecieron los ojos.

—¿No son geniales los adornos? —preguntó Melanie, quizá con demasiado entusiasmo.

—Son muy bonitos —respondió Faye.

—La música... —Melanie puso los ojos en blanco—. No sé qué decir.

En ese momento, Douglas alargó el brazo y dio una palmada en el hombro de Melanie.

—Feliz Navidad, Melanie. —El gesto no tenía nada de sensual ni provocativo; la saludó como si se tratara de un niño pequeño, o una mascota. Indicó con la cabeza a varios de los empleados más jóvenes de los alrededores, muchos de los cuales habían abusado del ponche más que Melanie—. Que te diviertas con los chicos.

Condujo a Faye junto a la joven y entre las filas de cubículos de gala.

—Es muy atractiva —comentó Faye.

—¿Hm? Oh, ¿Melanie? —Douglas se encogió de hombros, asintió con la cabeza—. Es muy maja.

Cuando Faye se dio la vuelta para saludar a otro de sus compañeros, Douglas apuró el resto del ponche de un trago.

La fiesta de Navidad era una tortura especial a la que los empleados de IRM se sometían todos los años. Aquellos individuos que hubieran conseguido establecer relaciones laborales estables se veían arrojados a un entorno social formal sin nada más que alcohol y canapés para allanar el camino; era como encerrar a todo el departamento en la sala de descanso y llenar la máquina de agua de Jim Beam. Se forjaban pocas carreras en la fiesta de Navidad, pero eran varias las que se iban al garete. Douglas podía enumerar los nombres de las jóvenes promesas que, durante el transcurso de los años, gracias a un comentario desafortunado o a un flirteo indebido, no habían llegado más allá de los primeros meses del nuevo año. Ésa era la turba hacia la que había dirigido a Melanie. Ya habían sobrevivido a una indiscreción en una fiesta navideña; no podían permitirse otra.

—¡Sands! —tronó una familiar voz de barítono. Una mano carnosa se asió al brazo de Douglas y le propinó un buen apretón—. Sands, me alegro de verte. ¡Feliz Navidad! —Marcus Jubal, vicepresidente encargado de Personal, era un oso. Si les hubiera hecho falta alguien para encamar a Santa en la oficina, él habría sido el

elegido—. Y, Faye, estás más guapa que nunca.

—Vaya, gracias, Marcus. ¿Os gusta la casa a Annie y a ti?

—Ya lo creo. Fue una compra estupenda.

A Douglas no dejaba de sorprenderle la cantidad de compañeros de trabajo que conocían a Faye, incluso su jefe. No gracias a él, sino al trabajo de su mujer —era ella la que había vendido una casa a Jubal y su esposa hacía dos años— o las campañas de donación de sangre, o a su trabajo en la cocina económica, o con la Liga de las Mujeres. A veces Douglas se sentía como un intruso en aquellas reuniones en la oficina.

Intruso o no, lo cierto era que se sentía particularmente incómodo ese año. Cuando Jubal desapareció en busca de otros empleados a los que saludar, Douglas volvió a estudiar la multitud en busca de Melanie. Esperaba que hubiera pasado lo peor, pero no podía estar seguro. No podía bajar la guardia.

El año pasado, Faye había acudido a una conferencia sobre bienes raíces en Denver la semana previa a la Navidad. Melanie era su ayudante de administración desde hacía dos meses por aquel entonces, y Douglas creía que había detectado cierto interés por parte de la joven. Era una situación peliaguda, habiéndose convertido el acoso sexual en la fuerza social que era. Hacía quince años, cuando Douglas mantuvo su primera aventura, otear el horizonte era mucho más sencillo; los intentos fallidos, las palmadas en el trasero o los comentarios picantes rara vez tenían mayores repercusiones. Pero ahora, una palmada en el sitio equivocado podía suponer el despido, la inhabilitación o un litigio.

Ingredientes de la fiesta de Navidad de la oficina: agítese a todos los integrantes del departamento de personal en un brebaje de ponche afrutado, vodka y ginebra. Añádanse unos cuantos jefes de sección a la mezcla, una pizca de atavíos sugerentes... Lo horrible y maravilloso del alcohol, había descubierto Douglas, era que le daba a la gente licencia para decir y hacer cosas que les habría gustado hacer o decir de todos modos, si tuvieran más coraje o menos sentido común. Se ahogan unas cuantas inhibiciones y, de repente, pelar la pava con esa joven y coqueta ayudante parecía la más brillante de las ideas, y si a ella le parecía aceptable, tal vez tampoco le importara llegar un poco más lejos; puede que incluso le agradara y correspondiera. Eso era en gran medida lo que había ocurrido durante la fiesta del año pasado: Unos cuantos comentarios velados, y antes de darse cuenta, Douglas estaba en un discreto aseo y Melanie tenía la falda remangada sobre la cintura y las medias en los tobillos.

Ésa era la única vez que había hecho o dicho algo remotamente sexual en la oficina; desde entonces, ni siquiera un beso o un achuchón. La disciplina les había sido útil, y para Douglas, había un cierto erotismo en relacionarse a un nivel perfectamente normal y rutinario con una mujer a la que sabía que iba a ver desnuda en cuestión de horas. La anticipación era por lo general tan excitante como el propio

sexo, y siempre le quedaba esa sensación de bienestar que experimentaba simplemente observando a Melanie.

Considerando el historial de su aventura, a Douglas no le sorprendía del todo que Melanie se sintiera inclinada esa noche hacía la belicosidad en detrimento del espíritu navideño. No lo aprobaba, no obstante, y planeaba mantener a Faye tan alejada de la joven como le resultara posible. A tal fin, Albert Tinsley, bendito fuera su tierno corazón, era un regalo del cielo.

—Faye, hacía *siglos*.

—Albert, ¿cómo te va? —saludó Faye, con la primera sonrisa genuina que Douglas hubiera visto agraciarse sus rasgos en mucho tiempo.

—Feliz Navidad, Albert. —Douglas se giró hacia su esposa—. Cariño, ¿me disculpas un minuto?

Tinsley era la persona más simpática y *reconfortante* que hubiera conocido Douglas, y a Faye también le caía en gracia. Probablemente fuera la única persona en cuya compañía pudiera dejar a Faye sin tener que arrepentirse más tarde. Y casi tanto como deseaba mantener alejadas a Faye y a Melanie, Douglas deseaba mantenerse alejado de Faye a su vez.

Habían colocado los adornos de Navidad la noche anterior, la noche después de que Douglas hubiera «perseguido» al merodeador con una botella de cerveza rota. Douglas había amenazado a la aparición vista y no vista, pero era a su esposa a la que había lastimado más profundamente; la había herido con toda la saña que pudo reunir, ¿y por qué? ¿Por atreverse a enumerar algunos de sus defectos?

Así que el jueves después de salir de la oficina, tras cumplir con el horario normal de trabajo, había ido a casa y la había ayudado con el árbol de plástico, el acebo, los adornos del mantel, las velas de las ventanas. Si contribuir a la decoración era el intento de Douglas por expiar sus pecados, para Faye era la ejecución de su castigo. Habían intercambiado apenas una docena de palabras durante el transcurso de las tres horas de actividad. Al cabo, incómodo por la inconfundible frialdad de su hogar, Douglas se había retirado al exterior donde el frío, pese a ser igual de inclemente, no resultaba sofocante. Había colgado la guirnalda en la lámpara que iluminaba el camino de entrada y se había quedado mirando los extraños arañazos del techo de su coche. Había regresado adentro y se había tomado unos cuantos vasos de güisqui para entrar en calor, pero el gélido silencio de Faye persistía. Se alargó durante toda la noche sin alterarse apenas.

«*Que hable con Albert* —pensó Douglas—. *Se lo pasará mejor que ignorándome*». Le alegraba, le aliviaba, que Albert hubiera aparecido cuando lo hizo. Además, Douglas había atisbado a Mike Grogan, y sentía que le debía al jefe de sección una disculpa de las que no podría permitirse en presencia de Faye. Así, Douglas se alejó de su esposa, y ésta pareció no percatarse siquiera.

—Sobre lo de ayer, Mike —dijo Douglas, cuando Phil de Contabilidad se hubo sumado a otro grupo de compañeros de trabajo, y los dos tenistas se hubieron quedado solos en medio de la multitud.

—Feliz Navidad, Doug.

—Um, vale. Pero sobre lo de ayer...

—No te preocupes por eso, amigo. —Mike estaba alimentando su propia hoguera de Navidad, a juzgar por el rubor de sus mejillas, pero distaba de encontrarse borracho.

—He tenido un montón de preocupaciones últimamente, y no he podido dormir —continuó Douglas—. Y me lastimé la espalda en el último servicio, pero no tendría que haberla pagado contigo. Estuvo mal.

—No le des más vueltas —respondió Mike, con una palmada en la espalda, del tipo que es la extensión del contacto atlético entre deportistas—. Mereció la pena sólo por ver las caras de aquellos carcamales de la pista número dos. —Entre otras cosas, Douglas se había olvidado de los ancianos de la otra pista—. Pero mira —añadió Mike, con voz más seria—, sé lo que es. He pasado por eso. Si necesitas cualquier cosa, dímelo... aunque espero que Faye y tú consigáis superarlo. Creo que sois el uno para el otro.

Douglas se encogió de hombros.

—También parecía que Bárbara y tú erais el uno para el otro. —Grogan se encogió de hombros a su vez, pero no rechistó—. Pero gracias. Te lo agradezco. En serio.

No había mucho que decir después de eso. Intentaron entablar una conversación en torno al tenis, y Douglas se interesó por la planta —Mike dirigía el complejo que fabricaba los chalecos de emergencia, que más tarde eran transportados a Detroit y se colocaban en los maleteros junto a las ruedas de recambio— pero el tema dio poco de sí. Douglas no era propenso a abrirse a los demás, y aunque lo hubiera sido, la fiesta de Navidad no era el entorno adecuado para sincerarse sin cortapisas. Se separaron con un «Feliz Navidad» a modo de despedida, y Douglas se dirigió a la fuente de ponche con la intención de servirse otro vaso.

Pasó junto a un grupo de jóvenes, que habían cogido posiciones cerca de los refrigerios, para encontrar a Gerry Stafford vertiendo el rojo y pestilente jugo en su vaso. Estaba armando un estropicio —el ponche chorreaba por el exterior de su vaso, por encima de sus dedos, y volvía a caer a la fuente— pero no parecía que estuviera dándose cuenta.

—¿Dándole al ponche? —preguntó Douglas. Comentar lo obvio, uno de esos ganchos innatos con los que se trababa conversación, era algo que le hacía rechinar los dientes en cuanto las palabras salían de su boca.

Gerry asintió de forma automática.

—Sí.

«Pues claro que está empinando el codo —pensó Douglas—. Hace un año que murió su esposa». Éste sería el primer período vacacional que pasaría solo Stafford tras quince años de matrimonio. No podía ser fácil. Gerry era varios años más joven que Douglas, pero aparentaba al menos diez más. Era como si hubiera envejecido considerablemente durante el transcurso de los últimos meses. Su barba, antes corta y aseada, era ahora una colección de pelos erráticos que apuntaban en todas direcciones. Tenía más arrugas; parecía que su piel hubiera perdido casi toda su elasticidad. Sus ojeras rivalizaban con las de Douglas. El cambio más llamativo operado en Gerry, no obstante, se apreciaba en sus ojos; donde antes reflejaban una sempiterna sonrisa, ahora se veían apagados, ausentes, y acuosos, como si estuviera constantemente al borde del llanto. Douglas quiso decir algo más, algo reconfortante, pero no encontró las palabras. Se sentía hipócrita, intentando consolar a un compañero mientras él mismo estaba haciendo todo lo posible por dar al traste con su propia vida. Fue entonces cuando cayó en la cuenta: lo que le había dicho el otro día a Mike era cierto, era real. Más de dos días después de haber pronunciado aquellas palabras, Douglas supo que iba a dejar a su esposa; no tenía sentido que Faye y él continuaran sufriendo de ese modo. Lo mejor era poner fin al dolor. *Iba* a dejar a Faye. Al mirar a Gerry, Douglas se preguntó si sería más fácil para él, puesto que era culpa suya, puesto que era él el que renunciaba a Faye, y no ella la que le era arrebatada injustamente. ¿Sería más difícil?

En el intercomunicador, Don Ho había dado paso a Elvis que, desde los momentos capturados de sus años de esbeltez, cantaba «Blue Christmas». Hechizado por su propia revelación personal, Douglas se vio completamente incapaz de encontrar algo que decirle a Gerry Stafford, y al fin se decidió por una palmada en el hombro y un torpe, «Feliz Navidad». Era un gesto sincero, aunque inconfundiblemente inadecuado, pero cuando la mano de Douglas tocó el hombro de Stafford, le cosquillearon los dedos y se le quedaron tan congelados como la noche en que se le había pegado la piel a la barandilla metálica a causa del frío. Un violento escalofrío recorrió el brazo de Douglas. Se examinó la mano, pensando que podría desprendérsele de un momento a otro, mientras Stafford, evidentemente ajeno a lo que había sucedido, seguía su camino.

Douglas estiró los dedos, que sentía prácticamente dormidos; apretó y abrió el puño repetidas veces. Vio cómo se alejaba Gerry. «¿Qué demonios...?» Había experimentado un breve entumecimiento en la pierna en alguna que otra ocasión, pero esto era distinto... esto era *frío*.

La sensación le afectó sobre manera. Le costaba imaginar que Gerry Stafford tuviera algo que ver con el entumecimiento, y a juzgar por la serie de extraños males que le aquejaban de un tiempo a esa parte, parecía probable que eso no fuera sino otro

indicativo de que tenía algún problema. ¿Habría sufrido alguna clase de lesión nerviosa o mental? ¿Se estaría volviendo esquizofrénico? ¿Serían los primeros síntomas del Alzheimer?

Mientras Elvis entonaba «Grandma Got Run Over by a Reindeer», Douglas decidió que ya estaba bien de frivolidad por una noche, por un año, tal vez por un par. Estaba dispuesto a recoger a Faye e irse a casa. Engulló su ponche y posó el vaso vacío encima de la mesa. Cuando desandaba sus pasos en dirección al lugar en que había dejado a Faye, no obstante, Melanie se interpuso bruscamente en su camino. Douglas se detuvo en seco para no chocar con ella.

—Encuentro a Elvis de lo más romántico. ¿Tú no? —dijo Melanie. Su tono era un tanto pausado, aunque no del todo pastoso, pero las mejillas y la nariz habían adoptado un fulgor rosado equiparable al del mismísimo san Nicolás.

—Esto ya no es Elvis —espetó Douglas, bruscamente, pero al mismo tiempo que lo decía, recordó cómo había sonado Elvis de fondo durante su polvo en el aseo del año pasado.

Douglas miró en rededor; escrutó por encima de una hilera de cubículos: Faye seguía con Albert; Caroline Bishop se había unido a ellos, al igual que Lavonda de Publicidad. Todos ellos parecían estar enfrascados en su amigable conversación, y no parecía que nadie prestara atención al jefe de Personal y a su tambaleante secretaria. Cogió a Melanie por el codo y se la llevó a la fuerza lejos del gentío.

—Ven aquí.

Al doblar una esquina, a punto estuvieron de toparse de bruces con un joven negro al que Douglas no reconoció. Iba vestido más desaliñadamente de lo que parecía apropiado para la fiesta, con unos pantalones militares demasiado ajustados, y una raída chaqueta de cuero.

—Disculpe —balbució Douglas, pero el hombre siguió su camino a buen paso sin reparar en ellos. «*Será alguno de los obreros*», pensó Douglas. A veces algún gerente reservaba una de las salas de reuniones de la planta baja para celebrar su fiesta de Navidad de la fábrica; el escenario era un poco más acogedor que el de la cadena de montaje atestada de materiales.

Douglas condujo a Melanie un poco más lejos por el recibidor, lo bastante como para asegurarse de estar lejos de oídos indiscretos.

—El aseo está por ahí —dijo Melanie con una sonrisa, señalando en otra dirección.

Douglas le propinó una bofetada. Nada exagerado, pero lo suficiente para que escociera y le mereciera su atención.

—Tienes que dejarlo ya —siseó. La sorpresa de Melanie no tardó en tornarse ira; intentó liberar el brazo, pero Douglas la sujetaba con fuerza—. ¿Me estás oyendo? Te estás comportando como una histérica. —Pugnó por no levantar la voz—. Sé que las

cosas están... un poco raras en estos momentos, pero no podemos permitir que nada de eso transpire aquí. ¿Lo comprendes?

Los ojos de Melanie ya estaban completamente lúcidos; el alcohol de su organismo había quedado relegado a un segundo plano frente a su orgullo herido. Douglas respiró aliviado al ver que no rompía a llorar ni a proferir gritos ni a montar una escena. En vez de eso, la joven inhaló hondo y dijo:

—Lo siento. —Volvió a coger aire—. Suéltame el brazo. —Dijo, serena. Cuando Douglas lo hubo hecho, añadió—: Y no vuelvas a ponerme la mano encima.

Apartó las manos de ella. Le parecía que su agresión había estado justificada, pero no era una persona violenta; no recordaba haber pegado a nadie en su vida, nunca, ni siquiera de pequeño.

—No vuelvas a ponerme la mano encima.

Douglas ya había tenido bastante con sentirse culpable por lo que ella le había obligado a hacer.

—Vuelvo a la fiesta. Tómate un minuto para tranquilizarte.

—Estoy tranquila. Mejor te lo tomas tú.

Se alejó sin él.

«Genial». A Douglas le daba igual que tuviera que esperar él en vez de ella. Lo importante era que regresaran a la fiesta por separado. No tenía sentido correr riesgos. Inhaló hondo y exhaló un suspiro. Por incómodo que hubiera sido eso, podría haber sido peor, pensándolo bien: nada de escenas en público, nada de gritos. «*Ya he tentado bastante a la suerte* —pensó Douglas—. *Es hora de largarse de aquí*». Había hecho acto de presencia y había satisfecho las expectativas de superiores y subordinados por igual... aquello era suficiente.

—Aquí estás —dijo Albert Tinsley cuando Douglas hubo vuelto junto a Faye. Lavonda también seguía presente. Faye no tenía nada que decir ante el regreso de Douglas, pero éste sabía que estaba aburrída y enfadada. Al parecer, la reserva de confort del bueno de Albert tenía sus límites.

—¿Lista para irnos, cariño? —preguntó Douglas.

—Oye, no me llames así delante de tu mujer —bromeó Albert.

Cuando Douglas y Faye se hubieron despedido y se dirigían hacia el ascensor, Faye dijo con toda naturalidad:

—He tenido una conversación de lo más interesante con Caroline.

—¿En serio? —Douglas escrutaba los grupos de gente, con la esperanza de que Melanie no quisiera buscar un enfrentamiento por última vez. Los Sands llegaron al ascensor acompañados por los compases de Bing Crosby. Douglas aporreó el botón. Ya casi había salido de allí.

—Le dije que estaría contenta ahora que la revisión de cuentas estaba casi terminada. ¿Sabes lo que me contestó?

Douglas se quedó sin saliva de repente. Su mente trabajaba a toda velocidad, pero lo único que consiguió decir fue:

—¿Qué te contestó?

—Me contestó: «¿Qué revisión de cuentas?».

Douglas volvió a aporrear el botón; lo estudió con intensidad, así como los números de encima de las puertas.

—Sólo hay tres plantas. Ya podía estar aquí. —Se volvió hacia Faye—. ¿Qué decías...? Ah, Caroline. Sí. Ella está ocupándose del cuatrimestre en curso mientras nosotros... los demás, comprobamos las cifras del anterior. Cuatrimestre. Ya sabes —recitó, sin pausa—, cómo tarda este ascensor. No me vendría mal un poco de ejercicio. Bajemos por las escaleras.

Escoltó a su esposa al doblar la esquina que conducía a la escalera y le abrió la puerta.

—Pero Caroline estará al tanto de la revisión, aunque no participe en ella. —Las preguntas de Faye eran particularmente mordaces esa noche, menos inocentes de lo habitual. A Douglas le vino a la cabeza la imagen de un gato jugando con un insecto—. Con todo lo que estáis tardando los demás...

—¿Qué? Ah, sí. Claro que está enterada. Te estaría tomando el pelo. Ya sabes, como ella no es la que tiene que ocuparse de ello.

—Aún así —insistió Faye—, me parece que...

Doblaron la esquina y vieron a Gerry Stafford. Sentado en el rellano de la escalera. Con la cabeza abierta hasta el puente de la nariz. Douglas experimentó una súbita flaqueza en las piernas. Faye gritó.

Capítulo once

Para variar, Melanie se quedó tumbada en la cama junto a Douglas en lugar de corretear parloteando desnuda por el apartamento. Juguetecía con los rizos negros y canos de su torso y estómago. Él le acariciaba los senos ocasionalmente, observaba cómo se endurecían sus pezones, se relajaban, y se volvían a endurecer al siguiente roce. El polvo de esa noche —para Douglas siempre era un *polvo*, nunca hacían el amor; el sexo que practicaban era más primario e instintivo que emocional— había sido desapasionado, casi desesperado. Tal vez fuera una reacción a —o *contra*— la discusión que habían tenido la noche anterior en la fiesta; tal vez ambos se hubieran dado cuenta que era muy posible que pudieran perderse el uno al otro. O tal vez se debiera a que habían encontrado el cuerpo mutilado de Gerry Stafford en la escalera, en reconocimiento a su propia mortalidad.

—Así que creen que eso se lo hizo alguien —dijo Melanie, tras dos horas de esquivar el tema.

—No se cayó por las escaleras. —Douglas sólo había visto otro cadáver con anterioridad a esa noche: el de su hijo ahogado. Los recuerdos eran agónicos, inevitables, y nada placenteros; tampoco para Faye. Esa noche había tomado sedantes y estaba durmiendo. Douglas había tenido la prudencia de no confiar en los tranquilizantes ni en su viejo güisqui, y sabía lo que le esperaba si por casualidad conseguía conciliar el sueño. No estaba seguro de qué era peor, si el viento o los sueños, pero no se había quedado a pensar en una opción. Había venido aquí, a los brazos de Melanie. Había asido la anilla de la boca del león y había llamado a la puerta.

—Lamento que tuvieras que encontrarlo tú.

—Alguien tenía que hacerlo. —Douglas le acarició el brazo hasta que desapareció la piel de gallina—. No había mucha sangre —comentó, ausente—. Cualquiera diría que estaría todo empapado de sangre al ver cómo le habían abierto la cabeza. —Melanie se estremeció—. Perdona. No debería hablar de eso.

—¿Por qué querría alguien asesinar a Gerry? Era tan... inofensivo. Parecía siempre tan abatido.

—No le conocías antes del accidente, ¿verdad?

—No muy bien, pero eso no impidió que me diera cuenta del cambio.

Sands asintió con la cabeza, pero no estaba pensando en el cambio operado en Gerry Stafford. Pensaba en la desolación de Faye tras la muerte de Adam, en la vibrante chispa que se había apagado junto con la vida de su hijo. Había llenado su tiempo de reuniones y actividades, de grupos cívicos y deporte, pero sus numerosos compromisos tras el fallecimiento de Adam le habían parecido a Douglas más frenéticos que entusiastas. «*Maldita piscina* —pensó—. *Nada de esto habría*

ocurrido si...»

—¿Crees que se habrá tratado de un robo, de un asalto?

Douglas se sintió perdido por un momento, confundido por la incongruencia entre una piscina y un robo, hasta que recordó al desventurado Gerry.

—No lo sé. La policía hizo muchas más preguntas y obtuvo pocas respuestas. — Aquello había sido casi peor que el hallazgo del cadáver: tener que quedarse allí y responder al interrogatorio. Douglas se había sentido ofendido, pero Faye se lo había tomado mucho peor. Había estado tan cerca de la histeria que los agentes habían terminado dejándoles marchar. *«Ya saben dónde vivimos»*, les había gritado, prácticamente. *«No vamos a darnos a la fuga. No pensarán que le hemos matado nosotros, ¿verdad? ¿Por qué no van a arrestar al culpable, en vez de atormentarnos?»*.

—No quiero hablar de ello. No quiero seguir pensando en ello.

A Douglas le parecía perfecto; tampoco él quería seguir pensando en ello. Pero seguía: en Gerry, en Faye, en Adam. Incluso cuando Melanie se encaramó de nuevo encima de él, siguió pensando en ello. Le enardeció, se montó sobre él y cabalgó sin descanso. Douglas era consciente de la creciente sensación; el placer no le era del todo indiferente, pero seguía pensando en la cabeza partida de Gerry, en su cráneo destrozado; en la histeria de Faye, en sus ojos enrojecidos; en el cuerpo flotando sin vida de su hijo. Conforme el cuerpo de Melanie y el suyo se mecían, vio las olas que lamían el lateral de la piscina. Cuando Melanie se aplastó contra él una y otra vez, y otra, se imaginó la increíble fuerza necesaria para que un objeto contundente le hubiera hecho aquello a la cabeza de Gerry. Cuando Melanie arqueó la espalda y soltó un gemido, Douglas escuchó el grito animal de dolor que había escapado de los labios de Faye cuando supo lo de Adam.

Las tragedias se arremolinaban irrevocablemente en la mente de Douglas. Agarró la sábana bajo su cuerpo, la apretó entre los puños, y cerró los ojos. El inesperado martilleo en sus sienes se sumó a las pesadas vibraciones del rap que sonaba en el apartamento contiguo. Melanie era tan pequeña, y aun así pesaba sobre él igual que un océano enfurecido. Se abalanzó sobre él, y él se alzó para interceptarla con un choque similar al de un accidente de tráfico. A continuación, un instante eterno, en equilibrio al pie del precipicio que separaba el cielo del olvido. E impactar, liberarse, rendirse. Melanie se desplomó encima de él, y yacieron inmóviles, como cuerpos tendidos en la autopista. Con la excepción de que respiraban, jadeaban, sus corazones latían el uno contra el otro.

Al cabo, Douglas se dio cuenta de que seguía sujetando la sábana en los puños. Abrió los dedos y sintió cómo le abandonaba la última brizna de fuerza. Melanie seguía sobre él, respirando en su oído. Su aliento era lo único que señalaba el paso del tiempo, así como sus ralentizados latidos, y el machacón estruendo del vecino.

Douglas ladeó la cabeza y miró el reloj de la mesilla de Melanie, pero en vez de números, vio letras digitales: PARA MATAR.

Parpadeó con fuerza, en un intento por despejar la neblina roja que rodeaba al reloj, y las letras cambiaron. Pero no a los números que deberían haber aparecido en la pantalla, sino a otra palabra distinta: ESPERA.

«¿Qué demonios...?»

Y mientras observaba el reloj que no daba la hora, las palabras se fueron alternando al compás de su corazón desbocado... PARA MATAR : ESPERA : PARA MATAR : ESPERA : PARA MATAR.

Empezó a tantear en busca de la sólida lámpara metálica que había junto al reloj, pero su mirada se concentró despacio más allá de la lámpara, en la ventana, y en las persianas que estaban bajadas casi por completo... y vio unos ojos. Rojos, fulgurantes, al acecho. Douglas se incorporó de un golpe, estrellando la cabeza contra la de Melanie, pero no prestó atención al golpe.

Todo estaba ocurriendo de improviso. La parte consciente de su mente no alcanzaba a comprenderlo. «*No hay balcón...*». Sus pensamientos eran confusos, pero la fuerza imbuyó su cuerpo, súbitamente tenso. Melanie le preguntaba cuál era el problema.

ESPERA : PARA MATAR.

El merodeador estaba colgado de la fachada del edificio, y la bestia demoníaca pretendía asesinar a Melanie cuando tuviera ocasión, a menos que Douglas hiciera algo por impedirlo. En ese instante lo supo a ciencia cierta, como le dijera el parpadeante fulgor del reloj... ESPERA : PARA MATAR : ESPERA : PARA MATAR. Ya se había sumergido en recuerdos de muerte esa noche, y no estaba dispuesto a permitir que Melanie se sumara a ellos, sin importar el precio.

Los ojos parecieron reparar en Douglas al mismo tiempo que éste se fijaba en ellos. Se apartaron de la ventana. Douglas empujó a Melanie a un lado y esta vez consiguió asir la lámpara. No encendió la luz, sino que sostuvo la sólida lámpara de metal por encima de la base y arrancó el cordón de la pared. El grito de Melanie resonó en su mente cuando la arrojó... sin soltarla, dejándose llevar por el impulso. El fuego prendió en las venas de Douglas. Le impulsaba una justa indignación. De repente, el mundo se convirtió en cristales rotos, un amasijo de extremidades, postigos baratos y una pantalla de lámpara rota.

Por lo que pareció un momento muy largo, fue liviano, aunque el suelo acudiera a su encuentro a gran velocidad. Douglas y el merodeador cayeron, y lo vio por lo que era: un *muerto*. Tan muerto como lo había estado Gerry Stafford. Muerto y en busca de vida, en busca de sangre, de la sangre de Melanie. La criatura emitió un silbido. Sus ojos inyectados de odio ya no eran humanos, como tampoco sus colmillos aserrados y su semblante deforme. Sus garras, que segundos antes habían estado

prendidas de la pared vertical, atacaron el rostro de Douglas. Mientras caían, Douglas blandió la lámpara contra aquel demonio sediento de sangre. Estaba poseído por un poder sobrenatural, imbuido por primera vez tras tantos años de un firme propósito...

Y entonces chocaron contra el suelo. La nieve no era lo suficientemente profunda como para amortiguar el sobrecogedor impacto. Se produjo un destello de dolor, y luego nada. La visión de Douglas se empañó. Vio la insignificante lámpara, medio enterrada en la nieve, a varios metros de distancia. Vio al demonio, cojeando, mientras se refugiaba en la oscuridad. Sintió vagamente la fría nieve que se derretía contra su cuerpo febril. Y luego nada.

Capítulo doce

Las luces de Navidad alumbraban inmersas en una bruma de tranquilizantes prescritos. Los médicos habían dicho que debía dormir; le habían atiborrado de sedantes, y Faye se había ocupado de que siguiera las instrucciones de los doctores a rajatabla. Douglas se veía a salvo del viento, pero había sido arrojado sin remedio al tormento de los sueños. Había empezado a escamotear los somníferos y a doblar la dosis de analgésicos. Su teoría: Si 600 mg eran buenos, 1200 tenían que ser la leche. Sin contar sus atribuladas cabezadas, hacía dos días que no dormía en condiciones, y se pasaba la mayor parte del tiempo lo bastante groggy como para fingir que aquella voz imperiosa no estaba llamándole a él.

Gran parte de la semana transcurrida desde su caída era un desordenado rompecabezas de fichas blancas de hospital —un enjambre de médicos y enfermeras; la escayola alrededor de su brazo derecho; Faye, pálida sin el maquillaje— pero en medio del remolino de recuerdos confusos, sobresalía una frase que había pronunciado su esposa durante uno de sus breves encuentros con la lucidez: «*Cuando puedas... cuando te encuentres bien, quiero que te vayas*».

La compañía aseguradora se había ocupado enseguida de que saliera del hospital, por lo que supuso que se refería a irse de casa, del hogar en que había vivido durante veintitrés años, y en el que había muerto su hijo. Faye no había abundado en su petición, y Douglas no había pedido ninguna aclaración, ni entonces ni más tarde, pero le mortificaba: Había decidido abandonarla, y al final era ella la que le daba la patada. Le había mandado a tomar por saco, mientras él estaba en el hospital, nada menos.

No es que pudiera rebatir su decisión. A fin de cuentas, los muchachos de urgencias le habían encontrado inconsciente, desnudo en la nieve, rodeado de cristales rotos y una persiana veneciana hecha añicos, a tres pisos de la ventana destrozada de una esbelta y atractiva, si bien un tanto histérica, subordinada del trabajo que afirmaba que él había hecho el salto del ángel desde su cama y a través de la ventana, con nada más que una pesada lámpara para amortiguar su caída. No tenía buena pinta.

Ni siquiera podía culpar a Melanie por no haber mentido. Estaba desquiciada, y no conocía toda la historia... como si decirle a los médicos y a la policía (oh, sí, la policía había mostrado un gran interés; un ejecutivo «encuentra» el cuerpo de un colega asesinado una noche y se tira por la ventana a la siguiente) que un monstruo sediento de sangre había estado agarrado a la fachada del edificio y les había espiado mientras practicaban el sexo hubiera contribuido a que su historia sonara más inocente, o verosímil.

Sands no había ofrecido aquella información, después de todo. No al detective

Havelin, que investigaba la muerte de Gerry, y no a Faye, y tampoco a Melanie. Ésta había acudido una vez a visitarle al hospital. Douglas se sorprendió inicialmente al verla, pero claro, su secreto ya no era ningún secreto, por lo que su presencia resultaba más torpe que estúpida. Estaba tan confusa como cualquiera acerca de lo ocurrido; no había visto la cosa fuera de la ventana, y Douglas no se había molestado en convencerla de que el merodeador había regresado. No había manera, escalera o escalada libre aparte, de que pudiera haber habido alguien en esa ventana. No había explicación alguna que pudiera proporcionar Douglas. Ninguna explicación razonable. Así que se quedó con su propia explicación, privada e irrazonable. Lo peor era, esta vez, que sabía que era verdad. Sabía que el merodeador había estado allí —su garra le había dejado veintiocho puntos alrededor del ojo a modo de prueba— y que se habría bebido la sangre de Melanie. Pero ¿quién le habría creído? El corte que tenía en el rostro se debía «obviamente» a los cristales rotos de la ventana por la que se había tirado.

Por convencido que estuviera Sands de que el merodeador había estado presente, había otra cosa que le tenía igual de perplejo: Él no se había propuesto saltar por la ventana. Al menos, pensaba que no. ¿Qué había querido hacer? ¿Ahuyentar al merodeador? ¿Matarlo? Estaba claro que suicidarse no era la mejor manera de conseguir ninguno de esos objetivos, ni de proteger a Melanie a la larga. Y luego estaba la cuestión del *cómo* lo había hecho. No tendría que haber sido capaz de atravesar la ventana de aquella manera... no desde la cama, no sin coger impulso y blandiendo una enorme y pesada lámpara. Sands no encontraba explicación que le satisficiera, pero tenía que improvisar explicaciones para todos los demás.

Ya había decidido que lo mejor sería convencerles de que se había quedado dormido y había tenido una pesadilla. Por eso había saltado por la ventana. El psiquiatra que le había evaluado en el hospital no había ocultado su escepticismo.

—Los terrores nocturnos no son algo infrecuente —había dicho el médico—, pero la señorita Vinn afirma que no le parece que usted estuviera dormido.

Ojeaba las páginas de su carpeta, comprobando sus apuntes.

—Se equivoca.

—Dice que acababan de terminar de hacer el amor.

Douglas había intentado incorporarse apoyándose en los codos, con escasa fortuna.

—Mire, doctor... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

Intentó ver la tarjeta identificadora, pero no consiguió enfocar la vista correctamente.

—Laney. Doctor Laney.

—Vale. Bueno, mire, doctor Laney... ¿está usted casado? —El doctor Laney asintió—. Bien. ¿Y qué es una de las primeras cosas que hace usted después de tirarse

a su esposa... o a la esposa de otro, eso da igual? ¿Hm? Se queda frito. Me da igual lo que le parezca a la *señorita Vinn*, se equivoca.

Evidentemente, el doctor Laney había dictaminado que Douglas estaba en sus cabales, si bien un tanto irascible. No le habían sometido a un examen psiquiátrico exhaustivo. Las cabezas pensantes del hospital Memorial de los Fundadores le habían enviado a casa con su mujer. Quizá hubieran decidido que ése sería un tratamiento lo suficientemente desagradable para un paciente decididamente desagradable.

Douglas había pasado la primera noche en la cama de matrimonio. Solo. Al día siguiente, se había trasladado a su butaca reclinable y había decidido que ése era el lugar más cómodo que podía encontrar. Y allí se había quedado... con la excepción de sus ocasionales visitas al cuarto de baño. La comodidad no era ninguna trivialidad, no con una muñeca rota que necesitaba una escayola de brazo entero, un cuello lastimado, una conmoción aguda, ciento veintiocho puntos y algunas costillas rotas. Todos habían coincidido en que había tenido una suerte increíble al no romperse el cuello, o la espalda, o de no haberse perforado ningún órgano interno... casi todos habían coincidido, mejor dicho. Douglas pensaba que todo el mundo tenía un distorsionado concepto de la suerte. Irónicamente, al tirarse por la ventana y caer tres pisos en picado hasta el suelo, no se había lastimado la espalda.

Así que el sillón reclinatorio de Douglas se había convertido en su trono y su lecho. No estaba dispuesto a permitir que Faye se sintiera superior dejándole su propia cama y durmiendo en el cuarto de los invitados. Herido como estaba, era él el que renunciaba a cualquier lujo. De todos modos, no le apetecía dormir. Quería sentarse y contemplar las malditas luces de Navidad; quería mirar los adornos e intentar recordar en qué año los había comprado; quería revivir los primeros años de su matrimonio y recordar exactamente qué era lo que había arrojado por la borda. Se quedaba sentado, y pensaba, y se escudaba del viento arrebujándose en una manta. Faye se ocupaba de sus necesidades físicas pero sin dirigirle la palabra... hasta esa noche, Nochebuena.

Hacía algunas horas que se había acostado, pero ahora reaparecía arropada por un grueso albornoz. No aparentó sorpresa al encontrar todavía despierto a Douglas; no le dirigió ni una mirada, sino que pasó de largo y llegó hasta el comedor, donde se sirvió un dedo de güisqui.

—No te gusta el güisqui —dijo Douglas. Ella se dio la vuelta y lo apuró de un trago, con una mueca, antes de servirse otro—. Bueno, al menos podías servirme uno a mí.

—No puedes beber estando medicado.

—Vaya por Dios.

Faye regresó a la sala de estar y se sentó en el sofá, con los pies recogidos bajo el cuerpo. Inhaló hondo y exhaló un suspiro. Acarició el borde del vaso con un dedo. El

silencio era tenso y pesado, igual que una asfixiante manta mojada. Cuando habló al fin, sus palabras fueron vacilantes:

—¿Estás enamorado de ella? ¿Os vais a casar?

Ambas preguntas cogieron a Douglas por sorpresa, aunque supuso que no tenían por qué. Lo cierto era que no había pensado en el futuro, en lo que iba a hacer ahora que había conseguido estropearlo todo. Los fantasmas que asolaban sus pensamientos pertenecían al pasado: un niño, un monstruo. El pasado, no obstante, era lo único a lo que Faye daba la espalda; mantenía el rostro apuntado valientemente hacia el futuro, aunque fuese el pasado, por mucho que quisiera ignorarlo, aquello de lo que no podía desprenderse. Intentaba encontrar, anhelaba asir desesperadamente, algo noble en el sórdido desastre en que se habían convertido sus vidas; quería que Douglas le concediera eso al menos. Pero éste descubrió que estaba resentido con ella, y con la venda que le había tapado los ojos durante tantos años, casi tan resentido como consigo mismo.

—¿Casarme con Melanie? No. —Sacudió la cabeza lentamente, como si no quisiera lastimarse el cuello. Faye, con la cabeza gacha, aceptó su respuesta sin comentarios, pero Douglas no había terminado—. Y no, no estoy enamorado de ella. No se trata de algo tan honorable.

Faye dio un respingo. Cuando volvió a mirarle, sus ojos centelleaban.

—Se trataba sólo de sexo. Era insaciable. Me extraña que no me diera un ataque al corazón. Y, oh, por si estás grabando esto para tu abogado, ella es la cuarta. La cuarta amante.

«Deberías haberte dado cuenta —pensó—. No podría haberte engañado si no hubieras querido que te engañara».

La torva mirada de Faye se evaporó casi tan deprisa como había aparecido. Sus ojos estaban cansados, tristes. Terminó el güisqui, dejó el vaso encima de la mesa de café y, sin decir nada más, regresó al dormitorio. Douglas sabía lo que significaba aquella retirada: Si él no pensaba ayudarla a rescatar siquiera una pequeña porción de su dignidad, tampoco ella estaba dispuesta a concederle la satisfacción de una discusión. Eso ya no le importaba, y Douglas sabía que a él tampoco, no por su matrimonio. Pero la perspectiva de la noche, de su necesidad de dormir, le atemorizaba.

—¿No oyes el viento? —se apresuró a preguntarle cuando doblaba la esquina.

Faye se detuvo, se volvió hacia él; no comprendía la pregunta.

—A veces sopla con fuerza en la parte de atrás —dijo, confusa—. A veces suena como si fuera un gemido. ¿Por qué?

«Porque no siempre es el viento —quería decir Douglas—. A veces es Adam. Llamándome. ¿A ti no te llama?». Douglas quería decir todo eso, pero no podía. No a Faye, no después de todo. *«Porque si ese otro monstruo es real, un chupador de*

sangre... un vampiro, por el amor de Dios... si eso es real, tal vez la voz lo sea también».

—Así que... lo has oído.

Faye suspiró de nuevo.

—Buenas noches, Douglas.

Le dio la espalda, y él permitió que se fuera.

Douglas se despertó al sentir un leve roce en el brazo. Debería haberse sentido aterrorizado; debería haber salido corriendo y gritando. Pero en lugar de la repulsa, el miedo y la indignación que le habían consumido al ver al merodeador, lo que le sobrecogía ahora era el desconsuelo, la lástima.

Adam estaba de pie junto a la butaca, con la mano apoyada en el brazo de Douglas. El niño parecía preocupado, su labio inferior sobresalía en un mohín exagerado.

—¿Papá? —preguntó, desorientado—. ¿Pa-pá? —Todavía con aspecto de preocupación, se giró y se alejó con el desgarrado andar propio de un infante. Douglas vio cómo el pequeño llegaba a las puertaventanas... y las atravesaba.

Ni siquiera aquello conmocionó a Douglas. Cuando las lágrimas le bañaron el rostro, le dolió darse cuenta de que ya no podía seguir fingiendo. La voz no era el viento que soplaba en la parte de atrás, como quería creer desesperadamente. El merodeador era real; el corte de su rostro había sido producido por unas garras, no por los cristales, como asumía todo el mundo. Y Adam era real.

Douglas se levantó de su asiento. Sostuvo la manta con firmeza sobre sus hombros. Cada movimiento constituía un calvario, pero no podía quedarse allí. No podía. Encontró su cartera, y las llaves de su coche, y salió cojeando por la puerta principal a la oscuridad, al frío y al viento.

Segunda parte:
El Sr. y la Sra. Kilby

Capítulo trece

Sands despertó sobresaltado. El cristalino cielo blanco pesaba sobre él, le apabullaba. Con un grito, levantó las manos para protegerse y golpeó un cristal húmedo y empañado. Sólo el dolor le resultaba familiar: La infalible hoja de un estilete que apuñalaba su cuello una y otra vez, la torcedura resentida por súbito movimiento brusco. Menos familiar era el palpar de su rodilla; se la había golpeado contra el volante.

Los penachos de su aliento inundaron el interior del vehículo mientras jadeaba, esta vez no por culpa de las pesadillas, sino por comprender que se había quedado dormido. «*¡Debería permanecer despierto! ¡Debería permanecer despierto!*» A pesar de las semanas sin descanso, se había prometido que permanecería despierto. Pero, de nuevo, había demostrado ser incapaz de mantener una promesa.

Impulsado por el ansia, arañó el interior del parabrisas, que estaba cubierto por una fina capa de hielo, su aliento, condensado y congelado mientras dormía. Su brazo derecho, con la escayola, era increíblemente torpe; ladeó el espejo retrovisor de un golpe. Sólo pudo trazar unos estrechos surcos en el hielo con los dedos de su mano izquierda. Al otro lado, el mundo era una sábana gris.

Procurando ignorar las airadas quejas de sus costillas, se agachó y tanteó bajo el asiento, palpando frenéticamente hasta que hubo encontrado el rascador. Desprendió el hielo del parabrisas con mucha mayor facilidad, pero seguía sin ver nada. Una ligera nevada había caído durante la noche; ligera, pero suficiente para cubrir con un fino manto el exterior del cristal. Giró la llave de contacto parcialmente y puso en marcha los limpiaparabrisas. Seguía respirando aceleradamente. Pese a la naturaleza mundana de sus acciones, temía lo que no podía ver; temía lo que, por un momento, *podría ver*.

Conforme los limpiaparabrisas trazaban su acompasado arco, desprendiendo la capa inferior de condensación congelada, la nieve pulverizada de la superficie corría por el parabrisas para ser empujada a un lado por los brazos de goma y metal. Por fin, Sands pudo ver, no completamente a través de los trozos congelados que se aferraban tenaces al cristal, pero lo suficiente.

Podía ver el oscurecido complejo de apartamentos: el edificio de Melanie, las escaleras que conducían al porche elevado, la maleza oprimida por el peso del hielo y la nieve, el contenedor y su desbordante contenido cubierto por una delicada capa de escarcha, el edificio desahuciado, la lona azul. Según el reloj de su salpicadero, era más tarde de lo que hubiera podido adivinar. El velo de nubes era tan sólido, tan uniforme, que parecía que el sol aún no hubiera salido, por lo poco que se hacía notar. Pero el sol había salido, y eso significaba que mantendría a raya al merodeador... ¿no?

¿No era eso lo que hacían los vampiros: Salían por la noche, y la luz del sol — incluso la luz del sol filtrada por las nubes, esperaba— los convertía en un montón de escoria humeante si les pillaba en la calle? Nunca había visto al merodeador durante el día, pero claro, tampoco visitaba nunca a Melanie más que por la noche. Intentó recordar todos los detalles relevantes de las películas y los libros: el crucifijo, el ajo, la estaca en el corazón, la luz del sol... ¿No había algo acerca de que no podían entrar en tu casa a menos que les invitaras? No estaba seguro. Hacía tanto tiempo... probablemente treinta años desde que leyera *Dracula* por vez primera, y tal vez diez o quince desde que leyera unos cuantos capítulos de uno de aquellos libros de Anne Rice que habían estado en boca de todos por aquel entonces.

«¡Son simples libros, cuentos!», se dijo, poseído de repente por una sensación de profundo absurdo, a la que parecía vulnerable cada pocas horas. Pero él había visto al merodeador y lo había reconocido: ¡estaba muerto y ansiaba la sangre de Melanie! Eso lo convertía en vampiro, ¿verdad?

Mientras observaba el edificio de apartamentos aquella mañana de Navidad, Sands no ahondó en el *cómo* había reconocido al merodeador. Había estado seguro... como nunca lo había estado de otra cosa en su vida. Tal vez no supiera responder a otras preguntas —¿iba a dejar a su esposa?, ¿la quería?, ¿estaba enamorado de Melanie?— pero había estado *seguro*, sin lugar a dudas, de que el ser que se había abalanzado sobre él era un vampiro. Seguro, al menos, de lo que era el monstruo, de lo que hacía. «Vampiro» era el único nombre que se le ocurría para él.

Sands frotó el interior del parabrisas; se estaba levantando la niebla. Sintiendo claramente ahora el frío que impregnaba todos sus huesos y articulaciones, puso el coche en marcha, encendió la calefacción, y volvió a taparse hasta los hombros con la manta que se le había caído hasta la cintura. Encendió la radio y escuchó canciones de Navidad. Oyendo apenas los *porropompones* de «El tamborilero», los pensamientos de Sands vagaron hasta otro niño pequeño, un niño que no debería haberle tocado el brazo la noche anterior, que no debería haber hablado con él. Douglas y Faye habían compartido dos Navidades con Adam. Sólo dos. Se había hecho lo bastante mayor como para disfrutar de los regalos, abriendo el reluciente papel y rompiendo las cintas, pero seguía sin comprender del todo el concepto de vacaciones.

Douglas ya había empezado a sacudir la cabeza violentamente para aclararse las ideas antes de acordarse de su cuello. Una lanza de dolor salió disparada desde su mentón, recorriendo su oído, hasta la sien, ocupándose de recordárselo. Muchas de sus costumbres, de sus respuestas naturales, parecían resultar dolorosas... para él o para los demás.

Pero este dolor, el dolor físico, le servía de distracción. No iba a pensar en Adam; no había nada que pudiera hacer. Pero el merodeador, el vampiro, eso era distinto.

Anoche, cuando Sands salió de casa con la manta sobre los hombros, no sabía qué dirección tomar. Había empezado a caminar. Lejos de allí. Había transcurrido una hora antes de que regresara, y aunque su maltrecho cuerpo le dolía y palpitaba, había sido incapaz de enfrentarse a su esposa, su hogar, su *hijo*. Así que se había subido al coche, llevándose consigo nada más que la manta y un viejo bate de béisbol que languidecía cubierto de polvo y olvidado en la esquina del garaje.

La mano izquierda de Sands flotó hasta su rostro, trazando las marcas de los puntos junto a su ojo. Recordaba bien los fulgurantes ojos rojos del merodeador, el siseo bestial, la boca atestada de colmillos irregulares, las garras clavadas en su rostro. Apagó el coche y salió, Louisville Slugger en ristre. Se dispuso a cruzar el traicionero aparcamiento, sin estar seguro de lo que había venido a buscar. Había venido aquí esta noche para proteger a Melanie, para velar por ella, y se había quedado dormido. Necesitaba cerciorarse de que se encontraba bien.

Avanzó con cuidado por el pavimento congelado, procurando no partirse el cuello. Le dolían las costillas, hiciera lo que hiciera; una inspiración profunda era todo cuanto hacía falta para descolocarlas. Si se encontraba con el merodeador, se preguntó qué podría hacer un manco con un bate de béisbol. Probó a enderezarlo con los dedos de su mano derecha que sobresalían bajo la escayola, e intentó unos cuantos golpes, suaves y torpes. Los resultados no eran halagadores. Decidió que lo mejor sería confiar en que los vampiros no salieran de día.

No se dirigió a las escaleras y al porche interior, sino que rodeó el edificio. Hoy podría haber plantado cara al león —en el peor de los casos, podía machacarlo con el bate— pero no podía hacer frente a Melanie. En el perjudicado cuerpo de Sands había demasiadas emociones enfrentadas. Sentía una cierta firmeza de propósito en su necesidad de protegerla, y no quería que la pasión, o el amor, o lo que fuera que sintiera por ella se interpusiera y enturbiara el asunto.

La nieve de la parte trasera del edificio estaba surcada por cientos de pisadas; la suave nevada de la noche anterior no había sido suficiente para cubrirlas. La zona aplanada más extensa era en la que había aterrizado Sands. Pensándolo bien, lanzarse a través de la ventana no había sido ninguna genialidad, pero no había tenido tiempo de pensar, de calcular, y le había sobrecogido la certeza de que aquel ser maligno acechaba en el exterior. Seguía sin *creer* que su idea original fuera la de saltar por la ventana, pero era tan difícil reconstruir con detalle lo que había ocurrido, y el *porqué*, una vez pasada la dificultad.

Le pareció que todavía podía distinguir dónde había aterrizado la lámpara y excavando un profundo agujero en un montículo de nieve. Por lo demás, el suelo era un maremagno de pisadas pertenecientes a los miembros del equipo de urgencias y, más recientes, al detective Havelin, sin duda.

Sands miró más allá del «escenario del accidente» en dirección al edificio

desalojado, desprovisto de árboles, luces o adornos; sólo la lona azul confería una nota de color al sombrío paisaje gris y marrón de nieve, hielo y árboles pelados. Se giró y miró en dirección a la ventana reemplazada de Melanie.

Tenía las persianas levantadas —«¿es que no había aprendido nada?»— y se veía una luz cálida y acogedora, desafiando la penumbra. Mientras observaba, Sands vio movimiento en el interior, alguien que pasaba por delante de la luz y la eclipsaba por un instante. No vio a Melanie, pero sabía que debía ser ella... no con toda seguridad, como la que había sentido con el merodeador, pero la suficiente. Corrió, en la medida de sus posibilidades, para rodear el edificio y regresar al coche.

Antes de irse, garabateó una breve nota, con la zurda —*Baja las malditas persianas. Hasta abajo del TODO*— y la coló a medias por debajo de la puerta de Melanie.

El centro de Iron Rapids se encontraba alicaído y casi desierto los días entre semana. En Navidad, era una auténtica ciudad fantasma. Hacía años que casi todas las tiendas habían emigrado a los suburbios y a los centros comerciales del exterior del perímetro de la autopista. Los conjuntos de casonas que antaño había alojado a la flor y nata de la sociedad se habían subdividido en apartamentos y habían quedado reducidos a sórdidos pisos de alquiler.

Los años no habían tratado bien a la ciudad, ni a las industrias que la sustentaban, que eran su razón de ser. Las minas de hierro se habían agotado hacía décadas, y no tardó en ocurrir lo mismo con las fábricas siderúrgicas que habían engendrado. Sólo la previsión de los padres de la ciudad y la tenaz determinación de sus habitantes habían mantenido aquel lugar con vida. Muchas de las fábricas se habían convertido a la manufacturación, y Iron Rapids se había convertido en otra de esas comunidades satélite que alimentaban la todopoderosa industria automovilística de Detroit. Y al igual que ocurriera con esas ciudades, Flint, Pontiac, la amenaza de desplome y la consiguiente reorganización de la industria a principios de los ochenta habían pasado por encima de Iron Rapids como un sedán de lujo que se hubiera dado a la fuga. Por lo que podía ver Sands, aquellos primeros y tenaces ironrapidianos habían cedido el paso a las generaciones poseedores de empleos precarios y dependientes del estado.

A Sands le sorprendió ver algo abierto en el centro; había estado conduciendo por las calles desiertas sin motivo aparente, por el placer de conducir, hasta que divisó las luces de la Panadería de Zahn en la esquina de Main con Burlington. El aparcamiento se convertía en un ejercicio impreciso en las calles nevadas. Acercó el coche cuanto le fue posible al túmulo de nieve sucia y congelada que ocultaba plazas de aparcamiento y parquímetros por igual.

En cuanto hubo abierto la puerta de la panadería y se hubo visto asaltado por el saludable olor del pan recién cocido, Sands se dio cuenta del hambre que tenía. Le

había parecido prudente dejar la manta en el coche, por lo que iba en mangas de camisa, con un pantalón de chándal y unas zapatillas de deporte, pero la muchacha que atendía el mostrador no pareció reparar en ello, pese al cortante frío y las ocasionales rachas de viento que azotaban la calle. Sands pidió una baguette y un café y se acomodó en una dura silla de madera en una mesa de la esquina. También allí sonaban canciones de Navidad por los altavoces, aunque se trataba de una emisora distinta de la que sintonizaba él en su coche.

El pan todavía humeaba cuando lo partió. Cerró los ojos y suspiró mientras masticaba. A pesar del café, sentía que le embargaba un intenso letargo. No sabía si se debía al calor y a la comida, al cansancio, o a los analgésicos, de los que engulló otro puñado. Intentó concentrarse en preguntas inmediatas como ésta, en asuntos triviales e inconsecuentes: ¿Qué emisora estaba sonando? ¿Cuántas hogazas hornearía esta gente al día? El café estaba rico, ¿qué marca era? ¿Recordaba que este edificio hubiera sido un restaurante chino hacía algunos años? ¿Cuánto azúcar cristalizaría en el fondo de su taza de café? Intentó pensar en cualquier cosa del aquí y ahora, en el momento, no podía enfrentarse al pasado, en las cosas que había visto y hecho, ni al futuro, en cuál sería su destino.

La figura familiar que entró por la puerta poco después de que Sands comenzara su segunda taza de café parecía fuera de lugar; transcurrieron varios segundos antes de que se activaran las sinapsis y Douglas comprendiera a quién estaba viendo. Albert Tinsley pareció experimentar una reacción similar. Su mirada pasó por encima de Sands, se concentró en el menú elevado detrás del mostrador, regresó de golpe a Douglas.

—¿Douglas? Has salido del hospital. ¡Feliz Navidad! ¿Está Faye contigo?

—Ve y pide. —Sands indicó a la dependienta con un movimiento de cabeza y procuró disimular su fatiga.

—Buena idea —convino Tinsley—. Hola, Michelle —saludó a la joven. Iba vestido con unos vaqueros, botas, y un grueso jersey de lana, atuendo mucho más apropiado para el tiempo que el de Sands. Vestido de esa guisa, la barba cana de Albert le confería el aspecto de un montañero, y las profundas arrugas de sus ojos y boca parecían atestiguar más las horas pasadas a la intemperie que el paso de los años. Cuando se unió a Sands su talante era, como de costumbre, complaciente—. ¿Qué tal estás, Douglas? —Hizo una pausa mientras miraba con atención a su compañero de trabajo—. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias —dijo Sands, levantando su taza a modo de brindis.

—No, en serio. Estás horrible —repitió Tinsley, preocupado—. ¿Hace mucho que saliste del hospital? ¿Duermes bien?

—Ni bien ni mal. Anoche conseguí pegar ojo. Un poco. Oye, ¿qué tal si hablamos de otra cosa?

—Claro —convino Tinsley, pero no podía ocultar su preocupación. Empero, se esforzó por aparentar naturalidad—. Bueno, ¿qué te trae por el centro? No te había visto antes por aquí.

—¿Vienes a menudo? ¿Vives cerca de aquí?

—No muy lejos. A algunas manzanas.

—Oh. —A Sands le sorprendía oír eso. Aquella no era la mejor zona de la ciudad, y sabía que el salario de Albert le daba para bastante más—. Bueno, yo... Faye me ha dado la patada.

Tinsley se rió... hasta que, abochornado, se dio cuenta de que Sands no bromeaba.

—Oh, Dios. Douglas, lo dices en serio. Yo... lo siento. Pero ¿en Navidad...?

—No me especificó la fecha —dijo Sands, secamente—. Pero supongo que más vale no dejar para mañana lo que puedas hacer hoy.

Guardaron silencio durante unos incómodos minutos. El café sabía amargo de repente, y el olor del pan cocido y a no resultaba tan reconfortante. Tinsley, al haber visto cómo fracasaban sus primeros intentos por entablar conversación, se sentía desorientado, y a Sands no le apetecía charlar. Pero Albert tenía una buena capacidad de recuperación, y pronto volvió a la carga.

—¿Tienes donde quedarte? O sea... parece que hayas dormido en el coche.

—Ha sido una noche larga. He estado cazando vampiros.

—¿Cómo?

Douglas exhaló un suspiro.

—No importa. Y no, gracias. No quiero ponerte en un compromiso. Buscaré un hotel.

—No te lo digo por cumplir, Douglas. Si no tienes donde quedarte... ven a mi casa. Siquiera por una noche.

—¿No te asusta que pueda tirarme por la ventana?

Tinsley hizo una pausa.

—Me han contado una historia un poco rara a ese respecto. Pero mi casa es toda planta baja, así que es el lugar más seguro al que podrías ir.

Albert vivía en una de las chozas de conveniencia levantadas a orillas del río Iron. Las atestadas y apiñadas estructuras habían albergado en sus inicios a familias mineras, hombres y mujeres que trabajaban mucho y vivían poco y que, por lo general, estaban empeñados hasta las cejas con la empresa. Los trabajadores del acero nunca se habían dignado habitar en ese barrio, al que llamaban «las Islas», debido a la tendencia del río, un manso afluente del río Grand durante la mayor parte del año, a desbordarse en primavera, transformando la inundada cuenca fluvial en un diminuto archipiélago de tejados de tablas. Una serie de alcantarillas diseñadas por el Cuerpo

de Ingenieros del Ejército en los años setenta había aliviado ese problema, aunque los sótanos de tierra de las Islas seguían anegándose con regularidad. Para entonces, no obstante, las minas se habían agotado, las fábricas habían cerrado, y los trabajadores de ambas industrias poblaban la zona azotada por la miseria en igual número. Algunos consiguieron comprar sus hogares, pero la mayoría de las cabañas eran ahora casas de alquiler, propiedad de las familias ricas establecidas de la ciudad: los Peck, los Schneider, los Ellsworth y los Gordon, entre otras.

La cabaña de Albert era lo que Faye habría llamado un «búngalo», lo que quería decir que el techo no tenía demasiadas goteras, y que la estructura disponía de aislamiento y cañerías (las Islas habían sido el último barrio en recibir el suministro de agua y los servicios de alcantarillado de la ciudad, cuando los activistas sociales habían llamado al fin la atención al gran público acerca del grave peligro para la salud que suponían aquellas cosas durante la inundación de primavera anual).

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Sands cuando entraron. Pese a su reticencia inicial, supo reconocer de inmediato la gran cantidad de trabajo que debía de haber volcado Tinsley en ese lugar. Era cálido y cómodo, habitable.

—Unos pocos años. Tenía una casa más nueva en Spring Cove, pero no me hacía falta algo tan grande, y después de adecentar esto, he podido emplear mi dinero en otras cosas.

Mientras hablaba, Tinsley condujo a Sands al cuarto de invitados, parecido a un trastero.

—Te habrás dejado los cuernos trabajando —dijo Sands, suprimiendo un bostezo. Se sentó en la cama, para probar los muelles; se tumbó y levantó los pies.

—Pues sí. Arrancar las paredes. Poner cañerías nuevas y tendido eléctrico. Levantar el suelo de linóleo, colocar las tablas de duramen. Puede decirse que lo he remodelado de la cabeza a los pies.

Sands bostezó de nuevo. Esta vez no pudo contenerse.

—Perdona. No es que me aburra. —Se estiró, con cuidado, para no agravar ninguna de sus diversas heridas, y gruñó—. Así que, dime, Albert...

Antes de que pudiera terminar de formular la pregunta, Sands se había quedado dormido.

Capítulo catorce

El detective Eric Havelin golpeó con un nudillo el deslustrado cristal de la puerta del despacho de la inspectora médica. Su «Adelante» fue inconfundiblemente arisco. No le ofreció una silla, pero se sentó de todos modos. Se dejó puesto el abrigo; el lugar era tan frío que se preguntó si la mujer guardaba los fiambres en el archivador. Ya se había entrevistado antes con la buena doctora, brevemente. Tenía aspecto de vivir para su trabajo. Suponía que era poco más joven que él, cuarenta y pico tal vez, pero aún era capaz de atraer las miradas, pese a su adustez.

—Doctora Vanderchurch, lamento de veras molestarla en vacaciones —comenzó, procurando sonar conciliador.

—Por algo será que mi número no aparece en la guía, detective.

—Lo entiendo. No se preocupe por eso. No me costó encontrarlo. Fue un mero trabajo de detective, je, je. Para eso me pagan. —Havelin, lanzando discretas miradas a su alrededor, pensó que no había visto en su vida una oficina tan pulcra como aquella: nada de montones de papeles ni carpetas, salvo algunos en el casillero de su escritorio, y una carpeta en la mesa junto al ordenador de Nissa Vanderchurch—. ¿Eso es para mí? —preguntó, indicando la carpeta seleccionada con un movimiento de cabeza.

Vanderchurch se la entregó.

—No entiendo por qué esto no podía esperar. Suelo pasar el día de Navidad con mi marido y mis hijos.

—Ya, como le he dicho, crea que lo lamento. —Havelin comenzó a ojear las páginas del informe de la autopsia—. *Suelo* molestar a Lois para este tipo de cosas —dijo, apropiándose de la sintaxis de la médica, aunque con un tono de voz ligero, no del todo burlón—. Pero ella me dijo que fue usted la que realizó esta autopsia, la que tenía la carpeta y la que pensaba tomarse toda la semana libre. Verá, estoy buscando pistas referentes a un arma homicida, y no puedo esperar hasta Año Nuevo. —Levantó la vista del informe, en dirección a Vanderchurch, y añadió más solemnemente—: Así que ya ve, por eso no podía esperar. Y le agradezco que se haya tomado tantas molestias. Oh, y a ver si le concede un aumento a Lois. Le dije que lo más fácil sería que ella me consiguiera esto, pero se negó. No estaba dispuesta a tocar sus papeles por nada en el mundo.

—No esperaba menos de ella.

—Es buena chica. —«*Y mucho más fácil de camelar para que haga lo que le pido que tú... la mayoría de las veces*», pensó. Sonrió a la sombría doctora, con el pelo recogido en un moño apretado. Parecía estar en forma y bien dotada, pero Havelin la veía fría y rígida. Se preguntó si habría encontrado el trabajo perfecto para ella, o si era el trabajo lo que la había convertido en una dama de hielo.

—No creo que encuentre nada que le sirva de gran ayuda —dijo Vanderchurch, indicando el informe que tenía Havelin entre manos, imitando exactamente el gesto anterior del detective.

«Fría, rígida, y sarcástica».

—¿Y eso por qué?

—Porque no tengo ni remota idea de lo que provocó esa herida.

Havelin frunció el ceño, antes de volver a concentrarse en el informe.

—Traumatismo craneal masivo debido al impacto de un objeto contundente... —leyó.

—El cráneo —recitó Vanderchurch—, resultó fracturado verticalmente desde la cresta del hueso frontal hasta la glabella de resultas de un único impacto.

—*Un único impacto*. Caray. —Havelin silbó y sacudió la cabeza—. ¿Qué podría haber provocado ese tipo de fractura, partiendo casi la mitad del cráneo, sin reventarlo todo?

—Como le he dicho —Vanderchurch volvió a imitarle—, no tengo ni pajolera idea.

—¿Y si aventura alguna suposición?

—Fuera lo que fuese, estaba muy caliente. La hemorragia fue mínima. Es como si la herida se hubiera cauterizado enseguida, tal vez al instante.

Havelin estudió el informe e intentó ignorar a Vanderchurch. Su suficiencia le irritaba; parecía alegrarse de que el truncamiento de sus vacaciones no fuera a servirle de nada. Lo menos que podía hacer, decidió, era malgastar la mayor parte posible de su tiempo.

—¿Me puede enseñar el cuerpo?

—Ya ha sido enviado al crematorio.

—Ah. Ya veo —dijo Havelin, contrariado. Miró por encima el informe durante algunos minutos más e hizo todas las preguntas que se le ocurrieron. Al cabo, cerró la carpeta—. Bueno —dijo, ensayando una sonrisa forzada—, lo que está claro es que alguien se la tenía jurada a don Gerald Stafford. Y como sé que yo no era, y usted tampoco, supongo que lo mejor será que vaya a buscar a otra parte.

—Eso sería lo más conveniente —convino Vanderchurch, expeditiva.

—Vanderchurch. ¿Eso es escandinavo? No parece usted escandinava.

—Es un apellido holandés.

—Tampoco tiene pinta de holandesa, je, je.

—Es el apellido de mi marido —aclaró la doctora, con un suspiro de impaciencia.

—Oh. Bueno. En fin... —Havelin se puso de pie y llegó hasta la puerta—. ¿Tiene usted hijos? Eso ha dicho, ¿verdad?

—Me gustaría reunirme con ellos en casa, detective.

—Claro. Vaya... seguro que sí. Gracias de nuevo. —La saludó con la carpeta y

cerró la puerta del despacho al salir.

Escasos minutos después de que se hubiera marchado el detective pelmazo, la doctora Vanderchurch recogió de su escritorio los apuntes referentes a la autopsia de Gerald Stafford y los guardó en su maletín. Se los llevaría a casa y se sumarían a sus archivos particulares. El informe oficial no reflejaba, y la policía no tenía por qué saber, que muchos de los órganos internos de Stafford llevaban sin funcionar, según había podido estimar, cerca de un año antes de que aquel misterioso golpe acabara con su «*vida*» la semana pasada. No sabía quién había descargado el golpe, pero esperaba que cualquier rastro que pudiera conducir a esa persona estuviera lo bastante frío.

Capítulo quince

—¿Sales otra vez? —preguntó Tinsley.

—Sí. —Sands seguía vestido con su camiseta de manga larga, el pantalón de chándal y las zapatillas de deporte. Había cambiado la manta por un abrigo de invierno que le prestara Albert. La casa era cálida, pero Sands mantenía los brazos y el abrigo firmemente apretados contra el cuerpo; no había pedido permiso para tomar prestado el frasco que sujetaba bajo el sobaco izquierdo, y tenía prisa, aunque no creía que Tinsley tuviera nada que objetar. Mientras Sands se dirigía a la puerta, reparó en que Albert estaba calzándose las botas—. ¿Y tú? ¿También sales?

—Pues sí.

Sands ya había abierto la puerta, pero sentía que un momento de conversación intrascendente era lo mínimo que podía hacer después de que Albert hubiera sido tan amable de darle cobijo... y de habérselo dado en su propio hogar.

—¿Con la persona que llamó antes? ¿Tu amiga?

Albert sofocó una risita.

—Voy a reunirme con esa persona, sí, y da la casualidad de que es una amiga.

—Bueno... pues que te lo pases bien.

—Douglas —llamó Tinsley cuando Douglas salía y empezaba a cerrar la puerta a su paso. Sands volvió a asomar la cabeza en el interior—. ¿Adónde vas? —Se produjo una pausa incómoda—. Lo que quiero decir es que... espero que no tengas pensado quedarte sentado solo en un bar o algo así. Sabes que puedes unirme a nosotros. No se trata de una cita ni nada de eso.

—Te lo agradezco, Albert. En serio. Pero no te preocupes. Diviértete con tu amiga.

Sands cerró la puerta antes de que Albert pudiera protestar... y al hacerlo, el frasco se resbaló bajo su brazo y el abrigo, y se estrelló contra el suelo del porche. Recogió el recipiente tan deprisa como le fue posible, sin olvidarse de su cuello y sus costillas, y se apresuró a cruzar el sendero limpio de nieve.

La brumosa penumbra del atardecer había dado paso a la oscuridad más completa de la noche. Con un manto de nubes tan denso, la escasa luz que hubiera durante el día desaparecía rápidamente al caer la noche. Tal vez en alguna parte hubieran disfrutado de una puesta de sol espectacular, pero aquí se producía una breve acentuación de la penumbra, y ya era de noche. Cuando Sands se introdujo en su coche, sintió que el cielo encapotado le aplastaba bajo su peso; tan próximas parecían las pesadas nubes que se extendían en todas direcciones. Tal vez fuera ése el motivo por el que los trabajadores nunca conseguían escapar de Iron Rapids, aunque ya no hubiera trabajo y pareciera que lo más juicioso que podían hacer era mudarse a otro sitio: El horizonte parecía tan cercano e impenetrable que no le extrañaba que

pudieran creer que el mundo entero quedaba reducido a aquella ciudad.

Sands depositó el frasco plateado en el asiento del copiloto junto a su Louisville Slugger. Lo había encontrado dentro de una caja en el armario del cuarto de invitados; a decir verdad, el armario era más bien un chiribitil. El propio cuarto de invitados se parecía más a un armario con una cama empotrada. Pero la habitación se le había antojado digna de un palacio... aunque fuera un palacio pequeño. Se había quedado dormido la mañana de Navidad justo después de su llegada, y había dormido durante todo el día, toda la noche, y todo el día siguiente. Al despertar, se había sentido algo aturdido pero enormemente reconstituido. Para bien o para mal, había dormido el sueño de los justos, como un muerto... mejor que algunos de los muertos que había visto de un tiempo a esa parte. Tal vez su cuerpo había llegado por fin a su límite, o puede que fuese el estar lejos de Faye, de la casa y de la piscina lo que marcaba la diferencia. En cualquier caso, Sands volvía a sentirse persona. Sus ojeras se habían reducido. Seguía vigilando sus dolores y achaques, pero el mero hecho de saber que podía dormir hacía que la incomodidad fuera mucho más tolerable.

—Dios te bendiga, Albert Tinsley —dijo Sands, con una sonrisa torcida. Albert le había proporcionado un techo, una cama, comida, y anoche, al igual que esa noche, también le había ofrecido su compañía. Douglas no quería parecer desagradecido, pero lo cierto era que no se dedicaba a quedarse sentado y compadeciéndose de sí mismo... o, al menos, no se dedicaba *sólo* a eso. Agradecía la oferta de Albert, pero aún tenía que encontrar una forma satisfactoria de explicar hacia dónde se dirigía y qué estaba haciendo: «*Bueno, verás, es que hay un vampiro que acosa a mi amante...*» no sabía por qué, no le parecía la mejor manera de enfocarlo.

El día anterior, Sands se había despertado a última hora de la tarde y, pese a sentirse descansado, le había horrorizado comprobar cuánto tiempo había pasado en la cama. ¡Había dejado sola a Melanie una noche entera! Le daba igual que hubiera estado sola durante más de una semana mientras él convalecía primero en el hospital y luego en casa, y que hubiera vivido sola durante varios años antes de eso. La necesidad de Sands de estar allí, de montar guardia ante su apartamento, había alcanzado un grado de intensidad rayano en lo compulsivo. Lo sabía. Pero eso no cambiaba los hechos: Él era el único que conocía la existencia del merodeador; era el único que tal vez pudiera detener al monstruo, aunque eso le costara la vida. «*Probablemente sea lo que me merezco —pensó—, después de todo lo que he hecho*». Tampoco es que nadie fuera a echarle de menos.

Así que había vuelto a rechazar los amables ofrecimientos de Tinsley, y se dirigía al apartamento de Melanie. Sólo se detuvo una vez, en una tienda de licores para comprar una botella de güisqui, parte de la cual había vertido en el frasco de Albert. Éste había estado lleno de agua, que Sands había derramado en el congelado aparcamiento del establecimiento. La monótona guardia de la noche anterior le había

dejado frío y envarado, por lo que había decidido que algún trago que otro le ayudaría a elevar la moral y a relajar sus músculos doloridos.

Había bastante gente en la calle para ser lunes por la noche. Muchas personas, sobre todo en la licorería, conducían furgonetas con la parte trasera cargada de equipos de pesca. Probablemente regresaban de un largo fin de semana de pesca en el hielo. «*Eso bastaría para empujar a cualquiera a la bebida*», pensó Sands, dando un sorbo de güisqui.

También había mucha más actividad en el complejo de apartamentos donde vivía Melanie: más furgonetas en el aparcamiento, música *country* sonando a todo volumen, compitiendo con el rap que emanaba furiosamente de otros coches engalanados con luces de neón y hacía que vibrara el espejo retrovisor de Sands. Al contrario que en las ocasiones anteriores en que había visitado a Melanie, se alejó de las escasas farolas en activo y encontró una plaza de aparcamiento oculta entre las sombras. Entró marcha atrás y se quedó sentado y observando el desfile de vándalos estereofónicos. «*¿Cómo diablos puede quedarse en este sitio?*», se preguntó, por enésima vez.

Cuando hubo transcurrido una hora, y luego otra, y el tráfico del aparcamiento se hubo reducido, los pensamientos de Sands cambiaron de rumbo. Gradualmente, su resentimiento hacia los demás conductores se atenuó, y se preguntó: «*¿Lo sabrá alguno? ¿Seré yo el único?*».

Cuando pasó otro coche, púrpura, en primera, sacudido por la música, Sands intentó atisbar algo a través de sus ventanillas tintadas, *lo que fuera...* pero no consiguió ver nada al otro lado del cristal oscurecido. Era la primera vez que pensaba en el merodeador en un contexto más amplio. «*¿Habrá visto alguna de estas personas lo que he visto yo?*» La idea, la ilusión de que alguien más pudiera confirmar y validar lo que él había experimentado, le pareció esperanzadora al principio. Sands se animó; por un momento, no se sintió tan aislado, tan solo... pero su mente, poco dispuesta a dejarle en paz, continuó entonces la progresión de su siguiente paso lógico: «*Si yo no soy el único que ha visto un monstruo de verdad, ¿no será igual de posible que el merodeador, mi merodeador, no sea el único de su clase que camina entre nosotros?*».

La incipiente filosofía de confort y esperanza de Sands se tornó casi al instante en una mofa cruel. Sintió un frío repentino, cortante. Los demás conductores, que por unos breves momentos había comenzado a considerar aliados potenciales, volvían a ser desconocidos y hostiles. Probablemente *todos* ellos fuesen merodeadores, depredadores de uno u otro tipo. Sands había conocido a unos cuantos depredadores humanos; tal vez no todos fueran tan humanos como pensaba. Deseó que las ventanas de su auto también estuvieran tintadas, que pudiera ser completamente invisible sentado en la oscuridad.

«Debo de ser el único que lo ha visto —pensó—. Debe de ser el único, el único merodeador, el único vampiro». Ésta tenía que ser la verdad. No podía ni empezar a imaginarse un mundo plagado por esas criaturas. Expulsó aquella desoladora e inquietante cuestión de su cabeza.

Con anterioridad, Sands había puesto el coche en marcha un par de veces para encender la calefacción. Con tanto tráfico y ruido, se había sentido lo bastante desapercibido. Ahora, estaba seguro de que si volvía a hacerlo, alguien o *algo* se daría cuenta. Por consiguiente, cogió el frasco, reticente a realizar siquiera aquel leve movimiento. Intentó permanecer tan inmóvil como fuera humanamente posible y, a pesar del güisqui, sintió que el frío le calaba hasta los huesos a través de la ropa. Los calcetines de lana y las playeras ofrecían escasa protección; durante la hora siguiente, la sensibilidad emprendió la retirada de los dedos de sus pies. También se le entumeció el cuello, y su rostro se volvió tan frío e inerte que temió que la piel pudiera contraerse y se le saltaran los puntos.

Pero ahora había muy poco tráfico. Un coche paseando sin rumbo llamaría demasiado la atención. El reloj del salpicadero anunciaba las 12:18. Sands se preguntó de repente si debería cubrir el reloj; ¿le delataría la tenue luz verde a ojos del merodeador? A fin de cuentas, la criatura les había observado a Melanie y a él con sus ojos rojos desde uno de los balcones del edificio desahuciado.

Entonces se le ocurrió otra terrible idea: ¡El monstruo podía trepar por un costado del edificio y entrar por una de las ventanas mientras Sands estaba ahí sentado vigilando las escaleras! «¡Dios santo!» Cogió el bate, sin saber exactamente qué debía hacer, pero con la certeza de que tenía que vigilar el apartamento más de cerca, asegurarse al menos de que no estaba rota ninguna ventana, ni la puerta de cristal corredera del balcón. «¿Cómo podía ser tan estúpido?».

Como en respuesta a su pregunta, en ese momento, Melanie apareció en su coche y aparcó en la plaza vacía junto a él. Cuando salió del vehículo, ensayó un gesto vacilante.

—¿Douglas? —Había entrado de frente, de modo que sus respectivas ventanillas quedaran paralelas.

Sands se quedó paralizado por la sorpresa. Se retrajo en su asiento, pero no servía de nada; ni siquiera arrastrarse debajo del asiento habría valido de nada en esos momentos. No sólo le habían descubierto, lo que ya era malo de por sí, sino que había estado vigilando el apartamento de Melanie, supuestamente protegiéndola, «y ella ni siquiera estaba en casa».

—¿Douglas? —Melanie golpeó suavemente su ventanilla.

Sands suspiró, y se sintió como si el vaho de su aliento fuera todo el aire que escapaba de un globo. Apretó el botón de la ventanilla, pero no ocurrió nada; giró a medias la llave de contacto, y volvió a accionar el botón. Bajó el cristal apenas unos

centímetros.

—Eh... hola.

—¿Qué estás haciendo? ¿Llevas mucho esperándome?

«*No te estaba esperando a ti*», pensó. Pero no podía decirle eso. Había demasiadas cosas que explicar.

—Eh... no. No... mucho. No mucho tiempo.

Melanie se quedó plantada, mirándole. No tenía intención de irse. Lo que más quería Sands en el mundo era que se marchara. En vez de eso, arrugó la nariz y husmeó.

—¿A qué huele? ¿Has estado bebiendo? —Sands guardó silencio—. Oye... —dijo, después de algunos segundos—. ¿Te apetece entrar?

—No. O sea... *no puedo*. Te... te acompaño hasta arriba.

—Ah... vale.

Sands quería, al menos, asegurarse de que su apartamento era un lugar seguro, pero no pensaba quedarse; no podía permitirse ninguna distracción.

—Lamento que hubiera salido —dijo Melanie cuando empezaron a caminar—. Tendrías que haber llamado antes. Estaba con una amiga. —No reparó en el bate de béisbol hasta que hubieron cruzado medio aparcamiento—. Douglas, ¿qué es eso?

—¿El qué?

—Lo que intentas esconder a tu espalda... eso.

—Ah, esto. —Le enseñó el bate, tímidamente—. Nada. Es sólo un... eh... un...

—Bate de béisbol.

—Exacto.

—Y lo llevas encima... ¿para qué? ¿No faltan todavía dos meses para que comience el precalentamiento de primavera?

—Subamos, Melanie. —Escrutó los alrededores mientras la cogía del brazo y la conducía hacia los escalones.

—¿De qué vas? —preguntó la joven, pero Sands no respondió. Dio un tirón para liberar el brazo; Douglas sujetaba el bate con la mano izquierda, y la escayola no le permitía hacer fuerza con la derecha. Se detuvo—. Ya está bien. ¿Qué ocurre? —Sands la miró de soslayo brevemente. Le preocupaba más intentar penetrar la oscuridad del edificio desalojado, aunque no podía distinguir ninguna silueta al acecho. Sólo aquella lona azul—. ¿Douglas?

—Mira. Podemos hablar arriba. Por favor.

Melanie accedió, pero no permitió que la cogiera del brazo mientras subían las escaleras. Cuando abrió la cerradura de la puerta, Sands asió con fuerza el bate y miró torvamente al león de bronce de imitación, retándole en silencio a atreverse a mover siquiera los bigotes.

—Déjame entrar a mí primero —dijo cuando la puerta estuvo abierta.

—¿Qué estás...?

Pero él ya había pasado junto a ella y estaba examinando la sala de estar y la cocina. Fue entonces cuando vio que ella se había quedado en el umbral, *sola*, observándole.

—Dios santo. Entra. Cierra la puerta y echa la llave. No... *espera*. —¿Debería cerrar la puerta con llave? ¿Y si el monstruo ya estaba dentro y necesitaban una salida de emergencia, en vez de estar acechándola desde el exterior?

Melanie, no obstante, parecía no tener tiempo para sus indecisiones, y tampoco estaba dispuesta a recibir ninguna orden. Cerró la puerta y echó la llave.

—¿Cuándo has salido del hospital? ¿Sigues en tratamiento?

—Espera aquí y no te muevas. Junto a la puerta. —Sands rastreó el resto del apartamento, rápida pero concienzudamente: cuarto de baño, armarios, debajo de la cama. Al darse cuenta de que había omitido el balcón, regresó corriendo a la sala de estar y descubrió que Melanie, a decir verdad, no se había quedado junto a la puerta. Maldijo entre dientes mientras levantaba la cortina y se asomaba al balcón.

—Todavía me quedan cervezas en el frigorífico —dijo Melanie, apartándose el pelo de los ojos—, aunque hueles como si ya hubieras estado empinando el codo. ¿No estarás tomando algún medicamento que no se pueda mezclar con alcohol?

—No puedo quedarme —dijo Sands, camino de la puerta—. Parece que todo está en orden por aquí.

—Ah no, ni hablar. —Melanie se cruzó delante de él—. Me esperas sentado en el aparcamiento, ¿y ahora das media vuelta y te largas? No señor. No hasta que me cuentes a qué vienen tantas payasadas.

Sands la oía sólo a medias; estaba intentando decidir cuál sería el mejor lugar para vigilar el apartamento. No podía ver gran cosa al lado de la escalera en el aparcamiento. Tal vez el bosque que había detrás del edificio; desde allí podría ver su ventana, el balcón y la puerta, además del edificio desahuciado.

—¿Douglas? ¿Hola? ¿Qué ocurre?

—Tengo que irme. Es el acosador —dijo. «*El merodeador. El vampiro*».

—¿Qué? ¿Le has visto? ¿Mientras esperabas?

—Sí —mintió. Si tenía que recurrir a ello... Había mentido por causas mucho menos nobles.

—Vale. Pues llamemos a la policía.

—No ha hecho nada —objetó Douglas—. Como ya comentaste una vez, probablemente viva por los alrededores.

—Hay leyes escritas contra los merodeadores, siempre y cuando no se traten de imaginaciones tuyas.

—No son imaginaciones mías.

—Vale. Entonces, por lo menos, la policía podría identificarle. Seguro que eso le

quita las ganas de rondar por aquí.

—No van a encontrarle. No le encontrarán nunca.

Había algo en la forma en que lo dijo que preocupó a Melanie. Se alejó de él, bajó la mirada, al bate que empuñaba.

—Me parece que no deberías conducir, Douglas. ¿Por qué no te quedas?

—No puedo. —Pasó junto a ella camino de la puerta—. No puedo distraerme. No puedo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Puedes dormir en el sofá si lo prefieres. No creo que debas conducir. Esta noche no.

—No puedo —repitió, abriendo la puerta—. Asegúrate de cerrar con llave cuando salga. Y mantén las cortinas echadas y las persianas bajadas del todo.

Melanie ladeó la cabeza y le dedicó una mirada acerada.

—Supuse que habías sido tú el que escribió aquella nota, pero debiste de hacerlo con la mano izquierda —dijo, observando su escayola—, y no estaba segura. ¿Qué hacías aquí el día de Navidad por la mañana? ¿Cuánto hace que...?

Pero Sands ya había cerrado la puerta. De repente sabía exactamente lo que tenía que hacer. Se encaminó hacia el edificio desalojado.

Capítulo dieciséis

Todas las ventanas de la primera planta del edificio desahuciado estaban entablonadas. Aquella medida parecía haber desanimado a la mayoría de los vándalos en potencia, pero algunos se habían entretenido arrojando piedras o destrozando a balazos los cristales del primer piso. Sands, igual que cualquiera de aquellos fervientes vándalos, no se dejaba disuadir por unos tablones. Tenía los pies congelados hasta el punto del entumecimiento cuando rodeó el edificio pisando la nieve, pero apenas reparó en ello. Estaba demasiado concentrado en averiguar la manera de entrar.

Melanie no le había seguido, por lo que daba gracias. No parecía comprender el hecho de que estaba haciendo todo aquello por ella, corriendo todos aquellos peligros por ella. No la culpaba por su ceguera —ella no había visto lo mismo que él—, pero un poco de fe no le habría venido mal. Su escepticismo era una afrenta personal contra él, pero, en fin, suponía que no le había dado demasiados motivos para respetar su integridad.

Subió las escaleras hasta el porche de la tercera planta del edificio desahuciado. Desde la barandilla, decidió que debería ser capaz de trepar hasta el balcón que quedaba debajo de la lona azul; sólo había medio metro entre la barandilla del descansillo y la del balcón. Sin nieve ni hielo, y para una persona moderadamente atlética, habría sido un ascenso bastante sencillo... casi como dar un paso. Pero había nieve y hielo. Y Sands, aunque se consideraba *al menos* moderadamente atlético, tenía un brazo en cabestrillo y se estaba recuperando de una luxación en el cuello y unas cuantas costillas rotas.

Empleó el bate para despejar ambas barandillas en la medida de lo posible. Ése era el mayor reto, no patinar, pensó. Descubrió, no obstante, que subirse a la primera barandilla no resultaba tan fácil como había creído, no con un único brazo disponible. Decidió rápidamente que no podía trepar y sujetar el bate, por lo que lo lanzó al balcón. Ahora, con la esquina del edificio como único asidero, se encaramó a la barandilla. Podría haberse sentado a horcajadas sin problemas, pero tenía que ponerse de pie. Sands era plenamente consciente del feroz martilleo de su corazón mientras, con el rostro pegado al congelado edificio, apoyaba los pies y, al fin, se incorporaba.

El medio metro aproximado que separaba las barandillas se le antojaban ahora uno o dos, con el espectáculo del vacío y la nieve endurecida en el suelo a sus pies. Ya había cubierto tres pisos en picado esas vacaciones; no le apetecía repetir la experiencia.

Aparte de la esquina del edificio, a la que tendría que aferrarse con su mano casi inútil, había un brazo de farola que sobresalía de la pared por encima del balcón; no sabía cuánto peso podía soportar ese saliente, pero esperaba que le ayudara a

apoyarse siempre y cuando no cargara todo su peso sobre él. Aun tendría que poner el pie en la barandilla del balcón antes de llegar a la barra metálica.

De pie encima de la barandilla, tiritando, y sopesando su futuro inmediato, Sands se vio embargado por un fuerte presentimiento. A pesar del frío, sudaba profusamente. Si su pie o mano derecha resbalaba cuando adelantara el pie izquierdo, se caería. Si su pie izquierdo patinaba y no lograba agarrarse al pequeño saliente, o si se agarraba pero éste no sostenía su peso, se caería. Si se caía, quizá no tuviera tanta «suerte» en esta ocasión; podría romperse el cuello, o la espalda, o el otro brazo, o las dos piernas, o...

«¡Dios santo!», pensó Sands, asqueado de sí mismo y de su mal agüero. Dio el paso.

Su pie derecho resbaló; los dedos de su mano derecha, sobresaliendo del extremo de la escayola, tantearon la pared sin efecto; su pie izquierdo golpeó la barandilla del balcón; y, tras intentar y conseguir agarrarse al brazo de farola, descubrió cuánto peso podía soportar: no el suficiente.

Lo único que salvó a Sands en aquellos escasos, eternos segundos en los que aleteó sobre el vacío, fue el impulso. De alguna manera consiguió el empuje suficiente con su pie derecho, en el momento en que patinaba, para lanzarse hacia el balcón, y aunque erró el paso y se lastimó el pie derecho, logró caer en el balcón y no en dirección contraria. El brazo de luz, rematado por cables semejantes a las venas de una bestia decapitada, se soltó de la pared. La breve resistencia que ofreció, no obstante, bastó para que Sands girara en redondo. Mientras giraba, el exterior de su rodilla derecha tropezó con la barandilla del balcón y se volteó por encima, hasta el suelo. Aterrizó de golpe sobre la espalda. Encima del bate de béisbol.

Durante un momento, yació aturdido.

El cielo negro y encapotado parecía muy próximo a la esquina del tejado del edificio, quizá a escasos metros. Sands observó ausente esa esquina, y los gruesos nubarrones, y las copas desnudas de los árboles que se asomaban a su campo de visión. La primera impresión de la que fue consciente fue el frío. Sentía frío en la nuca; también en la cara, por cierto, puesto que el viento arrebatava las últimas trazas de sensibilidad de su nariz y alanceaba sus mejillas con cientos de diminutos alfileres, pero su nuca descansaba a varios centímetros de la nieve. El dolor sucedió al frío rápidamente cuando intentó mover la cabeza. Su cuello no estaba dispuesto a obedecerle, o al menos no sin rechistar. Sands dejó que su cabeza descansara de nuevo sobre la nieve, rindiéndose a las candentes punzadas. Tal vez por solidaridad con su cuello, su rodilla empezó a palpar. Sands reparó también dolorosamente en el bate alojado, bastante incómodamente, debajo de su espalda.

Se obligó a actuar despacio, tentativamente, moviendo con cuidado esta parte del cuerpo y luego aquella, asegurándose de que no se había roto nada. La rodilla derecha

era lo que más problemas le daba, pero parecía que seguía funcionando en mayor o menor medida. Pese a sus precauciones, sentarse supuso un tormento; el agudo dolor de su cuello provocó que se asomaran lágrimas a los ojos. Permaneció sentado en la nieve durante varios minutos, con el trasero tan dormido como su rostro. Su cabeza se despejó lentamente.

«*Esto es una locura*», se dijo. Pero el término *locura* había dejado de tener sentido para Sands, o al menos había dejado de ser lo bastante específico como para cubrir sus necesidades. O tal vez fuera la distinción entre sujeto y objeto lo que carecía de la debida exactitud. ¿Era *esto* (el hecho de que se hubiera jugado la vida saltando/cayéndose al balcón de un apartamento vacío) una locura, o simplemente una estupidez, y era él un estúpido (léase: loco)? ¿Era el hecho en sí de haber visto al merodeador en repetidas ocasiones una locura (imposible pero cierto), o era Sands, de nuevo, el loco? ¿Qué (o quién) era más absurdo: la situación, o el desdichado bastardo atrapado en ella? ¿O las dos cosas?

Sería mucho más sencillo, pensó Sands, si fuera él, si de veras hubiera estado a punto de matarse sin motivo. Una breve estancia en la institución apropiada y luego todo sería mejor, de vuelta a la normalidad, se acabaron las estupideces y las locuras. *Quería* creer que eso era lo que estaba ocurriendo... quería, pero no podía. No podía descartar su propia cordura, aun cuando hacerlo colocaría el peso de la locura directamente sobre sus hombros y no, lo que sería aún peor, sobre los del resto del mundo.

«*En cualquier caso —decidió—, aquí estoy, maldita sea*». Se puso de pie y empezó a examinar la lona azul que había sobre él. Estaba sujeta sobre la abertura de la pared que había estado cubierta por puertas correderas de cristal antes del derrumbamiento del balcón de la cuarta planta. La lona no estaba sujeta tan firmemente como para que no pudiera colarse una persona por el borde inferior y así entrar o salir del apartamento vacío y semiexpuesto que había tras ella. Se giró y miró el edificio de Melanie, su ventana, y vio que había cerrado las persianas y las había bajado del todo. Se concedió una breve sonrisa de felicitación.

Al volverse hacia la lona, comprobó que la pared bajo ella, justo encima de su cabeza, estaba marcada por diversos arañazos extraños... surcos, en realidad. Su forma le resultaba vagamente familiar, pero si bien Douglas Sands estaba recuperando gradualmente la confianza en su propia cordura —o al menos en la lógica interna dentro de su propia psicosis— todavía no estaba dispuesto a establecer según qué relaciones, por lo que atribuyó los arañazos al derrumbamiento del balcón... lo cual entraba dentro de lo posible.

Pegó el rostro a las frías puertas de cristal de su nivel. El interior del apartamento estaba oscuro y desierto, aunque quienquiera que lo hubiera vaciado no se había molestado en sacar todos los muebles antes de mudarse, y los de mantenimiento no se

habían molestado en limpiar los apartamentos desahuciados. Sin darse una pausa para pensárselo dos veces, Sands estrelló el bate contra el gran panel de cristal de una de las puertas correderas. El movimiento iba dirigido por una mano, la zurda para más señas, con torpeza; rebotó contra el cristal sin causar daños. La cubierta de nieve de los edificios, los árboles y el suelo amortiguó en parte el ruido del golpe. Ahora que sabía con cuánta fuerza debía golpear, empuñó el bate con los dedos de su mano derecha y volvió a intentarlo. Apareció una grieta de varios centímetros de longitud. Sands volvió a golpear la puerta; la raja se agrandó y se dividió en una serie de vetas ramificadas, como afluentes. Tres golpes más y esa porción de la ventana se hizo añicos, dejando el resto del panel intacto, salvo por una serie de grietas expandidas.

Sands atisbó el otro edificio ocupado desde el balcón. El silencio imperaba de nuevo tras el estruendo de los golpetazos y el tintineo del cristal roto. Por lo que él sabía, Melanie no estaba espiando a través de las persianas, y no vio a nadie más que se hubiera asomado a investigar el ruido.

No había necesidad de romper el resto de la ventana. Sands introdujo una mano y abrió la puerta. Decidió que un sofá abandonado del interior serviría para lo que se proponía, pero maniobrarlo demostró ser demasiado difícil. El sofá no era pesado, pero sí corpulento, y Sands, con un solo brazo, tenía problemas para encontrar un asidero. Si empujaba demasiado fuerte con el cuerpo, sus magulladas costillas protestaban. Al mismo tiempo, procuraba no lastimarse el cuello; a continuación, se hirió en la palma de la mano buena con un clavo del fondo del sofá. Al final, Sands tuvo que colocar el sofá de costado y arrastrarlo a través de la puerta abierta hasta el balcón. Según estaba yendo la noche, no le habría extrañado que *ese* balcón se hubiera venido abajo y que el sofá y él hubieran terminado despachurrados contra el balcón inferior, y que luego también éste se hubiera desplomado, y el siguiente, y el siguiente, y así hasta el infinito, hasta llegar al desmoronado balcón de la novena planta del infierno.

Por fin, consiguió situar el sofá como lo quería: de pie, apoyado en la pared bajo la lona azul. Recogió el bate y se subió al sofá, utilizando los muelles y las tablas del fondo a modo de escalerilla. Habría preferido que el sofá fuese más largo; así las cosas, podía tocar la abertura debajo de la lona, aunque por los pelos. La escalada no era sencilla. Si se sujetaba a la lona, lo conseguiría. También por los pelos. Pero como le ocurriera mientras subía al balcón, tuvo que arrojar el bate primero. Y cuando por fin se hubo encaramado y hubo entrado en el apartamento sin balcón, se topó de bruces con el merodeador inhumano.

Capítulo diecisiete

Una reseña en particular de la página web de comercio de propiedad llamó la atención de Nathan. Había visitado la página impulsado por la mera curiosidad. Sí, tenía la vaga intención de alquilar un espacio de oficina en alguna parte, pero no se había hecho el firme propósito ni se había fijado una fecha concreta. La idea parecía una extravagancia injustificable, por no decir un riesgo innecesario. Por otro lado, la variedad de localizaciones le conferiría más flexibilidad, además de dificultar el seguimiento de sus operaciones y de las de sus aliados. Así mismo, en algún momento, iba a querer acudir a múltiples proveedores, y el espacio de su actual «despacho» tenía sus límites.

Había curioseado contemplando la anodina oficina por un momento, antes de pasar a estudiar otros listados más orientados hacia la industria. Su interés en esta página en particular era, simple y llanamente, mórbida fascinación. Iron Rapids no engendraba industria; las fábricas reducían la plantilla o cerraban, aumentaba la oferta de espacio industrial, y los precios caían en picado. Nathan volvía a comprobar cada pocas semanas para ver cuánto habían bajado los precios los propietarios. Le producía un placer malsano observar cómo encajaban el golpe aquellos blanquitos forrados de pasta; se sentía como un motorista mirón que pasara junto a los restos siniestrados del coche de alguien que no le caía bien.

Ninguno de aquellos precios, desde luego, había bajado lo suficiente como para suscitar su interés, ni lo harían jamás. Nathan no era ningún capitalista especulador. Sobrevivía gracias a sus negocios de compraventa y a unas cuantas inversiones tangenciales, lo que servía a sus propósitos. Si creciera demasiado, llamaría una atención no deseada. No, lo suyo no era el negocio de la propiedad.

Lo que le llamó la atención fue que aparentemente había alguien que sí estaba interesado. En Iron Rapids. «*Hm. Mira tú por dónde*», pensó. La antigua fábrica Hadley, que había permanecido vacía durante años en el corazón de la ciudad, había sido vendida. La página web que estaba consultando sólo ofrecía listados de bienes raíces; no ofrecía los detalles de las transacciones, aparte de indicar que el lugar había sido comprado. Eso no suponía más que un mero contratiempo pasajero.

Dos búsquedas y un código de seguridad insultantemente infantil más tarde, Nathan tenía el nombre de la empresa que había comprado la planta Hadley: Soluciones Sintéticas.

Hm. Había oído hablar de ellos, desde luego. Estaba al día del índice NASDAQ además de las fluctuaciones del Mercado de Valores de Nueva York, entre otras bolsas. Como tantos otros valores tecnológicos, SolSin había experimentado un año volátil, pero en conjunto había salido revalorizada; no era una de esas punto-com que surgían de la noche a la mañana, hoy te he visto, mañana no me acuerdo. No

recordaba gran cosa acerca de la empresa, pero tomó nota mental para no perderla de vista. También hizo una apuesta consigo mismo, a ver cuántos meses pasarían hasta que la directiva hubiera recuperado el buen juicio y se retirara del mercado de Iron Rapids. La mano de obra abundaba, sólo había que pensar en la tasa de desempleo de la ciudad pero ¿trabajadores con la educación y la formación necesarias para una empresa de tecnología...?

«Jamás conseguirán despegar aquí —pensó Nathan—. No se quedarán por mucho tiempo. Nadie con dos dedos de frente se queda aquí».

Capítulo dieciocho

—¿Quién eres? —susurró la bestia—. ¿Quién eres tú para juzgarme?

Sands acababa de arrastrarse por debajo de la lona para entrar en el apartamento. El bate de béisbol, que había lanzado con anterioridad, se encontraba medio metro fuera de su alcance. Todavía no se había sentado cuando vio al merodeador... y el merodeador le vio a él.

Los pulmones de Sands se paralizaron y el aliento se atascó en su garganta. Un pútrido hedor inundó su boca y su nariz; era como la peste del contenedor la primera noche que había visto... visto a esa *cosa*.

El merodeador estaba acurrucado en una esquina. Sus ojos parecían refulgir rojos en la penumbra del apartamento cegado. La criatura era tal y como la recordaba Sands: Su cabeza calva blanca como el hueso, la piel rugosa y untuosa; el mentón era apenas más ancho que su boca abierta, superpoblada de colmillos aserrados. Las estalactitas y estalagmitas que eran sus dientes rechinaban emitiendo un sonido semejante al roce del metal cuando hablaba el merodeador.

—¿Quién eres tú para juzgarme?

Sands no asimiló el significado de aquellas palabras. Estaba demasiado conmocionado por el hecho de que aquella cosa estuviera *hablando*. Estaba «muerta», pero se movía y hablaba. No había vida en la criatura, salvo la que hubiera robado. Sands no pudo perder más que un par de segundos preguntándose cómo sabía todo aquello: ¿Cómo sabía que estaba muerta, que bebía sangre, que era sobrenatural, *malvado*? No estaba seguro; sencillamente lo *sabía*. Y también sabía que tenía problemas más inmediatos de los que preocuparse.

«¡Idiota!», se insultó a sí mismo, mirando el bate de soslayo. Se abalanzó sobre él, pero el merodeador fue más rápido. Pese a haberse encontrado en la otra parte de la habitación, el monstruo cogió el bate al mismo tiempo que Sands. Los dedos con garras se hundieron en el grueso tronco de madera cuando las manos de Sands asieron el mango. El merodeador clavó el bate al suelo. Sands no podía liberarlo.

—¿Qué eres? —preguntó el merodeador. Le costaba pronunciar las palabras; pugnaba y vocalizaba exageradamente, con sus dientes rechinando igual que un bocado de navajas de afeitar. Las ropas del ser eran poco más que harapos andrajosos; una piel pálida asomaba por varios agujeros.

—¿Qué soy? —repitió Sands, perplejo—. ¿Que qué soy? —Sus dedos se aferraban al mango del bate como si le fuera la vida en ello... y tal vez así fuera. El merodeador no había intentado arrebatárselo, pero tampoco permitía que lo empuñara. Sands se obligó a respirar. Estaba a pocos pasos del monstruo, pero el hedor no parecía más fuerte que antes. Sentía los ojos desorbitados a causa del terror, secándose por culpa del aire frío. «*No me ha atacado* —se dijo, procurando

tranquilizarse, intentando no gritar y salir corriendo—. *Podría haberme atacado antes de que yo levantara siquiera la cabeza. Quizá no quiera matarme*». Quería creerlo; deseaba creerlo con todas sus fuerzas.

Con un supremo esfuerzo de voluntad, Sands se arrodilló, sin apartar la vista del merodeador ni la mano del bate. Su forzada serenidad parecía incomodar al merodeador; una lengua fina como una cinta asomó entre los apretujados dientes. Sands quería incorporarse —no se sentiría tan vulnerable si estuviera de pie— pero aún más quería mantener la mano pegada al bate.

—Que qué soy... ¿Qué demonios eres *tu*?

Siseó. Sands dio un respingo. Puede que hubiera dado media vuelta y hubiera salido corriendo de no ser porque estaba agarrado al bate como si de un chaleco salvavidas se tratara. Observó, casi distraídamente, que los dedos anular y meñique del merodeador estaban fundidos en una garra deforme que atravesaba la madera del bate. Sands se imaginó esa garra rajándole la garganta; casi podía sentir la punta hundiéndose en la carne de su cuello, degollándole. «*No quiere matarme* —se dijo, infundiéndose ánimos—. *No quiere matarme*».

Volvió a fijarse en el bate: En lugar de «Louisville Slugger», de repente ponía «Louisville Killer» con la misma caligrafía fluida. Las esperanzas de Sands se desvanecieron. Sabía que estaba comportándose como un estúpido. Esa cosa se bebería su sangre en cuanto tuviera ocasión. «*¡No me ha atacado porque estaba sorprendido!*», se dio cuenta de repente. No sorprendido ante su aparición —había hecho ruido como para despertar aun muerto, si es que el acechador había estado dormido— sino porque le había *visto*. «*Se oculta* —pensó Sands—. *Se esconde, espera, mata*». La leyenda del bate volvía ser normal, «Louisville Slugger», pero podía ver de nuevo las intermitentes palabras de la pantalla del reloj: ESPERA: PARA MATAR.

«*Tal vez* —pensó Sands—. *Pero no va a matar a Melanie*».

—¿Quieres saber quién soy? Soy el que puede verte. —El monstruo se enderezó y bufó—. ¿Te enteras? —continuó, con la cabeza inundada de revelaciones frente al merodeador—. Te escondes, esperas, y matas. Bebes sangre, bastardo enfermizo. Pero nunca te ven, ¿verdad? No hasta que ya es demasiado tarde. No hasta...

Sands puso los ojos en blanco. Veía al monstruo, pero la bestia ya no estaba en el edificio desahuciado. Se encontraba en un lugar oscuro y reducido, observando pies y tobillos. Un coche. Estaba debajo de un coche. Viendo cómo pasaba alguien. En el aparcamiento. El aparcamiento del exterior. El merodeador salió de debajo del coche a una velocidad asombrosa. El peatón era un joven, medio borracho. Pero aun así tendría que haber visto a la criatura que se aproximaba a él por un costado. Pero no la veía, no podía verla. El merodeador se abalanzó sobre él, sus colmillos se acercaron al cuello del hombre...

Sands volvía a estar en el apartamento, con los nudillos blancos contra la madera pulida del bate de béisbol. La bestia seguía sujetando el otro extremo. Sands parpadeó. Se humedeció los labios sin sentirlos; el frío se los había entumecido. No estaba seguro de qué acababa de ver... tan sólo de que había ocurrido. Le perseguía la imagen de unos pies deslizándose bajo el coche, un cuerpo arrastrado. Su mirada volvió a centrarse en el merodeador, en el aquí y ahora.

—No es tan fácil cuando te vemos, ¿verdad? —La rabia se apoderó de Sands. No siempre sería un hombre anónimo la víctima del merodeador; en algún momento sería Melanie—. Soy el que puede verte —repitió, golpeándose el pecho con la escayola—. Soy el que no va a permitir que te la lleves. Soy el que...

El dorso de la mano de la bestia golpeó de pleno el rostro de Sands. El mundo empezó a dar vueltas de repente. Aterrizó sobre su espalda. Al principio creyó que le habían arrancado la cabeza. No. Estaba tosiendo, sin aliento, con las costillas doloridas a cada espasmo. Y dolor lacerante de su cuello lastimado... no le dolería tanto si le hubieran arrancado la cabeza de cuajo.

Abrió los ojos a tiempo de ver y sentir el pie que se aplastó contra su estómago con una fuerza monstruosa. Las costillas al rojo vivo. Luces centelleantes. Una abrumadora sensación de náusea. Otra patada.

El merodeador estaba encima de pie, observándole con aquellos ojos bestiales y hablando a través de las navajas de afeitar.

—*Deberías preocuparte menos por tu amiguita y más por tu mujer.*

Sands se obligó a abrir los ojos, a mirar aquella sonrisa de cocodrilo. ¿*Faye*? Observó las garras, los dedos fusionados. El coche. Los arañazos sobre las puertas. Los mismos surcos en el lateral del edificio bajo la lona. La náusea se apoderó de él. La bilis y la cena parcialmente digerida se agolparon en su garganta y salieron disparadas de su boca cuando se hizo la luz en su cabeza: «*Lo conduje directamente hasta Faye. Dios santo. ¿Qué he hecho?*».

Otra patada en el estómago. Sands se atragantó con su propio vómito. Se revolcó en él cuando se encogió para intentar protegerse. *Faye no*. Las luces centelleantes le dificultaban la vista. La consciencia comenzaba a evaporarse. La vida no tardaría en seguir sus pasos.

—*Me alimento donde me apetece* —dijo el merodeador, estirando la boca para vocalizar cada palabra con claridad—. *Me beberé la sangre de tu chica y luego la de tu esposa* —gruñó, con una mueca.

«*¡Faye no!*» Sands estiró el brazo, intentando inútilmente desviar el siguiente golpe, y su mano rozó algo... el bate. El merodeador debía de haberlo soltado para atacarle, y el bate había rodado. Algo así. Daba igual. Cerró los dedos en torno al mango —*¡Faye no!*— y lo blandió.

Estaba tendido en el suelo. Sin punto de apoyo. Utilizando la zurda. Aun así, de

alguna manera, el bate cortó el aire como si lo impulsara la cólera de Dios. Sands jamás podría haber hecho aquello, jamás podría haber encontrado una fuerza de ese tipo... pero lo hizo. El tronco del bate se estrelló contra la cara de la bestia. Su nariz, ya achatada, se hundió. Hueso y cartílago por igual crujieron por el impacto. Las manos del merodeador volaron, demasiado tarde, hasta su rostro desfigurado. Trastabilló alejándose de Sands.

Sands vaciló cuando quiso incorporarse. Quería estar de pie antes de que se produjera el siguiente asalto... pero éste no llegó. El merodeador se convirtió en una mancha borrosa mientras desaparecía detrás de una esquina. Sands levantó el bate, pero no había nada contra lo que blandido.

Poco inclinado a creer que el merodeador había huido, Sands dobló la esquina, adentrándose en el apartamento. A su derecha, frente al vestíbulo de la entrada, la puerta principal seguía cerrada con llave; a su izquierda, una delgada reja metálica, de un metro de lado, había sido arrancada de la pared. Sands se aproximó al boquete. Había un calentador de agua en el espacio, y detrás otro agujero más pequeño que conducía tan sólo a la oscuridad. Gotas de sangre señalaban el camino desde la sala de estar hasta el angosto túnel. Sands, sin querer acercarse demasiado, se asomó al telón de tinieblas tras el calentador. «*Ni loco...*» A continuación, regresó al salón.

Al doblar la esquina, comenzaron los espasmos en su espalda. Justo por encima de la cadera, subiendo por el costado, traspasándole el hombro hasta llegar al cuello. Aferró el bate con fuerza, utilizándolo ahora a modo de bastón y no como arma. Consiguió dar dos pasos más antes de desplomarse y yacer en agonía junto a las gotas de sangre del merodeador y el charco de su propio vómito.

Sands tardó algún tiempo en poder ponerse de pie. Supuso que debía de haber perdido el conocimiento al menos por un momento. «*Estúpido. Podría haber regresado*», pensó, pero sin mucha convicción. Consultó su reloj. Casi las 3:30 AM.

Ya podía incorporarse, aunque no conseguía enderezarse del todo; las convulsiones de su espalda habían cesado, pero sus músculos seguían estando increíblemente delicados. Tuvo que caminar medio agazapado. Siguió empleando el bate a modo de cayado y salió por la puerta principal, que pudo abrir desde dentro, en vez de por el balcón.

«*¡Dios santo!* —comprendió mientras bajaba las escaleras con dificultad—. *¡Podría haberla asesinado mientras yo estaba ahí tumbado!*» No lo creía; le había dado una buena en los morros al merodeador... y ése era otro misterio: ¿Cómo había conseguido blandir el bate de aquel modo? No obstante, lo que más le preocupaba era Melanie. Y Faye, pensó, maldiciéndose a cada paso dolorido. «*¡Conduje a esa maldita cosa hasta ella!*» Pero el merodeador había estado más recientemente; era Melanie la que corría un mayor peligro. «*¡Demonios, tal vez ya haya matado a*

Melanie y ahora vaya a por Faye!». Pero lo único que podía hacer por el momento era comprobar cómo se encontraba Melanie y esperar que no hubiera ocurrido nada.

Su apartamento parecía seguro: La ventana, el balcón, no se apreciaban signos de forzamiento. Sands rodeó la fachada del edificio y subió con dificultad los tres pisos de escaleras. La puerta principal parecía intacta.

Cuanto más andaba, más le dolían las costillas. Además, la rodilla que se golpeará contra el balcón comenzaba a fallarle. Para cuando hubo vuelto a bajar las escaleras y hubo llegado a su coche, lo único que podía hacer era reír. Se imaginó el espectáculo que debía ofrecer: medio encorvado, cojeando y con un bate de béisbol por bastón, con el cuello ladeado de forma extraña para aliviar el dolor, ciento veintiocho puntos en la cara, el brazo derecho en cabestrillo y firmemente pegado al cuerpo y a sus rodillas magulladas, la mano izquierda cubierta de sangre por culpa del corte que se hiciera con el sofá, desgarrados los pantalones y el abrigo. Y ahora había que añadir un acceso de risa ligeramente histérico. Cualquiera que le viera pensaría que estaba loco... y puede que no anduvieran muy desencaminados.

Antes de entrar en el coche, se agazapó y miró debajo, y debajo de los vehículos vecinos. Escrutó atentamente el asiento trasero. Ningún merodeador a la vista. «*¿Podría verlo en todo momento?*», se preguntó. A veces, como en el edificio desahuciado, le parecía que conocía muchas cosas acerca de la criatura; otras, como ahora, no estaba tan seguro. Al Diablo le gustaban los detalles... y este diablo tenía una boca repleta de dientes como cuchillos, y garras que encajaban con los surcos del techo del coche de Sands. «*¡Maldita sea! ¡Encima de llevarle hasta Faye, le di un maldito paseo!*».

Encendió el motor y puso en marcha la calefacción, pero no dejó que el interior del coche se caldeara demasiado; bebió un sorbo de güisqui, no demasiado. No quería quedarse dormido. No podía permitírselo. Tardó algunos minutos en sofocar los esporádicos arrebatos de risa incontrolable. Se alegró cuando lo hubo conseguido; las carcajadas eran veneno para sus costillas. Cuando su lúgubre humor se hubo disuelto, le quedó poco más que desesperación. «*No puedo salvarlas a las dos —pensó, abatido—. ¡Demonios, a lo mejor no puedo salvar a ninguna!*». Agitó el bote de analgésicos pero no tomó ninguno; quería estar alerta, para lo que pudiera servir. Era lo menos que podía hacer por Melanie. Y por Faye. Las pastillas le aturdirían. El dolor le mantendría despierto.

No supo con exactitud cuándo había salido el sol. El cielo estaba tan cubierto de nubes que costaba distinguirlo. Poco después de las 8:00 AM, se dio cuenta de que la cenagosa noche había sido reemplazada por una cenagosa alba. Mientras se alejaba, rezó para que la llegada del nuevo día significara que Melanie y Faye estaban ya a salvo, al menos durante unas cuantas horas más.

Capítulo diecinueve

Sands dejó el frasco plateado debajo del asiento de su coche y entró con la botella de güisqui medio vacía en el «bungaló» de Tinsley. Albert estaba en la cocina, leyendo el periódico. El penetrante aroma del bacón despertó el apetito de Sands, tentando a su estómago revuelto. Intentó pasar frente a la puerta de la cocina camino del baño sin alertar a Albert, pero sus movimientos eran tan rígidos que su anfitrión salió de la cocina antes de que se cerrara la puerta del cuarto de baño.

—¿*Douglas*? —La preocupación de Albert ante el aspecto desaliñado y vapuleado de Sands era evidente—. ¿Qué *demonios* te ha pasado?

Sands no recordaba haber oído maldecir antes a Albert. Tampoco tenía fuerzas para pensar en lo que le había pasado, mucho menos para hablar de ello. No se detuvo, sino que continuó cojeando vacilante hacia el interior del cuarto de baño.

—Siento haberte roto el abrigo —dijo, incapaz de obligarse a ignorar a Albert por completo. Cerró la puerta del baño y echó el pestillo.

—¿*Douglas*? —Albert estaba llamando; no dando golpes y exigiendo que le dejara entrar, tan sólo llamando, dubitativo— ¿*Douglas*? ¿Te encuentras bien?

Sands dejó correr el agua en la bañera tan caliente como podía soportarla. Comenzó la laboriosa tarea de quitarse la ropa. Cada movimiento era una agonía; cada gesto, giro o acción aparentemente inocua lastimaba alguna parte de su cuerpo. Albert no insistió, parecía al menos parcialmente satisfecho de escuchar el sonido del agua en la bañera. «*O tal vez piense que voy a intentar ahogarme, y está llamando a la policía*», pensó Sands. ¿*Iba* a intentar suicidarse?, se preguntó por un instante. ¿No en la bañera, sino con el resto de estupideces demenciales que estaba cometiendo? Suponía que no. Si muriese, ¿quién velaría por Faye y Melanie?

Cuando su ropa estuvo amontonada por fin el suelo, Sands se introdujo en la humeante bañera, manteniendo la escayola alejada del agua. La bañera no estaba todo lo limpia que hubiese deseado —Albert distaba de ser el ama de casa que era Faye— pero, en esos momentos, Sands prestaba más atención al relajante agua, casi hirviendo, que a las manchas rojas de moho de las esquinas de fibra de vidrio y alrededor del desagüe. Cuando se hubo acomodado, dio un trago al güisqui y, con mucho esfuerzo, volvió a dejar la botella en el suelo junto a la bañera. Se sumergió, intentando dejar que el agua le masajeara el cuello, pero mantener la escayola fuera del agua le resultaba difícil e incómodo. Su piel adquirió enseguida un tono rosado. Mucho menos deprisa, su espalda comenzó a relajarse. Pensó que probablemente sería mejor aplicar frío en vez de calor a su rodilla, que se había hinchado considerablemente tras golpear la barandilla del balcón en su caída, pero como le ocurriera con el moho, estaba demasiado agotado como para ponerse quisquilloso. Prácticamente le dolía hasta el último centímetro de su cuerpo.

«*Todo en una noche de duro trabajo*», pensó con una sonrisa cáustica... lo que le condujo a otro pensamiento, uno que borró la poco entusiasta sonrisa de su rostro: «*Tengo que volver esta noche. Todas las noches. Dios santo, esto me va a matar*».

Apenas podía tenerse en pie. ¿Cómo iba a proteger a Melanie? ¿Cómo iba a proteger a Melanie y a Faye? El merodeador las había amenazado a ambas: «*Me beberé la sangre de tu chica y luego la de tu mujer*». Sands se hundió bajo una ola de impotencia y futilidad que era más palpable que la humeante agua de la bañera. «*Y lo conduje directamente hasta Faye*». Había visto los arañazos en el coche y no les había hecho caso; se había permitido creer que un vándalo cualquiera había intentado robarle. Tendría que haberlo sabido, tendría que haber reconocido las señales.

«*Faye no correría ningún peligro si yo no hubiera estado acostándome con Melanie*», pensó, pero ésa era más culpa de la que estaba dispuesto a aceptar. No *todo* podía ser culpa suya... esperaba. Melanie seguiría estando en peligro. El monstruo la habría acechado tanto si Douglas hubiera estado allí como si no. «*Demonios —pensó—, ¡tal vez ya la habría matado si yo no hubiera estado allí!*». Eso, para su mente fatigada, parecía una distribución de la culpa más equitativa. Era culpa suya que Faye estuviera en peligro, pero el merodeador había encontrado a Melanie sin ayuda de nadie.

Tampoco es que eso cambiara los hechos palpables —el merodeador seguía habiendo amenazado flagrantemente con matar a ambas mujeres— pero para Sands, eso suponía una especie de trato justo. Si las salvaba a las dos, se redimiría por haber puesto en peligro a Faye.

Pero a pesar de su tortuosa lógica y su vanaglorioso razonamiento, la pregunta seguía siendo: ¿Cómo demonios iba a salvarlas?

Cuando el agua se hubo enfriado, Sands vació la bañera y volvió a llenarla de agua casi hirviendo. Deseó que pudiera hervir el dolor de su cuerpo... el dolor, las dudas y el miedo. No tenía intención de ahogarse, daba igual lo que pensara o dejara de pensar Albert, pero sí le hubiese gustado desprender la carne de sus huesos. Estaba arrugado como una ciruela pasa... «*o como un cadáver disecado*», pensó. Por primera vez desde que comenzara la noche anterior, no sentía frío ni tenía ninguna parte del cuerpo entumecida, aunque el entumecimiento se le antojó un concepto más atractivo cuando hubo tomado nota de sus numerosas contusiones, arañazos y luxaciones.

Intentó desterrar todos esos dolores de su cabeza, dejar que sus pensamientos, al igual que su cuerpo, flotaran sin impedimentos. Era una gallina en una olla, cociéndose hasta la nada; era un traje colgado en el respaldo de una silla, el vapor eliminaba sus arrugas. Pero el vapor se disipó, el agua se enfrió, y el merodeador seguía siendo real.

—Douglas, quiero presentarte a alguien —dijo Tinsley.

Sands acababa de meterse en la cama; su cabeza apenas había rozado la almohada. El baño no había conseguido eliminar el dolor de su cuerpo, pero le había relajado hasta el punto de no poder seguir combatiendo el cansancio. Si cerraba los ojos siquiera por un minuto, se quedaría dormido. Mantuvo los ojos cerrados, pero Tinsley no le concedió ese minuto. Albert había escuchado a Sands saliendo del cuarto de baño y le había seguido hasta el diminuto cuarto de invitados.

—¿Douglas?

—Deja que consulte mi agenda —musitó Sands—. Mmm. Lo siento. Todo ocupado.

—Douglas —dijo Albert, apoyando una mano en la rodilla de Sands, sugiriendo que no pensaba marcharse ni permitir que le ignoraran—. Te puede ayudar.

Sands suspiró, abrió los ojos. Demasiado exhausto como para enfadarse, miró a Tinsley.

Albert estaba decidido.

—Sé que estás cansado... pero te estás matando. —Esperó. No se marchó; no pensaba marcharse—. Ella te puede ayudar.

Sands se levantó. No llevaba puesto más que unos calzoncillos. Su pantalón del chándal y la camiseta de manga larga yacían donde los había dejado tirados en el suelo. Cuando se los puso, seguían estando fríos y algo húmedos contra su piel recién tonificada. Se le puso la carne de gallina en los brazos y las piernas. Por costumbre, se atusó el cabello mojado con los dedos, antes de seguir a Albert a la cocina, donde la mujer estaba esperando, de pie.

Era más baja que Sands y Albert, tal vez metro sesenta o sesenta y cinco. Su pelo lacio estaba cortado a lo chico, pero eso era lo único que parecía levemente joven en ella. Sus hombros eran delgados, la espalda estrecha; parecían demasiado pequeños, o demasiado rectos, en comparación con el resto. Era redonda: el rostro, los voluminosos pechos, las caderas. También los hombros deberían haber sido redondos, ligeramente encorvados, pero eran dos postes fijos que mantenían erecto el resto de su cuerpo. Era notablemente anodina —sin maquillar, jersey y pantalones del montón — a excepción de sus ojos: Eran de un azul brillante, claros como un manantial de montaña, *demasiado* brillantes y claros, demasiado límpidos y efímeros para aquel cuerpo redondeado y terreno. A Sands no le gustó la forma en que le miraba, como si fuese un niño desvalido.

—No necesito su compasión —fueron las primeras palabras que le dirigió Sands.

—Mi compasión no va dirigida a ti.

—Douglas —intervino Albert—, ésta es Julia. —La cocina no era grande. Los tres estaban muy cerca entre sí; cualquiera de ellos podría haber tocado a los otros dos al mismo tiempo sin moverse.

—Siéntese.

—¿Es usted psicóloga o algo de eso?

—Algo de eso.

—Procura tranquilizarte, Douglas —medió Albert—. Por favor, siéntate.

«*Estaba intentando tranquilizarme antes de que vinieras a molestarme*», pensó Sands, pero se sentó. La silla era de madera y de respaldo recto, rígida como los estrechos hombros de Julia, inadecuada para tranquilizarse.

—Cierra los ojos si lo prefieres —dijo Julia.

Sands no quería. Julia estaba de pie a su espalda. Miró a Albert con escepticismo cuando sintió las yemas de la mujer en la nuca, ahondando en su cabello húmedo. Sus dedos eran fuertes; fuertes y... ¿cálidos? Sands estaba a punto de advertirle que no apretara demasiado —se había golpeado la cabeza en más de una ocasión esa noche y presagiaba la aparición de varios chichones de considerable tamaño— pero no sintió dolor cuando ella apretó esos lugares. Sólo calor. Igual que el confort del baño humeante, aunque más profundo. Los ojos de Sands se cerraron lentamente.

Los dedos se movieron hacia arriba y adelante. Sintió cómo tanteaban la línea de puntos de sutura de su rostro. No los había cubierto con una venda tras el baño. Sentía la piel lacerada, tan tensa a causa del frío en el exterior y reblandecida por el calor del baño, refrescada y cómoda, casi adormecida; prácticamente por primera vez desde hacía días, no le picaba en absoluto.

Julia le tocó el otro lado de la cara, donde le había golpeado el merodeador. Sands podía oler la lana de su jersey; estaba inclinada sobre él, los senos junto a su rostro. Había dejado de detectar la dura superficie de madera de la silla. Estaba frotando algo caliente contra su cuello. A Sands le costaba mantener la cabeza erguida; se ladeaba a un lado y al otro, moviéndose libremente.

Ahora estaba detrás de él. Debía de haberle empujado hacia delante, porque estaba masajeándole la espalda. La profunda calidez se extendió a lo largo de su columna hasta sus caderas. Volvía a estar delante, presionando firmemente los dedos contra sus costillas. Aquellos huesos fracturados deberían haber estallado de dolor y arrebatado su aliento, pero sólo sentía calor. La rodilla... estaba frotándola por encima y por debajo, moviendo la porción superior de su pierna arriba y abajo, despacio, sin dolor, arriba y abajo, arriba y abajo...

En algún momento, Albert le susurró al oído:

—Ahora deberías dormir un poco.

«*¿Es que no lo estoy ya?*», se preguntó Sands, perezosamente.

Unas manos fuertes le ayudaban a caminar, le acostaron, le arrojaron...

Capítulo veinte

—Es hora de levantarse, Douglas.

La cabeza de Sands era un lingote de plomo que no podía levantar de la almohada. La voz de Albert era serena, tranquilizadora, pero seguía siendo una intromisión. Sacaba a rastras a Sands, suave e incontestablemente, de un sueño sin sueños.

—Puedes seguir durmiendo más tarde, pero ahora tengo que hablar contigo. — Sus ojos avellana eran agudos y penetrantes, le observaban desde su nido de arrugas.

La mente de Sands se despidió del sueño a regañadientes.

—¿Qué hora...? ¿Ya es mañana?

—Nunca es mañana —respondió Albert, en voz baja. Sands debió de poner cara de incompreensión—. Todavía es martes —aclaró Albert—. Sólo has dormido unas cuantas horas. Pero hay algo de lo que tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—Sí. —Tinsley abrió los postigos de la ventana, permitiendo que entrara la escasa luz del exterior.

—Todavía no es de noche —dijo Sands. En las profundidades del pozo de su letargo, podía sentir cómo pugnaban por escapar sus enloquecidos pensamientos. Tenía que proteger a Melanie, y a Faye; tenía que irse enseguida; el merodeador había dicho que se bebería la sangre de su chica y luego la de su mujer; ¿sería en ese orden preciso? ¿Significaba eso que podía permitirse el lujo de vigilar sólo a Melanie al principio? Estaba tan cansado...

—No, todavía no es de noche —confirmó Albert. En el espacio de un puñado de desesperados segundos, Sands se había olvidado casi por completo de su anfitrión—. Aún faltan un par de horas. Por eso tenemos que hablar ahora. —Sands intentó recuperar el sentido; miró fijamente a Tinsley, pero Albert no se explicó—. Aquí tienes unas botas, y ropa de abrigo —fue lo único que dijo, señalando una silla junto a la cama. Se giró y dejó a Sands para que se vistiera en la angosta habitación.

Cuando salió, Sands llevaba encima unos vaqueros resistentes, botas, y una camisa de franela a rayas. Albert le hizo una seña llevándose un dedo a los labios. Había una mujer tumbada en el sofá de la salita. Julia. De espaldas a ellos. La manta escocesa que la cubría convertía su hombro y su cadera en montículos parcelados. Tinsley entregó a Sands el abrigo prestado, el que rompiera Douglas la noche anterior, y salieron de la casa sin hacer ruido.

—No llevo encima las llaves del coche —dijo Sands, ya en la calle—. Tendrás que conducir tú.

—Demos un paseo.

Sands había vivido en Iron Rapids la mayor parte de su vida adulta, pero nunca

había paseado por las Islas. La primera nevada de otoño, veinte centímetros, había llegado en octubre, y los dos meses siguientes habían amontonado mucha más nieve encima de aquella primera capa. Los escasos días despejados de ese período habían sido muy fríos, y el diminuto reguero que se derretía volvía a congelarse al caer la noche, para recibir otra nevada, formando un firme traicionero para conductores y peatones por igual. Esa noche, Sands y Tinsley andaban por la calle. Muchas, aunque ni por asomo todas, las cabañas de la vecindad tenían estrechos senderos limpios de nieve que comunicaban la puerta principal con el coche aparcado delante de la casa, pero ninguna de las aceras laterales, que comunicaban las viviendas entre sí, estaba despejada. Los montículos de nieve, asistidos por los esfuerzos de las máquinas quitanieves, parecían decididos a borrar prácticamente cualquier traza de civilización humana: Los automóviles que no se utilizaban con frecuencia estaban emparedados o enterrados; las bocas de incendio, los buzones, y los setos de mediano tamaño eran indistinguibles; las barandillas de los porches sobresalían apenas algunos centímetros de las blancas dunas.

A pesar del frío, Sands no conseguía desprenderse del letargo que se resistía a abandonarle y le agarrotaba las articulaciones. Cada paso que daba en la resbaladiza calle requería un esfuerzo de voluntad; aunque ahora moverse, observó, era prácticamente indoloro. El cielo, también esa noche, estaba cubierto de nubes, y bajo. Conforme se aproximaban el crepúsculo y la noche y las nubes grises se tornaban negras, el efecto opresor se acentuaría. La luz ambiental de la ciudad parecía atraer aún más las nubes. Al reconocer esos heraldos de la noche, los pensamientos de Sands volvieron de nuevo a Melanie y Faye, pero no conseguía permanecer concentrado durante más de algunos segundos seguidos. Estaba demasiado cansado; habían ocurrido demasiadas cosas extrañas.

—Estás pasando una mala racha —dijo Tinsley.

Sands no supo qué responder; no sabía qué pensar de esa frase. Albert no podía saber lo «*malas*» que habían sido las últimas semanas; estaría hablando del matrimonio desmoronado de Sands... ¿o no? ¿Se habría convertido Tinsley, otrora la voz de la calma y la razón, en un componente extraño más? Había llevado a Julia hasta Sands. «¿*Y qué demonios pasaba con ella?*», se preguntó Douglas. No es que le importara sentirse mejor: La hinchazón de la rodilla se había reducido y ya no le dolía; podía respirar sin problemas, incluso el gélido aire del exterior; ya no le molestaba el cuello. No es que le importara, ¡es que *no tenía sentido!*

—¿Qué demonios está pasando? No sé qué es lo que me ha hecho Julia. No sé si quiero saberlo. No estará muerta, ¿verdad? —Su mente cambió de tema de repente, regresando a un terreno que ya había cubierto, a preguntas que ya había formulado pero que no conseguía recordar—. ¿Qué hora es? Pronto será de noche.

—Julia no está muerta —respondió Albert, con su acostumbrada tranquilidad—.

Sólo está cansada. Agotada después de haberte ayudado.

—Ayudarme... ¿dándome un masaje?

—¿Un masaje es lo que sentiste?

Sands no respondió. Sabía que no podía haberse recuperado de ese modo. «*A lo mejor el baño caliente me ha venido mejor de lo que pensaba*», intentó decirse. O tal vez ella le hubiera hipnotizado, y simplemente no *sintiera* el dolor. Pugnó por encontrar una explicación racional... ¿pero cuántas cosas de las que había visto a lo largo de las últimas noches era racional?

—¿Por qué te asusta la noche, Douglas? —Sands se paró. Albert también se detuvo, y se encaró con él—. Sigamos caminando. Tenemos que ir a un sitio. Además, como tú mismo has dicho, pronto será de noche.

—¿Adónde vamos?

—Yo he preguntado primero. ¿Qué es lo que te asusta?

Si Albert hubiera seguido adscrito al viejo mundo de la normalidad, Sands le habría dejado plantado. ¿Qué podría haber dicho para que le creyera nadie? Explicarse sería confesar su locura. Pero Tinsley había traído a Julia, con sus ojos claros, su lengua afilada y sus dedos sanadores... *No*. No podía tratarse de eso. Sands no comprendía lo que había ocurrido, pero *algo* había ocurrido, y Tinsley estaba mezclado en ello. Formaba parte de la locura que se había apoderado de la vida de Sands. Así, bajo las nubes arremolinadas en la creciente penumbra, se lo contó.

—Hay... algo que ha amenazado con matar a Melanie. Y a Faye. Es... no sé lo que es.

—Sí que lo sabes —dijo Albert. Sands se detuvo de nuevo—. Dímelo.

Sands le miró fijamente. Los ojos de Tinsley seguían mostrándose amables, su gentileza intrínseca seguía ahí, pero también había firmeza en su expresión; la fuerza del acero se ocultaba tras aquellos bigotes grises.

—No es humano. Es... —Pero no podía decir el resto, ni siquiera a Albert.

—El otro día —le incitó Tinsley—. La mañana de Navidad, en la panadería. Dijiste que habías estado cazando vampiros. No estabas bromeando, ¿verdad? —Sonó casi razonable cuando lo dijo, no era una pregunta, no era ninguna locura... no una locura *completa*.

Sands negó con la cabeza.

—No. No estaba bromeando. Me gustaría que lo hubiera sido. Ojalá lo fuera.

Tinsley le cogió del codo y le animó a seguir caminando.

—Cuéntamelo mientras paseamos. No tenemos mucho tiempo. Dime lo que viste.

Lentamente al principio, pero ganando impulso a cada momento, Sands se lo contó. Le habló del merodeador: de cómo había visto una silueta vagamente siniestra en el balcón; cómo lo había visto con más claridad y cómo había empuñado una botella de cerveza rota frente a la noche vacía; le habló del rostro, del sonido metálico

de los dientes que entrechocaban, del estrecho mentón, de los ojos rojos y fulgurantes; de la piel blanca como el hueso; de las garras; de los dedos fundidos. Cuando Sands se hubo obligado a empezar a hablar, no podría haberse detenido ni aunque lo hubiera querido. La presión había crecido durante semanas; el dique estaba a punto de reventar, y cuando se formaron las primeras fisuras, el resto se desplomó enseguida.

Sands oía y sentía las palabras que emanaban de su boca. Lágrimas de alivio se agolparon en sus ojos, pero las contuvo. No iba a llorar delante de Albert. No se sentía tan emocionalmente exhausto como la noche en que había llorado sobre el hombro de Melanie y había confesado que su hijo muerto le llamaba con el viento (no mencionó a Adam delante de Tinsley, ni una palabra; Sands no podía revelarse tan completamente). Habían ocurrido muchas cosas desde entonces; Sands estaba cansado, adormecido en más de un sentido. Tras el inicial asalto del llanto, la fatiga se apoderó de él y habló casi desapasionadamente, describiendo los horrores que le habían asolado como si se trataran de las desdichas de otra persona. La cadencia de sus palabras se amoldó al ritmo de sus pisadas.

Habló a Tinsley de la persona que se había dado cuenta de que el merodeador acechaba tras la ventana del cuarto en que estaba haciendo el amor; de la abrumadora necesidad de esa otra persona de interponerse entre la bestia y la chica; de la caída desde la ventana, no completamente intencionada (omitió cualquier mención del viento, de la voz, de Faye).

Habló a Tinsley de los torpes intentos de esa otra persona por proteger a Melanie (omitiendo el detalle del frasco plateado), y del aún más torpe intento por entrar en el apartamento abandonado. Sands relató el enfrentamiento con el merodeador, hasta la última palabra que había pronunciado la criatura, y hasta el último detalle que la otra persona había *sabido*, pese a la ausencia de pruebas discernibles, acerca de la bestia. Para cuando Sands hubo terminado, la cabeza le martilleaba tan ferozmente como lo hiciera cuando le golpeó el merodeador; estaba tan exhausto como si Melanie hubiera terminado de montarle. Se dio cuenta de que sus pasos, al igual que el fluir de sus palabras, se habían acelerado. Las botas que le prestara Tinsley le ofrecían una buena sujeción, y no había patinado ni una sola vez. Ahora que había terminado, se detuvo, derrengado.

Albert apoyó una mano en el hombro de Sands, casi como si quisiera impedir que se cayera. Con la otra, Tinsley sacó un teléfono móvil del bolsillo de su abrigo. Marcó un número.

—... Vale. Escucha. Tengo dos direcciones que necesitan vigilancia. Para empezar, esta noche. Probablemente más. A ver si Clarence puede ocuparse... Sanguijuela... De acuerdo. La primera dirección... —Dio cuenta de la dirección de Sands, y describió a Faye—. La segunda... —Miró a Sands—. ¿Dónde vive Melanie?

—Sands se lo dijo y Albert repitió la información a quienquiera que estuviera al otro lado de la línea— ... Vale. Se llama Melanie Vinn. Veintipocos, media melena, castaña, delgada... Eh, espera. ¿Apartamento de la tercera planta? —preguntó a Sands, que sintió con la cabeza—. Apartamento de la tercera... Muy bien. Gracias.

Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

—Estarán bien. Al menos por el momento. Lo suficiente para que tengas tiempo de... volver a ser tú mismo.

«*Estarán bien*». A Sands esto le parecía el summum de la demencia. Más extraño que el merodeador o los irrazonables extremos a los que había llegado Sands para frustrar sus planes. Tinsley le había escuchado, parecía no sólo que le creía sino que le *comprendía*, y había transmitido la información a alguien más que evidentemente también lo entendía, y que protegería a Melanie y a Faye. La locura había dado una vuelta completa, se había mordido la cola y se había convertido en *realidad*. Sands podía seguir cuestionándose su propia cordura, pero eso significaba que tendría que cuestionar también la de Tinsley, y la de Julia, y la de quienquiera que fuese el interlocutor de Albert. El viejo mundo, la antigua vida de Sands, había dejado de existir. El merodeador y sus amenazas eran reales.

—Vamos —dijo Tinsley, reanudando el camino.

Sands, siguiendo sus pasos, no lograba identificar las sensaciones que le inspiraba este nuevo mundo: ¿alivio (porque ya no estaba solo), temor (porque no todos sus vecinos eran benignos), miedo por lo que pudiera depararle el futuro (porque si el merodeador era real, entonces la voz, y la mano de Adam sobre su brazo, también podían serlo)? Tal vez todas estas cosas en distinta medida. Sands estaba desorientado; el relato de su historia había agotado sus fuerzas y siguió a Tinsley sin poder evitarlo durante otra manzana.

Entonces Albert se detuvo. Se encontraban ante una de las cabañas menos decorosas de las Islas, un edificio en mal estado con la pintura agrietada y descascarillada. Podría haber pasado por cualquiera de al menos un centenar de los edificios de la zona, pero Albert se paró, convencido.

—Ya hemos llegado.

Se adentraron en el sendero, un cañón cubierto de pisadas entre las blancas colinas. Tinsley había esperado a que Sands pasara primero. «¿*Por qué me ha traído aquí?*», se preguntó Sands, pero sentía que le debía a Tinsley una cierta cantidad de confianza. Albert le había acogido, le había escuchado, comprendido. La oscuridad se había apoderado ya de la ciudad. Un viento cortante arrojaba un fino polvillo a los ojos de Douglas.

El porche crujió bajo el peso de los dos hombres. Sands volvió la vista hacia Albert, que le indicó que debían continuar. Sands asió el pomo de la puerta y lo giró

sin dificultad... pero la puerta no cedió. La cerradura no estaba echada. ¿Un pestillo en el interior?

—Se pega —dijo Albert.

Sands empujó con más fuerza, arrimando el hombro; la puerta cedió con un crujido y se abrió hacia dentro. Permaneció de pie en el umbral de la penumbra por un momento, esperando a que sus ojos se acostumbraran. A continuación salieron de la noche invernal y se adentraron en un frío mucho más intenso.

Casi al instante, a Sands se le helaron las aletas de la nariz. Parpadear era casi doloroso. Dio otro paso. Entre los penachos de su aliento, Sands vio la luz de una farola que se reflejaba contra una pared interior... contra una plancha de hielo sólido. Rascó lo suficiente para pulsar un interruptor, pero no se encendió ninguna luz.

—No hay luz. Siempre pasa lo mismo —dijo Albert. Sands no supo si se refería a que siempre pasaba lo mismo con esa casa, o si estaba hablando en un sentido más general—. Suele estar en la cocina. —Indicó un vestíbulo lateral—. Es la habitación más fría. —Como si eso lo explicase todo.

Al adentrarse en el recibidor, Sands vio otras habitaciones. Todas las paredes estaban cubiertas de hielo. Los cuadros estaban incrustados; colgaban témpanos de las lámparas y las lamparillas. Los suelos de madera pintada crujían bajo sus pies como si estuvieran en una tundra cubierta de escarcha. Esto era algo más que una casa desprovista de calefacción y abandonada a los elementos... aquí los elementos no eran tan crueles, tan devastadores; tal vez a varios cientos de kilómetros hacia el norte, pero no en Iron Rapids.

El frío era penetrante, traspasaba las prendas de abrigo de Sands. Se frotó los dedos de la mano derecha; la escayola imposibilitaba que los metiera en algún bolsillo. Distráido por el frío preternatural, Douglas no estaba preparado en absoluto para ver al anciano en camiseta de tirantes y calzoncillos de pata larga que se encontraba sentado con las piernas cruzadas encima de la mesa de la cocina.

La cocina no estaba tan oscura como los demás cuartos; la puerta del frigorífico estaba abierta, pero la luz del interior apenas bastaba para producir un fulgor y alargar las sombras, más que para alumbrar. El resuello del anciano disparaba un constante afluente de nubes al aire. Era frágil, con la piel abolsada sobre los huesos, y tenía más pelo, blanco y rizado, en los hombros que en la cabeza. Una porción de escroto avellanado sobresalía de una pernera de sus calzoncillos y descansada, como si estuviera congelada, sobre la mesa. Al lado había un cuenco de pasta solidificada a causa del hielo, con la cuchara protuberante reluciendo a la luz del frigorífico. El hombre les vio entrar en la estancia.

—No era ninguna borracha —dijo.

—Hola, Sr. Kilby —dijo Albert, como si encontrar a un hombre medio desnudo en aquella cueva de hielo fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué no está muerto de frío? —susurró Sands. Sentía que *debía* susurrar, a pesar del hecho de que el anciano sin duda podía oír cada una de sus palabras.

—Mírale, Douglas. Mírale *bien*. —La voz de Albert se amplificaba en el interior de la resplandeciente cocina.

Pero Sands no estaba dispuesto; había algo en la amarga desesperación del Sr. Kilby que soliviantaba a Douglas. No podía mirar al anciano, no conseguía proponérselo. En vez de eso, se mantuvo ocupado con los detalles de la cocina: las sillas de madera que habrían sido inestables de no ser porque sus juntas estaban pegadas por el hielo; la mesa, en parecido estado; los armarios con una gruesa capa de pintura, mano sobre mano pero nunca rascados, bajo el hielo; un linóleo sucio y agrietado cubría el suelo, salvo donde se había desprendido de la pared en las esquinas; el deslustrado interior blanco del frigorífico abierto.

—¿Cómo es que hay luz en la nevera si no hay corriente? —preguntó, susurrando todavía. Ya puestos, no oía ningún generador, ni el zumbido del motor del frigorífico.

—Mírale bien, Douglas. —Albert hablaba en tono normal, pero su voz parecía resonar y desafiar a aquel infierno ártico, como si la voz humana pudiera traspasar el hielo, como si las propias palabras pudiera atravesar la lustrosa armadura de abatimiento, pudieran abrir una fisura que creciera y se extendiera hasta que toda la cueva de hielo, la casa, se desplomara y no quedara rastro de ella.

—No era ninguna borracha —repitió el Sr. Kilby, ajeno a la tensión entre Sands y Tinsley. La voz del anciano estaba como en casa en aquel sitio, sus palabras encajaban. Su aliento súbitamente dejó de desprender vapor, ni humedad, ni calor. Sands oyó cómo se espesaba el manto de hielo, *sintió* cómo ocurría.

Comenzó a tiritar violentamente. Al mismo tiempo, reparó en un tenue perfume... creciendo, rivalizando y superando enseguida el crepitante y seco olor a hielo. Sands reconocía el olor, el hedor del contenedor, de la putrefacción, de la muerte, de todo lo que era indigno. Se abrió paso por su garganta y le abrasó las entrañas. Cayó de rodillas, y aunque tenía el estómago vacío, su cuerpo intentó vomitar. El amargo sabor de la bilis le inundó la boca. «*No era ninguna borracha*». Las palabras reptaron por su cerebro; intentaron brotar de su boca.

—*Basta* —ordenó Tinsley, no a Sands, sino al anciano—. Douglas, mírale. Tienes que *ver*.

Al fin, Sands levantó el rostro, miró a los ojos del anciano... y vio algo más que el cacarañado y resentido semblante del Sr. Kilby. Era otra cara la que fulminaba a Douglas con la mirada. Otra cara que estaba donde debería estar la del Sr. Kilby, donde seguía estando el Sr. Kilby, aunque Sands podía ver ambas claramente de algún modo. El segundo rostro era más pleno que el del anciano, con mejillas rubicundas y papada, pero igual de furioso y contencioso, tal vez incluso más. Y era el de una mujer.

—No era ninguna borracha —dijo el Sr. Kilby. Al menos, era su boca real la que se movía, aunque también la boca de la mujer se movía, y, a oídos de Douglas, su voz se superponía a la del anciano. Sus palabras sonaban distorsionadas, se arrastraban, una detrás de la otra. Tampoco exhalaba ningún aliento. El ofensivo hedor se mitigó ligeramente, y Sands ya no sentía sus palabras (sí, comprendió que eran las palabras de la mujer) dentro de su cabeza, en su garganta. Su estómago se templó un tanto.

—Douglas —dijo Albert—, te presento a «la» Sra. Kilby. Buenas noches, Amelia. —A modo de respuesta, el anciano recogió la pernera de su calzoncillo, revelando un poco más de escroto y su apergaminado miembro en todo su esplendor—. Amelia no es la más... lúcida de nuestros clientes.

Sands se puso de pie muy despacio.

—¿Clientes...? ¿De qué estás hablando? Es... ella es... o sea que es...

—¿Davis, qué es? —preguntó Albert al anciano.

—Es una puta inflada —respondió el Sr. Kilby, sólo con su voz—. Es... —Pero entonces su cabeza se echó hacia atrás violentamente y el resto de palabras murieron en su garganta. Su mandíbula se torció, su lengua llena de espuma colgó inerte entre sus labios, y un gorgoteo interrumpió su frase. Continuó con dificultad, y con otra voz profunda superpuesta a la suya—. Es... mi... tesoro.

Sands podía imaginarse la sonrisa cruel de Amelia.

—Amelia —dijo Albert—, tengo que hablar con Davis.

—Tess-ssoro... —siseó el Sr. Kilby, con una sonrisa torcida y una expresión confusa en el rostro. Por suerte, había dejado de enseñar sus partes.

—Amelia, sé que Davis te quiere, y tú le quieres a él. ¿Te acuerdas del tiempo que pasasteis juntos? ¿Te acuerdas? ¿Cuando estabas viva?

«¿Cuando estabas viva?» Sands asistía al diálogo, perplejo.

La Sra. Kilby no reaccionó tan plácidamente. Abrió mucho la boca, como si se dispusiera a gritar. El cuerpo del Sr. Kilby se estremeció violentamente; también su boca se abrió de golpe... pero no emitió sonido alguno. Por toda la cocina congelada, los témpanos de hielo comenzaron a explotar, fragmentándose en rociadas de aristas cristalinas. Sands y Albert se agacharon y se cubrieron la cara... y se acabó. Silencio.

Vacilantes, volvieron los rostros hacia arriba. El Sr. Kilby seguía sentado tranquilamente encima de la mesa. Sands no vio ni rastro de la Sra. Kilby. La cara del anciano volvía a ser la suya, el semblante de su esposa no aparecía por ninguna parte. Su aliento formaba penachos que flotaban en el aire.

—¿Estás comiendo algo, Davis? —preguntó Albert.

Sands estaba completamente perdido. Una esposa muerta superpuesta. Témpanos que explotaban. Un anciano, que debería haber muerto congelado hacía tiempo, exhibiendo sus genitales desde lo alto de una mesa de cocina. ¿Y ahora se ponían a hablar de la cena? El Sr. Kilby parecía igual de confuso, o puede que estuviera

aturdido. Miraba a Albert con ojos entristecidos y legañosos.

—Davis, ¿estás comiendo algo? —insistió Albert. El anciano miró el cuenco congelado de pasta que había encima de la mesa y se encogió de hombros, como si quisiera disculparse—. Mañana te traeré más.

Tras haber visto la grotesca superposición de la cara de la Sra. Kilby, Sands no lograba quitarse de encima la sensación de que faltaba algo ahora que ella ya no era visible. Escrutó la estancia con detenimiento.

—¿Está...?

—¿Lejos? —dijo Tinsley—. Algo así. Pero no por mucho tiempo.

—Iba a decir muerta. —Sands se obligó a no hablar en susurros.

—¿Que si está muerta? Oh, sí. Y es un poco puntillosa al respecto. Yo no lo mencionaría a menos que fuese necesario. —Mientras hablaba, Albert se acercó al Sr. Kilby y empezó a auscultar al anciano del mismo modo en que lo haría un médico, estudiando sus ojos, palpándole el cuello, los brazos, el abdomen. Exhaló un suspiro—. Está perdiendo mucha masa muscular. No durará mucho más. Será mejor que mañana lo intente con una de esas bebidas nutritivas. No sé si puede seguir tomando alimentos sólidos.

Sands observaba a Albert y le chocaba la naturalidad con la que se conducía su amigo en medio de toda aquella locura. La normalidad de Tinsley era, en sí, *anormal*. Pero Sands había visto a Amelia también; la había sentido intentando hablar por medio de él... algo más que eso, comprendió. ¿Qué habría ocurrido si no llega a estar Tinsley allí? Sands se apartó de la mesa; contempló la formación de hielo que antaño fuera una lámpara, el frigorífico abierto y la bombilla del interior que no debería estar encendida pero que lo estaba.

—Esperaré fuera.

—Aquí ya hemos terminado —dijo Albert, alejándose del Sr. Kilby—. Podemos irnos.

En el exterior, Albert cogió a Sands por el codo, como si le escoltara de regreso a casa. Sands agradecía el apoyo. El paisaje alienígena del interior de la casa de los Kilby había mantenido a raya a su cansancio por un momento, pero ahora su mente y su cuerpo se rendían a la fatiga, amenazando con abandonarle por completo.

—Quería que vieras que no todos son sanguijuelas, Douglas. No todos son malvados. Tienes que recordarlo. Todos debemos recordar eso.

Albert no dijo nada más en todo el camino de regreso. Tal vez sentía lo mermadas que estaban las fuerzas de Sands. O tal vez oyera lo mismo que Douglas: el aullido del viento, asustado, furioso, casi como si le llamara.

En la casa de Tinsley, Sands pasó junto al cuerpo tendido de Julia, se peleó con sus botas y el abrigo, y se acostó completamente vestido.

Capítulo veintiuno

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Sands se despertó completamente descansado. Se sentía muy levemente aturdido, y la desorientación se evaporó rápidamente cuando se dio cuenta de que estaba en la casa de Tinsley y no en la suya. Al consultar la fecha en su reloj, comprendió por qué se sentía como nuevo: había dormido durante dos noches seguidas y el día intermedio. Era la segunda mañana tras el desconcertante encuentro con los Kilby.

Con ese pensamiento, el recuerdo cayó sobre él con todo el peso. Deseó, por un instante, seguir dormido, estar completamente despojado de pasado y futuro. Quería despertar con su antigua vida, su vida *normal*, no esta nueva existencia que se parecía a la antigua en lo superficial pero que le obligaba a luchar por comprender y sobrevivir. Sus pensamientos dieron un salto hacia delante: Melanie, Faye. Las había abandonado; tenía que comprobar cómo estaban.

Y entonces se dio cuenta de que su escayola había desaparecido.

Estaba allí —en su brazo derecho— cuando se acostó. Miró su brazo derecho sin comprender. Debería haber conservado la escayola entre seis y ocho semanas. Comprobó de nuevo la fecha en su reloj. No. No había estado dormido durante tanto tiempo.

—¿Qué demonios...? —Se puso una camisa; ya tenía puesto el pantalón del chándal. «*Tenía una camisa... y unos vaqueros cuando me metí en la cama*», recordó.

La casa olía a bacón y a café. Sands sentía agujetas en el estómago, en parte debidas a las arcadas sufridas en la casa de los Kilby, pero sobre todo debidas al hambre.

—¡Ah, ahí estás! —dijo Albert, sentado a la mesa de la cocina. Parecía que Julia había desaparecido. Apiló varias lonchas de bacón en un plato y se lo entregó a Sands, antes de pasar a servir el café—. Con crema y azúcar, ¿verdad? —Sands asintió con la cabeza—. Tengo unas galletas que puedo preparar. De bote, me temo. Mis dotes culinarias no me alcanzan para hacerlas yo solo. —Puso el café en la mesa delante de Sands—. Y tengo fresas y melocotones en almíbar. —Abrió el frigorífico y se asomó al interior—. Pensándolo bien, los melocotones en almíbar han conocido tiempos mejores. Yo me quedaría con las fresas. Estarás hambriento.

Sands volvió a asentir en silencio. *Estaba* hambriento, famélico, de hecho, pero no podía permitir que eso le distrajera.

—¿Están bien Melanie y Faye?

—Lo están —confirmó Albert, con los ojos entornados para leer las instrucciones del bote de galletas. Tiró de la anilla hasta que la tapa hizo *puf* y se abrió—. Hemos estado vigilándolas.

—«Hemos» —dijo Douglas, perdiendo la paciencia de repente—. ¿Qué es eso de

«hemos»? —Levantó las manos, exasperado, reparó en el gesto y sostuvo en alto la mano derecha, moviendo los dedos—. ¿Qué le ha pasado a mi muñeca?

—Va bien, ¿no?

—Bueno... sí. —Sands siguió moviendo los dedos y girando la muñeca.

—Estupendo. Dale las gracias a Julia.

—¿Qué demonios...?

—Tienes un montón de preguntas.

—Pues sí, tengo un montón de preguntas. ¡Nada de esto tiene sentido!

—Tiene sentido. Ése es el problema. Es sólo que se tarda un poco en asimilarlo.

Pero te diré una cosa: Tampoco resulta demasiado sencillo cuando se asimila.

—¿De qué hablas?

—Ya lo verás. Tú pregunta. Y come. No dejes que se enfríe.

Sands cogió una silla. Probó el café y comió algo de bacón; tuvo que contenerse para no engullir de golpe el plato entero.

—Así que Melanie y Faye están bien —dijo, tras un momento.

—Sí.

—¿Quién cuida de ellas? ¿La persona a la que llamaste la otra noche?

—Entre otros. Amigos.

—¿Amigos? —«*Así que hay más*»—. Es como si supieras por lo que estoy pasando. ¿Tú...?

—¿Que si veo cosas que no deberían estar ahí? ¿Que si hablo con los muertos? Sí. Eso me temo. Lo llamamos estar imbuido. Aunque no parece que sea igual para todo el mundo.

—Y Julia... ¿ve estas cosas? ¿Está... imbuida?

—Sí. Y el resto de mis amigos también. Por eso pueden cuidar de Faye y Melanie.

Sands dio un lento y largo trago de café.

—¿No estoy loco, Albert?

—Si tú lo estás, muchos de nosotros lo estamos también, y se trataría de algún tipo de demencia compartida e increíblemente extendida.

—¿Extendida...?

—Bueno... —Albert dejó las galletas sin cocerá un lado por el momento y se sentó a la mesa con Sands—. No quiero exagerar. No sé si habrá *tantos* de los nuestros. No lo sabemos con exactitud... unos cuantos cientos en todo el mundo, tal vez más. Pero el número y la distribución geográfica parecen descartar la teoría de una psicosis en grupo.

—Pero hay más gente como nosotros... que ve estas cosas. Fantasmas. Monstruos.

—Sí.

Sands pensó en eso durante algunos minutos. El bacón crujendo entre sus dientes era el único sonido de fondo mientras Albert y él permanecían sentados casi en silencio. Cuando los pensamientos de Sands avanzaron a regañadientes, se le secó la boca; le costó tragar el bacón que le había parecido tan delicioso hacía un momento.

—Y los monstruos... habrá muchos. Por todas partes.

—Sí —confirmó Albert, categóricamente—. Hay un montón. Por todas partes.

Sands bebió un sorbo de café. Parecía más frío de lo debido; ni siquiera el azúcar y la crema podían combatir su sabor amargo. Monstruos. Un montón. Por todas partes. Eran sus peores suposiciones convertidas en realidad. Recordó una noche no hacía mucho; sentado en su coche en el aparcamiento de Melanie, viendo cómo circulaban los demás vehículos con sus ventanillas tintadas, imaginándose que cada conductor era uno de ellos, como el merodeador, que cada uno de ellos quería matarle.

—Dios santo —musitó.

—A lo mejor. El jurado aún no se ha pronunciado a ese respecto.

—¿Pero cómo? —quiso saber Sands—. ¿Cómo puede haber tantos? ¿Por qué no los ve nadie más?

—No puedo responder a eso. La mayoría de la gente se dedica a vivir su vida. Sin enterarse. Parece que algunas personas son elegidas: tú, yo, Julia, mis amigos. Hay señales.

—¿Señales? ¿De qué demonios estás hablando?

—Cuando me di cuenta... cuando fui iluminado, imbuido, como quieras llamarlo... me pasaba en el trabajo, en la cafetería, en cualquier parte. Nunca me imaginé que el cambio más importante de mi vida se produciría mientras intentaba decidirme entre un plato de gelatina verde o uno naranja. En cualquier caso, era el primer día que Gerry Stafford se reincorporaba al trabajo después de su accidente de coche. Ya sabes cómo era antes del desastre: dicharachero, divertido.

Sands asintió con la cabeza.

—Nunca superó la muerte de Melinda.

—*Murió con ella*, Douglas. Gerry y Melinda Stafford fallecieron en aquel accidente. —Tinsley hizo una pausa, permitió que sus palabras calaran hondo—. Lo que ocurre es que Gerry no se quedó muerto, no todo el rato.

Sands parpadeó. Volvió a parpadear. Lo del merodeador era una cosa; lo de Gerry Stafford era otra bien distinta. Douglas se obligó a renunciar a la incredulidad, a pensar en lo que decía Albert en términos de esta nueva y retorcida perspectiva de la realidad.

—No irás a decirme que eres tú el que mató a Gerry. En la fiesta de Navidad.

—No —repuso Albert, tensando el mentón. Era lo más cerca de estar enfadado que había visto Sands a su amigo—. No fui yo. No debería haber ocurrido.

—Pero fue... uno de nosotros.

—Sí. Un cazador. Así nos llamamos, por lo general. Cazadores. Sólo que algunos se lo toman demasiado al pie de la letra.

—Como el que asesinó a Gerry.

—Sí. Algunos no saben reaccionar ante algo que es distinto, aparte de temiéndolo y matándolo. Ocurre lo mismo con el racismo, o el sexismo, o la homofobia...

—Pero el ser que va detrás de Melanie —interrumpió Sands—. No me dirás que eso...

—Tampoco estoy diciendo que todos sean buenos... pero detesto expresarlo en estos términos: bueno o malo. Nunca es así de simple... o casi nunca, por lo menos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que un vampiro se puede... reformar?

—Probablemente no. ¿Pero son necesariamente iguales todos los vampiros? Tú lo has visto. Tú has hablado con él. Yo no lo sé.

—Verás, ya es bastante raro que estemos aquí sentados, dos hombres hechos y derechos, hablando acerca de los vampiros, pero es que ahora estamos discutiendo sobre si hay vampiros buenos y vampiros malos. Ya puestos, me gustaría decir que Superman le da mil vueltas a Batman.

—El sarcasmo ya no sirve de nada, Douglas. Ya que sabes tan bien cómo funciona todo esto, lo mejor será que deje de molestarte. —Albert se levantó de la mesa. Encontró una lata de Crisco y empezó a untar una bandeja de hornear para las galletas.

—Albert, yo... perdona. Mira. Todo esto es nuevo para mí, y no me siento demasiado... ya sabes, cómodo. Pero no creo que nadie pueda convencerme de que esa *cosa* tenga un pelo de altruista. ¡Quiere beberse la *sangre* de Melanie, por el amor de Dios!

—Tal vez la sangre sea el elemento clave —dijo Albert, dándose la vuelta de repente y gesticulando con un cuchillo para untar cargado de Crisco—. A lo mejor ese ser está obsesionado con Melanie, pero si le proporcionáramos sangre, dejaría de estarlo.

—Venga, para el carro.

—Estoy diciendo a lo mejor, Douglas. Y si no es así con éste, puede que lo sea con otro. ¿Cómo vamos a saberlo si lo primero que hacemos es intentar matarlos?

—¡Pero si ya están muertos! Casi. O se supone.

—No sabemos «*lo que se supone*». Lo único que sabemos es *lo que no se supone*. Vemos esas cosas y sabemos que no está bien, que es antinatural, que *no se supone que debería ser así*. ¿No te ha pasado?

Douglas tragó saliva. Recordaba haber visto al ser, y la pura repulsión que se había apoderado de él. El mero hecho de pensar en ello le hacía un nudo en el estómago. Asintió.

—Ésa parece ser una constante para todo el mundo, para todos los imbuidos. Pero la *reacción*... varía considerablemente de una persona a otra. Tú reaccionaste impulsado por el miedo y la ira. Atacaste a esa criatura. Y tal vez eso fuera necesario. No pongo en duda tu criterio. Pero aunque lo que vieras fuese el mal encarnado, ¿significa eso que cada uno de esos seres, por antinatural y extraño que sea, es malévolo? ¿Malvado?

Douglas guardó silencio en su silla. No estaba preparado para responder a eso. No tenía ningún problema imaginándose al merodeador como una bestia que debía ser erradicada de la faz de la tierra... pero Sands había sentido el roce de la mano de su hijo muerto, había escuchado su voz.

—Te estaba hablando de Gerry —continuó Albert, más calmado tras algunos momentos—. Le vi en la cafetería el primer día de su reincorporación, y supe que era antinatural. Supe que estaba muerto. No sabía *cómo* lo sabía, ni cómo podía ser cierto, pero lo sabía. Antes de verlo, no obstante, estaba mirando aquella estúpida gelatina. —Tras distribuir los pedazos de masa de galleta por la bandeja, la introdujo en el horno—. ¿Sabes el letrero que hay encima del mostrador, el de las letras de plástico, que te dice lo que es cada cosa?

—Claro. El que tuvo que colgar Ketricks porque siempre había al menos un plato que era imposible de identificar.

—Exacto. Bueno. Miré ese letrero, y en lugar de ver los nombres de los platos, leí: «Está sufriendo». —Albert extendió los dedos, como si estuviera enmarcando las palabras—. «Está sufriendo». Las mismas letras de plástico. La «e» estaba del revés, como suele estarlo la mitad de las veces porque Ketricks estira el brazo y las coloca desde arriba. Pensé que era una broma. Tal vez alguien que había probado los canelones de carne e intentaba vengarse de Ketricks. Así que miré alrededor. Y vi a Gerry. Nadie más parecía darse cuenta, pero tal y como le vi yo, tenía la cabeza medio aplastada, como si acabara de estrellarla contra el parabrisas. Y su pecho estaba hundido por culpa del volante. Sangraba. Estaba cubierto de sangre. Menos cuando me proponía lo contrario, así era como le vi todos los días durante meses.

Sands, con los ojos clavados en su café frío, no dijo nada.

—Estaba en la cafetería, haciendo cola, y estaba *muerto* —dijo Albert. Hizo una pausa y dio un buen trago de su propia taza, sin que pareciera importarle que el café estuviera caliente o no. Absorto en su relato, era como si se hubiera olvidado de que Sands estaba allí.

—¿Muerto... como el Sr. Kilby?

—¿Hm? Oh. No, qué va. El Sr. Kilby sigue vivo. Es su esposa la que está muerta, y posee su cuerpo. Era una de nuestras empleadas, por cierto. Directora de relaciones internas. Gerry era distinto. Estaba... muerto. Muerto y coleando, y por la razón que fuera, por lo que sea que ciega a la mayoría de la gente frente a lo sobrenatural, era

capaz de hacerse pasar por vivo.

—Entonces, ¿no te enfrentaste a él?

—En la cafetería no, delante de todo el mundo.

—¿Qué demonios hacía en la cafetería si estaba muerto?

—No lo sé. Supongo que sería la fuerza de la costumbre. Seguía haciendo lo que hacía en vida. Le observé, y se limitó a jugar con la comida. Me pasé por su cubículo más tarde y hablé con él. Era curioso. No se daba cuenta de que yo podía ver lo que era. Él era tan sólo... él mismo. Más callado, más triste, pero él mismo.

—¿Cómo era? O sea...

—¿Cómo era cuando hablabas con él estos últimos meses? Era el mismo tipo, básicamente.

—Sólo que muerto.

—Sí —dijo Albert, asintiendo con gesto ausente. Cuando levantó la cabeza, había una renovada intensidad en sus ojos—. ¿Ves ahora por qué yo no creo que todos ellos deban ser malvados o malignos o lo que sea? Gerry no era nada de eso... ni antes, ni después. Tal vez este vampiro tuyo fuese un psicópata antes de convertirse en vampiro. No lo sé. —Su entusiasmo se fue disipando lentamente, hasta que hubo recuperado su calma habitual—. Hablé más veces con él, bastante, de hecho. Aproximadamente una semana más tarde, le dije lo que sabía. Pareció sorprenderse, pero no demasiado. Sabía tan poco como yo sobre lo que estaba ocurriendo. Nunca admitió abiertamente que estuviera muerto, pero después de que me sincerara con él, empezó a hablar de Melinda. No la había mencionado antes, tampoco su fallecimiento, pero después de decirle que sabía que estaba muerto, no pasaba un solo día sin que me la mencionara. A veces lloraba, Douglas. Lágrimas de sangre.

—Dios mío. —Las palabras de Sands fueron apenas audibles.

—No sé qué podría haber hecho para ayudarle. Tal vez nada. No podía devolverle a Melinda. Quizá hubiera estado condenado a vivir una existencia desgraciada llena de trabajo, pasando las noches en una casa sin nada más que los recuerdos, pero no le hacía daño a nadie.

—Y luego va alguien y vuelve a abrirle la cabeza.

—Sí. —Albert se dio la vuelta y apoyó las manos en la encimera. Se quedó así algunos segundos, de espaldas a Sands. Al cabo, se puso en marcha. Comprobó el estado de las galletas, ajustó el reloj de la cocina, y dejó solo a Douglas. No regresó cuando sonó la alarma del reloj.

Después de desayunar, Sands salió a pasear. Pensaba que no sería capaz de comer nada después de escuchar la historia de Albert, pero cuando sonó la alarma y sacó las galletas del horno, su estómago, vacío y abandonado durante un día y dos noches de sueño, se recompuso. Albert tenía razón en una cosa: El melocotón en almíbar estaba

lejos de sus días de gloria. Pero un poco de mantequilla y unas fresas confitadas le supieron a ambrosía. Comió con voracidad, y tuvo que contenerse para dejar tres galletas por si a Albert le apetecía probarlas.

Albert se había retirado a su cuarto, y Sands, tras saciar su apetito, sentía que se le echaban encima las paredes de la pequeña casa. Se puso la ropa de abrigo que le había dado Tinsley —botas, vaqueros, camisa de franela— y encontró un par de guantes de sobra. Mientras se vestía, se dio cuenta de que seguía manteniendo el brazo derecho en el mismo ángulo rígido de noventa grados que le impusiera la escayola. Estiró los dedos y dedicó algunos minutos a acostumar la muñeca y el codo a la libertad de movimientos.

Salió de la casa poco después de mediodía. El sol despuntaba sobre la cubierta de nubes, un tono de gris más pálido que prometía luz y calor a poco que se retiraran las nubes. Había más conductores en la calle que la noche anterior. Los obreros ya habían regresado al trabajo; ellos no disfrutaban de toda una semana libre entre Navidad y Año Nuevo. Las Islas tenía un alto porcentaje de población desempleada, no obstante, a lo que se debía la abundancia de gente en la calle: rescatando sus coches abandonados hasta la próxima vez que pasaran las quitanieves, o cubriendo el tramo de dos kilómetros hasta el supermercado (no había tiendas de ropa ni de comestibles en las Islas; el índice de criminalidad espantaba a los comerciantes. Sin embargo, sí que había tres licorerías y una tienda que vendía gasolina y boletos de lotería; lo cierto era que los cuatro establecimientos habían sufrido atracos en los últimos seis meses, que se habían saldado con tres muertes).

Sands observó la carretera y los neumáticos de los coches que circulaban mientras caminaba. No miró a los conductores; procuró no mirar a nadie. Le asustaba lo que pudiera ver. ¿Cuántas semanas y meses había trabajado con Gerry Stafford, había pasado junto a su cubículo o le había saludado en el pasillo, había subido en el ascensor junto a él... y no se había dado cuenta? Era espeluznante. Pero lo peor para Sands era pensar que tal vez nunca volviera a gozar del lujo de la ignorancia. Dudaba que pudiera regresar a su antigua vida, normal y ajena a todo. No era cuestión de ocuparse de una criatura imposible, de un vampiro, y luego todo volvería a ser como se suponía que tenía que ser. Las cosas *no* eran como se suponía que tenían que ser. Los monstruos eran reales, y estaban ahí fuera. A montones. «*Montones de ellos, y montones de nosotros, que diría Albert —pensó Sands—. Monstruos. Cazadores*».

Y según Albert, no todos los monstruos eran malos, *quizá* no lo fueran, para el caso. Sands no se hacía ilusiones respecto al merodeador, y no estaba dispuesto a concederle un galardón a la amabilidad a Amelia Kilby, pero también un montón de gente *viva* eran unos capullos insufribles. «*Pero ella intentó entrar en mi mente, en mí*», pensó. Albert la había expulsado, o tal vez hubiera sido Sands el que la había repelido al ver lo que era. No estaba seguro. En cualquier caso, sospechaba que ella

no encajaba del todo en la categoría de espíritus desdichados de Albert que necesitaban tan sólo reconsiderar su actitud.

Pero ¿qué había del Adam que llamaba a su padre? «¿*Qué había de Gerry? Por el amor de Dios*», pensó Sands, empujando sus pensamientos hacia delante, negándose a regodearse en algo que le recordaba demasiado a su hogar. «*Albert tiene razón en eso. Gerry nunca habría hecho daño a nadie*». Pero alguien se había propuesto —«¿*sería Julia capaz de hacer algo así?*»— acabar con Gerry Stafford. Otra vez. «¿*Significa eso que esta vez es permanente?*», se preguntó Sands. En tal caso, y si la existencia prolongada de Gerry era un tormento, ¿sería tan mala su segunda muerte?

«¿*Quién eres tú para juzgarme?*» Eso era lo que le había dicho el merodeador. Douglas no creía que la pregunta tuviera ninguna importancia para el vampiro —al fin y al cabo, estaba planeando matar gente— pero ¿sería más apropiada para Gerry? «*Hay un montón de gente infeliz, ¡pero yo no voy por ahí decidiendo poner fin a sus vidas por su propio bien!*». Si ése fuera el caso, tal vez hubiera acabado con Faye, o consigo mismo, hacía años. «*Quizá Gerry hubiera puesto fin a todo antes o después*». Ahora nunca lo sabrían.

Sands regresó a casa sin haber resuelto nada. En todo caso, estaba más abatido que antes. Aparte del vampiro que acosaba a su esposa y a su amante, había todo un mundo plagado de demonios al acecho ahí fuera. Tinsley seguía en su habitación, que no era mucho más grande que el diminuto cuarto de invitados. Estaba sentado en la cama, leyendo.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Sands, de pie en la puerta.

Albert cerró el libro.

—No lo sé. ¿Qué vas a hacer tú? Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Te he dejado algunas galletas. —No sabía qué otra cosa decir.

—¿Echas de menos a Faye, Douglas?

—¿Cómo?

—Que si echas de menos a Faye. No me refiero a estar preocupado por su seguridad. ¿Añoras estar con ella? ¿La echas de menos?

—Hace años que la echo de menos, Albert. —El silencio se interpuso entre ellos. Sands quería marcharse, no quería hablar de Faye, pero no conseguía decidirse.

—Sabes que no has hablado con ella desde que te fuiste.

—¡Fue ella la que me echó!

—Te pidió que te marcharas cuando te hubieras recuperado. Fuiste tú el que se largó sin decir nada. Hace casi una semana.

—¿Cómo demonios sabes...?

—La llamé hace unos días —dijo Albert, sin aparentar arrepentimiento—. Sólo para que supiera que estabas bien.

—¡No tenías ningún derecho...! —pero Sands no pudo terminar la frase. Sabía que al menos debía haberle dicho a Faye que se encontraba bien, pero *deber* y *no deber* eran dos conceptos controvertidos; al fin y al cabo, no debería haber pasado quince años acostándose con otras.

—Tienes que seguir con tu vida. Con Faye o sin ella, eso depende de ti. Si la he llamado fue sólo por consideración hacia ella. No tengo intención de jugar a los consejeros matrimoniales. Pero tienes que seguir con tu vida. Tienes una familia, si quieres mantenerla. Tienes un trabajo. Tienes unas vacaciones y un período de baja, pero yo no intentaré dar de sí demasiado el permiso médico... a fin de cuentas, ya no tienes puntos ni te ha quedado cicatriz.

—¿Puntos? —La mano de Sands voló a su cara y palpó la piel suave e ilesa. Había reparado en la desaparición de la escayola, desde luego, pero no se había mirado al espejo. Corrió al cuarto de baño para confirmar que el corte de su rostro se había curado por completo, sin dejar ni rastro de cicatriz. Volvió con Albert—. ¿Julia?

Tinsley asintió.

—Volvió. Estabas tan cansado tras tu sesión anterior, que ni te enteraste. Cortó la escayola, se ocupó de tu muñeca, tu cara...

—¿Qué demonios es?

—Es una de nosotros, Douglas. Tenemos dones diferentes. Quienquiera o lo que fuera que decidiera imbuirnos...

—Para el carro. Puedo saltarme el rollo filosofal. Ya he tenido dilemas éticos antes del desayuno como para estar ocupado unos cuantos años. Tienes razón en lo de Faye. ¿Vale? Tendría que haber telefoneado al menos.

—A todos nos cuesta acostumbrarnos. Si...

—No, déjame terminar. Voy a hablar con Faye. Mañana. Ya me las ingeniaré. Y voy a ayudar a ocuparme del merodeador, el vampiro. Dios, no puedo creerme que esté diciendo esto. Te agradezco la ayuda, y la ayuda de tus amigos, supongo que me habría matado o me habría vuelto loco si no llego a tomarme un descanso, y estoy dispuesto a llegar hasta el final. Quiero decir que Faye es mi esposa, y Melanie... está bajo mi responsabilidad. Pero ahí se acaba todo, por lo que a mí concierne. Me da igual lo que les pase a los Kilby. Por mí, el viejo ése puede sacar el pijo al fresco hasta que se le caiga a pedazos. Me importa un bledo todo lo demás, fantasmas, vampiros, cazadores, todo. Nada más.

—Sólo cuando te afecte personalmente —dijo Albert, sin emoción.

—Eso es.

El silencio gobernó de nuevo lo que pareció un momento interminable. Ambos hombres se sostuvieron la mirada. Sands estaba tan tenso como si esperara ver aparecer al merodeador de un momento a otro. Al cabo, Albert volvió a abrir su libro.

—Lo que tú digas, Douglas.
Se enfrascó en la lectura.

Capítulo veintidós

Sands se enfrentó al león de bronce de imitación por la que tal vez fuese la última vez. Se preguntó con melancolía si habría algún modo de acostarse de nuevo con Melanie antes de la ruptura. Ni se le había pasado esa idea por la cabeza acerca de Faye. De allí venía: de su propio hogar.

Había encontrado a Faye quitando los adornos navideños y guardándolos en cajas. Daba igual que los hubieran colocado juntos hacía sólo dos semanas. Era vísperas de Año Nuevo por la tarde, por lo que se procedía a quitar los adornos de Navidad. Faye no se había sentido con fuerzas de recibir el año nuevo rodeada de los restos navideños del viejo.

—Hay unas cuantas cajas en la escalera que hay que subir al ático —había dicho, suponiendo que él regresaba cariacontecido buscando la reconciliación.

—No he venido para quitar los adornos —dijo Douglas, pasando junto a ella camino del dormitorio. Guardó varios trajes y camisas de vestir en una mochila, antes de tirar una maleta encima de la cama.

Faye se quedó en la puerta y le observó mientras empaquetaba.

—Así que eso es todo.

—Eso es todo. —Sands se concentró en la tarea que le ocupaba. Calcetines, ropa interior, camisetas, zapatos, artículos de aseo del cuarto de baño. Había pensado venir más avanzada la tarde; cabía la posibilidad de que Faye hubiera salido con alguna de sus amigas de la correduría de fincas. Pero había decidido que prefería enfrentarse a ella que al viento que sabía que azotaría la esquina trasera de la casa al caer la noche.

—Podías haber llamado.

Tenía razón; Sands lo había admitido delante de Albert y ante sí mismo, pero detestaba concederle esa satisfacción. Las antiguas defensas entraron en funcionamiento; las mismas puyas de rutina, por su parte y por la de ella, abrían heridas recientes.

—Es verdad. Podía haberlo hecho —concedió, a regañadientes.

—No sabía si estarías muerto. ¡Podías haber saltado por otra ventana! —Estaba tan dolida como enfadada, aunque ambos sentimientos parecían ir de la mano.

—También es verdad. Podía haberlo hecho. —Cerró la maleta a la fuerza, la cogió junto a la mochila y volvió a pasar junto a su esposa, esta vez saliendo del dormitorio. Se le ocurrió detenerse en el comedor—. ¿Dónde está mi güisqui?

—Me lo he bebido.

—¿Te lo has bebido? ¿Te lo has bebido *todo*?

—No lo quería en casa. Bebes demasiado.

Douglas inhaló hondo.

—Otra vez tienes razón. Supongo que siempre la tienes. Menos con lo de la

piscina. Yo nunca quise esa maldita piscina.

Faye le propinó una bofetada, antes de entrar en el dormitorio con paso airado. Sands esperó hasta que la puerta se hubo cerrado de golpe, descargó una patada sobre una caja llena de adornos de Navidad y se marchó. El frasco plateado seguía debajo del asiento del conductor. Se lo bebió casi todo, paró por el camino y compró otra botella de güisqui antes de llegar al apartamento de Melanie.

Ahora, contemplando el león, deseó no haber hablado así a Faye. Había estado tan enfadado... *seguía* enfadado. Era ella la que había permitido que la muerte de Adam le absorbiera la vida. Era una tragedia, sí, pero tenían el resto de sus vidas por delante. Pero la capacidad de amar de Faye había fallecido junto a Adam.

—Por mí, el vampiro puede quedársela —dijo Sands, aunque sabía que no estaba siendo sincero. Quería a Faye, amaba a la persona que había sido; haría lo que fuese para protegerla, pero no podía estar con ella. Ahora no. Tal vez nunca. Asió la anilla que colgaba de las fauces del león y llamó a la puerta.

—Douglas. Pasa. —Melanie le miró con suspicacia. Sands sabía que podía oler el güisqui que emanaba de él. Le daba igual.

—No. No puedo. —Hizo una pausa, sin saber cómo proceder a partir de ahí, pero lo cierto era que sólo había una manera de seguir—. Tenemos que dejarlo. Tenemos que dejar de vernos. Todo. Se acabó.

Melanie pensó en eso por un momento, sin aparentar demasiada sorpresa.

—¿Eso es lo que quieres?

Sands podía percibir la corriente subterránea de ira que corría bajo su superficie: la forma en que tensaba el mentón, el modo en que cruzaba los brazos.

—Así es como tiene que ser. Tendrás que pedir un traslado en la oficina...

—Ya lo he hecho —le interrumpió Melanie. Sus palabras eran entrecortadas, abruptas—. No me diste la oportunidad de decírtelo la última vez. Me pareció lo más sensato ahora que... en fin, ya sabes, ahora que todo ha salido a la luz. Intentaron convencerme para que firmara una denuncia contra ti por acoso sexual, pero les dije que se la metieran donde les cupiera. Ya soy mayorcita. Tuve tanto que ver con ello como tú.

—Oh. Bueno... gracias.

—No me lo agradezcas, hijo de puta. No lo he hecho por ti. No soy ninguna víctima. Verás, creo que siempre supe que esto terminaría así algún día, y ahora que ese día ha llegado, me parece que tendría que haber ocurrido primero. —Eso parecía zanjar la cuestión para ella. Lloraría después de cerrar la puerta, Sands lo intuía, pero por el momento estaba hecha una furia indignada. No podía culparla; no podía saber lo que él había pasado por ella. Los dos guardaron silencio por un instante, esperando a que el otro rompiera el silencio—. Se me va a escapar el gato.

—Ya... bueno... entonces, adiós.

Melanie no se despidió. No dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta y dejar a Sands plantado en el porche elevado.

Capítulo veintitrés

IRM debería haber sido un lugar familiar y acogedor; eso había pensado Douglas antes de acudir al trabajo. Se había imaginado que tenía que ser mejor que Nochevieja. Albert y él la habían pasado en silencio en la casa de Tinsley: Albert con su libro, Douglas con su botella de güisqui. Sands estaba de un humor de perros después de visitar a Faye y a Melanie. No sabía qué estaría haciendo ninguna de ellas. Tal vez hubieran salido con algunos amigos; tal vez no. Puede que Faye estuviera pasando la velada en silencio en su casa despojada de adornos. Tras decidir que no quería hablar de mujeres, ni de nada anormal ni sobrenatural, Sands no tardó en descubrir que no le quedaban más temas de conversación; su vida había sido subyugada completamente por lo anormal. Así que se había quedado a solas con el televisor, padeciendo la «Gala Rockera de Noche Vieja».

—¿Has visto alguna vez a Dick Clark en la franja diurna? —había preguntado Sands, en algún momento—. Me parece que es un vampiro. Hace treinta años que no envejece. A decir verdad, me parece que está rejuveneciendo.

Albert había soltado una risita, pero estaba más enfrascado en la lectura que en la conversación. Su libro versaba sobre los zares rusos; no era precisamente el tipo de libro que hubiera escogido Sands para pasar las vacaciones.

—Claro. Y Rasputín era un vampiro —había bromeado Albert—. O puede que un hombre lobo.

—¿Podría saberlo por televisión? —había preguntado Sands, observando a Dick Clark con suspicacia—. Es decir, si *fuese...* algo. ¿Lo sabría?

—No lo sé. Yo nunca he visto a nadie de esa manera.

Hasta ahí había llegado su conversación por esa noche. Sands bebía, le daba vueltas a la cabeza, y bebía un poco más. El día de Año Nuevo había sido más de lo mismo. Al llegar el lunes por la mañana, a despecho de una ligera resaca, Sands estaba preparado para regresar a la oficina.

El trabajo, no obstante, demostró ser poco más relajante que el resto de su tumultuosa vida. El camino de entrada, el aparcamiento, y el recibidor habían sido de lo más inocuo; la semblanza de rutina, de normalidad, era una distracción agradable. Pero cuando subió al ascensor, y las demás personas se agolparon dentro, y se cerraron las puertas...

Sentado en su despacho, con la puerta cerrada y un paño húmedo sobre el rostro, Sands procuraba no pensar en la repentina claustrofobia que se había apoderado de él... en eso y en la certeza de que todas las personas que le rodeaban eran en realidad gules, zombis, o vampiros. Había pasado entre las hileras de cubículos, saludando a cuanta menos gente mejor, intentando no cruzar la mirada con nadie.

La mañana entera había seguido la misma tónica. Había aguantado todo lo

humanamente posible sin ir al baño. La idea de cruzar los pasillos le había petrificado tras su mesa. Al fin y al cabo, con sólo doblar una esquina, podría toparse de bruces con algún colega cuya cabeza hubiera resultado aplastada en un accidente de coche meses atrás, o podría descubrir a alguien poseído, un rostro desconocido compartiendo incongruentemente el mismo espacio que el de la persona a la que estuviera acostumbrado a ver.

Sands no tenía claro cómo iba a soportar allí todo el día. Su nueva ayudante administrativa, Sharon —una mujer mayor, de aspecto profesional pero no *demasiado* atractiva; Sands sospechaba que se la habían asignado por ese mismo motivo, tras la aventura con Melanie— había tenido la consideración de traerle un café, pero eso no había conseguido más que exacerbar el problema del baño. Sharon había sugerido que se aplicara una compresa humedecida cuando Sands le explicó que le atormentaba una jaqueca *terrible*.

Caroline Bishop visitó a Douglas después de comer para pedirle que acelerara... después de la hora de comer, más bien. Sands no almorzó; se quedó sentado en su despacho con la cara tapada por el paño húmedo. Por lo general no se habría tomado libre toda la semana entre Navidad y Año Nuevo. Afortunadamente, la productividad de los empleados tendía a reducirse durante ese período, por lo que no había una cantidad exagerada de papeleo que poner al día. Caroline mencionó que había escogido una buena fecha para faltar al trabajo. Lo que no dijo explícitamente fue que había escogido una buena fecha para tirarse por una ventana, pero claro, hasta ahí llegaba la sutileza de Caroline. Sands era consciente de que algunas personas estaban al corriente del motivo por el que Melanie había solicitado el traslado. Asumía que Caroline era una de ellas; pocas cosas que afectaran al Personal escapaban a la atención de Caroline. Lo que no sabía con certeza era con qué grado de detalle lo sabría Caroline, o cualquiera... por ejemplo, el hecho de que le hubieran encontrado desnudo tendido en la nieve a los pies de la ventana rota de Melanie. Tal vez, se imaginó, el relato de sus increíbles andanzas se había extendido, y cualquier vampiro que pudiera trabajar para la empresa tomaría la precaución de guardar las distancias.

Esa tarde, Sands dio la jornada por finalizada temprano y se escabulló de la oficina.

El martes, en conjunto, fue un poco mejor. La mañana no había sido tan buena, no obstante. Sands seguía viviendo con Albert. Tinsley no presionaba a Sands para que se marchara, y Sands no se sentía todavía con fuerzas de buscar otro alojamiento. No después de lo del lunes. A decir verdad, el trayecto en coche del martes fue ligeramente peor, porque Sands anticipaba la ansiedad que le había abrumado el día anterior. Todos los conductores le miraban con ojos rojos; todos los maleteros estaban llenos de cadáveres en descomposición. Mientras cruzaba andando el aparcamiento

de la empresa, sacó un informe de su maletín y fingió estudiarlo concienzudamente... la excusa perfecta para no mirar a nadie a la cara. El informe demostró ser útil también en el recibidor; sin levantar la cabeza, Sands gruñó en respuesta a alguien, una voz masculina sin identificar, que tuvo la osadía de saludarle.

A Sands le satisfizo el modo en que conservaba la compostura... hasta que se abrió la puerta del ascensor. Estaba de pie, anónimo, incomunicado, rodeado de compañeros de trabajo, pero cuando el gentío comenzó a apretujarse en el confinado espacio del ascensor, el pánico se apoderó de Sands. Se sintió asaltado por la sensación de que una resaca engañosa le había agarrado y le arrastraba mar adentro, o tal vez fuese el desagüe de algún demoníaco sistema de cañerías que desembocaba directamente en los patios sulfurosos del mismísimo infierno. Estaba seguro de que su rápida respiración le delataría a cualquier ser sobrenatural presente en la multitud, que miraría a la criatura por accidente, y sabría que él lo sabía...

Salió corriendo en busca de la escalera, esquivando los talones de sus compañeros de trabajo, que era lo único de ellos que se permitía mirar. Tropezó con alguien que había comenzado a esquivarle cuando redujo el ritmo, pero que no había anticipado su repentino cambio de dirección lejos del ascensor. Un montón de papeles se desparramó por el suelo. La mujer con la que había chocado profirió una exclamación de sorpresa.

—Disculpe —dijo Sands, sin detenerse ni mirar atrás.

Las escaleras no estaban lejos. Cruzó la puerta, que se cerró a su paso, apoyó la espalda en ella, y se aflojó la corbata. Inhaló hondo. El informe que llevaba en su mano se había arrugado por culpa del encontronazo con la mujer. Sands se mantuvo ocupado alisando la hoja minuciosamente. El alivio por haber dejado atrás el ascensor se fue apoderando de él gradualmente, y consiguió volver a respirar con normalidad.

La escalera, claro está, conllevaba sus propios desafíos y terrores potenciales. Aunque, gracias a los cuidados de Julia, se sentía tan bien como hacía tiempo que no se había sentido, y los escalones no constituían un obstáculo físico, era allí donde Faye y él habían encontrado a Gerry Stafford. Para ser más exactos, el rellano de la primera planta, a dieciséis escalones y un giro de distancia, era el lugar exacto en el que habían descubierto el cuerpo de Gerry Stafford, con la cabeza partida por la mitad. Según Albert, algún cazador había matado a Gerry... si es que se podía matar a alguien que ya estaba muerto; Sands todavía no tenía esto muy claro. Lo que sí tenía claro era que había cambiado un breve momento en un ascensor abarrotado por la interminable ascensión de un sinuoso túnel de muerte.

«¡Dios santo, Douglas! —se recriminó, asqueado—. «¿Cómo puedes ser tan melodramático?». Comenzó a subir las escaleras. Y se detuvo en el tercer escalón. «Seguro que el ascensor ya no está tan lleno... —pensó, y luego—:No, no, no. Claro que puedes subir unas malditas escaleras».

Y eso hizo. Cubrió los siguientes cinco peldaños, inhaló hondo al encararlos ocho siguientes... expulsó el aire al ver que no había nadie en el rellano de la primera planta —«¡Pues claro que no hay nadie!»— y continuó subiendo hasta la segunda. Incluso consiguió repartir unos cuantos saludos musitados mientras pasaba por delante de los cubículos camino de su despacho.

Sands pidió a Sharon que le trajera una taza de café; le satisfacía haber comprobado el día anterior que la mujer no era ningún vampiro ni estaba poseída, y se sintió igualmente satisfecho, tras su victoria sobre la escalera, cuando hubo conseguido superar los peligros de la visita al cuarto de baño avanzada la mañana.

Su cajetín estaba a rebosar. Caroline debía de haberse molestado por su escamoteo el día anterior, y pensaba devolvérsela encargándole todo el papeleo que le había ocultado el día anterior. Sands la conocía lo suficiente como para reconstruir esos hechos; también la conocía lo suficiente como para sentirse bastante seguro de que si se rezagaba demasiado, ella empezaría a retirar trabajo de su cajetín, subrepticamente, un archivo por aquí y otro por allá, para ocuparse ella misma del trabajo. La caja abarrotada era su forma de apremiarle para que se pusiera las pilas. Pero, llegado el caso, ella sola se bastaría para mantener el departamento en marcha. Sands sospechaba que Caroline podría mantener el barco a flote por tiempo indefinido si él desapareciera de la faz de la tierra, y tal vez transcurrieran meses antes de que la directiva superior reparara en su ausencia.

Durante varios minutos, Sands se quedó con las palmas pegadas a la mesa. Inhaló hondo y pausadamente y admiró su valerosa conducta... al menos la fina capa con que cubría la superficie. Tal vez la vida pudiera seguir adelante. Ahí estaba. Trabajando. Como si nunca hubiera ocurrido algo inusual... más o menos.

Cuando Sharon le hubo traído el café, Sands incluso hizo gala de un poco del antiguo encanto que le había metido en las bragas de tantas colegas a lo largo de los años; no es que quisiera meterse en *esas* bragas. Sharon debía de tener al menos cincuenta años. Sands no se acostaba con una mujer mayor que él desde sus días de universidad, y sospechaba que, aunque Sharon resultaba atractiva para su edad, su desnudez —llegado el caso— sería decepcionante en comparación con sus recientes recuerdos de Melanie, o incluso con sus no tan recientes recuerdos de Faye, ya puestos. A todos los efectos prácticos, no obstante, la cuestión era impropcedente. Sharon parecía más recelosa que halagada por sus halagos; indudablemente había oído al menos *algo* acerca de la inapropiada relación de Sands —y el desastroso clímax de dicha relación— con su antigua ayudanta ejecutiva. Saltaba a la vista que Sharon, que era más maternal, y que se había sentido más cómoda el día anterior cuando Sands se encontraba visiblemente alterado y ella había podido ocuparse de él, estaba decidida a no cometer los mismos errores que su antecesora.

«Por mí perfecto —pensó Sands—. *Estrictamente profesional*».

Examinó los informes que coronaban su cajetín durante una media hora, cambiando de sitio algunos papeles aquí y allá, haciéndose una idea de qué tareas requerirían probablemente la mayor atención durante el transcurso del próximo par de semanas. No hubo transcurrido mucho tiempo, no obstante, antes de que se pusiera delante del ordenador, navegando por la red en busca de dossiers de empleados «inactivos». Hasta que encontró uno en particular: Amelia Kilby. Se quedó mirando su nombre durante varios minutos antes de abrir la carpeta. «¿Por qué estoy mirando esto?», se preguntó. Pura curiosidad, se aseguró. Nada más que por matar el rato antes de sumergirse en la apabullante montaña de papeles levantada por Caroline. En cualquier caso, el archivo electrónico contenía poca información: nombre, dirección, fechas de servicio, número de la Seguridad Social, sueldo, número de abonada del seguro médico global. Nada más que los aspectos prácticos y técnicos de la identidad de una trabajadora. Sands seguía sin haber formado un propósito práctico cuando llamó a Sharon por el comunicador.

—¿Sí, Sr. Sands?

—Sharon, necesito el dossier personal de una antigua empleada: Amelia Kilby. ¿Podrías conseguírmelo, por favor?

Mientras aguardaba a que Sharon regresara con el archivo físico, que contendría más información de utilidad, como partes de actuación, Sands observó un hecho interesante en la carpeta electrónica: La planta en la que había trabajado la Sra. Kilby era la de Mike Grogan.

—Hm.

Sands descolgó el teléfono.

Capítulo veinticuatro

Sands comenzaba a desear haber convenido reunirse con Mike en otro sitio, en *cualquier* otro sitio, y no en la cafetería de la empresa. Demasiada gente. Y no podía dejar de pensar en la historia de Albert, en cómo había visto entrar a Gerry Stafford y se había dado cuenta de que el pobre desgraciado estaba muerto. ¿Cómo lo llamaba Tinsley? Estar *imbuido*. No sabía por qué ese término se le antojaba demasiado clínico, demasiado *teórico* para expresar la experiencia de Sands. *Imbuir* sonaba demasiado a ceremonia de graduación: Alguien te entrega una banda, te da un golpecito en la borla, y —*pum*— listo; ya puedes ver monstruitos sobrenaturales. Para Sands, la asociación que mantenía con la primera vez que había visto al merodeador, y *sabido* lo que era, se parecía más a que alguien le metiera el puño por la garganta y le sacara el estómago por la boca. *Eso* era imbuir para él. Y no contribuía a abrirle el apetito, con cafetería o sin cafetería.

Por lo menos se le había ocurrido llevar unas cuantas carpetas consigo. Suponía que tenía que entregar *algo* al cabo del día, para apaciguar a Caroline, ya que no por otra cosa. Sin embargo, lo más importante era que la presencia de las carpetas le posibilitaba quedarse mirando las páginas y fingir que se concentraba en ellas en lugar de saludar a la gente. Un puñado de individuos irritantemente amigables se habían dirigido a él: Sands levantó la cabeza, sonrió y asintió, sin fijarse en ningún momento en el rostro de la persona —por si acaso— antes de volver a atender sus papeles.

No sabía cuál era el menú del día; no había querido consultar el letrero del mostrador, las letras de plástico que Ketricks, el encargado de la cafetería, colocaba cada día. ¿Y si, como cuando las había visto Albert, y cuando Sands había mirado el reloj de Melanie, las letras no decían lo que se suponía que debían decir? ¿Y si ponía: EL CANELÓN DE CARNE ESTÁ VIVO, o ESO NO SON ALMORRANAS, SON INVASORES DEL ESPACIO? ¿Entonces qué? ¿Cómo podría explicarlo? Suponía que las ventanas de la cafetería probablemente eran demasiado gruesas como para atravesarlas, ¿pero no sería más bochornoso rebotar contra el cristal y aterrizar en el almuerzo de alguien que conseguir romper la ventana con la cabeza? ¿Y si miraba a Ketricks y el anciano negro estaba poseído, o muerto igual que Gerry? ¿Intentaría Sands ahogarle en la sopa de verduras? ¿Sería capaz de controlar sus actos, o se volvería loco... como la otra vez?

Sands deseó poder beber un trago de güisqui. Deseó no haberse dejado el condenado frasco en el coche.

—Doug, tienes un aspecto estupendo —dijo Mike Grogan, abriéndose paso entre las mesas cercanas para unirse a Sands. Cuando Sands le había llamado esa mañana, Mike había dicho que estaría en el edificio para asistir a una reunión, por lo que

podían quedar para comer juntos en la cafetería al término de la misma. Sands, aunque ahora se arrepentía, había aceptado. Mike llevaba corbata pero no traje; podía permitírsele como director de planta, puesto que no se libraba de arremangarse y mancharse las manos de grasa de vez en cuando—. Oí que te habías roto un brazo —dijo Grogan, colgando su chaqueta de IRM en el respaldo de una silla.

—Ah, eso. La muñeca. No era tan grave como pensaron en un principio. Me han quitado la escayola.

—¿En serio? Genial. Oye, ¿por qué no pillamos algo para comer?

—Eh... ve tú. Yo no tengo mucha hambre.

—Pues te dejo solo. Vuelvo enseguida.

Mientras Mike hacía cola, Sands comprobó, aliviado, que su compañero de tenis parecía normal. «*Seguro que la mayoría de la gente es normal*», se dijo Sands. Quería creer con todas sus fuerzas que no iba a tropezarse con un cadáver cada vez que se diera la vuelta. ¿No se habría vuelto loco Albert a esas alturas si fuese ése el caso? Sands decidió que estaba claro que no saber cuándo o dónde podría encontrarse con alguien normal en apariencia que fuera en realidad una encarnación infernal sería bastante estresante, pero no sería mejor encontrarse con esas cosas *por todas partes*. Si pensaba albergar alguna esperanza de volver a llevar una vida normal, sabía que antes o después tendría que solucionar sus nuevas ansiedades. Probablemente después. No miró a nadie hasta que Mike hubo regresado a la mesa.

—Bueno —dijo Grogan, posando su bandeja—, ¿te apetece jugar un partido mañana, o todavía necesita más tiempo esa muñeca? Tal vez sea mi última oportunidad de derrotarte... tengo que aprovechar ahora que estás tullido.

Sands se miró la mano mientras estiraba los dedos y giraba la muñeca. Hacía varios días que el tenis no le rondaba por la cabeza.

—Claro. Creo que me va de perlas.

—No tienes más que pedirme que baje el ritmo —dijo Mike, con una expresión entre seria y burlona.

—Hmpf. Vale. Le diré a Sharon que nos reserve una pista.

—¿Sharon?

—Mi nueva ayudanta ejecutiva.

—Oh... —dijo Mike, y luego—: *Oh* —obviamente al comprender parte del motivo por el que Sands tenía una nueva ayudanta ejecutiva. Grogan parecía ligeramente azorado por haber preguntado.

«*Dios santo* —pensó Sands—. *Todo el mundo sabe que Melanie y yo nos acostábamos juntos*». Grogan probablemente estaba preguntándose de qué modo encajaba todo aquello con el pronto de Sands la última vez que habían jugado al tenis, y con su conversación en la fiesta de Navidad. «*Que se quede con la duda*», decidió Sands.

—Mike —dijo Sands, más que dispuesto a cambiar de tema—, me interesa averiguar algo de una antigua empleada que trabajaba en tu planta. Amelia Kilby.

Grogan pensó por un momento.

—Pues no. No me suena. —Empezó a cortar el resistente bistec de su bandeja.

—¿No? Hace un par de años protagonizó una demanda respaldada por el sindicato. Fallo del sistema, perdió una mano y parte del brazo.

—Ah... sí. —Mike agitó el tenedor en el aire. Parecía que estuviera costándole masticar la carne tanto como cortarla—. Perdona. No sabía que estuvieras hablando de hace tanto tiempo. Sí que me acuerdo. —Siguió masticando—. Murió poco después, ¿no? Sin relación con el accidente.

—No del todo —dijo Sands. La carpeta de la Sra. Kilby incluía una última carta de la agencia aseguradora de IRM en la que explicaba algunos detalles—. Pocas semanas después del accidente, se formó un coágulo de sangre. Murió mientras dormía.

—Es verdad. ¿Qué quieres saber de ella?

—Bueno... en su archivo, hay tres reprimendas por beber en el trabajo... la última fechada un par de meses antes del accidente.

—Me parece que sí.

—Pero no se menciona la bebida en el parte del accidente. ¿Es eso correcto?

—Hará un par de años que no miro su expediente ni me acuerdo de él, Doug, pero creo que así es, sí. —Mike pinchó su filete, pero no parecía interesado en seguir cortando—. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh... estamos cerrando algunas cuentas inactivas del seguro médico global, y sólo quería asegurarme de que no se quedaba ningún cabo suelto. Rutina. Ya sabes.

—Ya. —Grogan volvió a concentrarse en su almuerzo—. Bueno, pues parece que tienes todos los datos. Yo que tú le daba carpetazo.

Sands pensó en ello mientras veía cómo comía Mike. No sabía con certeza qué esperaba descubrir. El Sr. Kilby —o puede que hubiera sido la Sra. Kilby por mediación de las cuerdas vocales de su marido— había dicho que Amelia no era ninguna borracha. Los hechos, al menos en el caso del accidente, parecían corroborarlo. Fin de la historia. Sands pensó en los esfuerzos de Albert por mantener con vida a Davis Kilby, y luego otra vez en la historia de Albert.

—Gelatina verde o naranja —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Mike con la boca cerrada mientras masticaba.

—Oh, nada. Oye, siento haberte hecho perder el tiempo.

—¿Perder el tiempo? De todos modos tenía que comer. Este sitio es tan bueno como cualquier otro... bueno, no tanto.

Pero me alegro de volver a verte. ¿Mañana por la mañana? ¿Tenis?

—Vale. Ya le pediré a Sharon que te comunique para qué hora a hecho la reserva.

Será mejor que vuelva al trabajo.

Lo cierto era que Sands no adelantó demasiado trabajo esa tarde. Su despacho parecía un refugio seguro tras el estrés de la cafetería. Caroline se dejó caer para decirle que Marcus Jubal quería reunirse con él por la mañana. También pareció tomar nota de que estaba esforzándose por ponerse al día. Sands sospechaba, pronto, empezarían a desaparecer archivos, y que algunos asuntos de personal empezarían a resolverse por sí solos, silenciosa y eficazmente. Lo mismo podría haberle pedido a Caroline que sacara unas cuantas carpetas de su maldita caja —era su subordinada, a fin de cuentas— pero parecía más seguro, menos turbulento, para todos los implicados que le siguiera la corriente.

Eran casi las 5:00 PM, y estaba a punto de marcharse cuando Sharon le habló por el comunicador.

—Sr. Sands, Mike Grogan en la línea dos.

—Gracias, Sharon. —Pulsó el botón de la línea dos—. Mike, ¿ya te has rajado para mañana?

—Ni lo sueñes, Doug. Allí estaré. —Grogan hizo una pausa—. ¿Tienes un minuto?

—Claro. Estaba a punto de dar por terminado el día. ¿De qué se trata?

Otra pausa.

—Doug... sobre lo que hemos hablado a mediodía, Amelia Kilby...

Sands sintió un nudo en el estómago. No había vuelto a acordarse de la Sra. Kilby desde el almuerzo; se sentía aliviado por no haber vuelto a pensar en ella. «*Puedes darle carpetazo*», había dicho Mike, y Sands había estado encantado de seguir su consejo.

—¿Qué pasa con ella?

—Esto tiene que quedar entre tú y yo... lo que voy a decirte...

—Vale, Mike.

—El accidente de Kilby sí estuvo relacionado con el alcohol. Había estado bebiendo. No dispuso el equipo de seguridad debidamente. Se pilló los dedos, fue tragada como una corbata cogida en la trituradora de papel. —Se produjo un largo silencio en la línea—. ¿Doug?

—¿No te acordaste de esto durante el almuerzo?

—Claro que me acordé. Sabía de lo que estabas hablando en cuanto mencionaste su nombre.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no refleja eso su informe?

—Doug, tú trabajas todo el tiempo con la compañía aseguradora. Ya sabes cómo se habrían puesto si hubieran sabido que esa mujer resultó herida por culpa de su propia negligencia.

Era cierto, Sands lo sabía. Especialmente con algo tan aparatoso: hospitalización, sindicato, discapacidad. Pero había algo más.

—Tampoco habría quedado bien en tu historial, ¿eh, Mike? Que no la hubieras despedido antes, o apuntado a un programa de rehabilitación.

Otra pausa.

—Además eso, sí. Pero necesitaba el dinero. Llevaba *dieciocho* años trabajando para nosotros, Doug. Necesitaba ese empleo. Necesitaba que la cubriera el seguro.

—Ya veo. —Esta nueva revelación cogía a Sands con la guardia baja; no el hecho de que Amelia hubiera sido una borracha, sino que Mike hubiera amañado los informes y le hubiera mentado. Pero tenía sentido. Era evidente que a Grogan le remordía la conciencia; estaba tan preocupado como para llamar y aclarar las cosas —. No sé qué decir. Lo que sí sé es que esto no tiene por qué llegar a oídos del SMG. O sea, la mujer está muerta y enterrada.

«*Para lo que ha servido*», pensó.

—Comprendes por qué esto tiene que ser confidencial, ¿no, Doug? No haría ningún bien sacarlo a la luz... ¿No?

—Tienes razón. Gracias por llamar. Te veré por la mañana.

—Hasta mañana.

Sands colgó el teléfono y permaneció sentado durante largo rato, intentando adivinar qué debería hacer a continuación.

Capítulo veinticinco

Jason tiró del cuello de su camisa de vestir. ¿Cómo había gente capaz de ponerse corbata todos los días?, se preguntó. Dio gracias mudas a Dios por no tener que llevar una trabajando en la ferretería de sus padres. Hoy se había puesto corbata, no obstante, con su único traje. Los pantalones le quedaban demasiado ajustados; tenía miedo de agacharse a coger cualquier cosa y que se le rompiera la culera. No recordaba cuándo se había arreglado por última vez. Tampoco había vuelto a la iglesia desde que abandonara el instituto. Sus padres habían reparado en el traje y la corbata; se habían sentido aliviados por no tener que discutir con él a ese respecto.

—Ya sabía yo que era un muchacho obediente, un buen muchacho —había dicho su madre. Incluso su padre le había halagado:

—Estás hecho un pincel... para variar. Que no se te olvide peinarte. —No podía esperar nada más de papá.

«¿Qué? —se preguntó Jason—. ¿Se pensaban que iba a ir hecho un adefesio al entierro de mi hermana?». Aparentemente, habían estado convencidos de ello.

Ahora, después de un par de horas en el velatorio, el cuello y los pantalones ajustados estaban sacándole de sus casillas. Y el enfermizo olor dulzón de todas aquellas flores amenazaba con provocarle arcadas. Deseó también que el organista se tomara un descanso. Tal vez fuese la lúgubre música de fondo lo que le daba ganas de vomitar, y no las flores. Quizá fuesen las dos cosas.

Pero estaba ahí por Laura. Tampoco es que eso sirviera de mucho ahora. Deseaba con toda su alma haber estado ahí por ella antes, cuando habría servido de algo. Al volver la vista atrás, se daba cuenta de que no había sido culpa suya, no del todo, pero eso no le hacía sentir mejor. Seguía pensando que debería haber sido capaz de hacer algo. Había estado allí la primera noche, cuando su colega Kyle les había presentado a Lionel Braughton. Jason la había dejado marchar con los otros dos hombres. La habían atacado y violado. Laura no había vuelto a ser la misma. Desde entonces, Jason había llegado a la conclusión de que no era la violación lo que la había cambiado, al menos no había sido el principal detonante del cambio. Era Lionel.

Durante mucho tiempo después de la violación, Jason había creído que su hermana se lo había buscado solita, que se había convertido en una especie de pervertida sexual, una adicta al sadomaso, que era culpa suya que la hubieran violado. Esa creencia era obra de Lionel. Le había convencido de ello, y a Laura también. Laura les había hecho pensar y creer lo que había querido, sólo con mirarles a los ojos y decírselo. Por aquel entonces, Jason y Laura no habían recordado sus encuentros con Lionel. Hipnosis, o algo así; eso era lo que pensaba Jason ahora que tenía una idea más clara de lo que era Lionel.

Porque ahora, Jason se acordaba. De todo. Recordaba la noche de la violación, y

cómo él, ante la innegable sugerencia de Lionel, había permitido que Laura se fuese con Kyle y el desconocido. Recordaba las noches siguientes. Laura había estado enferma o histérica tan a menudo. Jason había adquirido la costumbre de vigilarla mientras dormía, el único momento en que podía verla cómo era ella en realidad. Recordaba las noches en que el hombre de los ojos azules, con su traje caro, acudía al cuarto de Laura. Lionel le pedía a Jason que mirara hacia otro lado, y que olvidara, y Jason obedecía.

No fue hasta su visita más reciente, la *última* visita, que todas las piezas empezaron a encajar. También esa noche se encontraba sentado junto a Laura. Estaba dormida, pero inquieta. No abrió los ojos, pero empezó a hablar... sólo que no era su voz; alguien más hablaba por boca de su hermana, y decía: «*Se bebe mi vida*». Lo dijo dos veces, con esa voz que no era la suya: «*Se bebe mi vida*». Luego todo regresó a la normalidad. Seguía dormida, agitándose un poco, pero normal. Jason hubo de preguntarse si se lo habría imaginado todo.

Pero entonces había aparecido Lionel en la puerta —con un elegante abrigo de lana y una sonrisa sardónica— y súbitamente todo tuvo sentido, como si el mundo entero hubiera recuperado la normalidad y Jason ni siquiera se hubiera percatado antes de que había algo mal. *Se bebe mi vida*. Lionel no se aprovechaba de Laura sexualmente; estaba «*bebiéndose su sangre... su vida*». Jason miró a Lionel y vio sangre en las manos del monstruo, en su cara.

—No puedes llevártela —le había dicho Jason.

Lionel había parecido preocupado al principio, pero sólo un poco. Probablemente porque Jason parecía saber quién era. Pero si algo le sobraba a Lionel era confianza en sí mismo; su mueca jactanciosa no tardó en regresar.

—Asómate a la ventana, Jason. Tu hermana me desea.

Jason arrojó su silla a Lionel. *Eso* había sorprendido al bastardo... pero no lo suficiente. Era fuerte y rápido. Apartó la silla con facilidad, pero por primera vez, la duda asomó a sus ojos azules. Lo siguiente que supo Jason fue que estaba blandiendo... *algo* contra Lionel. Algún *trasto* enorme había aparecido en su mano: una porra o una barra de hierro. Fuera lo que fuese, viniera de donde viniese, refulgía al rojo vivo y estaba *caliente*... pero no le quemaba. No se dio cuenta de ese detalle hasta más tarde. En esos momentos, lo único que le preocupaba era abrirle la cabeza a Lionel. A punto estuvo de conseguirlo. Pero Lionel se apartó de su camino. La barra candente se había estrellado contra el quicio de la puerta... rompiéndolo y abrasándolo.

Jason no estaba seguro de qué había ocurrido a continuación. Lionel, sencillamente, desapareció. Tan completamente como si nunca hubiera estado allí... salvo por la quemadura del marco de la puerta y Laura, pálida e inerte en la cama. Al recordar en la breve pelea —si se la podía llamar así— y en la descomunal fuerza

física que Lionel había demostrado en el pasado, Jason pensaba alicaído que tal vez se hubiera salvado de milagro. Era posible que Lionel, de haberlo querido, pudiera haberle matado. Probablemente Lionel se había sorprendido ante la resistencia de Jason; y por el palo de fuego aquel del demonio, como para combatir.

Todas las noches después de aquella, durante semanas. Jason había velado por su hermana dormida. Se quedaba sentado, y recordaba, y odiaba... odiaba a Lionel por lo que le había hecho a Laura, y le odiaba por lo que le había obligado a pensar acerca de ella. También se odiaba a sí mismo, por haberla fallado.

Lionel no había vuelto a aparecer. No hizo falta. Hacía escasos días, el corazón de Laura había dejado de latir. Parada cardíaca. Se suponía que nadie moría de eso a los diecinueve. «*¡Y menos mi hermana, maldita sea!*». Jason alisó la solapa de su chaqueta, que había estrujado en su puño sin darse cuenta.

Por mucho que detestara ver el cuerpo de Laura encerrado en aquel ataúd, los encargados de las pompas fúnebres habían hecho un buen trabajo. «*Parece natural*». Presentaba mejor color del que había tenido en mucho tiempo. Los médicos no sabían por qué su corazón se había esforzado más allá de sus capacidades. Jason sí. Y aunque fuera lo último que hiciera en la vida, pensaba ajustar cuentas.

Capítulo veintiséis

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó Albert, mientras Sands y él observaban cómo giraba una lasaña precocinada en el interior del microondas. La casita de Tinsley, aún cómoda pese a haber servido de escenario de varias revelaciones preocupantes, resultaba ya muy familiar para Sands, tras más de una semana de estancia en ella.

—Bastante bien. Hay un montón de trabajo que poner al día. —«*Bastante bien*» era sin duda una exageración, pero no una mentira descarada. Al término de éste, su segundo día en la oficina, Douglas había conseguido caminar entre los cubículos sin dar un respingo cada vez que le saludaba alguien; había llegado hasta el extremo de mantener breves conversaciones con algunos compañeros de trabajo, que, se había alegrado de descubrir, no parecían seres demoníacos de ningún tipo. El único motivo por el que había salido por las escaleras, se decía a sí mismo, era porque le venía bien el ejercicio.

—Bien. Me alegra oírlo. Sé que yo pasé por lo que podría llamarse un reajuste complicado. El ascensor era particularmente problemático. Creo que usé las escaleras durante meses.

—¿En serio? Bueno, a mí no me pasa nada de eso —dijo Sands, alejándose bruscamente de la verdad. Tras haber sobrevivido a otro día en la oficina, no obstante, eso no era en lo que más le apetecía pensar por ahora—. Oye, Albert, tengo que contarte una cosa... de Faye y Melanie... y tus amigos... me siento como si... no sé, como si estuviera eludiendo mis responsabilidades. Con Faye, al menos, es culpa mía que esté en peligro, ¿sabes? Debería estar ahí fuera. Protegiéndola. No es tarea de tus amigos. Debería ser mi tarea.

—Date un poco de tiempo, Douglas. Es tarea de *todos* ocuparse de... de lo sobrenatural. Fantasmas. Monstruos. Como quieras llamarlos.

—Pero debería ayudar —insistió Sands. Porque si permitía que fueran otros los que se ocuparan de sus problemas, ¿entonces él tendría que ocuparse de los de ellos! Y no estaba dispuesto a aceptarlo. Albert podía salvar el mundo si le apetecía, pero Douglas sólo quería regresar a su vida normal. «*En ese caso, ¿por qué demonios le he preguntado a Mike acerca de Amelia Kilby?*», se preguntó.

—Ya llegará el momento de que arrimes el hombro. Créeme, habrá tiempo de sobra.

—No es que *quiera* ayudar. Es que *debería* ayudar. Lo que quiero es terminar con esto de una vez.

—Ya es algo. —Albert no lo dijo con segundas. Como siempre, estaba siendo completamente sincero. Eso no conseguía más que hacerle más insoportable.

Después de cenar, Sands se sorprendió a sí mismo ofreciéndose a acompañar a Albert al hogar de los Kilby. Era evidente que ése era el destino de Tinsley. Llevaba auestas una mochila llena de bebidas nutritivas. Puesto que conectar un gotero quedaba descartado, supuso que ésa era la única manera de evitar que la difunta Sra. Kilby matara de hambre a su marido.

Pensar en la propuesta puso en marcha la cabeza de Sands. Se sentía incómodo cada vez que pensaba en los Kilby, o en Gerry Stafford, o en el merodeador, en términos tan naturales. Se negaba a convencerse de que todo aquello era *normal*. Quizá fuera *real*, mal que le pesara, pero lo que estaba claro era que no tenía nada de normal. Pensó que ése probablemente sería el último adiós a su cordura, si empezaba a plantearse su relación con los muertos como algo rutinario: Ir al supermercado; recoger la ropa de la lavandería; repostar gasolina; dar de comer al viejo muerto del final de la puerta de al lado...

Aun así se había ofrecido voluntario para acompañar a Albert. Mientras los dos se abrigaban, Sands pensó que sabía por qué iba a ir. Era una remuneración, una recompensa a la amistad de Albert por haberle ayudado. En cierto modo, era más bien una redención. Sands igualaría su generosidad, y borrón y cuenta nueva. No le debería nada; estaba comprando su libertad. Todavía estaba en deuda con Julia. Lo que fuera que había hecho, como quiera que lo hiciese, él volvía a estar de una pieza. Ni siquiera le había quedado cicatriz después de los ciento veintiocho puntos. Increíble. Pero Sands se sentía tan resentido como agradecido. Sólo era cuestión de tiempo, estaba seguro, hasta que Julia, y tal vez también Albert, pese a su actitud altruista, le exigieran algo a cambio. Lo mejor sería no morderse la lengua.

—¿Está Julia con tus otros amigos? —preguntó Sands en cuanto salieron por la puerta, con Albert llevando la mochila de nutrientes.

—Sí. Oh, eso me recuerda una cosa. Julia se dejó unas cuantas cosas aquí. ¿Has visto un frasco por alguna parte? Creo que era plateado.

—¿Un frasco? —Pasaron junto al coche—. No. No he visto ninguno. —Rechinó los dientes interiormente. Estaba mintiendo a Albert después de todo lo que había hecho Tinsley por él, pero tampoco es que Sands pensara quedarse con el frasco para siempre. Lo limpiaría y volvería a dejarlo en algún rincón de la casa. Su bochorno por haber cogido el frasco sin preguntar pesaba más que su sentimiento de culpa por haber mentido, así que continuaron caminando en silencio.

La puerta delantera de los Kilby volvía a estar atascada. Dado que Albert tenía las manos ocupadas, Sands la abrió a la fuerza. Escuchó el mismo crujido de lo que ahora sabía que era la pátina de hielo que mantenía la puerta cerrada. Vio el fulgor reflejado en una pared interior. Olió el penetrante y seco perfume del frío sobrenatural, al mismo tiempo que volvía a congelársele la nariz.

—¿Se aguanta así el frío en verano?

—No lo sé. Cuando los descubrí ya estábamos en invierno.

—Pero si murió hace dos años. ¿Qué... se fue a dar una vuelta antes de volver para poseer a su marido?

—No sé lo que ocurre después de la muerte, Douglas. Tal vez el mundo de los espíritus no se rija según nuestro calendario.

«*El mundo de los espíritus* —pensó Sands—. *Menuda paparruchada. Los muertos están muertos. O al menos deberían estarlo*». Pero sabía que no podía ignorar lo que había visto en esta casa. Ni la mano que se había apoyado en su brazo en su propio hogar. Adam había fallecido hacía *diez* años.

—Acabemos con esto.

Davis Kilby, vestido con la misma camiseta de tirantes y los calzoncillos de la vez anterior, estaba sentado en una de las sillas de la cocina. Sands se sorprendió al ver que la silla se había movido; todas ellas habían parecido firmemente congeladas al suelo en su última visita. La silla estaba cerca del frigorífico abierto. El Sr. Kilby observaba fijamente la diminuta bombilla que no debería estar encendida. Proyectaba una larga sombra que cruzaba la cocina. No se volvió para mirar a Sands y a Albert.

Pero la Sra. Kilby sí.

El efecto era desconcertante. El rostro del anciano permanecía encarado hacia la nevera abierta (era un modelo anticuado, una antigualla, con la cima redondeada y una sola puerta que, abierta, revelaba tanto el interior del frigorífico como el del congelador. Éste hacía años que pedía a gritos que lo descongelaran; el frigorífico propiamente dicho, tal vez la única superficie de la casa, estaba completamente libre de hielo). En el costado de la cabeza del Sr. Kilby, la cara de su esposa muerta se hizo aparente, sus rasgos deformaban la superficie del cráneo de su marido, como una rata que correteara debajo de una alfombra.

—No era ninguna borracha —dijeron al unísono las voces superpuestas del señor y la Sra. Kilby. Ambas bocas se movieron. Las palabras reverberaron en las paredes y el techo de la cueva de hielo. Davis seguía sin mirar a los intrusos que habían entrado en su hogar, pero Amelia tenía los ojos clavados en ellos.

—¿A qué viene tanto frío, Amelia?

—Ten cuidado, Douglas —advirtió Albert, pero no parecía inclinado a interferir. En vez de eso, abrió a la fuerza la puerta del sótano. Sacó una linterna del bolsillo de su abrigo y alumbró las escaleras.

—¿Por qué tanto frío? —volvió a preguntar Sands.

La boca de la Sra. Kilby se movió, pero ni ella ni su marido dijeron nada. Conforme su torva mirada traspasaba a Sands, continuó moviendo la mandíbula, como si estuviera masticando un trozo de bistec correoso. El Sr. Kilby se giró despacio en su silla. El rostro de Amelia fluyó bajo su piel, hasta que ambas caras se volvieron casi indistinguibles. En ningún momento apartó los ojos de Sands. Fue la

voz del Sr. Kilby, Sands no supo si por voluntad propia o no, la que dijo:

—Hace calor ahí abajo.

Sands se volvió para mirar a Albert, que seguía alumbrando las escaleras del sótano. De algún modo, no obstante, Sands tenía la impresión de que el *ahí abajo* en cuestión no era el sótano.

Albert dejó la mochila de nutrientes, menos una lata, en el escalón superior y cerró la puerta del sótano. Posó la lata encima de la mesa. Casi al instante, una fina película de hielo se extendió por la mesa hasta cubrir el envase, envolviéndolo por completo. Albert contempló la lata, perplejo.

—No sé si me apetece sentarme y quedarme un rato —murmuró Sands.

—Amelia —dijo Albert, con calma—, Davis tiene que comer. Estoy intentando ayudarle. Sé que quieres a tu esposo. ¿Recuerdas los años que pasaste con él?

El rostro del Sr. Kilby —o puede que fuese el de la Sra. Kilby— se retorció de repente, sin dejar de mover la mandíbula, pero ahora más ferozmente. La cabeza del Sr. Kilby se giró muy despacio, encarándose de nuevo con el frigorífico, pero el semblante deslizante de Amelia se retorció y siseó de angustia.

—No era ninguna borracha —recitó el Sr. Kilby, en tono tranquilo, aunque con una pizca de hostilidad.

—¡Sí que lo era! —exclamó Sands—. La pillaron bebiendo en el trabajo más de una vez.

Los ojos de Amelia se desorbitaron de rabia. El aire se llenó de insultos guturales. El Sr. Kilby, sin dejar de observar plácidamente el interior del frigorífico, se dirigió a ellos:

—El equipo no era seguro.

Albert apoyó una mano en el hombro de Sands.

—Douglas, no sé si...

—*Estaba* borracha. Tenía tres amonestaciones en su historial por beber en el trabajo, ¡y estaba borracha el día que perdió la mano! ¿No es así, Amelia?

El Sr. Kilby apretó los puños. Amelia abrió la boca en un grito animal y silencioso... y el mundo se volvió loco. El techo se derrumbó. Fragmentos de cristal —no, *hielo*— cayeron sobre Sands y Tinsley. Luego les golpeó todo el peso. No todo el peso del techo, según pudieron comprobar. El techo no se había desplomado... sólo las capas de hielo que lo cubrían. *Sólo*.

Sands se encontró en el suelo, con la vista empañada a causa de la sangre. Albert estaba a su lado, igual de aturdido. Era como si alguien les hubiera tirado encima una enorme vidriera, tal era la solidez del hielo. Salieron de la cocina arrastrándose, perseguidos infatigablemente por las maldiciones de Amelia. El Sr. Kilby no parecía afectado por el hundimiento. Volvía a estar sentado plácidamente, contemplando el interior del frigorífico, mientras su difunta esposa despotricaba.

Albert y Douglas aceleraron el paso, con los guantes y las rodillas de sus pantalones pegándose al suelo incrustado de hielo. No se pusieron de pie hasta que hubieron llegado al porche; no hablaron mientras regresaban a la casa de Tinsley. Albert también tenía unos cuantos cortes y magulladuras, pero no sangraba tanto como Douglas por encima del ojo derecho.

—Me parece que no ha sido buena idea —dijo Albert en voz baja cuando llegaron a su hogar. Sands guardó silencio.

Capítulo veintisiete

Se suponía que Sands tenía que encontrarse con Mike Grogan en el Club de Tenis de Iron Rapids a las 9:00 AM. A las 8:45 AM, Sands entró en el aparcamiento de la planta de Grogan. Antes de salir de la casa de Tinsley, Sands había telefoneado al Club de Tenis y había dejado el mensaje de que se retrasaría algunos minutos. «Dígales al Sr. Grogan que puede empezar a calentar sin mí, porque lo va a necesitar», había dicho Sands al joven que respondió al teléfono. Sands *no* quería que Mike llamara a *su* ayudanta ejecutiva, Melissa, para ver si Sands había llamado para cancelar el partido... no mientras Sands estuviera en el despacho de Mike.

«*Esto es una locura* —pensó Sands mientras salía del coche—, *aunque eso tampoco es ninguna novedad*».

—Sr. Sands —dijo Melissa cuando Sands entró en su oficina—, ¿qué demonios le ha ocurrido?

—¿Cómo? Oh. —Sands levantó la mano y tocó con cuidado la venda que le cubría el ojo derecho. Bajo el vendaje exterior, dos vendajes cruzados parecían haber surtido efecto... o al menos él esperaba que así fuera. El corte había sangrado, sin parar, durante casi toda la noche, pero Sands se había examinado en el retrovisor antes de salir del coche: la tela seguía estando blanca, no empapada de sangre. Albert le había aconsejado que acudiera al hospital, pero Sands se había temido que la sala de urgencias, de noche, fuera mucho peor, mucho más inquietante, que la cafetería de la empresa esa tarde—. Es una historia muy larga, Melissa, y no te la creerías.

La joven sonrió, pero enseguida adoptó una expresión de perplejidad.

—¿No iban a jugar al tenis esta mañana usted y Mike? —Pasó una página de su calendario de mesa.

—Sí. Voy camino de la pista en cuestión de un minuto. He llamado para hacerle saber que llegaré un poco tarde. Oye, esta mañana me he dado cuenta de que tengo que recoger unas carpetas para contrastar cifras con la queja de un obrero. ¿Puedes indicarme el cajón? Se trata de una antigua empleada. El incidente ocurrió hará cosa de un par de años.

—Dos años. Debería estar en el despacho de Mike. Se lo mostraré. —Le condujo a la oficina de Grogan—. Es este archivador. Veamos, hace dos años sería... este cajón. ¿Quiere que lo busque?

—No, ya lo encontraré yo. No quiero robarte tu tiempo.

—De acuerdo, pero avíseme si tiene algún problema. —Emprendió el camino de regreso a su escritorio.

—Eso haré. Oh... Melissa. También me hacen falta unas recomendaciones de la Administración de Sanidad y unos informes de actualización de la seguridad, para confirmar unos números...

—En el archivador de arriba. ¿De la misma época?

—Exacto. Y para ser más exactos...

—El segundo cajón empezando por abajo.

—Gracias. —Sands encontró lo que necesitaba tras un cuarto de hora de búsqueda. El teléfono sonó cuatro veces durante ese período. En cada una de las ocasiones, estuvo convencido de que sería Mike, que se habría figurado lo que pretendía. Sands no tenía ninguna intención de jugar al tenis con Grogan; había que registrar unas carpetas y reunirse con Marcus Jubal. Afortunadamente, todas las llamadas eran aparentemente de rutina, y Melissa las despachó sin mayores complicaciones. Estaba hablando por teléfono cuando se fue Sands. Le guiñó un ojo y le dio las gracias en voz baja, camino de la puerta.

Capítulo veintiocho

—Échale un vistazo a esto —dijo Sands, soltando el montón de fotocopias encima de la mesa de Albert.

—¿Qué es? —preguntó Tinsley, pero cuando hubo ojeado un par de páginas, comenzó a imaginárselo—. Esto es de lo que hablaba Davis anoche.

—Correcto. Davis... o Amelia, da igual.

—A veces cuesta distinguirlos. —Albert leyó por encima unas cuantas páginas más—. Pero esto no demuestra que no estuviera bebiendo.

—Correcto también —convino Sands, que se sentía bastante complacido consigo mismo llegados a ese punto—. Lo mismo podría haber estado trompa perdida. No me sorprendería que eso hubiera contribuido al accidente. Pero lo que sí demuestra —Sands alargó el brazo y tanteó los informes fotocopiados—, es que los de la administración mencionaron las instalaciones de Grogan por violar la seguridad. Aquí está. —Pasó varias páginas y señaló el documento relevante—. Eso ocurrió hace cuatro años. Es algo serio, pero puede pasar. Lo que no suele pasar, sin embargo, o *no debería*, es esto...

Sands pasó algunas páginas más.

Albert entornó los ojos mientras leía, acentuando sus patas de gallo. Se rascó la barba.

—La carta de Mike informando a la administración de que se habían tomado las medidas oportunas... entre ellas la implantación de equipo de seguridad.

—Exacto, sólo que... —Sands rebuscó entre los papeles hasta encontrar el que quería—. Mira esto.

—Una factura. No lo entiendo. Es de...

Impaciente, Sands sacó la hoja anterior, la carta de Grogan, y la colocó al lado de la factura.

—Es del equipo de seguridad que menciona en la carta a la administración.

Albert se reclinó en la silla.

—Entonces, ¿cuál es el problema? No veo...

—Mira la fecha de la factura, Albert.

Tinsley volvió a inclinarse lentamente sobre su escritorio.

—Más de dos años después de que redactara la carta.

—*Después* de la carta. *Después* del accidente de Amelia Kilby.

—¿Mintió a la administración? Pero si sólo tenían que pasarse por allí para darse cuenta.

—Acuérdate de Newt Gingrich y de la Revolución Republicana. Estaban recortando fondos y agencias federales más deprisa de lo que tú puedes decir «Contrato Con América». La administración no tenía bastantes inspectores para

visitar todas las fábricas a la vez, mucho menos para indagar algo que les habían garantizado que ya había sido corregido.

—¿Pero por qué?

—La respuesta es evidente si echas un vistazo a esto... —Sands extendió varias páginas más encima de la factura y la carta de Grogan—. Nosotros también estábamos sufriendo reajustes económicos. Mike se había pasado del presupuesto. No sabía de dónde sacar la pasta para actualizar la seguridad, así que lo dejó a un lado y les dijo a los de la administración lo que querían oír.

Albert lo comprendió.

—Pero Amelia Kilby, posiblemente achispada, se pilló la mano con la maquinaria antes de que Grogan tuviera tiempo de arreglar el problema. —Examinó los documentos por segunda vez, ante la atenta mirada de Sands—. Yo diría que has pescado algo gordo. ¿Y ahora qué?

—¿Qué quieres decir con «ahora qué»?

—Quiero decir que qué vas a hacer con todo esto. —Albert levantó el montón de fotocopias de su despacho.

—Ya lo he hecho, Albert. Me reuní con Marcus Jubal y le di fotocopias de todo.

—¿Se lo diste a Marcus?

—Aja. En principio, la entrevista no iba por ahí. Me leyó la cartilla por lo de Melanie, supongo que era su deber. No es que ella me haya denunciado por acoso sexual, pero Jubal tiene que cubrirse las espaldas. Así que me amonestó oficialmente, lo que me habría dolido si yo tuviera intención de solicitar un ascenso en los próximos diez o quince años, lo cual no es el caso. Pero sí que estaba cabreado. Supongo que es porque conoce a Faye.

Albert no parecía prestar demasiada atención a las palabras de Sands. Tinsley meneó la cabeza con apremio.

—Pero ¿le diste una copia de estos documentos? ¿Le constaste todo lo que me has contado a mí?

—Bueno, desconoce el paradero *actual* de Amelia Kilby. No le he comentado el hecho de que ha... —Sands hizo una pausa, cambió su voz a un susurro—, *regresado de la tumba*.

—No es Amelia Kilby la que me preocupa en estos momentos —repuso Albert, comenzando a enfadarse—. ¿Qué pasa con Mike Grogan?

—¿Qué pasa con él?

—¡Acabas de hundir su carrera!

—Ah, no. No me eches la culpa de eso. Mike se lo buscó. Tacañeando con el equipo de seguridad y mintiendo a la administración. Lo que pasa es que ha tardado un poco en descubrirse el pastel.

—Pensaba que erais amigos —dijo Albert, incrédulo.

—Albert, ha incumplido la ley. Una persona ha muerto por su culpa. Dos personas, tal vez, como no consigas que Davis Kilby empiece a comer. —Sands no podía creerse que Albert estuviera echándole la bronca por eso. «¡Intento ayudarle con el problema de los Kilby, y mira cómo me lo agradece!».

—Supongo que yo no lo veo en términos de blanco y negro.

—Creía... demonios, no sé. Creía que, a lo mejor, si se resolvía este enredo la Sra. Kilby se... ya sabes... se iría. —Sands se encogió de hombros. No había establecido esa conexión antes, ni siquiera en su cabeza, y ahora que lo expresaba en voz alta, sonaba estúpido—. A ver, ¿tú no te cabrearías si un bastardo usurero preocupado por su presupuesto tuviera la culpa de tu muerte?

—¡A lo mejor me cabreaba por haberme dejado la vida en el fondo de una botella! —espetó Albert—. ¿Puedes resolver eso? ¿Puedes cambiar el pasado? —Con el repentino arrebató, gran parte de su ira pareció evaporarse. Se hundió en su silla acolchada; parecía muy cansado—. A lo mejor tienes razón, pero no apostaré la carrera de Grogan por ello.

—¿Qué habrías hecho tú? —Era una acusación, tanto como una pregunta. Quizá Albert hubiera dado rienda suelta a su ira, pero Sands seguía enfadado.

—Me habría enfrentado a Grogan —dijo Albert, con un suspiro—. Supongo que habría intentado reunir pruebas, como tú, por si él se negaba a confesar. Pero le habría dado esa oportunidad. Tal vez él hubiera intentado expiar su culpa. Por lo menos, si hubiera sido él el que hubiera llamado la atención de la empresa al respecto...

—Le habrían despedido de todos modos, Albert.

—Probablemente. Pero podría haber conservado un poco de dignidad. La dignidad humana es importante, Douglas.

—Tuvo la culpa de la muerte de Amelia Kilby —enfaticó Sands—. ¿Qué dignidad hay en eso? Esto es justicia.

—¿Eso es lo que has decidido? ¿Tú sólo, Douglas? —preguntó Albert, animándose de nuevo—. Dime, ¿dónde encaja tu sentido de la justicia en acostarse con una cría de veintipocos? ¿Compensa tu *reprimenda oficial* lo que has hecho pasar a Faye? ¿Borrón y cuenta nueva?

—¡Eres un hijo de...!

—Ser capaces de ver lo que los demás no pueden ver no nos vuelve más *sabios* que ellos. Rechazas toda responsabilidad por tu don, ¿y ahora te crees que te otorga el derecho a erigirte en juez de los demás? Ni siquiera puedes llevar las riendas de tu propia vida. ¿Por qué ibas gobernar la de los demás? ¿Por qué, Douglas? ¿Por qué?

Sands retrocedió un paso, como si Albert le hubiera abofeteado. «¿Quién eres tú para juzgarme?». Las palabras del merodeador resonaron en los oídos de Sands. Escuchó el chirrido de los dientes como cuchillas.

—No tengo por qué aguantar esto. —Levantó las manos en actitud de rendirse—. Ni hablar. Para esto volvería con Faye.

—Será mejor que lo aguantes —gritó Albert a la espalda de Sands cuando éste salió y cerró la puerta de la oficina a su paso.

Capítulo veintinueve

Sands no regresó directamente a casa de Tinsley después del trabajo, sino que dio un rodeo para detenerse frente a la tienda de licores. El coche de Albert ya estaba en la curva cuando Sands llegó por fin a casa. El crepúsculo anunciaba con su breve visita la inminencia del dominio de la oscuridad sobre la ciudad techada de nubes. Para sorpresa de Sands, Albert no estaba en casa. «*¿En la tienda?*», pensó Douglas. Pero Tinsley solía hacer casi todas las compras en fin de semana. «*A lo mejor no soportaba la idea de verme*». Sands sopesó esa ocurrencia. Seguía sin comprender la vehemencia de la reacción de Albert. Sí, era una tragedia que Mike la hubiera cagado, y que ahora fuera a quedarse sin trabajo, pero él mismo se lo había buscado. «*¡Estaba amañando las cuentas y consiguió que muriera una persona, por el amor de Dios!*». Sands seguía opinando que lo que había hecho estaba plenamente justificado... lo que no quería decir que hubiera respondido a las furiosas llamadas de Mike. Eso no.

Se asomó a la habitación de Albert. Nadie. La casa era lo bastante pequeña como para que Douglas no pudiera haber pasado por alto la presencia de su anfitrión. Convencido de que estaba solo, Sands corrió de regreso a su coche y sacó el frasco plateado de debajo del asiento del conductor. De nuevo en el interior, dio un trago de güisqui —el familiar fuego líquido cosquilleó en su estómago— y luego vertió el resto en una botella casi vacía que tenía junto a su cama. El proceso en sí no podía ser más sencillo, pero tenía prisa, quería acabar antes de que Albert regresara de dondequiera que estuviese. Varios regueros de güisqui se derramaron por el costado de la botella, pero en ese momento lo más importante era el frasco. Sands lo aclaró con agua caliente hasta que dejó de oler a güisqui, lo llenó parcialmente de agua, como lo había encontrado, y volvió a guardarlo en el armario del cuarto de invitados, debajo de unos cuantos trastos, para que resultara *concebible* que Albert y Julia lo hubieran pasado por alto si es que era cierto que habían estado buscándolo.

A continuación, se quitó la ropa de trabajo, encendió el televisor, y esperó. Mientras se sucedían los informativos locales, se preguntó si tal vez había llegado la hora de pensar adónde ir. No en un sentido global y existencial —todavía no estaba dispuesto a sopesar esa opción— sino en dónde *vivir*. Quedarse con Albert un par de semanas había resultado bastante conveniente... «*Vale, como caído del cielo*», admitió para sus adentros a regañadientes. Lo mismo podría haber terminado internado en un manicomio o muerto si no se hubiera encontrado con Albert en la panadería aquella mañana de Navidad. «*Pero ahora vuelvo a tenerlas cosas bajo control* —decidió—. *Más o menos*». Y parecía que a Tinsley se le había acabado la paciencia... algo que Sands nunca hubiera sospechado que vería. Era hora de ponerse en marcha. «*O puede que antes deba intentar ocuparme del merodeador*». Sands se había acostumbrado con el paso de los años a una vida de tranquila y permanente

frustración, pero nunca antes de las últimas semanas se había enfrentado a una incertidumbre igual.

Al término del telediario local, cambió el canal a la PBS. Gracias a Albert, se había acostumbrado a ver la *Hora de las Noticias, con Jim Lehrer*. Peter Jennings y Tom Brokaw, con su cobista omnisciencia, habían dejado de cortar el bacalao. No hubo pasado mucho tiempo, no obstante, cuando Sands se levantó del sofá y se asomó a la ventana principal. El coche de Albert seguía aparcado delante de la casa; Sands no lo había soñado. Pero ni rastro de Albert. «*Apuesto a que está intentando arreglar las cosas con Amelia y Davis*», pensó Sands. Su enfrentamiento con la Sra. Kilby la noche anterior no había sido demasiado productivo.

—¿Quién hubiera imaginado que los muertos eran tan susceptibles? —se dijo. «*Tal vez Albert, si te hubieras molestado en preguntar*», pensó, pero se limitó a encogerse de hombros, sin expresar en voz alta esa idea.

Para cuando hubo terminado la *Hora de las Noticias*, Sands empezaba a preocuparse. Comenzaba a albergar la certeza de que Albert había acudido a casa de los Kilby. Si hubiese ido a cualquier otro sitio, se habría llevado el coche. ¿Habría salido a dar un largo paseo, sin ningún destino en mente? Quizá. Pero el creciente agobio de Sands no le permitía tranquilizarse. Apuró otro vaso de güisqui, se calzó las botas, y se abrigó para protegerse del frío.

La casa de los Kilby estaba a unos diez minutos andando. Sands ya se sentía más cómodo paseando por las calles de las Islas. La pobreza general de la zona, notable y persistente, había dejado de resultarle extraña. En cuestión de un par de semanas, la escena había perdido su capacidad para impactarle. La familiaridad embotaba su reacción ante las míseras condiciones de vida. En su cabeza, la gente que vivía aquí pertenecía a una raza distinta, aunque fueran de la misma especie, igual que los vecinos de Melanie en el proyecto de viviendas privatizadas. «*¿Por qué demonios querrá nadie vivir aquí?*», se preguntó. Sobre todo Albert. Al menos Melanie tenía una razón económica para relacionarse con esta clase de gente. «*¿Qué demonios hago yo aquí?*», fue lo siguiente que se preguntó. «*Puedo permitirme algo mejor*». Tal vez hubiera llegado la hora de mudarse. Más que tal vez. Mientras recorría las calles alfombradas de nieve, decidió que apremiaría a Albert con respecto al asunto del merodeador, y luego se iría pitando.

En el hogar de los Kilby no se apreciaban indicios de que Albert hubiera pasado por allí. Las huellas del estrecho y pisoteado sendero que comunicaba con el porche podrían haber sido de esa noche, o de la anterior, o de la semana pasada... Sands abrió la puerta a la fuerza y fue recibido casi al instante por el frío aire del interior. La visita de anoche, al menos inicialmente, no había ido tan mal. Sabiendo lo que podía esperar, Sands había asumido enseguida las imposibles condiciones, de la casa: las paredes cubiertas de hielo; la fulgurante luz de la bombilla inerte del frigorífico; la

mujer muerta que poseía el cuerpo de su marido. Esa noche, sin embargo, en ausencia de Albert —y al contrario que el vecindario circundante, cada vez más familiar— la casa parecía *otra* completamente distinta. Antinatural, ominosa, imposible.

El intenso frío del interior bloqueaba la entrada como una pared sólida... o quizá como una superficie vertical de agua.

Sands sintió la resistencia cuando traspasó el umbral. Su pie levantado parecía ralentizarse cuando avanzaba; el frío era palpable, substancial, dificultaba sus movimientos. El insidioso frío penetraba la ropa de Sands, su cuerpo, sin dejar una sola parte de él intacta. Se imaginó hundiéndose en la oscuridad de un lago en calma y sin fondo. Vio su reflejo en una pared recubierta de hielo, y se le cortó la respiración. Por un instante, el hielo fue la superficie congelada del lago, y él estaba atrapado *debajo*.

Le entró el pánico. Nadó hasta el hielo y lo arañó, lo golpeó, pero la fuerza de sus puñetazos quedaba atenuada por la resistencia del agua. No tenía dónde apoyarse. Cada vez que golpeaba el hielo, se impulsaba lejos de él. Le ardían los pulmones.

Y luego todo terminó. El hielo seguía ahí, y el frío. Pero no sentía resistencia alguna contra su cuerpo. Boqueando, inhaló el aire gélido. Le cortaba la garganta, pero podía respirar. Se apoyó en la pared de hielo. Respirando. Gradualmente, más despacio. El pulso martilleaba en sus sienes. Respirar. Lenta y profundamente. El frío aserrado lascaba toda sensibilidad de sus labios. La humedad cristalizaba en su lengua. Pero podía respirar.

—¿Albert? —Sands pensó por un momento que el revestimiento de su garganta iba a agrietarse y romperse en pedazos. Sentía la lengua hinchada y letárgica. El sonido de su propia voz apenas llegaba a sus oídos; no se transmitía al interior de la casa.

Cruzó el vestíbulo lateral. Hacia la cocina. Pero se encontró caminando en la dirección equivocada. La cocina estaba en el otro sentido. ¿Por qué estaba tan desorientado esta noche, por qué vacilaba? Hundió las manos en los bolsillos y apretó los brazos firmemente contra el cuerpo. Era el frío, estaba seguro, lo que le provocaba escalofríos.

El Sr. Kilby, una vez más, estaba en la cocina. Sentado en la misma silla, contemplando el frigorífico abierto, de espaldas a Sands.

—Hola, Davis —saludó Sands, intentando sonar natural, pero sus cuerdas vocales se resentían del frío, y de nuevo la cueva de hielo se tragó su voz casi por completo. Albert no estaba en la cocina—. Hola, Davis —intentó de nuevo, con un poco más de éxito pero sin provocar la mínima reacción. El Sr. Kilby no se apartó del frigorífico, del deslustrado interior blanco y la bombilla rutilante. El semblante de la Sra. Kilby no fluctuaba bajo la piel de su esposo. Sands contemplaba una naturaleza muerta ártica de la que no formaba parte. Se acercó al lado del anciano. El aliento del Sr.

Kilby emanaba en penachos gemelos de sus fosas nasales, como si de un dragón dormido se tratara.

Sands reparó en la lata de bebida nutritiva encima de la mesa, el cilindro de aluminio congelado en el sitio, pero no de pie como lo dejara Albert la noche anterior. El derrumbamiento podría haberla volcado —Sands no se había parado a mirar en aquel momento— pero eso no explicaba los numerosos agujeros que presentaba la lata, el charco de hielo chocolateado que la rodeaba.

Sands se acercó aún más al anciano, al frigorífico.

—¿Davis? —Silencio—. ¿Amelia? El hombre que fue responsable de tu accidente ha sido denunciado. —Silencio. Ahora, a pesar del frío opresivo, Sands se percató de un extraño sonido... y del cuchillo.

El Sr. Kilby, en la mano izquierda, empuñaba un cuchillo de cocina, que movía adelante y atrás, despacio, metódicamente, contra su antebrazo. El ruido que oyera Sands pertenecía al rechinar de la hoja contra los huesos del brazo del Sr. Kilby. Teniendo en cuenta la profundidad a la que había serrado el anciano, no parecía que hubiera demasiada sangre. Cada pocos segundos, un espumoso pus rojo semicoagulado manaba de la fisura, como si el frío preternatural hubiera afectado con su magia negra a la sangre del Sr. Kilby.

Sands se apartó. Inhaló una bocanada de pútrido invierno y contuvo el aliento. Parecía que el Sr. Kilby todavía no hubiera reparado en la presencia de su visitante. El anciano continuaba moviendo el cuchillo hacia delante y atrás, serrándose el brazo, penetrando en el hueso, vertiendo su sangre vital en su regazo, en el suelo.

¿Era esto obra de la Sra. Kilby?, se preguntó Sands, ¿o se habría vuelto loco de remate el Sr. Kilby? En ese preciso momento, un breve destello le llamó la atención. Con cuidado de no ignorar por completo al Sr. Kilby, Sands se volvió hacia la luz, pero ya había desaparecido. No consiguió determinar su origen. Allí no había nada más que la mesa escarchada con su charco helado de nutrientes —supuso entonces que los agujeros de la lata obedecían a diversas puñaladas— y la puerta del sótano, abierta una rendija...

Allí. La luz volvió a centellear. Detrás de la puerta. En el sótano. ¿*Albert*? Sands no lo llamó en voz alta. Le parecía que cualquier palabra que pronunciara podría despertar al perturbado Sr. Kilby. Pero si era Albert el que estaba en el sótano, debía de estar herido; debía de haberse caído... o haber sido apuñalado.

Pero Sands no tenía ninguna intención de aventurarse escaleras abajo y dejar al Sr. Kilby con su cuchillo allí arriba. La idea de que Albert pudiera estar herido, tal vez desangrándose hasta la muerte, galvanizó a Sands. Avanzó con decisión hacia el Sr. Kilby, sin apresurarse, pero observando atentamente el cuchillo y moviéndose con velocidad calculada. Estiró el brazo y agarró la muñeca izquierda del anciano, deteniendo el movimiento mecánico. Con la otra mano, cogió el cuchillo.

El Sr. Kilby no ofreció resistencia. A decir verdad, no pareció darse cuenta de que Sands le había arrebatado el cuchillo. El anciano siguió sentado inmóvil, contemplando el frigorífico, con las manos sobre el regazo, vertiendo un hilacho espumoso y sanguinolento cada pocos segundos. Sands encontró enseguida un paño de cocina rígido y congelado. Lo sacudió con fuerza, desprendiendo una lluvia de cristales de hielo. Dobló el trapo y lo presionó contra la herida del Sr. Kilby. Sands cogió la mano izquierda de Kilby, la que había sujetado el cuchillo, y la colocó encima del paño. El anciano seguía sin reaccionar. Mantuvo la mano donde la dejó Sands, pero no ejerció ninguna presión apreciable sobre el trapo.

Sands corrió hasta la puerta del sótano y la abrió.

—¿Albert?

El haz de luz le acertó en los ojos, pero siguió moviéndose. El oscilante rayo de luz procedía del fondo de las escaleras; vagaba de un lado a otro bañando la pared, el techo, a Sands, el techo, la pared...

—¿Albert?

La mochila repleta de bebidas nutritivas, menos una lata, descansaba en el escalón superior, vagamente reconocible bajo un abrigo blanco de nieve. Sands volvió a mirar al Sr. Kilby; el anciano observaba el frigorífico, sosteniendo apáticamente el trapo de cocina sobre su brazo severamente mutilado. Sands comenzó a bajar los escalones. Seguía empuñando el cuchillo —no tenía ninguna intención de dejárselo a Kilby, *ni* a los Kilby— por lo que extremó las precauciones para no resbalar en los traicioneros peldaños helados.

Cerca de la cima, Sands se sobresaltó al sentir una gota de agua que se estrelló contra su cara. Enjugó la humedad, y en ese preciso momento, reparó en el sonido del agua goteando, el apagado *bloop... bloop* del agua al chocar contra el agua, pero había cientos de gotas cayendo. El sonido de una suave tormenta de verano le dio la bienvenida desde el sótano. Cuando la luz trazó su lánguido arco, vio que el agua corría por las paredes a ambos lados de la escalera. Seguía habiendo hielo —en los muros, en el techo inclinado, en los propios escalones— pero se estaba derritiendo.

Cayeron más gotas sobre su cabeza, sobre sus hombros y espalda cuando se encorvó. «*Hace calor ahí abajo*». Ésas habían sido las palabras que brotaran de la boca de la Sra. Kilby la noche anterior. No *hacía* calor, no que Sands pudiera sentir, pero el hielo se derretía.

Douglas continuó su descenso. Más cerca del fondo, comprobó que la fuente de luz era una linterna.

—¿Albert? —llamó de nuevo. *Era* la linterna de Albert, vio Sands, pero no era la mano de Albert la que dirigía el haz; ninguna mano empuñaba la linterna.

El sótano estaba inundado. Los cientos y miles de gotas y regueros se acumulaban en un estanque en el lóbrego sótano de paredes de tierra. Sands no podía calcular la

profundidad; no podía ver el fondo. ¿Hasta la rodilla? Tal vez más. El cegador fulgor de la linterna oscilante no permitía que los ojos de Sands se acostumbraran a la oscuridad, total por lo demás. La linterna, la linterna de Albert, era evidentemente resistente al agua. Debido a la distribución del peso, el mango estaba sumergido bajo la flotante cabeza de cristal que alojaba la bombilla. Las fétidas aguas, no obstante, parecían demasiado tranquilas, demasiado inmóviles, como para ser las responsables de los giros que describiera el haz de luz segundos antes.

Sands se detuvo en el escalón más bajo que sobresalía del agua. Se acuclilló y soltó el cuchillo, pero no pudo alcanzar la linterna, por lo que se quitó un guante y, a regañadientes, hundió la mano en el estanque semisalado. Por medio de movimientos con la mano, intentó crear una corriente y atraer la linterna hacia sí.

El agua arrebató a sus dedos el escaso calor que conservaban. La linterna comenzó, lentamente, a flotar hacia él, y a la luz oscilante, vio varias siluetas que se alejaban. Le sobresaltaron tanto como el agua que le había salpicado la cara, y hubo de apoyar la otra mano para conservar el equilibrio. Vio que eran ratas. Todas ellas tan grandes como un gato pequeño. Sumergiéndose en el agua y huyendo de la linterna que debía de haber llamado su atención. «*Eso explicaría el balanceo*», pensó Sands. Las vigiló atentamente mientras continuaba atrayendo la luz hacia sí; no *pensaba* que las ratas pudieran morderle los dedos, pero claro, sus expectativas de lo que era y no era posible hacía semanas que no demostraban ser particularmente fiables.

Por fin sus dedos rozaron la linterna. Tuvo cuidado de no alejarla de un golpe. La tenía. La giró para buscar más ratas escondidas en las cenagosas aguas... Y vio a Albert. Flotando de espaldas. Con la boca entreabierta, el agua del sótano entraba y salía de ella al compás de su balanceo. Una rata, encaramada a su pierna, mordisqueaba lo que debería haber sido su mano derecha y ahora no era más un muñón mutilado. Su abrigo estaba extendido en el agua, contribuyendo a mantenerlo a flote. También su pecho estaba abierto, hendido por un enorme tajo ensangrentado. Los ojos de Albert contemplaban fijamente el techo y eran ajenos al agua que goteaba sobre ellos constantemente.

Sands sintió que le dominaban las arcadas, pero en ese momento escuchó las pesadas y rápidas pisadas que bajaban por la escalera. Instintivamente, apuntó la linterna en esa dirección. El Sr. Kilby aulló cuando la luz bañó su rostro. También la Sra. Kilby estaba allí, con las fauces —superpuestas a la boca abierta de su marido— royendo y desgarrando carne. La luz se reflejó en la hoja de un hacha que descendía. Sands levantó el brazo para bloquear el golpe.

El asa del hacha, justo por debajo de la hoja, se estrelló contra su antebrazo y se rompió... al igual que su brazo. La hoja rebotó en la pared en lugar de partirle el cráneo por la mitad. El Sr. Kilby continuaba cargando. Se abalanzó sobre Sands y

ambos cayeron al agua.

El frío arrebató el aliento a Sands. Se atragantó con la mezcla de agua, sedimentos y sangre. Se debatió debajo del Sr. Kilby. Las manos del anciano rodearon la garganta de Sands y le empujaron hacia el fondo, denegándole el aire. Su nuca chocó con el suelo del sótano... ¿a qué distancia de la superficie? Una luz distante oscilaba y parpadeaba. A pesar del frío y del atronador martilleo de sus oídos, Sands podía oír los gritos del Sr. Kilby. El alarido de la Sra. Kilby alcanzaba un crescendo con cada renovado apretón de los dedos de su marido alrededor del cuello de Sands. Bajo su propio y creciente terror, a una porción extrañamente indiferente del cerebro de Sands le preocupaba tocar alguna rata, antes de decidir que daba igual. «*Voy a morir —pensó—. Debería ser capaz de partir a este viejo en dos, pero voy a morir*». Le ardían los pulmones. No había tenido ocasión de inhalar hondo antes de sumergirse. Su brazo izquierdo, donde golpeará el mango del hacha, no respondía a su pánico, sino que flotaba a su lado. «*¿Se irá a comer mi mano también esta puta gorda?*», se preguntó.

Mientras pugnaba, cada vez con menos intensidad, y posponía lo inevitable, esa porción de su cerebro reparó en el repulsivo sabor del agua. Su mano derecha tanteó la linterna flotante —¡La linterna! ¡Una posible arma!— pero la alejó torpemente. «*Cómo se va a cabrear Caroline cuando vea que no me he puesto al día con el trabajo*», pensó la mente de Sands. Comprendió entristecido que no volvería a ver a Melanie —ni a ninguna otra mujer— desnuda. No volvería a ver a Faye. Quizá eso fuese lo mejor; quizá se lo mereciera.

Una burbuja de aire escapó entre sus labios. Sintió su mano derecha desgarrando el corte del brazo del Sr. Kilby, en vano. «*Faye, Melanie —pensó Douglas—. El merodeador sí que volverá a verlas. Eso seguro*». Eso fue un revulsivo. De repente no olía la repugnante agua que le llenaba la nariz y la boca, sino el hedor del contenedor de basura, la pestilencia de la putrefacción y la muerte. «*Esa cosa va a matarlas. Va a matar a Faye y a Melanie*», pensó. Su resignación se desmoronaba con cada frágil burbuja de aire que flotaba hasta romper la superficie del agua. «*¡Y yo le conduje hasta Faye!*».

Sands intentó debatirse, pero el agua y el Sr. Kilby lo mantenían inmovilizado. No podía zafarse del anciano, aquel saco de piel y huesos. La fuerza de Sands, al igual que el oxígeno de sus pulmones, tocaba a su fin. Extendió su mano buena, chapoteando enloquecido. Tocó algo... una pierna, la pierna de Albert. Sands siguió bregando. Su mano se aferró a algo más, algo suave y duro. El hacha rota. El asa. ¿El extremo con la hoja? No, ése se habría hundido hasta el fondo. Éste flotaba.

Se obligó a concentrarse por un momento: La cara estaría encima de los brazos. La boca abierta. Sands todavía podía oír los gritos. Cuando miró a través de las negras aguas del río Estigia, fue el rostro del merodeador lo que le devolvió la

mirada: ojos rojos y abultados, dientes como cuchillas. Sands golpeó.

Su brazo cortó las aguas con la fuerza e indignación de Dios Todopoderoso. Sintió cómo el golpe alcanzaba su objetivo. Al segundo, las manos liberaron su cuello.

Sands salió disparado a la superficie, boqueando y atragantándose. Inhaló el aire antinatural. El Sr. Kilby había golpeado la pared y estaba aturdido. Su ojo izquierdo y la frente sobre la ceja se veían aplastados. La boca de Amelia estaba abierta de par en par, desgañitándose en un grito impío que agitaba las aguas. Sands se dio cuenta de que había soltado el mango del hacha. Expulsando espumarajos por la boca, intentando desesperadamente recuperar el aliento, miró en rededor enloquecido en busca del arma. Intentó permanecer erguido pero tropezó... con el pie de Albert, cayendo de bruces sobre el gesto de asombro del cuerpo inerte de su amigo. Sands se apartó del cadáver. Se lanzó en la dirección opuesta, apoyándose sin darse cuenta en la herida abierta en el torso de Albert. Volvió a tropezar en el agua.

La linterna a la deriva giraba enloquecida, creando un patrón casi estroboscópico conforme el rayo alumbraba a un lado y a otro. El agua, alentada por el ensordecedor alarido de la Sra. Kilby, levantaba olas cada vez más altas. El cuerpo de Albert se sumergía a intervalos. Sands se esforzó por ponerse de pie para no sucumbir a la fuerza de las olas, cuya violencia arreciaba. Corrió hacia las escaleras, pero resbaló en el hielo y se encontró de nuevo bajo el agua. La intensidad del aullido de Amelia se vio multiplicada por el líquido. Al unísono, los tímpanos de Sands estallaron.

Pugró por incorporarse y volvió a lanzarse hacia las escaleras, consiguiendo apenas no resbalar. Pegó el brazo izquierdo al cuerpo mientras subía. Demasiado frenético como para hacer demasiado caso del tremendo dolor en los oídos, aun así trastabilló, incapaz de conservar el equilibrio, y chocó contra una pared y luego con la otra. Tropezó con la mochila llena de bebidas del primer escalón y se cayó en la cocina.

Fue allí donde le dio alcance el Sr. Kilby. El hombre debería estar muerto, o al menos en coma; una considerable porción de su cabeza se había hundido. Pero la Sra. Kilby *estaba* muerta, llevaba así años, y estaba gritando cuanto le permitían sus pulmones —o los pulmones de su marido—. Como para fiarse del *debería*.

Sands sintió los dedos que le rodearon el tobillo. Estaba demasiado magullado y exhausto como para debatirse con garantías de éxito. La estancia daba vueltas, tenía un brazo inútil, parecía que no conseguía respirar con normalidad. Intentó aferrarse al suelo con la mano buena, reptar... lo que fuera con tal de no ser arrastrado de regreso a aquel infierno acuático.

Tardó un momento en comprender que no estaban tirando de él; estaban levantándolo, en vilo. El Sr. Kilby, un septuagenario de cincuenta y cinco escuálidos kilos con media cabeza destrozada, levantó a Sands por encima de su cabeza. Y lo

lanzó.

Por un instante, Sands fue liviano, como cuando se había abalanzado sin pensarlo sobre el merodeador. Este instante, al igual que la ocasión anterior, finalizó abruptamente. Entró boca abajo en el frigorífico abierto. Su cabeza golpeó la rejilla próxima al suelo; su pie aplastó la bombilla imposiblemente encendida.

Como si todo lo ocurrido hasta el momento no hubiera sido más que un preludio... se desató el infierno.

Sands se desplomó en el suelo. Apretó la mano derecha sobre el mismo oído, e intentó pegar la oreja izquierda al hombro. El incesante grito de la Sra. Kilby, ya agonizante, ascendió a cotas indescriptibles. Sands sintió que le abandonaba la consciencia. La sangre corría entre sus dedos procedente de su oreja.

El frágil y ensangrentado Sr. Kilby se estremecía y danzaba como si le estuvieran electrocutando. Agitaba los brazos al aire con tanta fuerza que su antebrazo derecho, serrado a medias, se rompió. Permaneció sujeto al resto del cuerpo gracias a unos cuantos tendones, oscilando enloquecido a cada movimiento.

De improviso, un fuerte viento tiró de Sands, intentando introducirle en el frigorífico abierto. Se aplastó contra el suelo. En ese momento, hubiese preferido regresar al sótano inundado antes que asomarse al interior de la nevera. La Sra. Kilby, cuyos gritos destrozaban ahora capas de hielo, témpanos y ventanas por toda la casa, parecía compartir su opinión. Si bien la boca de su marido pendía abierta e inerte, su semblante pugnaba por alejarse de él. Fue una entidad independiente durante dos, tal vez tres segundos —una abotargada abominación manca— y luego desapareció. Absorbida. Sands sintió el viento levantado a su paso. A continuación, se hizo el silencio.

Sands echó un vistazo vacilante por encima del hombro. No vio más que un frigorífico vacío y apagado.

Dio un respingo al escuchar un sonido procedente de la dirección en que estaba el Sr. Kilby. Sands se giró para observarle cuanto le fue posible...

El anciano había caído de rodillas. Su ojo derecho se quedó en blanco; el izquierdo no resultaba visible bajo las ruinas de lo que era su cabeza. El Sr. Kilby cayó al suelo de bruces y no se movió.

Para cuando Sands hubo conseguido salir de la casa y adentrarse en el sendero que era el camino de entrada, los espasmos comenzaron a estremecer su espalda. Estaba empapado de la cabeza a los pies, sangraba, sostenía el brazo pegado al cuerpo. Cuando llegó a la calle, se vio incapaz de continuar. Dio algunos pasos más, vacilante, antes de hincar una rodilla en el suelo. Entonces se apoderaron de él los espasmos. Quedó tendido en medio de la carretera, convulsionándose.

Sintió más que vio las luces que se acercaban, no sabía cuánto tiempo más tarde.

¿Le vería el conductor? Sands no podía hacer señas ni apartarse de la carretera.

El coche se detuvo al menos a una docena de metros de distancia. Sonido de pisadas.

—¿Douglas? ¡*Douglas!* —Unas manos le sacudieron. Quería abrir los ojos pero, por algún motivo, no podía. Ya había visto demasiado; no podía soportarlo más—. *Douglas*. ¿Dónde está Albert?

Apretar más los párpados no podía evitarle recordar la imagen que había presenciado en el sótano.

—Muerto. —Su garganta estaba en carne viva, su voz era apenas audible.

—¿Qué? ¿*Qué?*

—Muerto. Está muerto.

—Oh, Dios —dijo la mujer—. Tengo que quedarme con él, Clarence. ¿Puedes ir a echar un vistazo?

La oscuridad. Las voces de nuevo. Lo último que recordaba Sands era que le habían metido en un coche. La puerta se había cerrado, y luego...

Tercera parte: El merodeador

Capítulo treinta

Calor. Sands, cuando hubo recuperado el conocimiento, sintió el calor. A menudo era su brazo el vehículo que transmitía la reconfortante sensación. Aunque a veces era su espalda. O su rostro. El paso del tiempo no constituía un factor importante, no era constante, al menos. Un instante de calor se propagaba y se fundía con el siguiente; los periodos intermedios que los separaran o dejaran de separar eran indistinguibles.

Había sueños repartidos aleatoriamente entre los accesos de calor. Pesadillas. Instantáneas del cuerpo mutilado de Albert. Inerte en los brazos de un anciano que era poco más que un cadáver a su vez, tan esquelético y frágil que no debería ser capaz de sostener el cuerpo en vilo. Las instantáneas nunca se repetían, no obstante. Cambiaban antes de que Sands pudiera estudiarlas con atención. Abría la boca para formular una pregunta... y cambiaba la escena. A veces el cuerpo de Albert flotaba en un charco negro, y no había ni rastro del viejo. O era éste el que flotaba junto a Albert en lugar de sostenerle. A veces el anciano era una anciana, no frágil sino obesa. Ella misma era un cadáver hinchado, pero arrancaba la carne del cuerpo de Albert igual que un chacal. El merodeador no faltaba; partía los huesos de Albert y sorbía el tuétano. O a veces, las peores, un niño pequeño, de no más de dos años de edad, se sentaba en el peldaño que sobresalía del estanque negro, mirando tras un velo de lágrimas cargadas de reproche a Albert, que se balanceaba suavemente con los ojos abiertos.

—No pasa nada, Douglas —decía la voz, dulce y maternal—. Ea, no te muevas. Aquí estás a salvo, Douglas. Ea. Está bien. No pasa nada.

Sands asociaba esa voz con el calor. No siempre venían juntos —a veces se presentaba lo uno sin lo otro— pero se había formado una imagen definitivamente asociada. La voz solía ahuyentar las pesadillas, mientras que el calor aliviaba su dolor físico. Había otra cosa de la que se había percatado: de esta cosa que era su cuerpo, y de lo mucho que le *dolía*. Con el tiempo, puesto que el tiempo también redistribuía el significado, lo peor del dolor al igual que lo peor de las pesadillas quedaron relegados al pasado. También el calor se convirtió en integrante del pasado; la incomodidad relativamente menor que persistía no lo hacía necesario. La voz, sin embargo, era una constante.

—Deja que duerma. Lo que más necesita es descanso.

Había otras voces, comprendió Sands. A veces varias al mismo tiempo. Se elevaban, se animaban, hasta que la voz más plácida las acallaba o les pedía que se fueran. En la mayoría de los casos eran vagas, o Sands no podía recordar las frases si las escuchaba. Al principio reparó en los tonos y las cadencias. El reconocimiento de las palabras penetró en su limitado mundo muy lentamente.

—Así que éste es el tipo en cuestión —fue la primera frase que comprendió, pronunciada por una de las voces más ariscas. Las palabras resultaban inquietantes; desencadenaban recuerdos de un universo mayor, más allá del sonido y el calor, recuerdos de gente y edificios y coches y estaciones que se alternaban. Había crueldad en esta voz en particular, fría y dura; era una voz que Sands no querría oír a su espalda en un aparcamiento subterráneo vacío—. Preferiría que regresara Tinsley.

La vista fue una de las últimas piezas del puzzle que era Douglas Sands. La primera vez que se acordó de abrir los ojos, fue incapaz de enfocar nada. Las siluetas se confundían entre sí, se contraían y expandían. Por un momento, vio la figura de un hombre. Sentado en una silla. Negro. Vio un rostro, por un instante. Sonreía. Pareció alarmarse de repente. Salió corriendo de la habitación. Había una *habitación*, observó Sands. No podía distinguir ninguna peculiaridad; no creía reconocer la estancia. El cansancio y la oscuridad le reclamaron.

Sands abrió los ojos más veces y vio gente distinta en la habitación. Sus vistazos eran breves; no podía enfocar a los diversos individuos: el negro, un blanco, un blanco más viejo, una mujer. A veces la persona intentaba decirle algo... le *decía* algo; él intenta comprenderlo, pero las palabras eran casi siempre un galimatías.

Un día —era de día; las cortinas estaban abiertas, y la luz natural bañaba la habitación— Sands abrió los ojos y pudo mantenerlos abiertos. De manera gradual, su visión se ajustó, y se encontró mirando a un joven con el pelo largo sentado en la silla. La rodilla del hombre, asomando por un enorme desgarro practicado en sus vaqueros, estaba prácticamente en la cara de Sands. El joven le devolvió la mirada, casi sin mostrar interés.

—¿Esta vez has vuelto para quedarte? —preguntó el joven. La voz del aparcamiento subterráneo procedía de él. Sands aborreció al instante su socarronería, pero no consiguió reaccionar a tiempo para responder.

El joven, al parecer bastante fastidiado, se levantó de la silla, abrió la puerta de la habitación, y gritó:

—¡Oye, Julia! ¡Está despierto! —Se quedó de brazos cruzados, observando a Sands como si éste fuese un animal exhibido en el zoológico. El joven frunció el ceño, gruñó e hizo un rápido gesto en dirección a Sands. Sands se retrajo, y el desconocido se rió—. ¿No sabes hablar, o qué? ¿Sabes que día es hoy?

—Cómo va a saber qué día es —dijo Julia, entrando en la estancia. Consultó su reloj—. Lleva casi... diecinueve horas alternando entre la consciencia y la inconsciencia... con cierta predilección por la inconsciencia. —Sands reconoció a Julia. Medía al menos una cabeza menos que el joven, pero pasó junto a él con aire de autoridad—. Procura no estorbar, Jason. —Se sentó y acercó la silla a la cama de Sands. Antes de que éste supiera qué estaba ocurriendo, la mujer mantenía abierto su ojo izquierdo y lo iluminaba directamente con una luz brillante. Luego el derecho.

—Pensaba que era retrasado —dijo Jason, mirando por encima del hombro de Julia.

Julia bajó la pequeña linterna y exhaló un suspiro. Miró a Jason.

—Por qué no... no sé. Vete. Lárgate. Adonde sea. Pero lejos. —Jason se envaró y frunció los labios a espaldas de Julia, pero hizo lo que le había dicho y salió de la habitación. La mujer esperó hasta que las pisadas se hubieron alejado del recibidor, antes de volver a concentrarse en Sands—. ¿Sabes decirme cómo se llama este estado?

—Michigan.

—Bien. ¿Y tú?

—Douglas Sands.

Julia parecía impresionada.

—Estás mejor de lo que parece a primera vista —bromeó—. No sabía si conseguirías regresar de ahí —le dio dos golpecitos en la cabeza—, o no.

Sands recordaba su rostro. Y su voz. Aunque no era tan suave, tan amable, como en el pasado. Se acordó del calor... y entonces se dio cuenta de que podía mover el brazo con total libertad, el brazo izquierdo, que debería estar roto. Roto por el mango del hacha que había...

—¿Está muerto? ¿Albert?

Julia frunció los labios ligeramente; frunció el ceño.

—Sí —dijo, por toda respuesta. Comenzó a auscultar el antebrazo de Sands, desde el codo a la muñeca, haciéndole preguntas en un tono neutral—. ¿Te duele? ¿Y ahora? —Se dirigía a algún punto por encima de su ojo derecho—. Ese corte que tienes encima del ojo era más antiguo, ¿verdad? No te lo hiciste la noche... —Vaciló tan sólo por un instante, sin mirar a Sands a los ojos, sin mencionar a Albert—. La noche que te rompiste el brazo.

Sands se esforzó por recordar. Todo parecía tan lejano.

—La noche anterior.

—Deberías haber recibido unos cuantos puntos. Te va a quedar marca. No me echés la culpa. ¿Qué hiciste, saltaste por otra ventana?

A Sands no le gustaba el tono de su voz, ni su reticencia a mencionar a Albert, de admitir su muerte. Sands se acordó del día en que conoció a Julia, de cómo ésta le había atendido como si se tratara de un niño herido. Se acordó de lo que le había dicho entonces; seguía siendo válido.

—No necesito que me compadezcas.

—En eso tienes razón. Tú solito te bastas y te sobras. —Apartó la silla y se levantó—. ¿Tienes hambre? Deberías. Le pediré a alguien que te traiga un poco de sopa. A Jason le gusta hacer de Florence Nightingale. —Llegó hasta la puerta—. No te acostumbres a que te sirvan. Si puedes ir tú solo al baño, podrás ir tú solo a la

cocina.

Salió y cerró la puerta.

Sands se quedó mirando la puerta. Tras el breve tumulto de personas, se sentía sobrestimulado y exhausto a un tiempo, como si hubiera mantenido una conversación durante horas, en vez de meros minutos. Ocupaba una cama en una habitación pequeña y anodina: techo blanco y paredes con papel de colores; estantería, mesa de noche; una segunda puerta, también cerrada, la de un armario o un aseo, supuso.

«*Esta no es la casa de Tinsley*», comprendió Sands. Esa casa debía de estar vacía, ahora que Albert...

—Jesús —susurró, y se tumbó en la cama.

Albert estaba muerto. Y Julia ni siquiera quería pronunciar su nombre.

Capítulo treinta y uno

Sands se despertó temprano, antes de que la negrura se tomara gris tras las cortinas color beige. La segunda puerta de la habitación daba a un pequeño cuarto de baño; consiguió llegar hasta él en medio de la noche, y luego regresar a la cama. La casa —asumía que era una casa; daba la *impresión* de ser una casa— estaba ahora muy silenciosa. Durante la noche, Sands se había despertado varias veces y había escuchado sonidos procedentes del otro lado de la primera puerta: voces apagadas, el zumbido de un televisor, pisadas, el crujido de unas tablas.

En la calma que precedía al amanecer, Sands se sentía inquieto. No había dormido profundamente, no por culpa de los diversos ruidos, que no eran especialmente molestos; había dormido como lo haría alguien aquejado de fiebre, dando vueltas y bregando, despertándose cubierto de sudor o temblando con húmedos escalofríos. Y las pesadillas no habían renunciado a él por completo.

Reparó de inmediato en la fina línea de luz que le diseccionó cuando la puerta del recibidor se abrió apenas unos centímetros.

—Estoy despierto —dijo. La puerta, aparentemente indecisa, se mantuvo inmóvil durante algunos segundos, antes de abrirse aún más. Un hombre alto, no Jason, mayor, más próximo a la edad de Sands, entró en la estancia. Se quedó junto a la puerta, con aspecto de no saber si debía volver a cerrarla o no—. Puedes dejarla abierta. Creo que ya estoy un poco harto de estar encerrado.

—Es comprensible —contestó el hombre. Su voz era profunda, y áspera debido a lo temprano de la hora. Dejó la puerta abierta cuando entró, pero no encendió la luz—. ¿Puedo? —preguntó, indicando la silla.

—Claro. Por favor. Estás en tu casa.

—No es mía, en realidad. Me llamo John. John Hetger. —Se sentó y tendió la mano para estrechar la de Sands, lo que a éste le pareció extrañamente formal, dadas las circunstancias. Hetger tenía un rostro cuadrado, con un pronunciado hoyuelo en la barbilla. Llevaba el pelo corto y con raya al medio, castaño oscuro, igual que sus ojos. Parecía sólido, en su forma de dar la mano, en sus ademanes, en su conducta—. Aunque fuera mi casa —dijo, mientras se estrechaban la mano—, seguirías mereciéndote un poco de intimidación después de lo que has pasado.

Lo que había pasado. Eso era lo que, al menos en parte, había ocupado los pensamientos de Sands durante casi toda la noche de insomnio.

—Sois los amigos de Albert, ¿verdad? Los que habéis estado cuidando de Faye y Melanie. —John asintió con la cabeza—. ¿Están bien? O sea... ¿no les ha pasado nada?

—Están bien.

Sands exhaló un suspiro de alivio. No creía que pudiera soportarlo si hubiera

habido algún problema, no después de que Albert...

—Hemos estado vigilando los dos sitios, y hemos visto la criatura que le mencionaste a Albert —dijo John, lacónico, como si estuviera resumiendo una noticia del periódico. Como si no estuviera hablando de un *vampiro*—. En el complejo de apartamentos. No en tu casa.

—Ya no es mi casa —repuso Sands, con más brusquedad de la que pretendía—. Pero ¿lo habéis visto? —se apresuró a continuar—. A esa cosa, en casa de Melanie.

John asintió.

—Se ha dejado caer unas cuantas veces. Parecía como si se contentara con espiarla.

—Eso es lo único que quería por el momento —dijo Sands, súbitamente agitado. Recordó (no podía olvidarlas) las palabras del despertador: ESPERA. PARA MATAR.

John volvió a asentir con la cabeza.

—Tienes razón. Por el momento. Vigilaba su apartamento desde el balcón de uno de los edificios adyacentes...

—El desahuciado.

—Sí. Y una vez trepó hasta el balcón de su apartamento...

—¿Su balcón? ¡Dios santo! ¿Lo atacasteis? ¿Lo asustasteis?, ¿no? —Sands no podía ocultar la desesperación en su voz. John le había asegurado que Melanie estaba bien, pero la mera idea de que el merodeador la había espiado, que había trepado hasta su balcón, le daba ganas de saltar de la cama y buscar a la criatura—. ¿Lo matasteis?

—Lo vigilamos.

—¿Lo vigilasteis? ¿Y...?

—Lo vigilamos. Él la observó. Se fue.

—¿Que se fue? ¿Y Albert confiaba en vosotros? —Sands no daba crédito a sus oídos—. Se fue *esta* vez. ¡Podéis estar seguros de que regresará! ¡La matará si no hacemos algo!

—Tal vez lo intente —dijo John, conservando una tranquilidad irritante.

—¿Cómo que *tal* vez lo intente? Yo sí que lo voy a intentar. ¡Se quiere beber su sangre! ¡Eso es lo que quiere! —Sands se comía las palabras. Estaba tan *convencido*, pero no podía explicarlo. ¿Qué podía decir? ¿Que se lo había chivado el *reloj*?

John empezó a levantarse de su asiento.

—No era mi intención molestarte, Douglas. Será mejor que hablemos más tarde...

—No. —Sands agarró a John del brazo—. Quiero decir... no tienes porqué marcharte... lo siento. —Hetger volvió a sentarse—. Es que... no sé. Yo...

—No tienes que darme explicaciones. A nadie le resulta fácil. —Se produjo un

largo silencio—. Albert te tenía en muy alta estima.

—Dudo que Julia dijera lo mismo.

Hetger sofocó una risita.

—Yo no me lo tomaría tan a pecho... No le caes bien, eso es todo.

Sands miró fijamente a John y parpadeó.

—¿Te lo ha dicho ella?

John se encogió de hombros.

—No con esas palabras. —Pensó por un segundo—. Vale, puede que ésas fueran sus palabras. Pero yo no me preocuparía por...

—A mí tampoco me cae bien —protestó Sands, cruzándose de brazos—. No es que sea un desagradecido. A ver, es la segunda vez que ella me... bueno, ya sabes.

—Sí. Julia es una de nuestras principales bazas. No tenemos por qué ser todos amigos del alma, pero creo que una cierta transparencia en las relaciones siempre viene bien. Ya nos enfrentamos a suficientes peligros como para encima andar tirándonos de los pelos los unos a los otros.

—No me digas.

—Sí. Ése es el tipo de cosas que se puede volver en nuestra contra y atormentarnos más tarde. Albert decía que eras muy inteligente, que se te daba bien juzgar a la gente, que podías conseguir lo que quisieras de quien quisieras.

—¿Eso decía? No sé si suena exactamente a piropo.

—Era una opinión, no un juicio de valor.

—¿Existe alguna diferencia? —se burló Sands, pero John se lo tomó en serio.

—A mí me parece que sí. A Albert se le daba bien hacer observaciones acerca de las personas sin mezclar en ellas juicios de valor. Eso tiene su importancia.

—Así que él diría, por ejemplo, que Julia es una quisquillosa, pero sin ofender.

—Creo que decía que Julia era intolerante —dijo John, sin cambiar su semblante serio.

—¿Intolerante hacia qué? ¿Hacia las demás personas?

—Hacia la indulgencia.

—¿Qué demonios tiene eso que ver conmigo?

—Ella piensa que te recreas en la autocompasión. «*Que te revuelcas*», me parece que dijo. Albert nunca lo hubiera descrito en términos tan subjetivos.

Sands se quedó con la boca abierta.

—Así que... Albert pensaba que yo...

—Y la mayoría de la gente estaría de acuerdo en que una aventura extramatrimonial es una indulgencia considerable. Julia la calificaría de «inconsciente», «desconsiderada», «*rastrera*»...

—Me parece que ya está bien —dijo Sands, levantando una mano, aunque luego, en contra de su criterio, preguntó—: ¿Qué dirías *tu*?

—Yo diría que es una indulgencia. Me parece justo.

—Justo. ¿Y nada subjetivo?

—Cada relación tiene su historia, y no creo que nadie, ni siquiera los implicados, la comprendan del todo.

—¿Te importa si hablamos de otra cosa? O sea, santo Dios, ¿quién demonios os creéis para...? Déjalo. Ya sé. Yo he preguntado. Mira... —Inhaló hondo, suspiró, se frotó el rostro en un intento por despertar completamente; le parecía que no había conseguido desprenderse del todo de las pesadillas—. Me siento fatal por lo de Albert —dijo Sands, al fin. Sentía que éste era el momento de decirlo. Hetger no parecía compartir las reservas de Julia acerca de mencionar a Albert.

—¿Puedes contarme lo que sucedió? Estabas allí.

—Algo así. —Sands hizo una pausa—. Creo que fue culpa mía. Por lo menos en parte. —John escuchaba atentamente, sin interrumpir. Las cortinas seguían echadas, pero la mañana comenzaba a ganar terreno en el exterior—. Supongo que os habló de Davis y Amelia Kilby. ¿Qué digo? Pues claro que os habló de ellos... si os contó tanto como parece de mi situación. En cualquier caso, creo que cabré de veras a Amelia, y ella... ella le asesinó.

—¿Por qué crees que la hiciste enfadar?

—Hazme caso, no hacía falta ser un genio para darse cuenta.

—¿Pero cómo crees que la enfadaste? ¿Qué hiciste?

—Bueno, los Kilby no es que fueran los conversadores más extraordinarios del mundo, y... —Se calló de repente, plenamente consciente de lo absurdo que era hablar acerca de aquello, de un fantasma, con alguien al que apenas conocía. Resultaría extraño hablar de ello con *cualquiera*. Todavía le incomodaba pensar siquiera en el brusco giro de 180.º que había dado su visión de la vida. Hablar era insólito. Y un alivio milagroso. Había contado a Melanie lo de la voz en el viento cuando ya no podía soportarlo más; había hablado a Albert acerca del merodeador. ¿Sería una desesperación parecida lo que le impulsaba a confiarse a aquel perfecto desconocido?

—¿Douglas? ¿Te encuentras bien?

—Perdona. Sí. Mm... bueno, parece que la frase para la posteridad de la Sra. Kilby era que ella no era ninguna borracha. Encontré unos documentos que demostraban lo contrario, y se lo dije.

—Ya veo. Y no le sentó bien.

—Eh... no. —Sands inhaló hondo—. También descubrí que no había muerto por negligencia personal, no sólo por eso, al menos. No sé. Se me ocurrió que si eso era lo que la enfurecía tanto, y yo lo resolvía...

—A veces se enfadan sin más. Punto.

Sands asintió.

—Creo que ya había matado a Albert... —Hizo memoria, intentando unir los puntos para reconstruir lo ocurrido en esas dos noches—. Sí, tenía que haberlo hecho, para cuando le dije que no era culpa suya. Creo que la había enfurecido tanto la noche anterior que... —Levantó las manos, presa de la culpa y los remordimientos, con problemas para encontrar las palabras—, ella se vino abajo. Antes de eso, Albert se había ocupado sobre todo de dar de comer al Sr. Kilby, de mantenerle con vida a pesar de lo que le estaba haciendo su señora.

—Propio de Albert —dijo John, con una sonrisa triste.

—No es que ella pareciera muy contenta *antes* de eso, pero... pero no creo que le hubiera atacado. Que le hubiera matado. No si yo no hubiera...

—Douglas —interrumpió John, con voz baja pero firme—. Para empezar, por precavido y buena persona que fuera Albert, a veces tentaba a la suerte. La tentó yendo a esa casa él solo, muchas veces. La tentó acogiéndote, sobre todo cuando tú no sabías qué estaba ocurriendo... aunque no es que ninguno de nosotros lo tengamos demasiado claro. En segundo lugar, estas criaturas parecen personas, seres humanos, tal vez lo fueran en su día. Pero ya no. Son desconocidas para nosotros. No reaccionan ante las situaciones como nosotros nos podamos imaginar. A menudo resulta imposible averiguar qué las impulsa. Y por último, aunque fuese algo de lo que dijeras o hicieras lo que mosqueó a ese ser, y no podemos estar seguros de que así fuera, ni de que no hubiera ocurrido la próxima vez aunque tú no hubieses tenido nada que ver, no sirve de nada que cargues con todas las culpas. Albert sabía lo suficiente... entró en esa casa con los ojos bien abiertos.

Si eso pretendía conseguir que Sands se sintiera mejor, no era demasiado efectivo.

—¿Me estás diciendo que Albert está muerto por *su* propia culpa?

Esta vez fue Hetger el que suspiró.

—Lo que digo es que «culpa» no es un criterio que nos sirva de nada en este caso. Olvídate de la «culpa». Examina lo ocurrido. Aprende de ello. Ésa es la mejor manera de dotar de sentido a la muerte de Albert, a su *vida*.

—Te puedes quedar con tu incondicionalidad y tus significados —contestó Sands, escéptico, hablando con el corazón en la mano—. Por mi parte, intento hacerme a la idea de que conseguí que le mataran. No que le despidieran, ni que le hirieran. Que le *mataran*. —Se sostuvieron la mirada durante diez, quince, veinte segundos: Sands con los ojos muy abiertos, esforzándose por no dejarse llevar por los sentimientos; Hetger tranquilo aunque algo entristecido—. Por lo menos, tendrás que admitir que no es buena idea cabrear a esos seres.

Aquello generó una leve sonrisa en John.

—Por lo general. Aunque la ira puede jugar a nuestro favor. Pero por lo general, sí, estoy de acuerdo. —Hetger apartó la silla y se incorporó—. Probablemente tengas más preguntas. Yo sí. Cuando sea, cuando te sientas con fuerzas, me gustaría que

intentaras escribir todo lo que recuerdes acerca de tu amigo el vampiro, y de los Kilby. Cuanto más sepamos, más posibilidades tendremos. Por ahora, puedes desayunar algo si te apetece. Julia cree que hoy ya deberías estar preparado para aceptar alimentos sólidos.

—Ya sabes lo que diría Julia acerca de quién tuvo la culpa, ¿verdad?

John entornó los ojos, pero en ningún momento perdió su sincera sonrisa, levemente sarcástica.

—Podría aventurar algo. Pero no veo el porqué. Desayuna si te apetece.

Cerró la puerta a su paso. Al otro lado de las cortinas de color beige, la mañana alcanzaba un esplendor parcial y nublado.

Capítulo treinta y dos

Por la tarde, Hetger hizo de guía turístico para Sands. No tardó mucho. La casa de rancho de tres habitaciones no era nada del otro mundo, y al asomarse a algunas ventanas, Sands comprobó que el vecindario en el que estaba situada tampoco era nada del otro mundo. Los habitantes de esta casa en particular, no obstante, no constituían una familia típica; no constituían ninguna familia, no en el estricto sentido de la palabra.

—Ya sé que incumplimos las ordenanzas locales que prohíben que haya más de tres personas no emparentadas viviendo bajo el mismo techo —dijo John, y se encogió de hombros. Era un gesto característico y ambiguo, y cada vez que Sands lo veía, le recordaba lo que había sugerido Hetger acerca de la costumbre de Albert: realizar observaciones sin implicar juicios de valor. John se limitaba a mencionar la normativa restrictiva, no la denunciaba, ni expresaba malestar por quebrantarla; las leyes sobre alojamiento existían, al igual que la necesidad de pasarlas por alto.

Como mencionara antes John, el propietario de la casa era Nathan James. Nathan, un hombre de color, delgado, de tez muy negra, probablemente sin haber cumplido aún los treinta años, supuso Douglas, estaba sentado delante del ordenador cuando le conoció Sands. Aquel dormitorio, el de mayor tamaño, era un laboratorio informático improvisado, atestado de mesas y estanterías repletas de equipamiento electrónico e informático. Una extensa serie de cables y alambres se extendía en todas direcciones, el sistema nervioso de un ser tecnológicamente avanzado.

—Douglas, encantado de conocerte —saludó Nathan, tendiéndole la mano. Exhibía una sonrisa contagiosa, y tenía unos ojos penetrantes e inteligentes.

—Desenganchamos a Nathan del ordenador cada pocos días —dijo Jason, que estaba sentado delante de otra terminal en una mesa distinta—. Tiene un joystick metido en el...

—A Jason ya le conoces, me parece —intervino Hetger.

—Me encargo de la faceta tecnológica del negocio —dijo Nathan—, pero si tienes cualquier pregunta sobre masturbación o pornografía en Internet, Jason es tu hombre.

—Que te den, tío.

—O —añadió Nathan, dirigiéndose a Sands—, también vende respuestas ingeniosas; tres por un dólar. Pero tienes que encargárselas con dos meses de antelación.

—Que te folle un pez, tío.

—Ésa cuesta sesenta centavos —dijo Nathan. Sacó un billete de un dólar de su bolsillo, hizo una pelota con él, y se lo lanzó a Jason—. Quédate con el cambio, tío.

Otra de las habitaciones, le dijo Hetger a Sands mientras seguía enseñándole la

casa, era el dormitorio de Nathan. El cuarto más pequeño solía estar reservado para Julia, que se lo había cedido a Sands por el momento. El comedor estaba ocupado por varias camas y un sofá, y hacía las veces de barracón para todo aquel que necesitara un lugar donde dormir; normalmente Hetger y Jason. Albert había pasado allí alguna que otra noche; Julia estaba dormida cuando Sands y John asomaron la cabeza.

—Ayudar a la gente como lo hace ella, ayudarles a sanar, la agota. Creo que su trabajo es el más duro de todos.

Sands esperó hasta que estuvieron a una distancia prudente del comedor antes de interesarse por Julia.

—¿Cómo consigue...? Es decir, a mí ya me lo ha hecho dos veces —dijo, esforzándose por dar con la pregunta adecuada—. Exactamente, ¿qué...?

—Somos distintos y tenemos distintos dones, Douglas. Cada persona a la que preguntes te dará una respuesta diferente.

—Cuando dices «somos»... te refieres a los cazadores.

—Exacto. Es el nombre más común por el que nos conocemos los unos a los otros. Nos va bien.

—Albert me dijo que algunas personas se tomaban ese nombre demasiado en serio.

John se encogió de hombros.

—También hay un montón de opiniones distintas a ese respecto.

—¿Qué opinas tú?

—Opino que hay un montón de situaciones distintas.

Aquello no satisfizo a Sands, pero lo dejó correr. Quizá le respuesta estuviese más que equivocada; Hetger parecía bastante dispuesto a hablar sin tapujos de otros temas.

—Has dicho algo acerca de dones distintos...

—Conforme entramos en contacto con más cazadores, nos vamos dando cuenta de los patrones, las similitudes. Julia puede aumentar el proceso curativo natural de una persona hasta cierto punto, como tú ya sabes. Ese parece ser un don bastante limitado, aunque aparece ocasionalmente. Todos nosotros parecemos capaces de ver cosas... cosas que la mayoría de la gente no ve.

—Cosas que la gente *normal* no ve —apuntó Sands. John sonrió, pero no dijo nada—. Ya sé. Ya sé. Eso es un juicio de valor.

Hetger soltó la risa.

—Creo que no corremos el riesgo de equivocarnos al afirmar que no encajamos dentro de lo normal. —Adoptó una expresión más seria—. Pero las cosas que vemos tampoco. Todos los cazadores con los que he hablado o de los que he oído hablar, incluso Albert, decían que estos seres que vemos son, de algún modo, un *error*.

Cruzaban la cocina en dirección a la pequeña despensa cuando Hetger dijo eso.

Sands sintió que sus piernas no podían sostenerle; le flaquearon las rodillas, y hubo de apoyar una mano en el respaldo de una de las sillas de la cocina.

John se dio cuenta de su problema y regresó junto a él.

—¿Estás bien? A lo mejor todavía es demasiado pronto.

—Me pondré bien. Dame un segundo. —Sands apartó la silla de la mesa y se sentó. *Estaba* bien, físicamente, pese a la debilidad pasajera que se había apoderado de sus piernas. Reconocía la sensación que le incapacitaba, pero la abrumadora intensidad de esta nueva oleada de alivio le había cogido por sorpresa. Había estado al borde del llanto aquella mañana en la cocina de Albert, con el aroma del café y el bacón, cuando Albert le había asegurado que no estaba solo. Esta misma mañana, Sands había sentido el alivio de poder hablar con alguien, con un desconocido, por el amor de Dios, acerca de lo que había pasado. Y ahora, al oír aquellas palabras, al escuchar cómo Hetger confirmaba que él y otros habían experimentado una locura tan similar a la suya... Se había emocionado. Hasta el punto de tener que sentarse para no caerse.

Sands, aparte de su temperamento ocasionalmente volátil, no era una persona emocional. No era ningún sensiblero, y no se sentía cómodo en absoluto sucumbiendo a sus sentimientos. Por lo que la oleada de alivio que le inundaba estaba teñida de timidez. No miró a Hetger a los ojos cuando se sentó a su lado, preguntándole si se encontraba bien. «*Seguro que tiene algo que ver con lo que me ha hecho Julia* —decidió Sands acerca de esos inesperados arrebatos de sensiblería—. *Me habrá puesto la cabeza del revés... habrá alterado mis hormonas, o los electrolitos, o algo*».

—Supongo que todavía estoy más cansado de lo que pensaba —dijo, poniéndose en pie, sin poder (o sin querer) soportar el escrutinio de John por más tiempo—. ¿Qué viene ahora?

—Nada emocionante —contestó Hetger, sin dejar de observarle atentamente. Condujo a Sands a la despensa—. Ahí tienes la lavadora y la secadora, por si te hace falta lavar algo en algún momento. —Abrió una de las otras dos puertas de esa estancia y mostró el garaje a Sands—. Este coche y la furgoneta son de Nathan, pero todos los utilizamos según sea preciso. Algunos tenemos otros coches aparcados en distintos lugares. No queremos que nadie vea un desfile de vehículos entrando y saliendo, y menos en plena noche, que es cuando solemos salir, así que solemos darnos paseos los unos a los otros. Verás que tanto el coche como la furgoneta tienen las ventanillas tintadas; procuramos dar la impresión de que es Nathan el que entra y sale. La farsa se vendría abajo si alguien se tomara la molestia de investigar, pero esperamos que si no llamamos la atención, nadie tendrá motivos para investigar nada. No queremos que nadie se queje a la concejalía de la ciudad acerca del número de habitantes de la casa.

—Las ordenanzas sobre alojamiento —dijo Sands, con cierta guasa.

—Exacto. —John cerró la puerta y traspuso la otra con Sands, en dirección al patio.

A pesar del manto de nubes, el fulgor que se reflejaba en la nieve acumulada era casi cegador. Sands entrecerró los ojos e hizo visera con la mano. Una verja elevada rodeaba todo el patio. Un amplio sendero despejado conducía hasta un cobertizo de aluminio.

—Esto lo último que nos queda por ver.

—A ver si lo adivino: aquí es donde habéis hecho un agujero en el hielo para pescar porque el monstruo del lago Ness se ha mudado al lago Michigan.

—En realidad, el del lago Michigan es pariente de Nessie. —Sands se detuvo en seco. John se dio la vuelta, con cara de póquer—. Era una broma. *En realidad* —se volvió hacia el cobertizo y abrió la puerta—, éste es nuestro refugio antiaéreo.

—Cielos.

El cobertizo, increíblemente oscuro en contraste con el exterior, estaba prácticamente vacío, aparte de unas cuantas baldas alineadas en las paredes... y una escotilla cilíndrica de acero que se erigía casi treinta centímetros por encima del suelo de tierra. La escotilla estaba equipada con una manilla de rosca, similar a la de la puerta de la caja fuerte de un banco o de un submarino antiguo.

—Tecnología original de alrededor de 1955 —dijo John, mientras giraba la manilla—, con unas cuantas mejoras de cosecha propia, gracias a Nathan y algunos más. El sistema de ventilación y la electricidad están conectados a la red energética local. Hay un generador, claro, por si necesitáramos autonomía.

Sands no pudo contener la risa. Y él había pensado que estaba loco por andar por ahí con un bate de béisbol y medio muriéndose de frío en su coche.

—Si alguna vez me encuentro con un fantasma con armamento nuclear, creo que me pegaré un tiro.

—Si te encuentras con alguno, probablemente no tengas que pegarte ningún tiro.

Sands no supo si John estaba bromeando o si hablaba en serio.

La escotilla estaba bien engrasada; no emitió ningún chirrido cuando Hetger levantó la compuerta. Un traqueteo rítmico y metálico llegó hasta ellos procedente del interior, aumentando de intensidad conforme descendían por la escalerilla. La primera estancia estaba llena de cajas y estanterías abarrotadas. Sands vio agua embotellada que parecía relativamente reciente, en contraposición a las latas y envases de conservas, que estaban cubiertas de polvo. En el segundo cuarto, más pequeño —que, junto al primero y a un aseo minúsculo, constituía la totalidad del refugio— había un catre, una taquilla, y un hombre negro y musculoso tendido en un banco de pesas. La barra que estaba levantando estaba cargada. Cada vez que subía o bajaba los brazos, las pesas traqueteaban.

—Clarence —dijo John—, te presento a Douglas Sands.

Clarence, pensó Sands. Le sonaba ese nombre de haberlo oído en alguna parte, pero no supo emplazarlo al principio.

Clarence tenía la piel más clara que Nathan. El reducido habitáculo olía al sudor, que manchaba su camisa y relucía en sus músculos, notablemente definidos. Ignoró a John y a Douglas, terminó una serie de cinco levantamientos, y sólo entonces dejó que la barra descansara de golpe en su asidero. Se sentó despacio, realizando profundas inspiraciones que hinchaban su pecho bajo la camiseta empapada.

—Sands, ¿eh?

—*Clarence* —dijo Sands, retrocediendo un paso al recordar de repente dónde había oído ese nombre. Albert lo había mencionado cuando llamó y dijo a sus amigos, estos amigos, que necesitaba que cuidaran de Melanie y Faye: «*A ver si puede ocuparse Clarence*». Pero Sands, ahora que veía a Clarence, reconoció también el rostro del hombre—. Mataste a Gerry Stafford —acusó, con una mezcla de sorpresa en sus palabras.

La expresión de Clarence no se alteró; no parecía afectado por el cargo que le imputaba Sands.

—Ya estaba muerto. Lo único que hice fue enviarle de regreso al infierno. La gente no vuelve del cielo. Allí se está bien.

—Gerry nunca hizo daño a nadie.

—A lo mejor todavía no. —Clarence se encogió de hombros, pero al contrario que Hetger, conseguía que ese gesto pareciera desdeñoso, burlón—. No que nosotros sepamos. Tinsley tampoco creía que esa pareja de viejos pudiera hacer daño a nadie. Pero tú estás más enterado de eso que yo.

Sands avanzó un paso en dirección a Clarence, pero se detuvo cuando sintió la mano de John en el hombro. Clarence, sentado impávido al borde del banco de pesas, no parecía sentirse especialmente amenazado.

—Menuda tripita tenemos, Sands. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando detrás de un despacho?

Sands se crispó y encogió el estómago instintivamente... todo lo que pudo.

—Será mejor que te pongas en forma si piensas quedarte por aquí... sobrevivir, digo.

—Tampoco estoy en tan mala forma —protestó Sands, con más irritación que convicción.

—¿Qué? ¿Juegas al golf una vez a la semana?

Sands vaciló. Intentó no fijarse en las gotas de sudor que adornaban los hombros y los bíceps de Clarence.

—Tenis.

Clarence abrió los ojos de par en par.

—Ohhh... *tenis*. Si lo llego a saber...

—Bueno —interrumpió Hetger, apretando el hombro de Sands—, ahora que ya conoces a todo el mundo...

Clarence ya se había desentendido de ellos. Empezó a sacar ropa limpia de una mochila de deporte que había debajo del catre. Hetger y Sands le dejaron a solas. Volvieron a ascender la escalerilla hasta el cobertizo a oscuras, para luego enfrentarse de nuevo al relativamente brillante exterior. Un puñado de lánguidos copos de nieve caía al suelo desde el cielo gris.

—«*La gente no vuelve del cielo*» —masculló Sands—. ¿Y ese tipo hace lo que le dices?

—¿Hm? —John ladeó la cabeza—. Oh. No, la verdad es que no. Formamos una comuna en muchos aspectos, pero también somos bastante democráticos... que no «demócratas».

—¿Me estás diciendo que todo el mundo hace lo que le da la gana? —Sands estaba intentando asimilar lo que había visto hasta el momento.

—Dentro de unos límites razonables. No habrás venido para que la gente te diga lo que tienes que hacer, ¿no?

—Me *trajeron*. Inconsciente.

—Eso es verdad, pero no te quedarías si se esperase de ti que acataras órdenes, ¿no es así?

Sands no sabía qué responder. Era evidente que Hetger pensaba que Sands iba a quedarse, y Sands no sabía si estaba preparado para alejarse de un grupo de personas que comprendían por todo lo que había pasado. Pero tampoco sabía con certeza si quería quedarse.

—No pienso quedarme si *ese tipo* —indicó el cobertizo—, va por ahí matando gente indiscriminadamente...

—Clarence no hace nada indiscriminadamente. Ninguno de nosotros lo hace. Debatimos lo que debería hacerse. Discutimos. A veces alcanzamos un acuerdo, y a veces no.

—Matar a Gerry fue un *asesinato* —insistió Douglas.

—¿Asesinato? ¿Cuando ya estaba muerto?

—*No parecía* muerto. Para mí no, no entonces. Ni para la mayoría de la gente. Ni para un tribunal de justicia.

—Los tribunales no están preparados para ocuparse de las cosas que vemos, Douglas —dijo Hetger, muy solemnemente—. ¿Por qué no llamaste a la policía cuando Melanie estaba en peligro?

Sands fulminó a Hetger con la mirada, pero no respondió. Avanzó hacia la casa a largas zancadas. La nieve comenzaba a caer con más decisión.

John llamó a la puerta del pequeño dormitorio un par de horas y cinco centímetros de nieve más tarde. La oscuridad volvía a cobrar fuerza tras las cortinas de color beige.

—Por si te sirve de algo —dijo cuando hubo entrado—, creo que Albert tenía razón acerca de Stafford. No creo que constituyera una amenaza inmediata para nadie. Pero hemos visto cómo eso puede cambiar rápidamente. Tú mismo has visto el cambio.

Sands no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Y ya que «*tal vez, quizá, posiblemente*» hubiera supuesto un peligro, se merecía que le partieran la cabeza por la mitad.

—El *vampiro* que crees que acecha a tu esposa...

—¡La amenazó! ¡Y a Melanie!

—Vale. Una amenaza verbal. ¿Le has visto beber sangre *alguna vez*? ¿La de cualquiera?

—Eso es completamente distinto.

—¿Lo perseguiste con una botella rota, con un bate de béisbol, porque querías discutir el asunto? ¿Te abalanzaste sobre él a través de una ventana porque querías *parlamentar*?

—¡Sé que quiere matarla!

—¿Sabes lo que tal vez sabía Clarence acerca de Stafford? En nuestro mundo son pocas las cosas que puedan dividirse en blancas o negras, Douglas. —Sands se tumbó boca arriba en la cama; entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se quedó mirando el techo—. No estoy diciendo que no hicieras lo correcto —continuó John tras un momento—. Y aunque no estoy de acuerdo con lo que hizo Clarence, no puedo estar seguro de que yo tenga razón y él estuviera equivocado, no cuando cada uno de nosotros obedece los dictados de su propia conciencia, de revelación personal.

Otro instante de silencio tenso.

—Lo que importa —añadió Hetger, al cabo—, es que sigamos adelante, que nos ayudemos mutuamente a aprender y a sobrevivir. No tienes que decidir ahora durante cuánto tiempo quieres quedarte, pero necesito saber si estás dispuesto a ayudarnos con este vampiro, porque cuidar de tu esposa y de la otra mujer ya nos ha mantenido ocupados durante dos semanas.

—Desde luego que ayudaré —rezongó Sands, sin mirar a John.

—Bien. Prepárate para salir dentro de diez minutos.

Capítulo treinta y tres

Sands subió a la furgoneta con los demás: Julia y él en la parte posterior, Clarence al volante, y Jason en el asiento del copiloto. Había dos asientos atrás, y una alfombra vieja y sucia en el suelo, pero la mayor parte del espacio lo ocupaban diversos compartimentos de embalaje, varios de ellos cerrados con llave.

Clarence se dio la vuelta y llamó a Sands:

—Oye, Pete Sampras, cierra la puerta.

—¿John no viene? —preguntó Sands a Julia.

La mujer negó con la cabeza.

—Esta noche se queda aquí con Nathan.

Sands tiró de la pesada puerta corredera, y en cuestión de segundos la furgoneta salió del garaje para adentrarse en la noche en expansión. Julia había traído una mochila de lona medio llena, parecida a la que guardaba Clarence debajo del catre en el refugio antiaéreo; probablemente excedentes militares. Lo único que llevaba Sands consigo era su Louisville Slugger; Julia se lo había entregado antes de partir.

—Lo saqué de tu coche —había dicho.

—¿Sigue en casa de Albert? —había preguntado Sands.

—Está a salvo. Aparcado en el distrito sur.

La calle del distrito sur en la que estaba aparcado su coche fue, por cierto, donde les dejó Clarence quince minutos después de abandonar la casa. El coche de Sands estaba estacionado detrás del de Julia. Por lo demás, la calle estaba desierta. Se trataba del antiguo distrito de oficinas, una colección de grandes edificios cuadrados, antiguos bancos y grandes almacenes que eran ahora cascarones vacíos o empleados sólo para guardar enseres. La comisaría de policía se encontraba también en el distrito sur, por lo que la zona no había sufrido demasiado a manos de los vándalos y era un lugar razonablemente seguro en el que se podía dejar un coche sin vigilancia durante breves períodos de tiempo; lo bastante breves como para que el vehículo no quedara enterrado por la eficiencia de las quitanieves.

En esta porción de la ciudad, el ala norte ostentaba avenidas largas y rectas, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y hendían los estrechos cañones de cristal y acero. Sands se encorvó para guarecerse del frío cortante e intentó concentrarse en la tarea que tenían entre manos. Aquí el viento no era más que un inconveniente, un incordio, no algo a lo que temer. No había ninguna voz, tan sólo un irregular silbido carente de significado.

Cuando Clarence y Jason se hubieron alejado, Sands aguardó impacientemente a que Julia abriera el maletero de su coche y comenzara a desempaquetar metódicamente los contenidos de su petate. La proximidad de la comisaría no tardó en pasar a convertirse en fuente de inquietud, en vez de seguridad, cuando Julia abrió

un gran estuche de plástico del que sacó una ballesta.

Sands paseó la mirada por los alrededores, nervioso.

—¡Dios santo! —Julia ignoró su alarma mientras sometía el arma a una rápida inspección visual. El siguiente estuche, más pequeño, contenía al menos una docena de flechas de cabeza cuadrada—. ¿Pilláis todo eso en Wal-Mart? —preguntó Sands, con sarcasmo.

—No. En Wal-Mart sólo compramos las pistolas. Dios bendiga a América. En cuanto a esto —dijo Julia, volviendo a cerrar los dos estuches—, Dios bendiga a Internet. —Cogió algunos objetos más de la bolsa de lona, los metió en una mochila más pequeña, y dejó el petate y los estuches de plástico en el maletero, que cerró—. En marcha. Moveremos tu coche por la mañana.

Sands vio cómo la diminuta mujer abría la puerta del conductor; se cruzó de brazos y tensó la mandíbula, desafiante.

—No me importa reconocer que sabes más que yo acerca de lo que está pasando. Pero eso se debe en parte a que nadie me ha dicho lo que vamos a hacer.

—No hemos tenido mucho tiempo. John no sabía si ibas a acompañarnos. Te has pasado todo el tiempo zanganeando en tu cuarto. —Sands abrió la boca para replicar, pero Julia aún no había terminado—: Si quieres subir al coche, tendremos tiempo de sobra para hablar de lo que te dé la gana. Si no, estupendo. Tú haz lo que quieras, yo me largo.

Sands volvió a abrir la boca, pero Julia ya se había sentado al volante y había puesto en marcha el motor. A regañadientes, ocupó el asiento del copiloto. Se alejaron de la montaña de nieve, bajo la que había enterrada un bordillo en algún punto.

—¿Por qué diablos tienes una ballesta? —preguntó Sands, casi nada más ponerse en marcha.

—¿Cómo se mata a un vampiro? ¿Clavándole una estaca en el corazón? Por lo que he oído, no suelen quedarse quietos.

—Entonces, ¿vamos a por él?

—No —respondió Julia, sin apartar los ojos de la carretera—. Es sólo una misión de reconocimiento, pero nunca está de más pensar en la autodefensa.

—Entonces, ¿por qué la has dejado en el maletero?

—El asiento de atrás se inclina hacia delante. Hay una abertura en el maletero. Pero si no la necesito, una ballesta en el salpicadero suele despertar sospechas en la gente.

—Oh. —Eso tenía sentido. Comprobó el reconfortante peso de su Louisville Slugger. Al menos ahora tenía dos manos útiles—. ¿No debería llevar encima una pistola o algo?

—¿Tienes alguna experiencia con armas de fuego? ¿Has disparado alguna vez?

—Ah... no.

—Entonces no quiero estar cerca de ti si empuñas una pistola. —Condujeron en silencio durante varios minutos, hacia el oeste. Los colosales edificios desocupados del sur cedieron terreno a tiendas más pequeñas, y luego a vecindarios residenciales —. Clarence estaría encantado de enseñarte.

—¿Qué?

—A disparar. A manejar armas de fuego. Estaría encantado de enseñarte si quisieras.

—No me lo imagino encantado de nada —dijo Sands. Julia sonrió. Era la primera vez que recordaba verla hacer algo así—. ¿Te habló Albert de Gerry Stafford?

La sonrisa de Julia se evaporó.

—No estar de acuerdo con Clarence no es motivo para no aprovechar su experiencia.

—Así que sabe de armas.

—Sabe de muchas cosas.

A Sands no le hacía gracia el tono pedante que había adoptado Julia para dirigirse a él, para contestarle. Debía de tener al menos diez años menos que él. John Hetger, por lo menos, había sido bastante sincero durante sus conversaciones ese día, pero Sands todavía tenía muchas preguntas, y seguían surgiendo más a cada minuto. ¿Cómo se suponía que iba a comprender nada si no preguntaba? Pero Julia le trataba como si fuese un incordio. «*No tengo por qué tolerar esto*», pensó, dispuesto a combatir el fuego con fuego. Sin embargo, no podía olvidarse (ni explicar) completamente de cómo le había ayudado Julia con sus diversas heridas. Sus extrañas cualidades eran una baza importante, como lo era el hecho de que ella conociera este desconcertante mundo, conocimientos que agitaba ante sus narices como una zanahoria, al mismo tiempo que le castigaba con un palo por algún tipo de trasgresión tácita. Para colmo de males, la apreciaba, aunque no fuera particularmente atractiva. Sands se alegraba de eso; la situación sería mucho más intolerable si se añadiera el deseo a la contenciosa dinámica de su relación. Le habría guardado un rencor aún mayor.

Así las cosas, pensaba en ella como en una especie de sapo, con sus pequeños ojos abultados. Sentada en un cojín para poder ver por encima del volante, carecía de la gracia de Faye y de la garra de Melanie, aunque parecía investida de una confianza suprema, un sentido del propósito y la dirección, del que las otras dos mujeres carecían.

No mucho más tarde, conforme conducían, las calles y los letreros comenzaron a volverse conocidos para Sands. Sabía qué curva daría Julia y qué había detrás de cada esquina.

—Estamos yendo a mi casa.

—Deberías alegrarte. Es un chollo.

—¿Y eso?

—Podemos quedarnos sentados en el coche, dar un paseo por la manzana cada una o dos horas, y mantener tu hogar bien vigilado. Clarence y Jason se ocupan del apartamento de la muchacha. Allí no hay ningún sitio en el aparcamiento desde el que vigilar como es debido. Tienen que sentarse en el bosque, a la intemperie, detrás de los edificios.

—¿Lleváis haciendo esto desde la primera noche que *llamó* Albert?

Julia asintió.

—Dos personas donde la muchacha. Por lo general dos en tu casa; a veces John venía solo. Sólo hemos visto al... a tu vampiro en el apartamento.

—Así que me estáis haciendo un favor.

—Algo así.

Aparcó al otro lado de la calle y en diagonal con respecto a la casa de Sands, más o menos en la línea divisoria de la propiedad de dos vecinos.

—Para que cada uno piense que hemos venido a visitar al otro, y nadie se preocupe al ver un coche extraño delante de su casa —explicó Julia.

Observar su propio hogar como si fuese un extraño, un ladrón evaluando la propiedad, incomodaba a Sands. No había regresado ni había vuelto a hablar con Faye desde Nochevieja. Aunque ella no tuviera la culpa, se encontró resentido por el hecho de que Faye estuviera tranquilamente sentada dentro —leyendo, viendo la televisión, lo que fuera— mientras él compartía un frío coche con una insoportable y fea tipeja que le despreciaba. Su esposa, igual que Melanie, no tenía ni idea, ni idea *en absoluto*, de lo que había tenido que soportar por intentar protegerla. En lugar de mostrarse agradecida, le había echado de casa de una patada. Por ella, como si se moría.

—Toma —dijo Julia, interrumpiendo sus negros pensamientos. Le puso en las manos un bulto que había sacado de su mochila—. Póntelo.

Tras un momento para deshacer el envoltorio, vio que se trataba de unos finos auriculares de plástico equipados con un pequeño micrófono y un receptor que se enganchaba en la oreja. Julia se colocó un juego idéntico. Sands se peleó brevemente con el suyo pero se lo puso.

—Parezco el monitor de un vídeo de gimnasia.

—*A mí me gusta imaginarme como un controlador de tráfico aéreo* —zumbó la voz de Nathan en su oído derecho. Sands dio un respingo.

—Se activan con la voz —informó Julia. La escuchó en estéreo, normal con la oreja izquierda, y a través del auricular con la derecha. La mujer alargó el brazo y ajustó el agarre de sus auriculares—. Baja el micrófono hasta esta posición —le mostró cómo—, y se apaga. —Sands dejó de oírla por el auricular—. No transmites

ni recibes. Vuelve a subirlo —colocó el micrófono de nuevo en su posición anterior, y Sands volvió a recoger su voz electrónicamente—, y listo. Casa Uno a Casa Dos en posición.

—*Te recibo alto y claro, Casa Uno* —respondió Nathan.

—*Aquí Piso Uno* —dijo Clarence—. *¿Me recibes, Pastelito?*

—*Alto y claro, Piso Uno. ¿Qué hay de «Piso Dos»?*

—*Estoy aquí, pelándome el culo* —dijo Jason.

—*Alto y claro, Piso Dos. Mejor tú que yo.*

—*¿Dónde está Hetger?* —preguntó Sands a Julia.

—*Está conmigo* —respondió Nathan—, *y para ti es Base Uno, Casa Dos.*

Julia apagó su micrófono.

—Si vas a decirme algo, apágalo antes, o será un jaleo. Y nada de nombres por la línea...

—Pero si no hay línea.

—*Menos cháchara, Casa Dos* —dijo Nathan.

Julia estiró el brazo y apagó de nuevo el equipo de Sands.

—Eres muy observador. No hay línea. Es una forma de hablar. Pero como te he dicho, nada de nombres. Podríamos colarnos en algún móvil. Probablemente nadie pudiera enterarse de nada a menos que se esforzaran, pero más vale prevenir que lamentar.

Sands asintió con la cabeza.

—Ahora puedes hablar. Está apagado.

—Vale.

—Mira —dijo Julia, algo exasperada—. Puedes dejarlo encendido y posarlo en el asiento a tu lado. Oirás a cualquiera que hable. Voy a hacer una ronda rápida alrededor de la casa. Recuerda, las ventanas estás tintadas. Si no te mueves mucho, nadie te verá dentro del coche. Vuelvo enseguida. —Sands, tras encender de nuevo su equipo, la oyó decir cuando hubo salido del coche—: *Aquí Casa Uno. Voy a dar una vuelta.*

—*Entendido, Casa Uno* —respondió Nathan.

Sands se quedó sentado a solas en el coche y contempló su vecindario por primera vez con los ojos de un forastero. Estaba escondiéndose de sus vecinos: los Donner, los Murray, la anciana Sra. Lannister. «*¿Y por qué demonios?* —se preguntó—. *Sólo intento proteger a mi mujer, por el amor de Dios*». Pero supo la respuesta en cuanto se hubo formado la pregunta en su cabeza: Sí, intentaba proteger a su mujer. ¿Y de qué? De un vampiro. ¿Entenderían *eso* sus vecinos? ¿Faye? ¿Cuánto tiempo había tardado *él* en convencerse de que el merodeador existía de verdad, incluso después de haberlo visto con sus propios ojos? No había forma racional de explicárselo a nadie. No había forma cuerda.

«Bueno, que les den —pensó—. Ya nos encargaremos nosotros del problema, y ellos podrán seguir adelante con sus plácidas vidas. Sin saber jamás que su seguridad es poco más que un espejismo».

Sands observó su hogar, sabedor de que no podría regresar a él. Se preguntó cómo habían llegado tan lejos las cosas; no las cosas demenciales que había empezado a ver y a oír, sino la progresiva y sutil destrucción de su felicidad. ¿Habría sido tan lento el desarrollo en realidad, o es que él no se había dado cuenta hasta que ya era demasiado tarde? Su frustración crecía estando allí sentado; el que había sido su hogar durante dos décadas estaba al otro lado de la calle pero era inaccesible, todo lo que veía le era conocido y extraño a la vez. A través de las ventanas de la sala de estar y del abanico de cristal esmerilado de la puerta principal, podía ver que emanaba una luz cálida. Ésa debía de ser la lámpara de la mesa del recibidor. La madre de Faye les había dado esa lámpara a modo de obsequio al empezar a vivir en la casa. Douglas había llegado hasta el extremo de romperla «accidentalmente» en una ocasión, pero Faye había insistido en pegar los pedazos. Ahora la bombilla no encajaba del todo, y la pantalla estaba ligeramente torcida. Sin embargo, le había parecido demasiado arriesgado provocar un segundo accidente. «Debería haberla aplastado cuando recogí mis cosas en Nochevieja», pensó. Pero ésa no era la clase de peleas que habían tenido Faye y él; sus discusiones no eran tumultuosos acontecimientos en los que se gritaba y se rompían cosas. Preferían las indirectas y las puñaladas por la espalda. Hacía mucho que su matrimonio se había convertido en una guerra de subterfugios.

Para cuando Julia hubo regresado al coche, en el interior hacía mucho más frío, y el talante de Sands era tan agrio como podía serlo.

—Aquí Casa Uno. Todo despejado por ahora.

—*Recibido, Casa Uno* —se apresuró a responder Nathan.

Julia se quitó el equipo y lo colocó en su regazo. Indicó a Sands que apagara el suyo.

—Mañana deberías llamar al trabajo. O eso, o acudir. Has faltado el jueves y el viernes. Estarán preguntándose...

—Deja de decirme lo que tengo que hacer —espetó Sands... pese a saber que tenía razón. Ni siquiera se había acordado del trabajo, ni de que mañana sería lunes. Los antiguos parámetros de su vida habían dejado de significar algo para él: su matrimonio, su empleo, algo tan básico como los días de la semana.

Julia se crispó.

—De acuerdo... —dijo, esforzándose obviamente por no levantar la voz. Pero, sus palabras brotaron veloces y con rabia—: No pienso aguantarlo más. Hemos intentado ocuparnos de la gente que te importa, y yo personalmente te he ahorrado dos visitas al hospital. Si no quieres dar las gracias, me da igual. Puedo soportarlo. Puedo aceptar el hecho de que seas un capullo egocéntrico y faldero anclado en una

eterna adolescencia, pero si quieres formar parte de esta operación, más te vale que escuches y aprendas, porque ya has visto que las cosas pueden torcerse, y cuando se tuercen pueden resultar *letales*. Lamento que tu matrimonio no vaya bien, o que no fuera bien, lo que sea, pero yo también he pasado por un matrimonio frustrado. He perdido un marido y un hijo, mi pequeño Timothy. Así que puedes echarle la culpa al mundo y odiar a todos los demás por tus problemas si te apetece, pero puedes ahorrarte tu genio conmigo.

—Siento que perdieras un hijo... —respondió Sands, igual de enfadado que Julia. Sus palabras le sorprendieron tanto como a ella, y de algún modo absorbieron la hostilidad del ambiente casi por completo. Sands continuó con un tono más razonable, casi de arrepentimiento—: Yo perdí un hijo. Pe... perdimos un hijo. Faye y yo.

Julia apartó la mirada de él. Sands vio que tragaba saliva.

—Lo siento.

—Tienes razón. Mañana tengo que llamar al trabajo.

Permanecieron sentados en silencio durante un buen rato. Sands volvió a encender su equipo, pero los demás no dijeron nada que le distrajera. Los copos anteriores habían cesado, pero empezaba a arreciar el viento. Sands intentó ignorar los árboles y los rastrojos que se inclinaban y rodaban; intentó no escuchar el lamento intermitente. No oyó aquel sonido capaz de helar los huesos, la pequeña voz inocente. Cerró los ojos, a sabiendas de que no debería, que Julia y él estaban ahí para vigilar. Pero no podía reunir el valor necesario para volver a contemplar su propio hogar. Le aterrorizaba que pudiera ver una pequeña figura cruzando la calle en plena noche, una mano pequeña tendida hacia él.

Sands se obligó a abrir los ojos. Se preguntó si Julia seguiría viendo a su hijito... del mismo modo que él veía a Adam. No sonaba como si hubiera perdido su custodia por culpa de un divorcio. Sands la miró, pero ella estaba concentrada en la casa. Quería preguntarle, pero no se atrevía. La pregunta era demasiado personal, y lo que revelaría acerca de él mismo era demasiado embarazoso. Por fin consiguió volver a mirar su hogar. No hay ningún niño en la calle, ninguna voz en el viento. Pero ¿durante cuánto tiempo seguiría siendo así? ¿Durante cuántas horas podía quedarse ahí sentado, tan cerca del lugar del que ya había huido en más de una ocasión?

Anhelaba cualquier distracción... y se agarró a una, pese al dolor renovado que pudiera causarle a Julia.

—¿Qué pasó con el cuerpo de Albert?

Julia, perdida en sus propios pensamientos sombríos, no se animó con la pregunta.

—Lo incineramos.

—¿La policía...?

—La policía no lo sabe. Nadie más lo sabe.

Aquello desconcertó a Sands.

—¿Cómo que nadie más lo sabe? Está muerto. ¿Cómo no va a saberlo nadie? Los empleados del crematorio lo sabrán.

—John tiene amigos —dijo Julia, frunciendo el ceño ante el sarcasmo de Sands—. Ya está resuelto. La gente se imaginará que ha desaparecido con el tiempo, pero nadie sabrá lo que ha ocurrido. Si la policía empieza a hacer preguntas, tú serás de los que sólo sepan que ha desaparecido, puesto que pasaste una temporada en su casa.

—Dios santo —musitó Sands—. Así que habrá desaparecido así, sin más. ¿No tiene familia...?

—No, pero aunque la tuviera, tendría que ser así, Douglas. La caza se antepone a todo lo demás: familia, amigos, trabajo. Así ha de ser —puntualizó.

—Pero yo tengo que llamar a la oficina. —El escepticismo regresaba a rastras al tono de su voz.

—Si planeas conservar tu empleo, tendrás que cubrir tus pasos. Coartadas, razones de peso para faltar al trabajo. —Julia se encogió de hombros. A Sands le parecía que todo el mundo se había apropiado del gesto de Hetger—. No tienes por qué conservar tu empleo, pero creo que sería buena idea. No resulta sencillo vivir del aire. Algunos de los nuestros tienen inversiones. Yo vendí mi casa. Vivo de las rentas. Por ahora.

—No es el mejor plan de jubilación que se me ocurre.

—Ninguno de nosotros piensa llegar a jubilarse.

A Sands no le gustó el tono en que dijo eso Julia. ¿Se refería a que la batalla no terminaría jamás, o a algo más ominoso, más acorde con la suerte de Albert? Antes de que Sands tuviera ocasión de plantear la pregunta —o de decidir si quería plantearla— el equipo de Julia crepitó en su regazo.

—*Aquí Piso Uno. Lo vemos. Repito. Lo vemos.*

Sands quiso encender su equipo, pero Julia le detuvo. Contemplaba el suyo como si de una serpiente dispuesta a atacar se tratara.

—Limítate a escuchar —susurró—. Si nos ponemos a conversar por la línea, podría oírlo.

Sands no alcanzaba a comprender cómo podría ocurrir tal cosa, a menos que el merodeador estuviera justo al lado de Clarence y Jason. La voz del equipo sonaba lo bastante clara para Sands y Julia, pero se encontraban en un espacio pequeño y cerrado. De todos modos, hizo caso a Julia y se limitó a escuchar.

No hubo nada que escuchar durante varios minutos. Seis, para ser precisos. Pero parecieron alargarse hasta la eternidad. En medio de ese intenso silencio, Sands sintió la súbita necesidad apremiante de ir al cuarto de baño.

Julia apenas hizo un gesto en todo ese tiempo. No apartó los ojos del equipo.

—Si hubiera estado observando sin más desde el edificio abandonado —susurró—, lo habrían dicho. Debía de estar moviéndose, pasaría cerca de ellos. Probablemente se acercaba al edificio para trepar por la pared. Si es que hace lo que ya hizo una vez.

—Entonces, ¿a qué esperan? —susurró Sands, apremiante, a modo de respuesta. No sabía a ciencia cierta cuan sensible era el micrófono, qué volumen de voz era necesario para activarlo. Lo último que quería hacer era decir cualquier estupidez y que alguien, Clarence o Jason tal vez, muriera. La segunda última cosa que quería era quedarse allí sabiendo que el merodeador estaba trepando al edificio de Melanie, escalando hasta su ventana—. Vámonos. Está allí. Faye está a salvo. No nos necesita. —Julia le indicó que se callara, pero Sands no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer—. ¡Quizá nos necesiten! —Se aseguró de mantener su voz más baja que la de Julia. Ella tenía el micrófono más cerca que él, pero... ¿y si su voz, más profunda, llegaba más lejos o resonaba más? Intentó guardar silencio, pero era una batalla perdida—. Vámonos.

—Sólo va a vigilar —susurró Julia—. Es lo único que ha hecho hasta ahora. No ha mostrado ningún indicio de...

—¡Oh, rayos! ¡Ha entrado! —exclamó la voz de Clarence, seguida de una confusión de sonidos.

—¡Ha roto la puerta de cristal, la corredera! —dijo Jason, mucho más alto—. ¡Vamos a entrar!

Julia se puso enseguida el equipo. Sands encendió el suyo. Oyó más ruidos, Clarence y Jason en movimiento, la nieve crujiendo bajo sus pies, su respiración.

—¡Julia, vamos! —gritó Sands, entre dientes—. ¡Vamos!

—*No hay tiempo, Casa Dos* —zumbó la voz de Hetger—. *Y nada de nombres* —añadió bruscamente. Julia tapó el micrófono con la mano.

—Se habría terminado antes de que llegásemos —dijo, pero distaba de tomarse sus propias palabras al pie de la letra. Los nudillos de su mano izquierda se veían blancos sobre el volante, igual que los de ambas manos de Sands, enroscadas en torno al bate de béisbol.

Douglas podía imaginarse al merodeador rodeando la garganta de Melanie con sus manos. No podía escuchar más; quería quitarse el equipo, pero no conseguía reunir las fuerzas necesarias.

—¡Tenemos que ir!

Pisadas en el auricular, pero no el sonido de la nieve aplastada. Un impacto más sólido. Los escalones. El tenor cambió cuando Clarence y Jason hubieron alcanzado el porche elevado.

—¡Oh, rayos! —Sands tendió la mano hacia las llaves en el contacto. Julia la apartó de un papirotazo.

Un fuerte golpe. ¡Luego un disparo! Sands y Julia se sobresaltaron al unísono. Una mujer gritando. *Melanie*. Uno de los hombres gritaba a su vez, pero las palabras eran confusas. Más gritos. Otro estallido de arma de fuego. Cristales rotos.

—*¡Vamos!* —exclamó uno de ellos. Sands no pudo distinguir si se trataba de Clarence o de Jason.

Douglas intentaba escuchar más allá de la voz masculina, oír si Melanie seguía gritando. Pensó que la oía. ¿Estaba herida? Si gritaba era porque seguía con vida. Pero ¿era ella de verdad? ¿Sería lo que él quería oír?

Pisadas en el porche de nuevo. Una respiración pesada. Escaleras.

—*¡Ha salido por ahí! ¡Mira! ¡Por ahí!* —Era Clarence, excitado pero controlado, dando instrucciones a Jason—: *¿Ves eso? Cuarta planta. Con la lona.*

—*Lo veo.*

—*Vamos. Pégate a mí.*

—¿Y Melanie? —se apresuró a preguntar Sands, esforzándose para no gritar al micrófono.

Sólo se oía la respiración pesada y el sonido de un movimiento apresurado, hasta que:

—*Está bien. Me parece.* —Era Jason.

—¿Le parece? —Esta vez Sands gritó—. ¿Cómo que te parece?

—*Casa Dos, silencio o te desconecto. Tú eliges* —dijo Hetger.

—*Piso Uno y Dos, despejad la zona enseguida* —dijo Nathan—. *El 9—1—1 va en camino.*

—¿Podría estar desangrándose! —gritó Sands—. ¡Necesita ayuda ahora mismo!

Julia le arrebató el equipo. Estaba a punto de iniciar otra discusión, pero el estruendo de los auriculares cautivó su atención.

—*Estamos dentro* —informó Jason. Sands sabía exactamente dónde estaban. El edificio abandonado, el apartamento de la cuarta planta con la lona azul que cubría el boquete donde debería haber habido una puerta corredera y un balcón—. *Vemos el rastro. Se dirige... rayos, bajó por el agujero que hay detrás del calentador.*

—¿B y C? —inquirió la voz de Clarence.

—*Sí* —respondió Hetger inmediatamente, sin sombra de duda ni vacilación—. *Piso Uno y Dos, actuar en vuestra posición. Casa Uno y Dos, al puesto treinta y tres. ¿Entendido?*

—*Casa Uno y Dos, entendido* —dijo Julia.

—*Piso Uno y Dos, entendido.*

—*Pisos, daos prisa* —añadió Nathan—. *Estoy en el escáner. Pasma en menos de dos.*

—*Alto y claro, Pastelito.*

—¿De qué demonios están hablando? —quiso saber Sands—. ¿Qué es el puesto

treinta y tres? ¿Qué es B y C?

Julia le lanzó el equipo de vuelta y puso en marcha el motor.

—El puesto treinta y tres es a donde nos dirigimos ahora mismo. B y C es «búsqueda y captura».

Parecía preocupada pero determinada cuando salieron rugiendo del bordillo cubierto de nieve.

Capítulo treinta y cuatro

Julia conducía de regreso por el distrito sur tan rápido como le era posible sin llamar la atención de la policía. En esos momentos, una simple multa por exceso de velocidad podía resultar desastrosa en más de un sentido: Sands y ella podían terminar en la cárcel, y los demás cazadores podían terminar muertos.

—Baja el asiento trasero y saca los estuches del maletero. También hay una palanca. Cógela.

Sands gruñó al encaramarse al asiento y rebotar de uno a otro lado por culpa de las inesperadas maniobras del vehículo sobre la carretera cubierta de hielo.

—*Informe del escáner* —crepitó la voz de Nathan en el equipo, que Sands había dejado en el asiento delantero—. *Ha llegado el agente Amigo. La niña está bien. Repito: bien. No hace falta llamar a la ambulancia. Probablemente ni siquiera vio a nuestro sonrisas.*

—Lo que significa que el agente Amigo estará buscando a nuestros muchachos —añadió Julia.

—*Estamos en la posición seis* —informó Jason—. *Amigo no va a seguirnos acá abajo.*

—*No estés tan seguro* —advirtió Hetger—. *Pastelito, mantén los oídos abiertos por si oyes algo de K—9. Podríamos tener problemas.*

—*Eso haré.*

Mientras movía el asiento y cogía los estuches del maletero, Sands no dejaba de repetirse: «*Está bien. Melanie está bien. Gracias a Dios. Está bien*». Saber que estaba a salvo casi compensaba los momentos de agonía en que había visualizado a la criatura acercándose al apartamento de Melanie, trepando por la pared; en que se había imaginado los afilados colmillos penetrando en su garganta. Los disparos le habían dejado el corazón helado. Sus encuentros con el merodeador habían sido horribles de por sí, pero escuchar, impotente, sin saber nada, era mucho peor. La adrenalina recorría todo su cuerpo; pugnó por controlar el pronunciado temblor de sus manos.

Cuando Sands hubo conseguido sacar el estuche de la ballesta a través de la abertura del maletero, Julia giró bruscamente a la derecha, privándole de equilibrio y estrellándole contra la ventana.

—Perdona. Ya casi hemos llegado.

La posición treinta y tres, como descubrió Sands enseguida y para su pesar, era la tapa de una alcantarilla que comunicaba con el sistema de canalización municipal.

—¿Qué edificio? —había preguntado cuando se detuvo el coche.

—Ninguno. —Julia indicó la tapa de la alcantarilla.

—¿Vamos a bajar por ahí?

Julia había aparcado a media manzana de distancia, pero era inevitable que ahora hubiera algunos coches más circulando, por lo que Sands y ella tuvieron que esperar. Tras colocar algunas de las flechas de punta cuadrada en un bolso que llevaba colgado al costado, Julia se puso la mochila e intentó, con escaso éxito, ocultar la ballesta bajo su abrigo; era demasiado pequeña para esconder debidamente la aparatosa arma.

—Ten —dijo Sands, entregándole el Louisville Slugger y cogiendo la ballesta—. Deja que lleve eso hasta que no pueda vernos nadie.

—Gracias. Dame también la palanca.

A tenor de la velocidad a la que solía conducir la gente, Sands no podía creer la eternidad que parecían tardar los demás coches en perderse de vista, doblar una esquina, pasar de largo. Cuando se animó a abrir la puerta, apareció otro coche y tuvieron que esperar un poco más.

—Um... —empezó Sands, decidido a aprovechar el enloquecedor retraso—. ¿Qué vamos a hacer exactamente cuando estemos ahí abajo? —Tenía puesto el equipo, pero lo apagó antes de hablar.

Julia inhaló hondo. Cubrió su micrófono, en lugar de apagar el equipo.

—Vamos a intentar encajonarlo: Clarence y Jason por el norte, nosotros por el sudoeste, John por el sudeste. A lo largo de estas dos semanas, hemos estado vigilando a tus amigas y explorando un poco, por si llegábamos a esto. Estábamos dispuestos a observar siempre y cuando no emprendiera ninguna acción agresiva. Nos costó convencer a Clarence para que se aviniera. Pero después de lo de esta noche...

—Búsqueda y captura —dijo Sands. Julia asintió—. ¡No habréis dibujado un mapa de las alcantarillas!

—No ha hecho falta. Nathan encontró los croquis. Señalamos una serie de encrucijadas en las que convergen las series de túneles y rastreamos esos puntos. Pero si esta cosa puede escurrirse por espacios demasiado angostos para un ser humano, estaremos jodidos.

—Se escapará —dijo Sands, acordándose de lo rápido que se había movido el merodeador cuando lo vio en acción—. Lo perderán ahí abajo. Es demasiado veloz.

—No tienen que tenerlo a la vista. Clarence lo habrá tocado. Están siguiendo un rastro visible.

—¿Cómo que...? ¿Qué clase de rastro visible?

—Lo entenderás cuando lo veas —le aseguró Julia—. Parece humo, pero no lo es. Ya lo verás. Es algo que puede hacer Clarence... como cuando vemos cosas y, sencillamente, *sabemos*.

—Como cuando me ayudaste a recuperarme. ¿Ese es el don de Clarence?

—Exacto. Uno de ellos. Don, virtud, como quieras llamarlo.

Sands asintió. Intentaba asimilar todo aquello. «*Voy a seguir un rastro de humo,*

que no es humo, persiguiendo a un vampiro por las cloacas para poder matarlo con una ballesta y un bate de béisbol». Bien pensado, decidió no pararse a contemplar los detalles en ese preciso momento.

—Los equipos llevan localizadores GPS incorporados —continuó Julia—. Nathan nos dirigirá y coordinará nuestros movimientos.

—¿Y John va a bajar solo? —preguntó Sands, pensando al mismo tiempo que ni por todo el oro del mundo haría él algo así. Luego cayó en la cuenta de que ya lo había hecho... no en las cloacas, pero se había enfrentado al merodeador y había sobrevivido. Por los pelos.

Julia no respondió en esta ocasión. Estaba escrutando la calle. Los últimos coches se perdían de vista.

—Vamos.

A Sands tampoco le resultaba sencillo ocultar la ballesta. Estaba seguro de que, si le viera alguien, pensaría que tenía toda la pinta de estar intentando ocultar un arma letal bajo el abrigo. Por suerte, Julia sabía exactamente lo que quería hacer. Atacó los bordes de la tapa con la palanca. En menos de treinta segundos, había roto el hielo y la nieve prensada y abrió la tapadera.

—Hemos estado despejando algunas de éstas cada pocas noches —le dijo a Sands cuando sacó la linterna de su mochila y empezó a bajar por la escalera—. No habríamos acabado a tiempo con el hielo y la nieve de todo el invierno.

—¿Vuelvo a ponerla en su sitio? —preguntó Sands detrás de ella, empezando a descender.

—A menos que quieras que el agente Amigo y todo hijo de vecino nos siga hasta aquí abajo.

—Yo estaba pensando más bien en cómo salir en caso de necesidad. —Le entró la ballesta y se peleó con la tapa de la alcantarilla, todo ello procurando conservar el precario equilibrio en la escalerilla e imaginándose al siguiente coche que surgiría de la curva en cualquier momento. Al fin, consiguió encajarla en su sitio.

Al final de la escalera, Sands intentó recuperar el aliento, pero no tardó en descubrir que inhalar hondo le producía arcadas. En la opresiva penumbra, el olor a putrefacción era abrumador.

—Ya te acostumbrarás —dijo Julia, cubriendo su micrófono—. Un poco. —Entregó el bate a Sands.

Él la imitó, tapando el micrófono cuando quería dirigirse a ella; no quería perderse ni una palabra que pudiera proceder de Nathan y los demás. Sands palpó el canto de la ballesta.

—¿Cómo te las has apañado para camuflar esto en otras ocasiones? Casi no me cabía debajo de la chaqueta.

—Es la primera vez que la uso.

—¿Cómo dices?

—Digo que es la primera vez que la uso, salvo en el campo de tiro. Éste es nuestro primer vampiro.

—Nuestro primer vampiro —repitió Sands. Las palabras resonaron por todo el túnel—. ¿Con *nuestro* te refieres a...?

—A todos. Jason ha visto uno antes, incluso descubrió cómo se llamaba, pero nunca nos hemos enfrentado a uno.

Todas las reservas de Sands, que había conseguido aplacar con relativo éxito, afloraron a la superficie. Se preguntó de repente si Julia, o *cualquiera* de ellos, sabía qué demonios estaban haciendo.

—*Aquí Piso Dos. Nos acercamos a la encrucijada A.*

—*Voy a recogeros, Piso Dos* —dijo Nathan—. *¿Estado del objetivo?*

—*Sigue corriendo hacia el sur* —respondió Clarence.

Sands y Julia avanzaban en dirección noreste. Los principales túneles de alcantarillas se distribuían formando una rejilla, una línea cada pocos bloques de la superficie, con tuberías más pequeñas e inaccesibles que abastecían distintas áreas. De vez en cuando, Pastelito dirigía a las Casas Uno y Dos algunas manzanas hacia el este, pero su rumbo principal era el norte. La ciudad se extendía más hacia el norte y el sur siguiendo el eje del río Iron que hacia el este y el oeste. Hetger, por su parte, bordeaba el oeste conforme avanzaba hacia el norte. El plan era que los cazadores convergieran sobre el merodeador y se enfrentaran a él cinco contra uno.

«¿Y si muere alguno antes de que converjamos?», se preguntó Sands.

Hacía frío en las cloacas, pero no tanto como en la superficie. El constante borboteo del agua contrastaba con la hedionda naturaleza del torrente contaminado que corría bajo —y sobre— sus pies. En primavera, estos túneles servían de torrenteras, inundados de nieve derretida. Las botas de Sands no eran tan resistentes al agua como para mantener secos sus pies, y en algunos lugares el pútrido líquido le alcanzaba los tobillos. Conforme los dedos de sus pies fueron perdiendo la sensibilidad uno a uno, las negras aguas le recordaron el cuerpo de Albert, flotando si vida, mientras el hedor evocaba recuerdos del merodeador y un contenedor saturado de desperdicios en descomposición.

Julia le había dado una linterna de recambio que había sacado de su mochila. Mientras Sands alumbraba las paredes del túnel, esperaba ver de repente la demoníaca mueca del merodeador y seguía pensando que podía escuchar el rechinar de los dientes como cuchillas. Lo único que sabían todos ellos de la localización de la criatura era lo que podían inferir gracias a los escuetos informes de Clarence y Jason y la consiguiente triangulación de Nathan.

—*Aquí Piso Dos. Nos acercamos a la encrucijada B. La sanguijuela sigue*

avanzando hacia el sur.

—*Vamos a taponar B* —dijo Clarence.

—*Entendido* —respondió Nathan—. *Casas Uno y Dos, Base Uno, mantened vuestras posiciones. Estáis a unos... seiscientos metros de B, sudoeste y sudeste. Algo menos que eso entre vosotros.*

—*Casa Uno. Mantenemos la posición.*

—*Aquí Base Uno. Manteniendo la posición. Todo el mundo atento. Si la sanguijuela no sabía todavía que tenía compañía, lo sabrá después de esto.*

«*¿Después de esto?* —se preguntó Sands—. *¿Después de qué?»*. Entonces sintió la sacudida.

El túnel tembló bajo sus pies. También la onda sonora atravesó los túneles como una locomotora. Por un momento, Sands esperó ver el foco de un tren abalanzándose sobre él. Pero el sonido y la vibración se redujeron hasta desaparecer.

—*¿Qué demonios ha sido eso?* —exclamó Sands... en el preciso instante que un segundo temblor estremecía el túnel.

—*Eso era la encrucijada B.*

Sands no daba crédito a sus oídos; no podía creer que Julia se lo estuviera diciendo con tanta tranquilidad.

—*¿Lo han volado? ¿Con qué... dinamita?*

—*Granadas.*

—*Oh. Dios. Mío.*

—*Casas Uno y Dos, Base Uno, atentos* —reiteró Nathan—. *Está acercándose.*

Sands no sabía qué le asustaba más: la perspectiva de toparse de bruces con el merodeador, o la idea de que Clarence y Jason estuvieran lanzando granadas en las cloacas. Casi habían dejado de temblarle las manos, pero su corazón galopaba desbocado; no entendía cómo podía latir a ese ritmo sin explotar.

Por intimidante que hubiera resultado abrirse paso por los túneles, mantener la posición era aún peor. Sands y Julia barrieron con sus linternas los pasadizos del norte y el este. Y esperaron. El frío penetraba en sus huesos desde la planta de los pies, y la pestilencia de las alcantarillas impregnaba cada bocanada de aire.

—*Atentos, todos* —dijo Clarence, transcurridos algunos minutos—. *Creo que hemos llamado su atención. Ha girado hacia el este. Va hacia ti, Base Uno.*

Este. Hacia Hetger. Sands contuvo la respiración.

—*Si tienen un rastro que seguir* —preguntó a Julia, irritado por su propia e intensa preocupación—, *¿por qué rayos no nos quedamos juntos y seguimos todos al maldito bicho?*

—*No sabemos hasta cuándo dura el rastro. Podrían ser días. Quizá horas, o ni siquiera tanto. De esta forma, si desaparece, aún tendremos una oportunidad.*

«*Una oportunidad de que nos mate a todos*», pensó Douglas.

—*Base Uno* —llamó Nathan—, *media vuelta. No quiero que esa cosa se te acerque por el norte, por la espalda.*

—*Entendido* —respondió Hetger.

Sands volvió a experimentar la impotencia que había sufrido en el coche, mientras escuchaba a Clarence y a Jason. Su mente se había llenado de imágenes del merodeador y de lo que iba a hacer con Melanie. Ahora veía a la bestia arrastrándose por los negros túneles, emboscando a John. Y los demás no oirían más que algunos gritos, tal vez alguna maldición... y luego nada, salvo los gruñidos y jadeos de los demás mientras corrían hacia el escenario, demasiado tarde.

Sin embargo, Julia y él mantenían la posición. Se estaba volviendo loco, experimentó preocupado, sosteniendo la linterna y el bate. Podría verse obligado a esgrimirlo de nuevo con un solo brazo; por lo menos esta vez podría utilizar la mano derecha. «*Deberíamos haber parado en Wal-Mart* —pensó de repente—. *Debería haber comprado una pistola. Muchas. Grandes*». De pie junto a Julia, con sus patéticos haces de luz, Sands se sintió increíblemente pequeño, y la oscuridad era inmensa.

—*Uh-oh* —crepitó la voz de alguien en el equipo. Eso captó la atención de Sands al instante—. *Aquí Piso Dos. Tenemos una, eh... grieta. Un agujero en la pared del túnel.*

—*Al norte* —añadió Clarence—. *¿Lo tienes en el mapa, Pastelito?*

—*¿Estáis justo delante?*

—*Correcto.*

—*No. No sale en los croquis. ¿El rastro...?*

—*Sí* —respondió Clarence—. *Ha entrado. Parece que nos va a tocar arrastrarnos. Piso Dos, no vale la pena que andes a gatas detrás de mi culo. Quédate aquí hasta que yo vea a dónde conduce esto.*

—*¿Y si te encuentras con él?* —preguntó Jason, preocupado.

—*Le volaré la cabeza* —contestó Clarence, sin vacilación.

—*Entendido* —dijo Nathan—. *Casa Uno y Dos, hacia el este dos, tal vez tres, intersecciones, para prestar apoyo a Base Uno.*

—*Alto y claro* —respondió Sands, aliviado por no tener que continuar parado por más tiempo. Julia y él corrieron al encuentro de Hetger.

—*Rayos* —se oyó la voz de Clarence—, *esta cosa vuelve sobre sus pasos. Sube recto y luego ciento ochenta.*

—*Si regresa a la superficie, lo habremos perdido* —dijo Jason.

—*No* —dijo Clarence—. *Depende de lo fresco que sea el rastro. Podemos seguirlo por arriba, sólo que habrá más gente de la que preocuparse.*

—*Piso Uno* —intervino Nathan—, *¿has dado la vuelta?*

—*No. Sigo adelante.*

—*De acuerdo. Debes de estar directamente encima de Piso Dos. ¿Todavía ves el rastro?*

—*Sí. Aún lo tengo.*

El túnel que seguían Sands y Julia torcía hacia el sur y luego volvía hacia el este. En la siguiente intersección, Sands, antes de darse cuenta de lo que estaba viendo, atravesó un reguero de humo suspendido en el aire y paralelo al pasadizo norte-sur... pero el humo no se disipó ni reaccionó a su paso.

—*¿Qué demonios...?*

—*¡Tenemos el rastro!* —anunció Julia—. En el túnel norte-sur. Tiene que ser más reciente que el de Piso.

Alumbró con su linterna ansiosamente, primero en una dirección y luego en la otra. Sands, al comprender ahora lo que estaba viendo, la imitó.

—*¿Hacia dónde va?* —quiso saber Jason.

—*He dicho norte-sur.*

—*¿Pero hacia dónde?*

—*¿Cómo demonios voy a saberlo?* —espetó Julia.

No tardó en saberlo. En el intervalo de unos escasos segundos, mientras Sands y ella escrutaban las cuatro medidas del túnel —túnel vacío, oscuridad, túnel vacío, oscuridad— la bestia se abalanzó sobre ellos.

Sands trastabilló de espaldas de repente. Consiguió escudarse con el Louisville Slugger, pero perdió la presa sobre él. El bate rebotó contra una de las paredes de cemento, para aterrizar en el agua.

Una voz zumbaba en su oído: «... *¡Pisos, una intersección al oeste, luego al sur! ¡Base Uno, dirección oeste! ¡Deprisa! ¡Deprisa!*». Sands no tuvo tiempo de asimilar el significado de las palabras. Intuía que no iban dirigidas a él. Tanto su linterna como la de Julia descansaban ahora en el cieno, proyectando largas sombras amenazadoras.

El merodeador estaba estrangulando a Julia. Sus garras se hundían en su garganta, cortándole la respiración. La mataría enseguida... a menos que Sands lo impidiera. Cogió a la criatura por los hombros y la apartó de ella... ¡lo lanzó contra la pared opuesta! Por una fracción de segundo, Sands se quedó petrificado, asombrado por lo que acababa de hacer... era todo el tiempo que necesitaba el merodeador.

Saltó sobre él, golpeó y le laceró el rostro con sus garras. Sands se desplomó y cayó de cabeza a las fétidas aguas. El merodeador volvió a atacar. Levantó a Sands por el pelo y retrajo sus garras. Los ojos rojos de la bestia fulguraban a escasos centímetros de distancia. Su nariz se arrugó ante el olor de la sangre que le bañaba la cara.

Cuando se disponía a golpear, un inesperado impacto estremeció el cuerpo de la criatura. Se giró, y Sands vio el proyectil de la ballesta incrustado en el hombro del merodeador. Lo empujó al suelo y se giró hacia Julia.

«¡Dispara otra vez!», quería gritar Sands mientras intentaba recomponerse, pero tenía la mandíbula entumecida y la boca inundada de sangre. «¡Recarga! ¡Dispara otra vez!»

Pero en lugar de recargar la ballesta, Julia apuntó a la bestia con un dedo.

—¡Vete! —ordenó.

Una chispa cegadora prendió en el aire que los separaba cuando avanzó el merodeador. El monstruo se detuvo de repente, como si estuviera momentáneamente desorientado. Volvió a avanzar hacia ella. Otra chispa, y la bestia trastabilló de espaldas. Abrió sus fauces cuajadas de dientes como cuchillas y siseó... y frunció los labios, una expresión escalofriante y burlona en aquel semblante grotesco. Giró en redondo y volvió a asir a Sands, que acababa de incorporarse y no tenía manera de esquivar a la bestia...

Una explosión hizo erupción detrás de la cabeza de Sands. Una porción del pecho del merodeador se abrió desgarrada, salpicando a Sands de sangre y trozos de carne. El disparo resonaba en sus oídos.

El merodeador retrocedió a causa de la fuerza del impacto, pero no cayó. Se recuperó increíblemente rápido y saltó en dirección a Sands...

...Por encima de su cabeza. Y aterrizó sobre Jason. Resonaron dos disparos más. Sands vio que al menos uno atravesaba la espalda del merodeador, pero la bestia no pareció inmutarse. Tenía a Jason. Sus colmillos arrancaban pedazos de carne del rostro del joven. Sands escuchó los desesperados gritos sofocados de ayuda.

Otra voz exclamó:

—¡Quítate de en medio!

Sands giró en redondo y vio que Julia lo apuntaba con la ballesta... apuntaba a su espalda, pero él estaba en su camino.

—¡Muévete!

Se aplastó contra la pared del túnel, pero cuando lo hizo, algo se rompió en su espalda. Comenzaron los espasmos, los músculos de su cintura se contrajeron.

«¡No! ¡Maldita sea!» Sands se tambaleó apartándose de la línea de fuego de Julia, pero el merodeador ya se había dado la vuelta y utilizaba el cuerpo de Jason a modo de escudo. Su cara, ensangrentada y mordisqueada, resultaba apenas reconocible... salvo por sus ojos, desorbitados a causa del dolor. El merodeador lo sostuvo en alto, sin mirarlos, con un brazo nervudo enroscado a su alrededor, las garras hundidas hasta los nudillos en el torso de Jason.

Julia intentó apuntar, pero no servía de nada, y mientras ella vacilaba, el merodeador retorció sus garras dentro de Jason. El joven pataleó y gritó, pero no podía liberarse. Su boca pareció abrirse desmesuradamente... fue entonces cuando Sands se dio cuenta de la cantidad de mejilla que había perdido Jason.

Julia, renunciando a conseguir un blanco fácil, corrió hacia delante. Lanzó la

ballesta a Sands en lugar de dejarla caer al agua, y buscó algo en su mochila. Sands intentó cargar junto a ella —¡tenían que salvar a Jason!— pero cada paso apretaba aún más el nudo de su espalda. Intentó hacer caso omiso del dolor pero se encontró doblado casi por la mitad tras unos cuantos pasos, mientras Julia tomaba la delantera.

—¡Aléjate de él! —gritó. Otro haz de chispas surgidas de la nada inundaron el aire cuando se acercó al merodeador. La bestia se encogió... pero esta vez parecía ilesa, y cuando se hubo dado cuenta, su feroz sonrisa volvió a distorsionar sus rasgos.

Julia tenía ya lo que había buscado en su mochila: el frasco plateado. Quitó la tapa y salpicó a Jason y al merodeador con líquido... *agua*, como bien sabía Sands, a menos que Julia lo hubiera cambiado.

El merodeador no se encogió en esta ocasión, ni pareció afectado en absoluto. Jason mantenía los ojos abiertos de par en par pero ahora guardaba silencio, desencajada su destrozada mandíbula. Julia se sorprendió ante la ineficacia del agua... y más cuando el merodeador hundió la mano más profundamente en el torso de Jason, arrancó un hueso, y le clavó una costilla en el pecho. Se desplomó de rodillas.

Lo que había comenzado siendo un nudo de músculos en la espalda de Sands estaba cambiando, creciendo, propagándose igual que un tumor maligno, proyectando punzadas que se apoderaban de su columna, su estómago, sus pulmones. Un ardor como no había sentido jamás surgió desde el fondo de sus entrañas. La fuerza milagrosa con la que había arrojado al merodeador de un lado a otro del túnel se redujo a la nada. Sus piernas apenas podían sostenerlo. Vio indefenso cómo Julia se caía al suelo, como si estuviera hundiéndose en las repugnantes aguas. Sands no podía respirar. Sus pulmones estaban siendo aplastados desde dentro y el hedor de la putrefacción los asaltaba desde el exterior. Se sentía impotente contra la ominosa oscuridad de las cloacas, del merodeador, de las criaturas que se apoderarían del mundo. Unas luces bailaron ante sus ojos.

Creó al principio que las luces eran producto de su imaginación, aves carroñeras del dolor y la náusea, pero había más luces alumbrando en el túnel... otras linternas.

—No vas a ir a ninguna parte —escuchó que decía John Hetger... al merodeador, comprendió Sands tras un momento. John había inmovilizado a la bestia con una mirada furibunda, y lo más sorprendente era que el merodeador parecía incapaz de desobedecer. No atacó ni huyó, pero seguía sujetando a Jason, inerte, con los ojos abiertos. Clarence estaba junto a Hetger. Debían de haber llegado al mismo tiempo. Clarence sujetaba la segunda luz y una escopeta de cañones recortados, pero al igual que Julia, no podía apuntar con claridad: Sands, Julia y Jason estaban en su camino.

Sands se acercó al merodeador. No podía quedarse mirando mientras morían Jason y Julia. Pero a cada paso, el dolor de su estómago se volvía más intenso. Ya no podía sentir las piernas. Los espasmos de sus riñones se habían extendido por toda la

columna, y el incendio de sus pulmones le nublaban el conocimiento. En algún lugar de las profundidades de su alma, el mundo que había conocido emitía sus últimos estertores de muerte. Nada que hubiera sido cierto para él volvería a serlo.

La vida que había conocido había dejado de existir. Pero si la vida, toda la vida, iba a abandonarle, Sands estaba decidido a que su cuerpo y espíritu destrozados se llevaran consigo al merodeador.

Mientras avanzaba con paso inseguro hacia la bestia, una violenta convulsión estremeció su cuerpo. El dolor y el fuego emanaron de su alma abrasada. Sands pugnó por alcanzar al merodeador, maldiciendo su propia debilidad cuando le abandonaron las fuerzas. Sintió las manos y las rodillas sumergidas en los fríos deshechos. El légame primordial amenazaba con apoderarse de él, con arrastrarlo y ahogarlo. El fuego de su interior era demasiado abrasador para seguir conteniéndolo. El cuerpo de Sands se sacudió a causa de una arcada, y vomitó por la boca y la nariz un torrente gaseoso... un vapor que era el último vestigio de su mundo moribundo.

Se sintió como un espectador lejano cuando el vapor, una nube roja como la sangre, envolvió a Jason y al merodeador. La criatura aulló de agonía y soltó a Jason como si de una muñeca de trapo se tratara. Bregó y chilló cuando su piel comenzó a hervir, ampollándose y escaldándose. El siseo y el hedor de la carne quemada inundaron el túnel. Sin embargo, el merodeador no dejó de mirar a John en ningún momento. Sus ojos rojos rezumaban odio, dolor y derrota, pero no se apartaron.

Sands sufrió otra arcada. Esta vez fue bilis y grumos lo que le quemó la garganta y cayó al agua, salpicándole el rostro. El merodeador se debatía igual que un condenado a la hoguera, reduciéndose a cenizas. Sands sintió la detonación de un disparo de escopeta, y luego otro. La porción superior del merodeador se vaporizó. La criatura había dejado de existir de hombros hacia arriba. Un brazo se hundió en el agua, siseando, burbujeando. El torso y las piernas del merodeador continuaron su danza macabra.

En ese momento, la oscuridad reinó sobre todo lo demás... la oscuridad y las repulsivas y fétidas aguas de la pudrición.

Capítulo treinta y cinco

El rítmico *ta-tump, ta-tump, ta-tump* de los neumáticos sobre el pavimento agrietado devolvió el conocimiento a Sands. Gracias al sonido y la vibración, se dio cuenta de que tenía la cara pegada a una ventanilla. Lo siguiente a lo que hubo de hacer frente fue al sordo pero profundo palpitar de su rostro; se llevó los dedos a la mejilla y sintió un vendaje empapado. El estado de su cara le preocupó algo menos un instante después, cuando el expansivo dolor de su torso y estómago hubo hecho acto de presencia. Soltó un gruñido.

—Bienvenido.

Sands miró a su izquierda, hacia el asiento del conductor, y reconoció el perfil de Hetger. Rápidamente fue familiarizándose con su entorno: se encontraban en un coche desconocido, conduciendo hacia algún lugar, en una carretera amplia, una interestatal. Se revolvió en su asiento e intentó ignorar el dolor de espalda. Clarence estaba sentado detrás de Hetger, contemplando en silencio la oscuridad detrás de la ventanilla. Julia estaba detrás de Sands. El cinturón de seguridad la mantenía derecha mientras dormía... Sands esperaba que estuviera durmiendo. Su abrigo cubría lo que supuso que era un aparatoso vendaje en el pecho.

—Vas a tener que tomarte unas vacaciones en el trabajo —le dijo John—. Si tienes intención de conservar tu empleo.

—¿Dónde está Jason? —Sands no estaba preparado para pensar en el futuro, no con el presente tan en entredicho.

—Está muerto —contestó Clarence, lacónico. Su aliento empañaba la ventanilla por la que miraba, pero no parecía importarle.

—¿Está bien Julia? —preguntó Sands, en voz más baja, temeroso de despertarla.

—Lo estará —dijo John.

Sands exhaló un suspiro de alivio, pero no demasiado profundo; el aliento ardía en su pecho.

—¿Hemos dejado a Jason... su cuerpo?

Hetger asintió.

—Teníamos que cargar con dos de vosotros, y no andábamos sobrados de tiempo. No es fácil salir de una alcantarilla con un cuerpo al hombro sin que nadie se entere. Todo el mundo estaba en la calle: el cuerpo de bomberos, los paramédicos, la policía.

—Entonces eso eran granadas.

—Las encrucijadas no sirven de mucho si no las taponas —dijo Clarence.

—¿Y el... el ser, el vampiro?

—Muerto. —Hetger guardó silencio durante casi dos kilómetros, antes de añadir —: Jason se habría alegrado. Cree que un vampiro mató a su hermana. Creía. Y yo tengo mis dudas respecto a la muerte de un amigo. Así que éste va por George,

también.

Volvieron a sumirse en el silencio. Sands se rindió al *ta-tump, ta-tump* de los neumáticos y al monótono ronroneo del coche en la autopista, pero ahora que estaba consciente era imposible escapar de los diversos dolores físicos, y de la fatiga mental provocada por la descarga de adrenalina. Se sentía como si le hubieran escurrido y tirado al suelo hecho un ovillo. Sabía que había pocas razones aparte de la pura suerte para que siguiera con vida; sentía en la ausencia de Jason la enormidad de aquello a lo que debían enfrentarse él y los otros cazadores.

—No deberíamos haber bajado.

Hetger le miró de soslayo en la oscuridad.

—Ese monstruo está muerto. Tu esposa y la chica están a salvo.

—Y Jason está muerto.

John asintió.

—Todos sabemos el riesgo que corremos. Pensaba que tú también.

Sands no dijo nada. Lo había sabido. En más de una ocasión había apostado su seguridad, su vida, por proteger a Faye y a Melanie. Lo había sabido. Había renunciado a gran parte de su orgullo después de su primer encuentro cara a cara con el merodeador. Era la confianza de Albert, Julia, Hetger y los demás, con sus ordenadores y su equipos y actitud arrojada, lo que había impulsado a Sands a creer que se podía ocupar de las criaturas antinaturales. «*Y mira dónde está ahora Albert* —pensó—. *Y Jason*». Estuvo a punto de decirlo en voz alta, casi le dijo a John lo estúpidos que habían sido. Pero para variar, Sands se mordió la lengua; no tanto para no herir los sentimientos de Hetger como por la insistente sospecha de que Clarence sacaría su recortada y le volaría los sesos.

«*¿Para qué arriesgarse?*», decidió. El merodeador estaba muerto. Sands estaba en paz con esa gente. Pero ¿cuáles eran sus perspectivas de futuro? Una vida junto a Faye parecía improbable y, en cualquier caso, no tenía claro lo que quería. Sospechaba que los lazos que le habían unido a Melanie habían sido cortados, y tal vez eso fuera lo mejor. Siempre cargaría con el recuerdo de Albert y Jason... aunque Jason hubiera sido un capullo, había luchado por salvar la vida de Sands, y había muerto en el intento. ¿Tenía que haber ocurrido así? Recordó de repente cómo Julia había vertido agua sobre el merodeador. ¿Qué demonios había esperado conseguir con eso? Tenía la inquietante sensación de que haber tomado prestado el frasco plateado podía haber tenido consecuencias funestas. Pero no estaba seguro. Se preguntó si alguna vez volvería a estar seguro de algo.

El camino del futuro parecía singularmente poco atractivo por el momento, por lo que concentró su atención en el camino más inmediato y literal. Interestatal 75, proclamaba un letrero. «*¿Vamos a Flint?* —se preguntó—. *¿Quién demonios querría ir a Flint?*»

—¿Adónde vamos?

—Lejos —dijo Clarence, por toda respuesta.

—Había un montón de actividad policial —dijo John—. Pensamos que lo mejor sería quitarse de en medio durante una temporada, hasta que se calmen las aguas. Encontrarán el cuerpo de Jason. Eso no arreglará las cosas.

—Pero ¿adónde vamos?

—Clarence tiene una prima. Podemos quedarnos con ella unos cuantos días. Con un poco de suerte se prestará a darnos una coartada, a decir que hace días que estamos allí, si es que llegara a ser necesario.

—Querrás decir si es que la policía va a por nosotros.

—Sí. Si encuentran algo que relacione a Jason o a Melanie o cualquier cosa con nosotros.

—¿Y Nathan?

—Nathan dispone de software que demostrará sin lugar a dudas que se pasó toda la noche enganchado a un chat en Internet.

Todo eso sonaba bastante razonable a oídos de Sands... pero claro, perseguir a un vampiro por las cloacas también le había parecido bastante razonable hacía unas cuantas horas. Mientras conducían hacia el norte, el viento silbó a través de la juntura de una de las ventanillas. El sonido era estridente, un silbido literal, no como el gemido del viento cuando azotaba la esquina trasera de la casa de Douglas y la superficie de la piscina cubierta de nieve. Seguía teniendo sus dudas acerca de quedarse más tiempo con esas personas, sobre todo por Clarence, que parecía haberse sumido aún más en su acostumbrado mutismo, pero al escuchar el viento, lo que menos le apetecía a Sands era darse prisa en regresar a Iron Rapids.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de White Wolf, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventrue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

Notas

[1] En la versión en papel traducida figura «peróxido de oxígeno», lo que por el contexto parece claramente un error (bien de la traducción, o de la edición original) ya que parecen referirse al agua oxigenada (peróxido de hidrógeno), motivo por el que ha sido sustituido en la presente edición digital (N. del E. D.) <<